

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año VI - N° 11 - Septiembre de 2017

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Archivos está abierta a aportes científico-académicos de autores de distintas disciplinas sociales, tanto desde una perspectiva marxista como desde otros enfoques que contribuyan a dicho propósito.

Es una publicación semestral, con doble referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión del Comité Editor.

Los resúmenes de los artículos, en castellano y en inglés, se encuentran al final de cada texto.

Archivos es una publicación del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI).

La revista se encuentra indexada en el Catálogo de **Latindex** (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) y en **Clase** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, de la UNAM). También es miembro de **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales).

Correo postal: Rodríguez Peña 336, 6° 65 (C1020ADH) CABA - Argentina
En Internet: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Facebook: RevistaArchivos • Twitter: @ArchivosRevista

Facebook CEHTI: Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina

Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Secretarios de Redacción

Diego Ceruso (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Hernán Díaz (Universidad de Buenos Aires)

Comité Editor

Cristian Aquino

Universidad de Buenos Aires

Alejandro Belkin

Universidad de Buenos Aires

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Laura Caruso

Universidad Nacional de San Martín - Conicet

Natalia Casola

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Diego Ceruso

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Hernán Díaz

Universidad de Buenos Aires

Martín Mangiantini

ISP Joaquín V. González - Conicet

Antonio Oliva

Universidad Nacional de Rosario

Leandro Molinaro

Universidad de Buenos Aires

Lucas Poy

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Alicia Rojo

Universidad de Buenos Aires

Ludmila Scheinkman

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Gabriela Scodeller

Universidad Nacional de Cuyo - Conicet

Paula Varela

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Consejo Asesor

• **Marcel van der Linden** (IISH, Amsterdam) • **Bernhard H. Bayerlein** (Ruhr-University Bochum. *The International Newsletter of Communist Studies*, Alemania)
• **Ricardo Melgar Bao** (INAH, México) • **Daniel James** (Indiana University, Estados Unidos) • **Carlos Herrera** (Université de Cergy-Pontoise, Francia) • **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura, Unicamp, Brasil) • **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität Mainz, Alemania) • **David Mayer** (IISH, Amsterdam) • **Rossana Barragán** (IISH, Amsterdam) • **Massimo Modonesi** (Universidad Nacional Autónoma de México) • **Sebastian Budgen** (*Historical Materialism*, Inglaterra) • **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República, Uruguay) • **Sergio Grez Toso** (Universidad de Chile) • **Victor Jiefets** (Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia) • **Immanuel Ness** (City University of New York, EE.UU.) • **Gilles Candar** (Société d'Études Jaurésiennes, Francia) • **Nicolás Iñigo Carrera** (UBA-Conicet. PIMSA) • **Cristina Viano** (UNR) • **Eduardo Grüner** (UBA) • **Omar Acha** (UBA-Conicet) • **Alejandro Schneider** (UBA, UN La Plata) • **Agustín Santella** (UBA-Conicet)

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año VI - N° 11 - Septiembre de 2017

Índice

Presentación 5

Dossier:
“A cien años de la Revolución Rusa”

Presentación del dossier
por *Hernán Camarero, Diego Ceruso y Hernán Díaz* 9

El socialismo, la izquierda internacionalista y el naciente
comunismo de la Argentina ante la Revolución Rusa de 1917
por *Hernán Camarero* 13

Entre la Revolución Rusa y Nuestra América.
La prensa militante: 1919-1935
por *Ricardo Melgar Bao* 35

La relación entre la Internacional Comunista y América Latina:
episodios del revolucionario suizo Alfred Stirner
por *Victor Jeifets y Lazar Jeifets* 57

La historiografía de la Revolución Rusa, cien años después
por *Stephen A. Smith* 79

Pashukanis. La crítica de la forma jurídica en los debates
político-legales de la Revolución Rusa
por *Facundo C. Rocca* 99

Artículos

Auge y ocaso del <i>shule</i> icufista en Argentina (1941-1968) <i>por Nerina Visacovsky</i>	121
Estrategia e inserción del Partido Comunista Revolucionario en el SMATA (1979-1985) <i>por Matias J. Rubio</i>	143
Portuarios en lucha: de la huelga de 1966 a la demanda por un “puerto-fábrica” en Bahía Blanca <i>por Ana Belén Zapata</i>	163

Crítica de libros

<i>Ciencia y utopía. En Marx y en la tradición marxista</i> (de Ariel Petruccelli), <i>por Santiago M. Roggerone</i>	183
<i>La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991)</i> (de Luciano N. García), <i>por Hernán Scholten</i>	185
<i>Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60</i> (de Esteban Campos), <i>por Ezequiel Gatto</i>	188
Instrucciones para los autores	191

Presentación

2017 es un año inevitablemente asociado al centenario de la Revolución Rusa, aquel proceso decisivo que marcó para siempre la historia del mundo en el que vivimos y que dejó una marca ineludible en las experiencias de la clase trabajadora de todo el planeta. Como ya anunciáramos en la presentación de nuestro anterior número, este aniversario no podía dejar de convertirse en una referencia para *Archivos* y para el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI). Este undécimo número, que marca el inicio del sexto año de recorrido de nuestra revista, presenta un dossier dedicado al tema. Pretendemos que sea un aporte para enriquecer el conocimiento y el debate sobre este acontecimiento trascendental, que se suma a la gran cantidad de publicaciones y eventos desplegados durante este año. El dossier, coordinado por Hernán Camarero, Diego Ceruso y Hernán Díaz, incluye cinco artículos de especialistas que abordan diferentes aspectos vinculados a la revolución, el régimen soviético y la Internacional Comunista: algunos de ellos hacen énfasis en el impacto del hecho revolucionario en nuestro país y en la región latinoamericana, mientras que otros examinan aspectos relacionados con la historia de las ideas y de la historiografía.

La sección de artículos libres ofrece trabajos de Nerina Visacovsky sobre las escuelas idiomáticas judías vinculadas al Partido Comunista argentino, de Matías Rubio sobre la inserción del maoísmo en el SMATA en los primeros años de la década de 1980, y de Ana Belén Zapata sobre las huelgas portuarias en Bahía Blanca bajo la dictadura de Onganía. Continuamos así nuestra apuesta por publicar trabajos de investigadores e investigadoras preocupados por una amplia variedad de temas vinculados a la historia del movimiento obrero y las izquierdas en la Argentina, así como en un contexto latinoamericano.

En lo que respecta al CEHTI, que ya ha cumplido su primer año de vida en el pasado mes de julio, también el aniversario del octubre soviético dio lugar a una serie de iniciativas y actividades. Durante todo el año hemos puesto en marcha el ciclo “A cien años de la Revolución

Rusa”, con conferencias, debates, talleres y cursos dedicados a abordar el significado y las implicancias de la experiencia de 1917 y su impacto en la clase obrera y las izquierdas de la Argentina. En este marco, ya se ha realizado el taller “Entre reforma y revolución: Aproximaciones a la historia de la Segunda Internacional y de sus principales partidos, 1889-1914” y está en curso otro, “Partido, clase trabajadora y movimiento obrero en la teoría marxista de comienzos de siglo XX, a propósito de las revoluciones en Rusia”, que tiene previsto continuar hasta fin de año.

Con la presencia de sus autores y autoras, se realizaron una serie de presentaciones de libros: *La prensa militante y la Internacional Comunista*, de Ricardo Melgar Bao; *¿Adiós al proletariado?*, de Carlos Herrera (el sexto de la colección Archivos); *El gigante fragmentado: sindicatos, trabajadores y política durante el kirchnerismo*, coordinado por Paula Varela, e *Itinerarios revolucionarios. Eduardo L. Duhalde - Haroldo Logiurato. De la resistencia peronista al Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos*, de Gabriel Rot.

Continuó nuestro habitual ciclo de conferencias con la presencia de especialistas internacionales, con las charlas de Miguel Pérez, de la Universidad de Lisboa, sobre la revolución portuguesa de 1974, y de Víctor Jeifets, director del Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de San Petersburgo, sobre la Comintern y América Latina. Asimismo, lanzamos un ciclo de cine, con la proyección del documental *Patagonia. Utopía Libertaria* que contó con la presencia de su director, el documentalista, productor y guionista Xan Leira. Como siempre, las actividades son gratuitas y abiertas a todo el público interesado. También la Biblioteca y Hemeroteca del CEHTI continúa incrementando su patrimonio con nuevas donaciones de amigos, colegas y compañeros.

Todas las iniciativas del CEHTI, así como la edición de *Archivos*, se apoyan en el compromiso de sus integrantes y, fundamentalmente, de la creciente comunidad de lectores y lectoras de la revista, a quienes agradecemos su continuado apoyo e interés. Que este aniversario de la gesta emancipatoria de 1917 sea un nuevo impulso para el debate colectivo acerca de la historia de los trabajadores, las izquierdas y el socialismo. Buena lectura.

DOSSIER:
**A cien años de la
Revolución Rusa**

Presentación del dossier

El centenario de la Revolución rusa ofrece una oportunidad para reflexionar sobre el proceso histórico que cambió la historia del mundo, impactando profundamente en el derrotero del socialismo y de la clase obrera. Como señaló el historiador británico Eric J. Hobsbawm “la historia del siglo XX no puede comprenderse sin la Revolución Rusa y sus repercusiones directas e indirectas”, a punto tal que su “siglo corto” coincidía con el nacimiento de la experiencia soviética y la Primera Guerra Mundial y se cerraba con el derrumbe del régimen de partido único en 1989. Para un análisis de la historia del movimiento obrero y de las izquierdas en todos los países, incluida la Argentina, evaluar y hacer un balance del efecto, los vínculos y las influencias que tuvo este extraordinario acontecimiento histórico se convierte en un desafío esencial.

Los eventos del Octubre ruso ocurrieron bajo la pretensión de la toma insurreccional del poder por el proletariado a través de los soviets, primer paso de una revolución diseñada en escala internacional, sobre los escombros y las penurias que la guerra imperialista dejaba en Europa. El resultado fue de inculcable importancia: el poder le había sido arrancado a las clases dominantes y había quedado en manos de los consejos obreros con hegemonía bolchevique, según el planteo de Vladimir I. Lenin. La mayor revolución social y política del siglo XX entró en una nueva fase, declarando su deseo consciente de ensayar la primera transición al socialismo.

Las consecuencias de la Revolución en el resto del planeta fueron enormes, principalmente en la reconfiguración de las opciones políticas dentro del campo proletario. El socialismo parlamentarista sufrió una crisis, a partir del descalabro de la Gran Guerra y del peso que la alternativa soviética ofrecía: sólo se reconstituyó paulatinamente, desvaneciéndose tendencialmente como vía de transformación social. El anarquismo, que

antes de la guerra solía adueñarse del *ethos* emancipatorio, también entró en un cono de sombra (a excepción de su importante presencia en España), pues el bolchevismo se presentaba no sólo como una corriente revolucionaria sino, además, exitosa. El sindicalismo revolucionario, por su parte, se desgajó en paralelo a sus debates sobre la empatía acerca de la experiencia bolchevique.

Tampoco el proceso ruso dejó de tener influencia en el panorama general de la política en Occidente, donde el liberalismo debió apresurarse a realizar ciertas reformas, si no quería correr el riesgo de un descrédito ideológico mayúsculo y la posibilidad de nuevas revoluciones. El llamado “Estado de bienestar” europeo es impensable sin el ejemplo de las conquistas iniciales del régimen soviético, donde la economía se organizaba en función de la vida y la salud de los trabajadores y no en función de las ganancias de las empresas. La misma planificación económica de los países capitalistas, en boga a partir de los años 20 y en contraste absoluto con el liberalismo del siglo XIX en el que el Estado apenas tenía injerencia en el mercado, surgió como espejo de la economía rusa posterior a 1917. La opresión nacional fue otra cuestión en la que la Revolución movió hacia adelante la rueda de la historia: las dificultades e injusticias que tuvo la nueva división federativa del viejo imperio de los zares, estaba a años luz del mantenimiento de la opresión nacional a sangre y fuego que había ejercido el zarismo y que seguía desplegando Europa en Asia y África. Pero no sólo importaron las conquistas laborales y nacionales, sino que también en el plano democrático Rusia fue un ejemplo: las largas vacilaciones del liberalismo europeo y americano en torno al sufragio femenino, por ejemplo, fueron saldadas por el régimen bolchevique con un expeditivo otorgamiento de derechos a las mujeres, que fueron más allá del derecho al voto. Europa debió apresurarse a dejar atrás el sufragio “universal” masculino. La Revolución adoptó medidas en línea con un feminismo revolucionario y contra el machismo y el patriarcado. El matrimonio, el divorcio y el registro de nacimientos y defunciones se fijaron como procedimientos civiles. Se avanzó en la igualdad legal de los sexos y el derecho al aborto, a la vez que se instauraron comedores comunales, guarderías y lavanderías públicas para reemplazar el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres en el hogar. Aleksandra Kolontái propuso el amor libre, para alcanzar la igualdad también en el campo sexual. Todo se conjugaba con la idea del Hombre Nuevo, partiendo del supuesto del sujeto incompleto al que la educación y la cultura podrían modelar.

Las consecuencias de aquella experiencia pueden agruparse, al menos, en dos grandes ejes ordenadores: el primero, la indagación sobre los acontecimientos en la propia Rusia abordados desde las múltiples problemáticas políticas, sociales, culturales, ideológicas y económicas;

el segundo, la reflexión acerca del impacto producido por la Revolución Rusa en la clase obrera y las izquierdas en el resto del mundo, en aquellos mismos planos de análisis. En función de ello, presentamos en este número una serie de investigaciones que trabajan en esa dirección.

En primer lugar, Hernán Camarero estudia las primeras reacciones e influencias dentro de las izquierdas argentinas, en particular, las orientaciones teóricas, políticas y estratégicas adoptadas por el Partido Socialista, la tendencia de izquierda de esa organización y el emergente comunismo. Allí se brindan elementos para comprender los modos en que estas corrientes entendieron el sentido de la Revolución y las potencialidades y límites del programa reformista, democrático y/o revolucionario, así como sus definiciones acerca del sujeto del cambio social y el lugar de las masas en los acontecimientos. El historiador peruano-mexicano Ricardo Melgar Bao indaga en la prensa latinoamericana adherente de la III Internacional impulsada por el bolchevismo, exponiendo los avatares de su investigación por rescatar, en múltiples archivos de América y de Europa, la infinidad de revistas y periódicos clandestinos que recogieron esa bandera en nuestra región. Los historiadores rusos Victor y Lazar Jelifets, de la Universidad Estatal de San Petersburgo, analizan las actividades del revolucionario suizo Edgar Woog, quien actuó principalmente en México en los años 20, como representante de la Comintern para América Latina. Al analizar estos episodios, se ilumina el carácter oscilante de las relaciones entre la Internacional Comunista y sus secciones latinoamericanas. Con el artículo de Stephen Smith hemos querido acercar, al público hispanohablante, un importante texto de este investigador de la Universidad de Oxford, publicado en 2015, sobre los avances historiográficos de las dos últimas décadas en torno a la Revolución Rusa, considerando particularmente los aportes en lengua inglesa, alemana y rusa. El autor y la revista *Kritika* han tenido la amabilidad de permitirnos la publicación de esta traducción. Por último, Facundo Rocca analiza el pensamiento jurídico de la Revolución a través de la obra de Evgueni Pashukanis, uno de los más importantes pensadores bolcheviques sobre el estatus del derecho en la nueva sociedad, fusilado por el régimen estalinista en 1937, acusado de “desviacionista trotskista”.

La Revolución iniciada en Rusia en 1917 fue uno de los procesos más significativos de los tiempos contemporáneos. Se convirtió en el mayor levantamiento político contra el capitalismo en su historia y en el movimiento que más claramente quiso obrar en nombre de los postulados del marxismo revolucionario. Fue como una piedra que astilló los vidrios del mundo político, ideológico y cultural en todo el planeta, forzando a reacomodar piezas y a reconfigurar escenarios. Aquel vigor revolucionario encontró sus cauces en los primeros años, cuando el

proceso soviético mostró su mayor dinamismo como experiencia de emancipación social, aún no regimentado ni dislocado por el fenómeno de burocratización que luego sobrevino, y que tiempo después acabó montando ese Leviatán moderno al que Stalin rindió culto. En otros números de *Archivos* nos proponemos avanzar en el necesario ejercicio de reflexión crítica sobre la mutación ocurrida en las décadas siguientes a 1917, en donde se desnaturalizó radicalmente el proyecto de construcción de una sociedad superadora del capitalismo sobre los principios igualitarios del socialismo.

Hernán Camarero, Diego Ceruso y Hernán Díaz

El socialismo, la izquierda internacionalista y el naciente comunismo de la Argentina ante la Revolución Rusa de 1917

Hernán Camarero

Conicet - UBA
hercamarero@gmail.com

“La revolución rusa será para nuestros tiempos lo que la revolución francesa para los tiempos modernos”. La frase podía leerse el 18 de marzo de 1917 en la tapa del diario *La Vanguardia* editado por el Partido Socialista (PS) argentino, tres días después del derrocamiento del zar Nicolás II. El acontecimiento era saludado como emblema de la lucha popular por la libertad. Nueve meses después, en cambio, ese mismo órgano de prensa caracterizaba a la Revolución de Octubre como un “golpe de estado” bolchevique que coronaba un desvío del curso natural del movimiento democrático hacia un atajo autoritario. No todos los socialistas opinaban igual. Una fracción izquierdista, cuyos miembros eran expulsados de las filas partidarias y acabaron constituyendo la organización que prefiguró el comunismo local (el Partido Socialista Internacional, PSI), se embanderaba en la causa soviética y glorificaba a los “maximalistas rusos, heroica vanguardia del socialismo internacional”.

Este devenir conflictivo de la organización fundada por Juan B. Justo fue una de las expresiones del fenómeno de reconfiguración social, política e ideológica operado en la Argentina bajo el impacto de la Revolución Rusa de 1917, el proceso histórico mundial más significativo del siglo XX. No sólo el movimiento obrero y las izquierdas (incluidos el anarquismo y el *sindicalismo*) quedaron conmovidos ante los nuevos desafíos enunciados desde las insurrectas ciudades de Petrogrado y Moscú. Los eventos revolucionarios de 1917, y los que sucedieron a ellos en los siguientes años, fueron registrados y obligaron a constantes definiciones por parte de las clases dominantes, las derechas y la Iglesia, del nuevo régimen político inaugurado por los gobiernos de la UCR, del periodismo y la opinión pública, de las redes del mundo de la cultura, el arte y las ideas, y de las múltiples colectividades de inmigrantes, entre tantas otras esferas (para un abordaje de las influencias

de la Revolución Rusa en la Argentina, ver Doeswijk, 2013; Pittaluga, 2015; Camarero, 2017).

El objetivo de este artículo es examinar el impacto producido por la Revolución Rusa dentro de las izquierdas locales: en particular, las caracterizaciones y orientaciones teóricas, políticas y estratégicas adoptadas por el socialismo y el emergente protoc comunismo en la coyuntura inicial de aquel proceso histórico. Este análisis brinda elementos para comprender los modos en que estas corrientes entendían el sentido de la revolución y las potencialidades y límites del programa reformista, democrático y revolucionario, así como sus definiciones acerca del sujeto del cambio social y el lugar de las masas en los acontecimientos.

En la década de 1910, sobre todo luego de la Ley Sáenz Peña, el PS quedó definitivamente ordenado bajo un horizonte reformista, cuyas metas eran el perfeccionamiento de las instituciones democráticas, el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases subalternas y la modernización del país (sobre el socialismo en el período, ver Walter, 1977; Aricó, 1999; Adelman, 2000; Camarero y Herrera, 2005; Martínez Mazzola, 2015). El PS se integraba al sistema político, apto para la lucha electoral y las lides parlamentarias. Si bien los trabajadores eran mayoría en sus redes de apoyo, el PS no lograba articularse cabalmente en y con el movimiento obrero, al postular una radical separación entre lucha sindical y acción política, y al alejarse de las prácticas de acción directa. Este perfil había sido cuestionado internamente, con algunas escisiones. Durante estos años se incubó una de ellas, con una corriente de izquierda que cuestionó las columnas vertebrales del proyecto reformista. Todo se aceleró en 1917. Los ecos de la Guerra Mundial llegaron a las costas argentinas, mientras de la lejana Petrogrado provenían noticias increíbles. El PS no salió indemne de esta doble conmoción: la guerra y la revolución. De esa crisis emergieron el PSI, primero, y el comunismo, luego (Corbière, 1984; Campione, 2005; Camarero, 2007). Todo ello se produjo bajo el nuevo marco político del país. El presidente Hipólito Yrigoyen inauguraba un régimen político inmediatamente desafiado por un ascenso de las luchas obreras, que no cesaron en su intensidad por lo menos hasta 1921. Este auge de la conflictividad laboral fue acompañado por un proceso de radicalización ideológica y política, en el cual la Revolución Rusa operó como un acicate y un catalizador.

Un nuevo período histórico mundial en la agenda del socialismo argentino

El proceso revolucionario en la tierra de los zares se inició hacia el 8 de marzo y fue ganando intensidad con el transcurrir de esa semana. La primera vez que *La Vanguardia* refirió a los acontecimientos fue el 16

de marzo, un día después de la abdicación de Nicolás II y mientras se avanzaba en la formación de un gobierno provisional.¹ Aquel título en tapa, de dimensiones modestas, con el paso de los meses se convirtió en una sección casi fija, frecuentemente en la segunda página del periódico: “La revolución rusa”. Ese día se apeló a una declaración del Labour Party inglés, que aclaraba: “Rodzianko, presidente de la Duma, es el jefe de la revolución estallada, a quien todo el pueblo acompaña”.² En verdad, el personaje en cuestión, del partido octubrista, era un político reaccionario, que ya había sido presidente de la Duma bajo el Imperio. Dos días después el diario ofrecía en su tapa una caracterización integral: “El zarismo ha dejado de existir, iniciándose una nueva era en la historia de Rusia, y acaso en la historia del mundo. Ha caído una dinastía secular, que gobernó siempre autocráticamente, imponiéndose por el crimen y el terror”.³ Continuaba reivindicando el papel progresivo de las “grandes revoluciones de la historia”. Rusia y la Francia de 1789 podían asemejarse. Pero ahora no se trataba de la instauración del dominio de la burguesía, pues era la clase obrera la que se ubicaba al frente:

Nada de extraño sería entonces que la revolución rusa iniciase un nuevo período histórico, el cual habría de caracterizarse por la emancipación social del trabajo. En Rusia podría originarse la revolución socialista, destinada a crear una nueva organización social fundada en los principios de la justicia económica, sin la cual es imposible la existencia real de la libertad individual, ya sea ésta civil o política. (Ibídem)

El PS advertía que en Rusia el proceso seguiría un curso ascendente: “Los obreros no podrían conformarse, en verdad, con la sola conquista del régimen representativo”. El artículo concluía: “El socialismo democrático de América ve en la victoria del pueblo ruso el triunfo del proletariado internacional; hace votos por que la revolución renueve la vida de la Rusia libertada de la tiranía zarista a la sombra de la bandera roja, triunfadora en los recientes combates”. Pero el PS estaba lejos de una concepción revolucionaria internacionalista, por ejemplo, en relación a la conflagración bélica que sacudía el Viejo Continente: hacía hincapié en que el nuevo gobierno provisional había hecho votos por la continuidad de Rusia en el conflicto y celebraba que hubiera triunfado el partido favorable a la continuación de la guerra. La dirección del PS

1. Nos regimos por las fechas del calendario gregoriano usado en los materiales que trabajamos, las cuales son trece días posteriores a las fijadas según el calendario juliano empleado en Rusia hasta febrero de 1918.

2. *La Vanguardia*, 16 de marzo de 1917.

3. *La Vanguardia*, 18 de marzo de 1917.

fijó posición pública en torno al tema el 20 de marzo, cuando convocó a una reunión extraordinaria. El Comité Ejecutivo (CE) decidió enviar un telegrama de adhesión a la Duma, invitando al grupo parlamentario a suscribirlo y encargando su redacción al secretario general del partido, Antonio De Tomaso. Dicha misiva, dirigida a Rodzianko, expresaba

su profunda simpatía por el advenimiento de la revolución rusa, en la cual ve el más grande acontecimiento histórico contemporáneo, y al saludar a la Duma, que la ha realizado a nombre del pueblo y ha proclamado su voluntad de fundar el nuevo régimen político sobre la base incommovible de las libertades públicas para todos y el sufragio universal directo y secreto, hace votos por que cumpla amplia y valientemente su misión.⁴

El 23 de marzo varios dirigentes del partido hablaron en un acto organizado por el Ateneo Popular. El diputado Antonio Zaccagnini exclamó: “Cuando la noticia de la revolución rusa llegó, hemos temblado, nos hemos quedado perplejos, y nos hemos preguntado si no sería una de esas mentiras que el telégrafo echa a rodar”. El senador del Valle Iberlucea (quien venía ejerciendo la dirección de *La Vanguardia*) también arengaba: “...y ya flamea la bandera roja, esa bandera que une a todos los hombres y a todos los trabajadores, esa bandera prohibida en nuestro país por la ley social. Todo lo cual significa que el socialismo va a vencer primero en Rusia, después en Europa y luego en América”.⁵

El PS había cerrado una primera caracterización sobre el carácter democrático-popular del proceso en Rusia. Las referencias a Rodzianko fueron desapareciendo, pero cobraron peso las dirigidas al jefe del primer gobierno, el Príncipe Lvov, y al Ministro de Relaciones Exteriores, Miliukov, ambos del partido kadete. Cuando sobrevino la “crisis de abril” en Rusia, el PS no pudo interpretarla con claridad, sobre todo el carácter de las movilizaciones de obreros y soldados que condujeron a serios enfrentamientos con el gobierno y a la renuncia de Miliukov, tras lo cual se produjo el ingreso de los socialistas moderados a importantes puestos ministeriales. El PS saludó esa incorporación a la administración, procurando no hacer referencia al rechazo de las masas a la guerra. Aunque la convocatoria a elecciones para la asamblea constituyente era incompatible con la movilización de los soldados en el frente, así como la instauración de la jornada laboral de ocho horas lo era con el aseguramiento de la producción industrial para el conflicto bélico, *La Vanguardia* reivindicaba aquellas causas y a la vez la imperiosa

4. *La Vanguardia*, 22 de marzo de 1917.

5. *La Vanguardia*, 25 de marzo de 1917.

necesidad de que Rusia mantuviera el combate contra Alemania. Las referencias a la revolución siguieron, a partir de la reproducción (con breves comentarios) de los cables telegráficos.⁶ Se siguieron anunciando las siempre buenas novedades sobre la “Rusia democrática”, sus promesas de conceder la independencia a Polonia o su decisión de abolir la pena de muerte.⁷

Por el momento, los acontecimientos de Rusia no promovían un eje de diferenciación interno serio en el seno del PS. Ello sí ocurrió a propósito de la posición que el país debía adoptar frente a la Guerra Mundial, correlato de las discusiones que sacudieron a la II Internacional. Lo que se debatió en el PS argentino era si había que promover el fin de los vínculos diplomáticos con el Imperio Alemán o mantener la neutralidad en el conflicto desde una posición “internacionalista”. Justo se posicionaba por un “incómodo” neutralismo, mientras abogaba por el librecambio (Poy, 2014). La dirección del partido quedó comprometida con una “defensa de los intereses nacionales”, ligados a los de las potencias aliadas (fundamentalmente Inglaterra), con las cuales Argentina aseguraba su exportación de carnes y cereales. El PS mantuvo un delicado equilibrio entre la defensa del comercio exterior y la propaganda del principio de no intervención y la denuncia de la contienda. Este equilibrio se alteró en abril de 1917, con el hundimiento del barco argentino “Monte Protegido”, producto de un ataque alemán. Los parlamentarios del partido (el senador Del Valle Iberlucea y los diputados Justo, Bravo, De Tomaso, Repetto, Giménez, Zaccagnini, E. Dickmann, Augusto Bunge y Francisco Cúneo) convocaron al gobierno a adoptar todas las medidas necesarias “para hacer efectivo tan ampliamente como sea posible el comercio argentino en buques de cualquier bandera”.⁸

Debió convocarse a un III Congreso Extraordinario para decidir sobre el asunto. En ese tumultuoso encuentro, desarrollado en el Teatro Verdi del barrio de La Boca el 28 y 29 de abril, surgió la izquierda socialista como tendencia pública del socialismo y opuesta a la dirección justista. El partido se dividió: de un lado, la mayoría del CE sostenía la posición de los parlamentarios, contando con el apoyo de Justo; del otro lado, la izquierda “internacionalista”, que representaba la minoría en el co-

6. Como con las demás noticias internacionales, el PS informó sobre la Revolución Rusa con materiales de otros órganos de prensa y reproducción de cables telegráficos (de Reuters, Associated Press y otras agencias), fechados en Londres, Nueva York, París, Petrogrado y Moscú, que el diario no corroboraba necesariamente. Existía una decisión respecto a qué se seleccionaba o se hacía hincapié, y en los títulos se detecta una subjetividad; algunos de estos informes eran comentados, trasluciendo cierto sistema de preferencias.

7. *La Vanguardia*, 1 de abril de 1917.

8. *La Vanguardia*, 18 de abril de 1917.

mité (formada por José Fernando Penelón, Juan Ferlini y el concejal metropolitano Agustín Muzzio). Hubo dos proyectos de resolución antagónicos: uno presentado por la mayoría del CE y el otro por la minoría del mismo. La mayoría de la dirección adujo la defensa del comercio exterior como argumento para promover la ruptura con Alemania, aunque otros oradores del sector propiciaron la intervención directa en la Gran Guerra como forma de combatir al peligro mayor, la autocracia germana. Por la minoría, Penelón, Ferlini, Carlos Pascali, Alberto Palcos y Rodolfo Ghioldi reafirmaron que la responsabilidad de las hostilidades era de todas las potencias imperialistas y no del militarismo de uno de los bandos. Justo terció con otro proyecto de resolución, de carácter más conciliador, en el que se afirmaba que el PS no quería una declaración de ruptura de relaciones ni una declaración de guerra, y que no debía tomar ninguna iniciativa parlamentaria sobre el enfrentamiento armado. Penelón defendió la línea de la neutralidad y planteó: “más que un partido de gobierno debemos ser un partido revolucionario” (Corbière, 1984: 35-36). Realizada la elección, de manera impactante fue la izquierda quien obtuvo la victoria, por unos 4.200 votos contra 3.500. En el PS se anidaba el embrión de una fuerte crisis interna, que luego estalló plenamente.

El PS frente al Gobierno Provisional, los soviets y el poder dual

El acto de conmemoración del día internacional de los trabajadores que organizó el PS en Buenos Aires, el 1 de mayo de 1917, le permitió exhibir su posicionamiento en torno a la Revolución Rusa. Varios miles de militantes y trabajadores simpatizantes se agolparon bajo las tribunas levantadas en la avenida Diagonal Sur. La intención era mostrar una imagen de unidad, tras el turbulento congreso culminado dos días antes. La Revolución no aparecía señalada en las pancartas más importantes de los manifestantes, las cuales privilegiaban las demandas pacifistas. Sin embargo, reapareció el motivo ruso. Cobró cuerpo en la arenga de De Tomaso,⁹ para quien lo iniciado en Petrogrado había sido el hecho clave para la “causa del trabajo y de la democracia” en el mundo:

Un régimen político nuevo ha surgido, proclamando la libertad para cientos de millones de hombres, la autonomía política y administrativa para varios pueblos sojuzgados, y afirmando el sufragio universal directo y secreto como la base

9. *La Vanguardia*, 2-3 de mayo de 1917.

inconmovible de la Rusia nueva. La Internacional contará, de ahora en adelante, con un formidable pilar más.

Recién a partir de mayo *La Vanguardia* comenzó a registrar el poderío del Soviet, el “Consejo de delegados obreros y soldados”. El socialismo no veía a los soviets en contraposición al nuevo poder, sino en una complementación compatible. Celebraba la consolidación del gobierno provisional y que los bandos de la Duma y del Consejo de delegados obreros y soldados ahora se hallasen “bastante menos distanciados”.¹⁰ De la lectura del diario se atisbaba que en Rusia existía una corriente de oposición al curso oficial de la revolución, aunque aún no se alcanzaba a nominarla. El que sí comenzó a ocupar el centro de la atención fue el ministro de Guerra y Marina, Kerenski, un socialista laborista, “garante de la convocatoria de la asamblea constituyente”.¹¹ Resultaban frecuentes los elogios a otras figuras del menchevismo, como el ministro Tsereteli o el presidente del Soviet de Petrogrado, Chjeidze, y también a los socialrevolucionarios. La línea del PS era la de la unidad de todos los socialistas, de la que luego excluirían a los “maximalistas” de Lenin. Para el PS el proceso ruso debía ordenarse conforme a un horizonte democrático-liberal, republicano y progresista, abierto a las demandas de los trabajadores. Toda idea de doble poder entre el gobierno y el soviet era descartada e invisibilizada. Más aún, se identificaba en aquel primer organismo el reaseguro de la existencia del segundo y el mantenimiento de la guerra contra la autocracia alemana, así como la garantía contra las indebidas tendencias al desborde de la revolución expresados por ciertos grupos. A principios de junio, el diario socialista reproducía una enorme foto de las deliberaciones del Soviet de Petrogrado, y afirmaba: “Al lado del gobierno revolucionario él es, con igual derecho y con no menor fuerza, el parlamento de la revolución, y será, a nuestro juicio, la más fuerte valla contra toda desviación anárquica capaz de poner en peligro a aquella”.¹²

Por el momento, la tarea era ganar la guerra contra el Imperio alemán. El diario socialista hacía hincapié en la creencia de que el ejército se estaba reconstituyendo de la mano de Kerenski. Por ello, las “Jornadas de julio” tomaron de sorpresa, una vez más, a *La Vanguardia*. El partido había pronosticado los progresos de la revolución de la mano del gobierno en colaboración con los soviets para proseguir el conflicto bélico, y en cambio ahora debía dar cuenta del fracaso de la gran ofensiva en el frente, el salto en la descomposición del ejército, las masivas revueltas

10. *La Vanguardia*, 7 de mayo de 1917.

11. *La Vanguardia*, 19 de mayo de 1917.

12. *La Vanguardia*, 6 de junio de 1917.

que presionaban al Soviet a tomar el poder, la renuncia de Lvov y la asunción de Kerenski como nuevo primer ministro. Para el PS, la clave era asegurar la “suprema autoridad del gobierno provisional”.

¿A partir de qué momento el PS advirtió la existencia del bolchevismo como corriente autónoma y revolucionaria del socialismo ruso? Fue desde junio, cuando esa corriente fue ganando la mayoría de delegados en el Soviet de Petrogrado. *La Vanguardia* empezó a identificarla con las posiciones más radicales, junto a las de los anarquistas. Huido a Finlandia, Lenin fue haciéndose fantasmal en el diario, quien pareció dar crédito a la acusación de que estaba al servicio de la potencia extranjera rival: “El consejo de obreros y soldados ha resuelto que los maximalistas acusados de incitar a la rebelión o de haber recibido dinero alemán sean juzgados públicamente. Se declaró inadmisibles que el extremista Lenine [sic] y sus colegas escapen a la acción de la justicia”.¹³ En septiembre destacaba la caracterización del ex activista revolucionario Vladimir Burtsev acerca del bolchevismo como sirviente de Berlín: “el partido maximalista es un instrumento de Alemania, de la cual recibe dinero. Sus jefes [...] son los principales culpables de la descomposición de Rusia y de la debacle del ejército ruso”.¹⁴ Se multiplicaron las noticias desopilantes, las mismas que podían hallarse en el resto de la prensa mundial. Por ejemplo, la que señalaba que, en una reunión privada de la Duma, Vladímir Purishkévich (un referente de la tendencia nacionalista y antisemita) había declarado: “Lenine falleció en Zurich en el año 1916 y que el seudo Lenine es el señor Zaderblum, ex amigo de Lenine”.¹⁵ Se trataba de un dislate: se lo confundía con Mártoev (apodo del judío Yuli Zederbaum), gran amigo de Lenin pero que luego pasó a rivalizar con él, convirtiéndose en uno de los líderes del menchevismo. *La Vanguardia* transcribió ese tipo de cables en esos meses. La primera vez que hizo conocer el nombre de los “bolshevikistas” (colocado así, entre comillas, dando cuenta del exotismo del término) fue a comienzos de septiembre. Se los identificaba como la “extrema izquierda” y como “partidarios del programa máximo”. Al grupo nucleado en torno al periódico *Pravda*, que dirigía Lenin y Grigori Zinóviev, se lo caracterizaba como inspirado en planteos anarquistas: “Es de tendencias extremadamente violentas. Al volver a Rusia, Lenine ha pronunciado un discurso sensacional, para afirmar la superioridad de las teorías de Bakounine sobre las de Marx”.¹⁶

Ya en el período previo al desenlace de la Revolución bolchevique, *La Vanguardia* informó del levantamiento de Kornílov, hacia fines de

13. *La Vanguardia*, 30 de julio de 1917.

14. *La Vanguardia*, 5 de septiembre de 1917.

15. *La Vanguardia*, 6 de septiembre de 1917.

16. *La Vanguardia*, 9 de septiembre de 1917.

agosto o principios de septiembre, de manera condenatoria. Antes le había dispensado cierta aprobación, sobre todo a sus proclamas en favor del reordenamiento militar para alcanzar la victoria en la guerra con Alemania. Ahora se reprobaba la insubordinación del “generalísimo”, sus intentos por asumir todos los poderes civiles y militares del país y su proyecto de conformar un nuevo gobierno dictatorial. El diario fijó posición en defensa de la administración de Kerenski, editorializando con una teoría de las dos acechanzas: la del bolchevismo, de un lado; la de los contrarrevolucionarios, del otro.¹⁷

A comienzos de octubre, una larga nota de tapa, perteneciente al dirigente partidario y periodista Ricardo Sáenz Hayes, cubría de elogios la figura de Kerenski, definido como “el más bello símbolo del héroe civil”, “suave con los humildes y aterciopelado con las damas”, “el honor de su patria, el salvador de sus pueblos, el orgullo de los hombres libres y bien nacidos”, al que contraponía con el “agitador Lenine”, quien ya desde Suiza conformaba “un grupo minúsculo” que “realizaba laboriosas propagandas para que la clase trabajadora se declarara adversa a la guerra”.¹⁸ La dirección mayoritaria del PS se colocaba en el campo del ministro. Pero el ala izquierda ya tomaba distancia también de esa posición y comenzaba a pronunciarse a favor de Lenin.

Había ocurrido algo importante: la corriente de izquierda socialista se corporizaba cada vez más como línea opositora interna. Desde comienzos de agosto había lanzado un órgano de prensa propio, bajo la dirección de Penelón, *La Internacional*, el que acabó siendo, durante las siguientes casi dos décadas, el periódico oficial del PSI y el comunismo local. El grupo también comenzó a editar la *Revista Socialista*. La crítica a las concepciones reformistas del PS se había profundizado. Se volvía a centrar el ataque en una influencia que se entendía como clave, la del alemán Bernstein, “un retrógrado que labora contra el socialismo”, al apostar “todo al movimiento y nada al fin último” de éste, como sostenía Penelón en la editorial del primer número de *La Internacional*.¹⁹ También cuestionaba la posición partidaria en relación a la Revolución Rusa, sobre todo el apoyo al gobierno provisional, mientras observaba con creciente simpatía la posición de los bolcheviques: “estamos con Lenin y no con Kerenski”.²⁰

17. *La Vanguardia*, 12 de septiembre de 1917.

18. *La Vanguardia*, 5 de octubre de 1917.

19. *La Internacional*, 5 de agosto de 1917. Las críticas al bernstenianismo en el PS ya se habían manifestado en *Palabra Socialista*, el periódico impulsado por el ala izquierda entre 1912-1914 (Díaz, 2015).

20. *La Internacional*, septiembre de 1917.

Desenlaces y crisis en torno a la guerra y la revolución

El PS no sólo tenía el desafío de interpretar y posicionarse ante la Revolución Rusa. El otro gran fenómeno de la arena internacional, la guerra, continuaba conmoviendo al país y al propio partido. Tras el ataque alemán al velero argentino “Toro” y el incidente con el conde Luxburg, que llevaron al conservador Joaquín V. González a solicitar al gobierno de Yrigoyen la suspensión de relaciones diplomáticas con Alemania, volvió a estallar el conflicto dentro del PS. Sus legisladores apoyaron esa propuesta, esgrimiendo sus posiciones aliadófilas y contraviniendo las disposiciones del III Congreso Extraordinario. Lo hicieron los diputados y el único senador de que disponía el partido, Del Valle Iberlucea.²¹ Quedó en debate el desempeño del senador y los diputados socialistas, y el control que debía ejercerse sobre los mismos, pues con aquel voto, argumentaba la izquierda, los parlamentarios, avalados por la mayoría del CE, violaban la democracia al desconocer el mandato que habían recibido de un congreso soberano. La discusión se expresó en *La Vanguardia* de septiembre a diciembre de 1917, participando las grandes figuras de ambas fracciones contendientes y también cientos de militantes de base del partido que a veces matizaron las posiciones de los bandos en pugna (Campione, 2005: 25-51).

Pero, además, ya la tendencia de izquierda podía expresarse desde *La Internacional*, que se lanzaba a una impugnación global a la dirección del PS. Frente a las declaraciones de ésta, a propósito de la posición ante el pedido de suspensión de relaciones diplomáticas con Alemania, cuando afirmó que no se quería ser sólo un partido de oposición sino también de gobierno, la izquierda señaló el peligro de desviar al movimiento socialista “hacia la negación de su política de clase, de su misión histórica que consiste en orientar la clase trabajadora hacia su emancipación integral y no en procurar su tutela solidarizándola con

21. La trayectoria de Del Valle Iberlucea presentó fuertes virajes. Sus posiciones en la cuestión bélica estaban a la derecha en el partido: quedaron expuestas en sus obras *La guerra europea y la política internacional*, de 1914, y *La cuestión internacional y el Partido Socialista*, de 1917. Pero anteriormente, este profesor de derecho internacional en la Universidad Nacional de La Plata y militante del partido desde comienzos del siglo, levantaba posiciones a la izquierda del justismo. Se advierte en las publicaciones por él fundadas, *Revista Socialista Internacional* y *Humanidad Nueva*, atentas a cuestiones de filosofía y derecho, con críticas a las posturas bernstenianas en el socialismo. Había mirado con simpatías la dinámica de los jóvenes de la izquierda socialista. Y tiempo después brindó su apoyo a la Revolución Rusa, y por ello fue desafortado del Senado en 1921. Ver Del Valle Iberlucea, 1934; Marianetti, 1971; Corbière, 1987; Becerra, 2009.

la clase capitalista, haciéndola copartícipe de un gobierno burgués”.²² Repudiaba el camino del acceso al poder por la vía electoral: “El único sentido posible de las palabras de Marx al referirse a la conquista del poder, es la conquista revolucionaria para establecer la dictadura proletaria a fin de realizar la transformación histórica que el socialismo persigue”. Advertía acerca de la pérdida del carácter obrero y revolucionario del PS, devenido en un partido al estilo radical europeo, ajeno a la lucha de clases e identificado con la defensa del Estado nacional desde un chauvinismo que negaba el carácter interimperialista de la guerra. Finalmente, denunciaba la falta de democracia interna y el fenómeno de oligarquización, que dejó los resortes de la vida partidaria en manos de un puñado de “doctores”, los cuales dominaban el CE y monopolizaban la representación parlamentaria y *La Vanguardia*.

Con el objetivo de tensar aún más la confrontación interna, la corriente internacionalista reclamó un nuevo congreso extraordinario que tomara medidas contra los parlamentarios. Pero los legisladores socialistas, procurando evitar aquella convocatoria, a principios de octubre realizaron un giro de la discusión: presentaron como opción la renuncia a sus bancas y pidieron al CE que el voto general de los afiliados juzgara su actitud. El carácter mismo de la consulta incrementaba las posibilidades para un triunfo de los parlamentarios, pues de ganar la moción contraria, el PS habría perdido sus bancas, dejando amenazada su principal base de sustentación política. El concejal Antonio Mantecón cuestionó el chantaje: “¿Por qué el Comité Ejecutivo en vez de llamar a un voto general no llamó a un congreso extraordinario?”.²³ De manera obvia, el resultado fue favorable al grupo parlamentario (5.345 votos contra 909, y 72 abstenciones y más de 2.000 ausentes). Los internacionalistas no supieron calibrar la capacidad de reacción y maniobra de la vieja conducción justista, que otra vez sobrevivió a un desafío interno, preparándose para ajustar cuentas con la tendencia de izquierda a la que acababa de propinarle un certero golpe. Debíó hacerlo en medio del nuevo torbellino en el que cayó Rusia.

El PS argentino quedó completamente sorprendido por la insurrección de octubre. Las primeras informaciones en su prensa aparecieron en la edición del 8 de noviembre, con un desordenado conjunto de cables fechados el día anterior, con los acontecimientos aún en desarrollo. El diario señalaba que “un destacamento naval armado, bajo las órdenes del comité revolucionario maximalista, ocupó la oficina de la agencia

22. *La Internacional*, 27 de octubre de 1917.

23. A. Mantecón, *El Partido Socialista y la cuestión internacional*, Buenos Aires, Imprenta Sarandí 374, 1917, p. 14.

telegráfica oficial de Petrograd”.²⁴ Desde el inicio la insurrección fue caracterizada como una asonada armada de unos pocos miles, bajo responsabilidad del bolchevismo. Los datos eran contradictorios, mostrando una situación abierta. Al día siguiente, *La Vanguardia* confirmaba la sucesión de eventos: el derrocamiento de la administración de Kerenski, el ataque al Palacio de Invierno por parte de “las tropas del Soviet”, la realización del “congreso general de los obreros y soldados” (aludía al II Congreso Panruso de los Soviets), el arresto de los ministros y el control de Petrogrado en manos de los maximalistas, quienes habían iniciado las tratativas para una “paz inmediata”, la resolución del problema campesino y la convocatoria a la asamblea constituyente. Transcribía una proclama: “Depusimos al gobierno, quien se irguió contra la revolución. La única autoridad es, actualmente, el comité revolucionario”.²⁵ Ya desde ese momento se definía a los hechos como un “golpe de Estado sin verter sangre”.

El PS debía lidiar con un panorama confuso, en base a noticias en su mayoría falsas o distorsionadas. Durante varios días señaló en su diario que las noticias eran “satisfactorias” y hacían esperar que “el efímero reinado de los maximalistas toca a su fin”. El nivel de distorsión de la realidad se acentuaba, afirmándose que las fuerzas de Kerenski ya estaban en Petrogrado y eran “virtualmente dueñas de toda la ciudad”, para culminar: “Se prevé el fin próximo del movimiento maximalista”.²⁶ Varias de las noticias transcritas en *La Vanguardia* eran equivocadas: Kerenski nunca pudo tener el control de Petrogrado ya que jamás llegó a reingresar a la ciudad pues sus tropas alcanzaron a combatir en Tsárskoye Seló (la Villa de los Zares), a 24 kilómetros de la urbe, donde no fueron victoriosas, sino derrotadas por la Guardia Roja. Con el paso de los días el diario seguía insistiendo: “La población parece retirar su confianza a Lenine y a Trotsky”, “la demostración de autoridad de los «bolsheviki» disminuyó en forma considerable”, mientras se informaba en forma fantasiosa sobre un total control de Moscú por parte de las tropas de Kerenski y la inminente formación de un nuevo gobierno de coalición sin la presencia de los seguidores de los “agitadores Lenin y Trotsky”.²⁷ Recién diez días después, desde el 19 de noviembre, se aceptaba que los bolcheviques eran “dueños de la situación” y controlaban las dos grandes ciudades del país.²⁸ Desde ese entonces *La Vanguardia* se dispuso a establecer una opinión de fondo sobre los hechos. Lo hizo

24. *La Vanguardia*, 8 de noviembre de 1917.

25. *La Vanguardia*, 9 de noviembre de 1917.

26. *La Vanguardia*, 15 de noviembre de 1917.

27. *La Vanguardia*, 17 de noviembre de 1917.

28. *La Vanguardia*, 19 de noviembre de 1917.

a través de la pluma de Arturo Havaux, integrante del equipo de redactores del diario:

Las noticias de Rusia, contradictorias durante los primeros días del golpe de estado de los maximalistas, son ahora bastante claras desde las distintas fuentes de que proceden. Kerensky derrotado y desaparecido, sin que se conozca su paradero; los maximalistas en el poder, dueños de Petrograd y de Moscú, a pesar del descontento que sus procedimientos provocan; la anarquía en Finlandia; el ejército, disuelto o desorganizado; la lucha de los partidos con la perspectiva de la inevitable guerra civil y el espectro del hambre que amenaza, constituyen el espectáculo que ofrece hoy la nación moscovita.²⁹

Si la incapacidad política había conducido al fracaso al gobierno de los Lvov y los kadetes, con la llegada de Kerenski y los socialistas moderados se había inaugurado la etapa de los “estadistas prácticos”, quienes habían hecho todo lo posible para encauzar el proceso. Con la derrota del levantamiento de Kornílov parecía que se consolidaba el camino de la república y las reformas. Sin embargo, había fracasado. ¿Por qué?:

la agitación ultrarrevolucionaria contagió los espíritus de los descontentos de nacimiento contra todo lo establecido y normal, y logró hacer desviar la revolución de la pauta lógica y sensata que, a mi parecer, le estaba dando el gobierno provisional derrotado. Vemos el resultado de ello: Rusia sin gobierno reconocido por las demás potencias, ni por el mismo pueblo ruso; el desquicio más completo en la administración del país.

Según el periodista del PS, Rusia no podía saltar etapas intermedias, y se preguntaba: “¿Cómo iríamos a creer los que eso sabemos que el pueblo ruso, que hasta ayer vivió bajo la amenaza del knout, y cuya ignorancia es supina, puede dar un salto que lo coloque en un plano superior de vida democrática al de Inglaterra y Francia?”. La conclusión era elocuente: “Pueden Lenine y Trotsky concebir ese salto: el pueblo ruso no puede darlo”. El cierre de la reflexión daba cuenta de lo que más desvelaba al PS, es decir, la impugnación a la decisión del flamante gobierno soviético de retirarse de la guerra.

29. *La Vanguardia*, 23 de noviembre de 1917.

Surgimiento de un partido socialista de izquierda adherente a la Revolución de Octubre

Mientras ocurría el triunfo de la insurrección impulsada por el bolchevismo, el PS debía administrar la ruptura de su corriente de izquierda. En la consulta interna el oficialismo había logrado una victoria para la posición de sus parlamentarios, pero los disidentes movieron sus piezas. En octubre constituyeron un Comité pro defensa de la resolución del III Congreso Extraordinario. Pero, aprovechando el respaldo obtenido en aquella votación, la dirección mayoritaria lo disolvió por “ilegal, disolvente y anarquizante”. Penelón y Ferlini renunciaron al CE, el cual procedió en noviembre y diciembre a efectivizar la separación de los opositores. Se conformó un Comité de Relaciones de los Centros Socialistas Disueltos y Minorías Expulsadas, que convocó a un Congreso de Expulsados del PS, el cual acabó sesionando el 5 y 6 de enero de 1918 en el salón porteño “XX de Septiembre”.³⁰ La mayoría de los asistentes provenían de la Capital Federal, de la Agrupación Gráfica y algunos pocos de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba. Los delegados representaban a unos 750 militantes, pertenecientes a veintidós centros. Es decir, sólo un pequeño sector de quienes habían respaldado a la izquierda en el debate sobre la guerra acompañó a los internacionalistas: nueve meses antes, en el congreso del teatro Verdi, dicha corriente había obtenido cuatro mil votos a su favor. En el nuevo partido predominaba la impronta juvenil. Uno de los pocos diarios nacionales que cubrió el evento, informó: “llama la atención en este congreso el hecho de que predomina casi en absoluto el elemento joven”.³¹ Muchos venían de una inserción reciente en el PS y carecían de la trascendencia pública del oficialismo. La excepción era la presencia del grupo de veteranos cuadros obreros alemanes: Augusto Kühn, Guillermo Schulze, Gotoldo Hummel y los hermanos Germán y Enrique Müller.

La nueva organización fue denominada Partido Socialista Internacional (PSI), después de un debate entre otras opciones (por ejemplo, nominarlo Partido Socialista Revolucionario). Entre sus integrantes había una mayoritaria presencia de obreros, empleados, docentes y estudiantes, junto a algunos pocos profesionales y otros afiliados provenientes de la clase media. De conjunto, el perfil social del colectivo era de un carácter más plebeyo que el de la fuerza liderada por Justo. El PSI inicialmente intentó disputar de lleno la legitimidad histórica al PS, sobre todo su nombre y la enunciación de la causa socialista. En aquel congreso de enero de 1918 se aprobaron la declaración de principios

30. La convocatoria apareció en *La Internacional*, 6 de diciembre de 1917.

31. *La Razón*, 5 de enero de 1918.

(que retomaba la adoptada en 1896), el programa mínimo y el estatuto del partido. Se estableció la obligatoriedad para todos sus afiliados de activar en sus sindicatos. Y se lanzó un manifiesto de constitución de la nueva fuerza, donde se sostenía: “El Partido Socialista ha expulsado de su seno, deliberada y conscientemente, al socialismo. No pertenecemos más al Partido Socialista. Pero el Partido Socialista no pertenece más al socialismo”.³² *La Vanguardia*, respondió con desdén al grupo escindido: “Nadie como nosotros sabe que no basta decirse socialista, ni parecerlo, para serlo en realidad. ¿No estamos asistiendo aquí a la triste farsa de un puñado de individuos que pretenden hacer maximalismo difamando al Partido Socialista y tratando de restarle fuerzas, para mayor gloria y provecho de la reacción burguesa, clerical y militarista que representa la facción titulada radical?”³³

En el manifiesto fundacional, el PSI colocaba la cuestión del posicionamiento ante el conflicto bélico como asunto decisivo para explicar la ruptura, y hacía explícita su adhesión a la tendencia internacionalista impulsada desde 1915-1916 por Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo:

El Partido Socialista, al aprobar la guerra capitalista, rompe por completo su solidaridad con los socialistas que, en medio de los horrores de la conflagración, trabajan infatigablemente en toda Europa y Estados Unidos por la instauración de la paz y del socialismo, conforme a las resoluciones de los congresos socialistas de Stuttgart, Copenhague y Basilea, confirmadas por los recientes congresos de Zimmerwald y Kienthal.³⁴

¿Qué lugar ocupó la Revolución Rusa en el proceso de constitución del PSI? Es evidente que el largo ciclo de desarrollo de la corriente de izquierda que acabó formando el PSI preexistió a la toma del Palacio de Invierno, y comenzó a estructurarse como espacio alternativo global con la aparición de *La Internacional*, apenas tres meses antes de dicho evento. Pero en el proceso de diferenciación total entre el oficialismo y la disidencia, las formas de abordar el proceso ruso ya eran distintas desde antes: no hubo un extenso período de transición para clarificar esta desigual postura. Por ello, en su manifiesto constitutivo de enero de 1918, el PSI consideraba la posición del PS frente a los hechos de Petrogrado el ingrediente decisivo para la erección de una valla entre ambos partidos: “para hacer más patente esa absoluta desvinculación

32. PSI, *Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires, 1919, p. 56.

33. *La Vanguardia*, 14 de febrero de 1918.

34. *Historia del socialismo marxista...*, ob. cit., p. 57.

del Partido Socialista con el socialismo, el órgano oficial del partido, en un comentario sobre los maximalistas, llamó a éstos «los peores enemigos de la Revolución Rusa», como si el advenimiento al poder del primer gobierno genuinamente socialista que registra la historia fuera una gran desgracia”. La disonancia de los planteos eran claros, pues, mientras el PS aludía a un desafortunado golpe de Estado, el PSI retrataba la faena de “un pueblo que se propone firmemente concertar la paz mundial, derrocar a la burguesía e implantar el tan anhelado reino del proletariado socialista...”. En fin, cuando el PSI buscó concluir su manifiesto y completar su identidad pública, eligió la Revolución Rusa como su desiderátum:

Un ardiente e impetuoso soplo revolucionario parece cruzar triunfante por el planeta. Ha comenzado en Rusia y se extiende hacia todos los rincones del mundo. Su móvil: la instauración del socialismo. Con la mirada elevada en tal alto ideal queremos ser en esta sección de América, los agentes eficientes, activos, de esta hondísima transformación revolucionaria.³⁵

Estas formulaciones ocurrían cuando el régimen soviético estaba apenas en ciernes. En la progresiva construcción del perfil del PSI la adhesión a la Revolución Rusa fue alcanzando una notable preeminencia. El partido ganó el espacio público con las acciones de solidaridad con el proceso soviético. El 7 de noviembre de 1918, junto a otras organizaciones obreras y de izquierda, el PSI impulsó en Buenos Aires una marcha en conmemoración de la insurrección de octubre, en la que participaron unas diez mil personas, y que luego se convirtió en una suerte de efemérides anual impostergable. Todo el análisis que el partido hacía de la situación internacional fue tamizado por la dinámica del movimiento iniciado por los bolcheviques. Con la firma del armisticio que puso fin a la Guerra Mundial, pocos días después, el CE del PSI expresó: “Ratificar su solidaridad con el gobierno de los «soviets» de Rusia y congratularse por el movimiento maximalista que en Bulgaria, Austria-Hungría y Alemania se propone establecer un estado de cosas idéntico al de la nueva Rusia, augurando se extienda por todo el universo”.³⁶ En el posterior manifiesto que celebraba la culminación de la conflagración bélica, saludaba: “¡Gloria a los maximalistas rusos! Gracias a su acción la horrenda carnicería mundial se ha acortado en algunos años, ahorrando a la humanidad varios millones de muertos”, aludiendo al hecho de que la Revolución de Octubre había diseminado

35. *Historia del socialismo marxista...*, ob. cit., p. 58.

36. *Historia del socialismo marxista...*, ob. cit., p. 64.

“las semillas de la revolución social” y provocado el derrumbe de los imperios centrales. Y culminaba su proclama:

Los maximalistas rusos, heroica vanguardia del socialismo internacional, han echado los cimientos de una Humanidad nueva, la Humanidad redimida del porvenir, sin castas ni privilegios sociales, sin guerras y sin déspotas. Firmes en nuestros principios pacifistas e internacionalistas, trabajemos en nuestro medio por el advenimiento de hora tan venturosa. [...] y preparemos la transformación revolucionaria de la sociedad americana.³⁷

A fines de 1918 el PSI publicó la constitución de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia.³⁸ Y comenzó a realizar campañas por su reconocimiento por parte de la Argentina, agitando esa consigna en el periódico y en sus proclamas electorales: Ferlini, quien había sido electo como el primer concejal del partido, en julio de 1920 pidió pronunciamiento en ese sentido al Concejo Deliberante de la Capital Federal para que lo solicitase al Congreso Nacional. En el campo de la propaganda, la labor fue muy vasta. En 1919 se publicaron escritos de Lenin y Zinoviev sobre el socialismo, la guerra y la revolución: *De la Revolución Rusa*.³⁹ El PSI también consideró auspiciosa la edición en Buenos Aires de *Documentos del Progreso*, revista que cubría la realidad del régimen soviético, y reproducía escritos de sus autoridades. Bajo la dirección de Simón Scheimberg y Aldo Pechini, se publicaron 45 números entre agosto de 1919 y junio de 1921. Desde esa publicación salieron varios folletos y libros de Lenin, Trotsky, Zinóviev y Radek.

La Revolución Rusa como rechazo y como principio identitario en la izquierda: del socialismo al comunismo

Recapitemos y profundicemos la reflexión sobre algunos de los ejes tratados. Tras la caída del zarismo, el PS argentino apeló a una comprensión de los acontecimientos bajo un diagnóstico general: se estaba ante los inicios de una “revolución socialista” (una era de transformación a favor de los trabajadores) a escala mundial. ¿Cuál era la concepción del partido acerca del carácter de la revolución, tanto en Rusia como en Argentina? En tanto se derrocara un régimen despótico, su legitimidad

37. *Historia del socialismo marxista...*, ob. cit., pp. 65-66.

38. *Constitución de la República Rusa Socialista Federal de los Soviets*, Buenos Aires, Ed. Marxista, 1918.

39. G. Zinoviev y N. Lenin, *De la Revolución Rusa*, Buenos Aires, PSI, 1919.

histórica estaba presente. Por ello se aludía a una revolución democrática, que abría curso a la conquista de las libertades individuales, civiles y políticas. Pero a la vez implicaba la lucha por la justicia social y las reformas a favor de los trabajadores, y era allí donde asumía un sentido vagamente socialista, pero de orientación indeterminada, sin temporalidad, tareas, sujetos o procesos claramente establecidos. Esa revolución no estaba limitada a un tiempo corto y rupturista, era identificada como un proceso largo, de gradual expansión de los valores y los logros materiales de la libertad y la igualdad, conquistados en un camino de reformas. Entendido de este modo, reforma y revolución quedaban concatenadas, no excluyentes.

El partido de Justo reconocía la participación de las masas en el proceso de la Revolución Rusa (si bien alertando sobre los caóticos “desbordes”), pero dirigía su mirada preponderantemente en las representaciones políticas, sin calibrar cabalmente el peso del protagonismo popular. Era expresión de la orientación institucionalista del PS, que tendía a no encontrar carácter positivo en las formas de acción directa y violenta de las masas. Aunque entendía al sujeto social participante como clase trabajadora en lucha por sus derechos, antes que como una suerte de pueblo cívico activo. Sólo ocasionalmente diluía a la clase obrera en un sujeto más indeterminado, al sumarle los campesinos y otros sectores oprimidos. Es decir, se trataba de una explicación reformista e institucionalista, pero en términos de clase.

En el balance del PS lo acaecido en octubre era un golpe de Estado, protagonizado por agitadores sin respaldo popular, que habían extraviado el curso sensato de la construcción de una república abierta a las reformas democráticas y atenta a sus responsabilidades en la guerra, para reconducirlo a la aventura de un gobierno extremista, que dejaría como consecuencia el marasmo del hambre, el desquicio en la administración, la guerra civil y un armisticio indigno con la autocracia alemana. En esta visión, la saga abierta en Petrogrado se había desnaturalizado y había perdido su destino histórico, descarriándose hacia la confrontación social y la política violenta. Reconocían una suerte de período ascendente hasta el levantamiento de Kornílov: hasta ese período todas las informaciones sobre el tema en *La Vanguardia* estuvieron bajo el título “La revolución rusa”. Luego de ello, quedaron bajo el rótulo “La situación en Rusia”. La revolución verdadera era la de febrero y su estela, mientras que lo siguiente era la anarquía, la inconcebible lucha por el poder entre soviets, gobierno y partidos, y finalmente el golpe de Estado. Detrás de esta idea de desvío, ¿no queda exhibida la ausencia de una genuina teoría de la revolución en el socialismo argentino y, en cierto sentido, algunos de los límites de su instrumental teórico y programático? El partido no alcanzó a definir plenamente la dinámica del

proceso revolucionario, las estrategias puestas en juego, las fases, las fuerzas motrices, los aliados y adversarios de cada orientación. Como ocurrió con la mayor parte de la II Internacional, al socialismo local se le dificultó la comprensión de las contradicciones y dilemas que esmerilaron al gobierno provisional, fortalecieron la autonomía de los soviets y encumbraron a los bolcheviques. Era sintomática la acusación hacia estos últimos como bakuninistas, fuera de la tradición socialista. Para el PS no podía existir un socialismo revolucionario: lo consideraba una contradicción de términos. Y por eso el proceso de expulsión-escisión del ala de izquierda internacionalista aparece como inevitable.

Poco después, más definido el curso del proceso soviético, el PS profundizó una impugnación global a la revolución impulsada por los bolcheviques, oponiendo la dictadura del proletariado a un verdadero camino socialista democrático. En 1919 De Tomaso asistió al Congreso de Berna de la Internacional Socialista, teniendo la oportunidad de entrevistarse con Pável Axelrod, Eduard Bernstein y Alexander Kerenski. Su periplo europeo fue reconstruido con las crónicas publicadas en *La Vanguardia* y finalmente editadas en el libro *La Internacional y la revolución*. “La práctica de la democracia, en el orden político y en el orden económico, no se improvisa, y a ella no puede sustituirse la dictadura de ninguna minoría por más iluminada que se considere”, sostenía De Tomaso.⁴⁰ También resultaba clave el método: “La violencia de arriba no puede reemplazar la conciencia de las masas. Y su culto durante las revoluciones rusa y alemana por una parte de los revolucionarios, que han sustituido o quieren sustituir las bayonetas, las ametralladoras y los automóviles blindados a las asambleas constituyentes, es otra de las consecuencias de la guerra”. Para el dirigente del PS la “llamada dictadura del proletariado” era una experiencia fallida, que “de simple pasaje perdido en el libro de un teórico del socialismo, de postulado más o menos vago”, se había convertido en la excusa para el golpe de Estado y la sustitución de la democracia y la voluntad de la mayoría.

Por otra parte, al PSI, aún en su consustanciación con la emergente dictadura del proletariado en Rusia, le costó definir una identidad política homogénea. Se halló en tensión y reformulación interna durante sus tres años de existencia. Inicialmente, pretendió disputar su razón de ser al propio PS, presentándose como el genuino representante de un proyecto socialista que aquella organización habría mancillado. Pero ese partido de rasgos revolucionarios, hostil al parlamentarismo y orientado hacia la lucha de clases que se pretendía conformar no era fácil de plasmarlo en los marcos tradicionales heredados de la Segunda Internacional.

40. Antonio De Tomaso, *La Internacional y la revolución*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1919, p. 122. Agradezco a D. Ceruso el acceso a esta fuente.

Finalmente, se conocieron las resoluciones del II Congreso de la Internacional Comunista (IC), concluido el 7 de agosto de 1920 en la capital soviética. Entre ellas, estaban las 21 condiciones de la “Circular Zinóviev”, estipulando los requisitos que las organizaciones miembros debían cumplimentar, incluso, adaptar su propia denominación. Por esta razón el PSI convocó a su I Congreso Extraordinario, celebrado el 25 y 26 de diciembre en el salón del Circolo Mandolinístico de Buenos Aires, con un escenario adornado por dos inmensas banderas rojas y un escudo de la Rusia soviética. Se presentó el proyecto que proponía acatar la citada Circular. Ello implicaba un estatuto que suponía una transformación definitiva de la fuerza, intentando convertirla en una organización disciplinada, orientada a la conspiración revolucionaria y la acción clandestina, un proceso que experimentó fuertes desventuras, como se observó en los siguientes años.⁴¹ Desde ese momento pasó a llamarse Partido Comunista, Sección Argentina de la Internacional Comunista. En su manifiesto la referencia a 1917 fue inevitable: “La Revolución Rusa es nuestra antorcha. Ella encierra un caudal inmenso de experiencias revolucionarias. La Revolución Rusa tiene un valor universal. Sus principios son los únicos que pueden servir de base a las próximas revoluciones proletarias en todos los países”.⁴² La constitución del PC y la adhesión a las pautas políticas, programáticas y organizativas provenientes de la IC supuso un salto en su homogeneización, que exige un análisis detenido. El modelo de Octubre fue el hilo rojo que terminó galvanizando a la nueva corriente, dotándola de un principio de identidad y diferenciándola del resto de las culturas políticas de izquierda.

Bibliografía

- Adelman, Jeremy (2000), “El Partido Socialista Argentino”, en Mirta Z. Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, en *Nueva Historia Argentina*, t. V, Buenos Aires: Sudamericana.
- Aricó, José (1999), *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Becerra, Marina (2009), *Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino. Enrique Del Valle Iberlucea*, Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Camarero, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.

41. Las nuevas disposiciones fueron rápidamente editadas: PC, Sección Argentina de la III Internacional, *Estatutos. 21 condiciones de la Internacional Comunista. Tesis sobre la Sindical Roja y Declaración de Principios*, La Internacional, 1921.

42. Partido Comunista, Comisión del Comité Central, *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires: Anteo, 1947, p. 44.

- (2017), *Tiempos rojos. El impacto de la Revolución rusa en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- y Carlos M. Herrera (eds.) (2005), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo.
- Campione, Daniel (2005), *El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos*, Buenos Aires: Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos-Centro Cultural de la Cooperación.
- Corbière, Emilio J. (1984), *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires: CEAL.
- (1987), *El marxismo de Enrique del Valle Iberlucea*, Buenos Aires: CEAL.
- Del Valle Iberlucea, Enrique (1934), *La Revolución Rusa*, Buenos Aires: Claridad.
- Díaz, Hernán (2015), “El periódico *Palabra Socialista* (1912-1914) y los comienzos de la disidencia marxista en el PS”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año III, n° 6, pp. 95-114.
- Doeswijk, Andreas (2013), *Los anarco-bolcheviques rioplatenses (1917-1930)*, Buenos Aires: Cedinci.
- Marianetti, Benito (1971), *Enrique del Valle Iberlucea. Una honesta conducta frente a la Revolución Rusa*, Buenos Aires: Silaba.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2015), “¿Males pasajeros? El Partido Socialista frente a las consecuencias de la Ley Sáenz Peña”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año III, n° 6, marzo, Buenos Aires, pp. 53-72.
- Pittaluga, Roberto (2015), *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires: Prometeo.
- Poy, Lucas (2014), “Juan B. Justo y el socialismo argentino ante la Primera Guerra Mundial (1909-1915)”, en *Política y Cultura*, n° 42, México, pp. 155-181.
- Walter, Richard J. (1977), *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Texas: The University of Texas at Austin.

* * *

Título: “Socialism, the internationalist left and the nascent communism of Argentina in the face of the Russian Revolution of 1917”.

Resumen: Este artículo estudia las primeras influencias de la Revolución Rusa de 1917 dentro de las izquierdas argentinas, en particular las orientaciones teóricas, políticas y estratégicas adoptadas por el Partido Socialista, la tendencia de izquierda de esa organización y el emergente comunismo. Este análisis brinda elementos para comprender los modos en que estas corrientes entendieron el sentido de la revolución y las potencialidades y límites del programa reformista, democrático y/o revolucionario, así como sus definiciones acerca del sujeto del cambio social y el lugar de las masas en los acontecimientos.

Palabras clave: Revolución Rusa – Partido Socialista – Izquierda socialista – Comunismo

Abstract: This article studies the first influences of the Russian Revolution of 1917 in the Argentine left, in particular the theoretical, political and strategic orientations adopted by the Socialist Party, the tendency of left of that organization and the emerging communism. This analysis provides elements to understand the ways in which these currents understood the meaning of the revolution and the potentials and limits of the reformist, democratic and revolutionary program, as well as their definitions about the agent of change social and the place of the masses in the events.

Keywords: Russian Revolution – Socialist Party – Socialist Left – Communism

Entre la Revolución Rusa y Nuestra América. La prensa militante: 1919-1935

Ricardo Melgar Bao

INAH-México
melgarr@gmail.com

*A Hilda Tisoc Lindley in memoriam,
compañera de búsquedas y
hallazgos hemerográficos*

Primer umbral: hacia una genealogía de la prensa escarlata

La prensa de las izquierdas, aunque tuvo sus primeras manifestaciones en el siglo XIX, su desarrollo nos remite al siglo XX. Y la prensa cominternista al arco temporal que marcó la existencia de la Internacional Comunista. Representó en muchos sentidos la fuerza expansiva de la Revolución Rusa y del nuevo Estado. Para su mejor comprensión sugerimos ubicarla como un capítulo del devenir de la prensa obrera y de izquierda, ya que reprodujo o retomó elementos previos. Fue así que asumió varias funciones que ya eran familiares a los editores y lectores, aunque con diferenciados énfasis que guiaban sus tareas de educar –o “ilustrar”– a los trabajadores; tejer redes de solidaridad local, regional, nacional y, a veces, internacional. Habría que agregar que sirvió de vehículo de denuncia y combate contra las fuerzas sociales e ideológicas y sus dirigentes o epígonos, a las que consideraban adversarios o enemigos.

Algunos analistas sostienen equívocamente que la prensa cominternista se explica por sí misma, obviando la existencia de tradiciones previas, que habían modelado los modos de escribir y leer. Recordemos que los impresores ya habían aprendido a aceptar los riesgos de edición (periódicos, carteles, folletos, libros), que podían levantar las iras gubernamentales. En 1901 Luis Emilio Recabarren (1876-1924), la figura mayor del socialismo chileno, expresó con claridad la función política, educativa y cultural de la prensa obrera para su país. Una línea de continuidad en su pensamiento acerca del diarismo atraviesa su militancia democrática, socialista y comunista. Pensando en térmi-

nos más amplios consideramos que sus primeras palabras al respecto tradujeron también la orientación hegemónica de la prensa obrera y de izquierda en el continente, salvo su criterio utopista de confiar en su capacidad de convencimiento hacia quienes extraviaron el camino, o de quienes se convirtieron en oponentes y que en no pocos momentos lo hostigaron policialmente y censuraron la prensa obrera y socialista:

La prensa obrera tiene por misión sagrada contribuir a la ilustración y difundir la cultura en las costumbres de los pueblos.

Un periódico que llegue a las manos de un hijo del trabajo debe ser un libro en el cual encuentre la savia vivificante para fortalecer el espíritu, cuando abatido por las luchas de la vida, se siente adormecer. [...]

Debe rebatir las ideas del adversario o del amigo, cuando no las creas buenas, con cultura, moderación y altura de miras, procurando convencer al que se crea en marcha extraviado con buenas razones y con argumentos...¹

La prensa obrera no es sinónimo de prensa de izquierda, tampoco lo es la prensa sindical. La primera no implica necesariamente a las otras. Sin embargo, entre ellas hubo mixturas, mediaciones y más de algún desencuentro. La prensa cominternista tendió a abrirse como un abanico, teniendo como columna vertebral a la partidaria y como subalternas a las dirigidas a sectores obreros sindicalizados, a los intelectuales, a la juventud y ocasionalmente a los campesinos, jornaleros rurales o indígenas.

La prensa de izquierda fue significada en primer lugar por su carácter combativo en los terrenos ideológicos y políticos, exponiendo su punto de vista acerca de ciertos hechos o acontecimientos afines a los intereses de sus agrupaciones y de las clases subalternas. En segundo término, por ser un vehículo de transmisión de ideas y, por ende, de construcción de identidad política. En tercer lugar, por cumplir una función pedagógica.

Podemos afirmar que en sus inicios y en la mayoría de nuestros países, la prensa cominternista fue laxa, al punto que bien podríamos filiarla como filocominternista. Careció de un centro. Expresó, más bien, las ideas y acciones de algunos núcleos comunistas obreros, intelectuales o mixtos. La simultaneidad de sus expresiones gráficas aunadas a las debilidades orgánicas de las organizaciones procominternistas permitieron apreciar la existencia de autonomías relativas por parte de sus editores locales, las cuales incidieron en sus públicos lectores.

1. Luis E. Recabarren, "El deber de la prensa obrera" (1901), en Cruzat y Devés (2015).

Fueron tiempos en que el imaginario social de las clases subalternas, principalmente urbanas de la primera posguerra, sintió el influjo de la Revolución Rusa, gracias a la prensa militante. Sin embargo, debe ser ubicada en un proceso mayor que la vinculó a la guerra civil y a la constitución del Estado socialista, entre el comunismo de guerra y la Nueva Política Económica. Así las cosas, la recepción continental de dicho proceso permitió encontrar vías muy sugerentes acerca de la diversidad étnica y religiosa, el comunismo rural (el *mir*) y la construcción de un Estado más inclusivo e internacionalista.

Durante esos años las organizaciones sindicales y políticas vivieron un proceso de escisión y remodelación cultural en el cual cumplió un papel de primer orden la prensa de la Internacional Comunista (IC). Las ideas, los lemas, los símbolos y los temas iconográficos se volvieron familiares, afines, transfronterizos. Se sumó a lo anterior la presencia de influyentes cuadros itinerantes, los que destacaron temporalmente en algunos países latinoamericanos y que eran portadores de la línea a seguir y de experiencias gráficas europeas. Coadyuvó a lo anterior el envío de dirigentes a Moscú y su incorporación a las escuelas de capacitación política de la IC. Era la primera vez que una Internacional pretendía echar raíces de modo profundo fuera de Europa y en buena medida lo hizo a través de su prensa, la cual logró cierta autonomía cribando particularismos editoriales y de contenido político-cultural no previstos en Nuestra América. José Carlos Mariátegui no se equivocó cuando afirmó que la III Internacional, a diferencia de las precedentes, mucho más que europea, en cierto sentido fue ecuménica.

Afirmamos que el camino de la nueva Internacional fue sinuoso. Sus orígenes nos indican que sus dirigentes tenían muchas dudas sobre su carácter y su horizonte de futuro en los continentes periféricos. La carta de invitación al Congreso Constituyente de la IC, redactada por Trotsky y suscrita por ocho organizaciones partidarias en enero de 1919, entre ellas el Socialist Labor Party de los Estados Unidos, tradujo una concepción orgánica bastante amplia sobre la composición política de los asistentes a su congreso fundacional. Este documento hizo extensiva la invitación a las corrientes no comunistas del sindicalismo revolucionario de la IWW de los Estados Unidos, Inglaterra y Australia, así como a las filiadadas como socialistas en los países escandinavos.

Aunque para el núcleo organizador cominternista el centro seguía siendo Europa, en sus análisis y consideraciones táctico-estratégicas sobre la revolución, la lucha contra la II Internacional y la conquista del movimiento obrero, la participación del mundo colonial (Irlanda), los países orientales (Turquía, Persia, China, Turquestán, Georgia, Azerbaiyán, etc.), así como la participación de los llamados países campesinos de los Balcanes, forzaron una situación nueva. Su sola participación

simbolizaba de manera evidente la impugnación del horizonte obrerista y europeísta con que se proyectó el nacimiento de la III Internacional. Si bien es cierto que América Latina quedó ausente de la agenda en sus inicios, no tardaron en manifestarse las primeras adhesiones y formas orgánicas pro cominternistas en países como Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay.

La orientación general del evento comunista tuvo como rasgo sustantivo la necesidad de diferenciarse de la II Internacional y obtener un perfil propio en lo ideológico, teórico, político y orgánico. La crítica al neokantismo, evolucionismo y machismo como corrientes ajenas al marxismo se presentaba como un elemento de necesaria convergencia ideológica para oponerse y criticar a las bases doctrinarias del socialismo, sindicalismo y cooperativismo reformista. El repudio al colaboracionismo socialista, tanto al guerrerismo burgués de la Primera Guerra Mundial, como a la política colonial propia de la nueva fase de crisis capitalista, fue otro rasgo sustantivo de la izquierda cominternista. Los términos socialcolonialismo, socialimperialismo y socialtraidores evidenciaban la pasión por la crítica, la lucha por su propia identidad y la pérdida de su capacidad de convocatoria. En general, su prensa, sus símbolos, sus formas orgánicas y sus tácticas de lucha fueron modelando una subcultura política. Destacaba su reivindicación de la violencia revolucionaria, significada por la acción directa de las masas bajo la pretensión de conquistar el poder y sentar las bases de una nueva sociedad. Su énfasis puesto en los consejos de fábrica, el sindicalismo revolucionario, los comités de acción sindical, así como en el partido de tipo conspirativo, expresaron en lo orgánico un rechazo y negación del legado reformista de la II Internacional, pero también del radicalismo espontaneísta de la I Internacional. La Revolución socialista fue su norte principal, al que estaba asociado, su apuesta a favor de la reorientación revolucionaria de los movimientos anticolonialistas y antiimperialistas.

En Moscú, durante el I Congreso de la IC en marzo de 1919, tomando como base la invitación al mismo, el espartaquista Hugo Eberlein (Albert) y el bolchevique Nicolai Bujarin se abocaron a redactar su plataforma, con la finalidad de trazar los lineamientos políticos y programáticos de la praxis comunista mundial. Su contenido se dividió en cuatro puntos: conquista del poder político; cuestión de la democracia o la dictadura de clase; expropiación de la burguesía; y construcción del estado proletario y el camino de la victoria. De ellos se desprendieron los objetivos de destrucción del aparato estatal construcción del estado proletario; la defensa de la dictadura del proletariado frente al acoso reaccionario; la vigencia de los soviets o consejos como órganos de la democracia socialista; la confiscación y socialización de fábricas, latifundios, bancos, comercios y servicios en oposición al gradualismo estatista de los

reformistas; la práctica de “la acción directa de las masas incluido su resultado lógico, el choque directo, la guerra declarada con la máquina de estado burguesa” en rechazo al pacifismo y oposición tolerada de la II Internacional (Castro, 1975).

En 1921, en las páginas de *La Internacional*, vocero de los comunistas argentinos, se publicaron las primeras crónicas de viaje a Rusia de Rodolfo Ghioldi.² No fue el único viajero, pensemos en las crónicas publicadas por Luis Emilio Recabarren.³

Concluido el período 1919-1923, tiempo de formación de sus primeras secciones en el continente y de la aparición de sus aurales periódicos, constatamos que en el curso de los siguientes diez años continuó la extensión del movimiento comunista organizado, llegando a abarcar la región andina y el Caribe. Hemos de destacar que fue acompañado de procesos de escisión que dieron origen a partidos como el que fundase José F. Penelón en Argentina, o las diversas entidades filiadas como parte de la “Oposición Comunista”, pero también de autonomización, como sucedió con el movimiento socialista liderado por José Carlos Mariátegui en el Perú (Camarero, 2007; Flores Galindo, 1980). Esta historia dejó huella en sus periódicos y revistas, cominternistas o no.

Entre los años 1919 y 1923, el tópico de la Revolución Rusa se había expandido de muchos modos en el imaginario social latinoamericano; no así los enfoques antiimperialistas, todavía demasiado deudores del arielismo rodoniano. Se había transitado de las noticias difusas o sesgadas acerca del proceso revolucionario ruso a la recepción de los primeros textos político-doctrinarios elaborados dentro o fuera de sus fronteras. Corrían los tiempos de lucha por la difusión del marxismo cominternista en América Latina. Los contados artículos del principal vocero cominternista sobre la región expresaban un cierto desinterés por el fenómeno imperialista, acaso porque todavía se creía que la fase de ascenso revolucionario en Europa cambiaría su faz, su orden, su futuro.⁴ De manera gradual y convergente con la atención que suscitaba la Revolución China y la fase de reflujo revolucionario europeo, la

2. R. Ghioldi, “El viaje. Carta desde Moscú”, en *La Internacional* (Buenos Aires), 15 de agosto de 1921; R. Ghioldi, “Un sábado comunista de los delegados extranjeros”, en *La Internacional* (Buenos Aires), 9 de octubre de 1921.

3. Luis E. Recabarren, “Desde Moscú: Organización fundamental de las industrias”, *La Federación Obrera* (Santiago), 3 de febrero de 1923; “En Moscú: Una pequeña velada por el grupo hispano-sudamericano”, *La Federación Obrera* (Santiago), 4 de febrero de 1923.

4. Según se desprende de la consulta de los ejemplares existentes de la edición francesa de *La Correspondance Internationale* entre los años 1921 y 1923 en la Biblioteca del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam y la Biblioteca Nacional de París.

cuestión antimperialista se fue haciendo visible. Los escritos de Lenin comenzaron a ser traducidos y publicados en los periódicos comunistas⁵ o bajo la forma de folletos.⁶ Fue acaso excepcional la edición castellana en México, en 1922, de una de las primeras reinterpretaciones titulada *El imperialismo americano*, de Luis C. Fraina.⁷

En la siguiente fase de entreguerras, se vivió la lucha por la asimilación y desarrollo creador del marxismo latinoamericano, el cual iba en contra de las versiones europeístas y orientalistas.⁸ Ése fue el período de constitución de las ligas antiimperialistas y de otras organizaciones disidentes y alternativas de filiación socialista, como la Unión Latino Americana (ULA) o la Unión Centro Sudamericana y de las Antillas (UCSAYA) y la más vernácula y populista de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA).⁹ Por esos años comenzaron a proliferar las lecturas y estudios sobre el fenómeno imperialista en América Latina, los que pueden ser rastreados a través de la prensa cominternista de cada país.

5. Véase Vladimir Ilich Lenin, “Mensaje a los soviets húngaros”, *Documentos del Progreso* (Buenos Aires), año 1, n° 2, 15 de agosto de 1919, y “Una nueva carta a los trabajadores de Europa y Norte América”, *Documentos del Progreso* (Buenos Aires), año 1, n° 3, 1 de septiembre de 1919.

6. Vladimir Ilich Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Santiago de Chile: Nueva América, 1917.

7. La relevancia es mayor si consideramos que el texto de Lenin incluido por dicha biblioteca fue *El Estado y la revolución* (1921), que la editorial cominternista La Internacional de Buenos Aires editó en 1922, pero ninguno dedicado al tema del imperialismo.

8. Entre los primeros artículos sobre el tema del imperialismo en América Latina destacan George Harrison, “Les intrigues des Etats Unis aux Nicaragua”, *La Correspondance Internationale*, 12 de enero de 1925, p. 75; J. Wilenkin, “Au Mexique. La Lutte du gouvernement et des ouvriers contre l’Église catholique et l’impérialisme Américain”, *La Correspondance Internationale*, n° 128, 28 de noviembre de 1926, p. 1558; “L’Affaire de Tacna-Arica et l’impérialisme Américain”, *La Correspondance Internationale*, n° 32, 13 de mayo de 1926, p. 288. A partir de 1927 la atención sobre el fenómeno imperialista y la propia región se despuntó con siete artículos, dos sobre la región en su conjunto escritos respectivamente por el propio Comité Ejecutivo y un tal M. Tanin; los restantes refieren los casos de México y Nicaragua, uno de ellos redactado por Codovilla. Entre 1928 y 1929, el vocero cominternista sólo dedicó un artículo específico a la agresión imperialista rubricado por el venezolano Salvador de la Plaza, “La lutte du Nicaragua, lutte de l’Amérique Latine pour son indépendance”, *La Correspondance Internationale*, n° 9, 28 de enero de 1928, p. 119, y en los demás artículos el imperialismo aparece como un referente obligado y de cliché en los análisis esquemáticos sobre la reacción y el terror de las clases opresoras en la Argentina, Brasil, Uruguay, salvo en algunas de las reproducciones de las intervenciones de los delegados latinoamericanos en el curso del VI Congreso de la IC (1928).

9. Véase Melgar Bao (2006-2007, 2010 y 2002).

El tenor conmemorativo del centenario de la independencia en varios países de la región reavivó entre la intelectualidad democrática y de izquierda el celo por la soberanía frente al creciente injerencismo norteamericano, suscitando nuevas lecturas de Martí y de Bolívar. Y fue evidente que el perfil de uno y otro proceso, así como de las necesarias y diversas mediaciones del primero al segundo período, no tuvo el mismo rango de dificultad teórica y complejidad real. Una exhaustiva cronología sobre las intervenciones imperiales en América Latina debida a Gregorio Selser nos permite subrayar la existencia de un punto de viraje gracias a la resistencia de Sandino y su pueblo frente a la ocupación norteamericana de Nicaragua (Selser, 2001: 377-572), la cual impactó a la propia Internacional Comunista en su lectura regional.

Recuérdese que entre 1924 y 1925 aparecieron las versiones principales del “leninismo”, según lo refrendó la aparición de los polémicos ensayos sobre el tema elaborados por Zinoviev, Bujarin, Trotsky y Stalin. Fue así que la obra de Lenin quedó filtrada por estas versiones, deudoras de sus deficientes y escasas traducciones en América Latina. De este modo, la tesis sobre el imperialismo como fase superior del capitalismo devino en “fase final”. En lo general, desde el mirador cominternista posleninista se comenzaron a reconfigurar los conceptos de revolución, partido, imperialismo y antiimperialismo, consideradas como las claves de un disputado legado leninista. La gesta sandinista generó muchas versiones, tantas como facciones cominternistas existían, en cuyas discrepancias afloraba un lenguaje común: partido, revolución, clase, imperialismo. La misma tónica apareció en las lecturas de otros procesos nacionales de interés cominternista.

Entre los años 1924 y 1929, a la IC le tocó vivir una de sus fases de mayor trascendencia y crisis política. Fallecido Lenin, las facciones del PCUS exacerbaban sus contradicciones al punto de afectar la orientación de la propia Internacional. El eje de sus disputas pasaba por la mediación legitimadora del “legado leninista” de la Revolución de Octubre: la construcción del socialismo en un solo país y el curso de la Revolución mundial. Desde el mirador cominternista latinoamericano, hubo amalgama de ideas y dudas antes que debates y fracturas sensibles. La campaña antitrotskyista sembró más fantasmas e incomprensiones acerca de sus propias divergencias sobre los asuntos capitales de la cuestión nacional o continental.

El segundo ciclo de la IC se caracterizó por una aguda beligerancia ideológica, en el marco de un período de relativa estabilización capitalista y de asentamiento de la economía soviética, previa a la crisis de 1929. El faccionalismo político cominternista y su desarrollo orgánico, partidario y sindical, contrastaba con una fase de reflujo del movimiento revolucionario en el escenario mundial. Este particularismo se hizo

evidente en nuestra región, expresándose en la búsqueda del carácter de la revolución latinoamericana más allá de las tesis europeístas y orientalistas. Así, el problema del imperialismo parecía abarcarlo todo, pero el modo de leerlo y atenderlo políticamente carecía de consenso. Fue altamente significativo que el mejor estudio sobre el imperialismo norteamericano desde el ángulo económico fuese publicado en Nueva York a mediados de 1925 por dos profesores norteamericanos, Scott Nearing y Joseph Freeman su obra fue traducida al castellano y editada en México,¹⁰ convirtiéndose en un clásico para los cuadros cominternistas latinoamericanos. No fue casual que la prensa militante reprodujese varios pasajes de dicha obra.

Durante este mismo período, la dispersión y confrontación faccional aproximó las vanguardias latinoamericanas más a la corriente bujarinista que a la trotskista, zinovietista o estalinista. Frente a la versión trotskista sobre la Senda de Occidente, el camino de Oriente promovido por Zinoviev a pesar suyo, y más propiamente por las corrientes estalinista y bujarinista, logró consolidar una precaria hegemonía en el seno de la IC. Un sector de los cominternistas latinoamericanos celebró el reconocimiento de la vía oriental, pero marcó sus distancias en la medida en que no consideraron a sus países como colonias, por lo que les tocaba vivir otra etapa.¹¹

El eclecticismo y la flexibilidad tanto de las tesis orientalistas *sui generis* del estalinista ruso Gusev como de las del bujarinista Humbert-Droz representaron un interesante esfuerzo de réplica a las impugnaciones del paradigma europeísta de la revolución mundial por parte del sector más crítico de la vanguardia comunista de América Latina. Próximos a éstos, sostenían que la lucha antiimperialista y antiburguesa era posible, además de que acertaba los caminos y tiempos hacia el socialismo.

10. Scott Nearing y Joseph Freeman, *La diplomacia del dólar: un estudio acerca del imperialismo americano*, México, Sociedad de Edición y Librería Franco-Americana, 1926.

11. La postura de Mariátegui el 28 de septiembre de 1923 fue muy clara y concisa sobre la nueva coyuntura mundial: “Esta situación nueva se puede resumir en tres observaciones: 1) Europa carece de autoridad material para sojuzgar a los pueblos coloniales, 2) Europa ha perdido su antigua autoridad moral sobre esos pueblos; 3) La conciencia moral de las naciones europeas no consiente en esta época, al régimen capitalista, una política brutalmente opresora y conquistadora contra el Oriente. Existen, en otras palabras, las condiciones históricas, los elementos políticos necesarios para que el Oriente resurja, para que el Oriente se independice, para que el Oriente se libere. Así como, a principios del siglo pasado, los pueblos de América se independizaron del dominio político de Europa, porque la situación del mundo era propicia, era oportuna para su liberación, así ahora los pueblos del Oriente se sacudirán también del dominio político de Europa, porque la situación del mundo es propicia, es oportuna para su liberación” (1994: 899-902).

Desde otro mirador, la URSS, a diferencia del período anterior, se veía obligada a inaugurar una nueva política internacional, diplomática y comercial frente al cerco imperialista europeo y norteamericano. Los intereses del Estado soviético afectaron, y fueron afectados a su vez, por la labor revolucionaria de la IC, lo cual se manifestó en América Latina. Los casos de México y Argentina fueron ilustrativos, tanto por el asunto del petróleo como por el de la minería y la ganadería. Sin embargo, sería erróneo e injusto afirmar que las secciones adheridas a la IC, reconocidas o no, fueron marionetas de la política soviética del “Socialismo en un sólo País”. Por el contrario, floreció la defensa de la relativa autonomía de los partidos socialistas revolucionarios vinculados a la IC en Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela, cuando menos hasta los inicios de 1930. Las páginas de *El Libertador*—el vocero de la Liga Antiimperialista de las Américas—, y aún de *La Correspondencia Sudamericana*—vocero del secretariado Sud Americano de la IC—, así lo refrendan.

La propia Liga Antiimperialista Mundial mantenía una autonomía y flexibilidad que no ostentaba, para los mismos años, la Internacional Sindical Roja (ISR), aunque sí la Internacional Campesina (Krestintern), la cual tenía como figura mayor en la región al mexicano Úrsulo Galván y alguna otra. La Liga Antiimperialista de las Américas tenía, desde su fundación en 1925, su sede principal en México, pero a partir de febrero de 1927 la sección argentina pugnó por lograr la hegemonía estaliniana en su seno, bajo el liderazgo de Codovilla. Al mismo tiempo, la flexibilidad política de la Liga fue puesta a prueba con motivo de la disidencia aprista liderada por Haya de la Torre en el curso del Primer Congreso Antiimperialista Mundial, realizado en Bruselas en 1927.

Al respecto, mención especial merece la participación cubana dentro y fuera de la isla a través de las figuras señeras de Rubén Martínez Villena y Julio Antonio Mella. Martínez Villena, desde la dirección de la revista *Venezuela Libre* (1925), y principalmente desde *América Libre* (1927),¹²

12. *Venezuela Libre* (La Habana) se adscribió en su segunda época como “órgano revolucionario latinoamericano” e hizo explícito un claro tenor antiimperialista, como apareció en su edición especial números 14 al 18 (septiembre-diciembre de 1925). En la portada definió su postura con tres lemas ubicados en su campo izquierdo de arriba a abajo: Por la libertad de los Pueblos, Contra las tiranías de América, Contra el Imperialismo yanqui. En su campo derecho una imagen simbólica, en ella y encerrada en un círculo apareció la figura cartográfica de las dos Américas oprimidas por una serpiente enroscada en torno suyo, cuyas fauces estaban proyectadas sobre la isla de Cuba, El artículo central fue el de Julio Antonio Mella, titulado “Hacia una Internacional Americana” acompañado de varios textos antiimperialistas. Una nota refería que la Liga Antiimperialista de las Américas contaba con tres secciones: la norteamericana de Manuel Gómez, la mexicana de Rafael Carrillo y la de Cuba de Julio A. Mella. Por su parte, *América Libre*, se adscribió como Revista Revolucionaria Americana desde su primer número en abril de 1927. Entre sus redactores estaban

promovió las primeras campañas antiimperialistas de la Liga, mientras que Mella, desde su exilio en México, capitalizó las diversas tribunas periodísticas o de plaza pública a su alcance. Su obra más conocida es el deslinde que realiza frente a Haya de la Torre y el APRA, *¿Qué es el Arpa? La lucha revolucionaria contra el Imperialismo* (México, 1928).

A pesar de ello, el legado de los congresos precedentes en política campesina, sindical, intelectual y antiimperialista, asimilado por los comunistas latinoamericanos, no pudo ser cancelado por la línea izquierdizante del VI Congreso de la IC de “clase contra clase” (1928). En este sentido, el período 1924-1929 representó, desde la perspectiva de sus luchas internas, la continuidad y la persistencia de las tesis clasistas y frentistas del período precedente.

Segundo umbral: proceso, estigma y realidad

Durante esos años, que pueden ser considerados formativos, los trabajadores y los militantes de izquierda tuvieron conductas diferenciadas frente a un periódico o una revista de orientación revolucionaria o reformista. Al mismo tiempo, se orientaron a contracorriente del estigma que pesaba sobre los comunistas, el cual era difundido por los grandes diarios burgueses. Aprendieron a ponderar que las formas materiales de los medios gráficos obreros o de izquierda, además de ser vehículos de información o cultura accesibles a sus magras economías, les podían ocasionar riesgos de seguridad en el empleo o en la vida pública. Leer o escuchar la lectura de los titulares y contenidos de dichos medios gráficos fueron prácticas inherentes de su consumo popular. La lectura en voz alta de los titulares y artículos de los periódicos en el seno de un círculo, comité o célula, remontaron a contracorriente los saldos de exclusión social de los servicios de educación pública. La mayoría de las veces, los editores prescindían de remitir un ejemplar de cada edición a las bibliotecas públicas. Las colecciones de periódicos y revistas revolucionarias existentes en locales sindicales, políticos y culturales

los exiliados peruanos Esteban Pavletich y Luis F. Bustamante, quienes poco después serían deportados de la isla, al igual que el venezolano Gustavo Machado. En el número 2, de mayo de 1927, Bustamante escribió un importante texto que aproximó al Congreso de Bruselas con la reunión o Conferencia de Colonia promovida por Haya de la Torre días más tarde de cumplida su ruptura con Mella, titulado “Dos Congresos Anti-Imperialistas”. La cabida que le dio Martínez Villena al artículo de Bustamante consideramos que únicamente señala la dificultad de posicionarse en ese momento político frente a un deslinde cuyos términos recién serían conocidos más tarde. Lo ratifica el hecho de que la revista publica una nota aclaratoria en su n° 4, de julio de 1927, y el hecho de que el propio Bustamante rompiera poco después con Haya de la Torre.

fueron muchas veces motivo de requisita policial o militar. Muchos militantes, activistas o dirigentes que fueron poseedores de dichos acervos han testimoniado su pérdida, sea por acción de un allanamiento a sus moradas, descarte por mudanza, motivo de seguridad, o falta de previsión de medios adecuados para preservarlos.

La prensa cominternista, durante el período de entreguerras, se afirmó como una prensa de carácter faccional con no pocas mudanzas de línea editorial. Fue faccional con respecto al abanico de publicaciones eventuales, periódicas o semiperiódicas generadas por otras corrientes de la izquierda continental y mundial, con las cuales muy ocasionalmente practicaba algún eventual acercamiento y canje. Desde otro ángulo, se inscribió en la misma tradición de la prensa obrera y de izquierda, iniciada durante la segunda mitad del siglo XIX, que fungió como el principal medio letrado formador de cultura política de las clases subalternas urbanas. La mayoría de sus emprendimientos resintió tanto la censura gubernamental como sus limitaciones económicas.

Recabarren, con motivo de su viaje a Moscú para asistir al IV Congreso de la Internacional Comunista en 1922, describió la nave central del palacio zarista expropiado por los bolcheviques y entregado al Comintern. En su pared figuraba la simbólica unidad de las prensas de todas las secciones nacionales:

Un tablero muy grande tiene dibujada una estrella de muchos picos y en cada uno de ellos se ha pegado el recorte o la cabeza o título de cada uno de los periódicos y diarios comunistas del mundo, indicando su nacionalidad.¹³

No podía encontrarse en dicho mural gráfico el vocero del Partido Comunista de Chile, ya que no existía como tal. El dirigente chileno había colaborado, sea en la fundación o como articulista en las páginas de algunos periódicos filocominternistas como: *La Chispa comunista* de Talcahuano, *La Comuna* de Viña del Mar y *El Comunista* de Antofagasta. Cerró su ciclo periodístico con doce colaboraciones publicadas entre el 20 de febrero y el 15 de noviembre de 1924 en las páginas de *Justicia*, 34 días antes de su suicidio. Su última nota periodística en coautoría con Luis V. Cruz fue un mensaje de admonición dirigido a la clase obrera y a los militantes, a poco más de un mes de su suicidio un 19 de diciembre del mismo año: “Dependerá de que ustedes y nosotros lleguemos a hacer de este diario *Justicia* una poderosísima palanca intelectual que

13. Luis Emilio Recabarren (20 de marzo de 1923), “En Moscú: Los dos Congresos Internacionales: El Comunista y El Sindical Rojo”.

mueva la opinión nacional a favor del programa de mejoramiento que nos es común” (Massardo, 2008: 307-308; Cruzat y Devés, 2015: 769).

El caso mexicano ilustra algo respecto de los orígenes. En dicho país se publicaron, en 1919, *El Soviet* (octubre) bajo la dirección de Eduardo Camacho, *El Comunista* (diciembre de 1919) dirigido por Elena Torres. En 1920: *Juventud Mundial* (julio) a cargo de José Valadés, *El Comunista de México* (julio) bajo la animación de Linn E. Gale, *Vida Nueva* (agosto) bajo el liderazgo de Manuel Díaz Ramírez, *Boletín Comunista* inicialmente a cargo de Manuel Díaz Ramírez, *Alba Roja* dirigida por Francisco Vela y *El Trabajador* como vocero de la sección mexicana de la ISR. En 1921: *El Comunista de México* bajo la orientación de Louis Fraña (pseudónimo Luis Carlos Fernández), *El Obrero Comunista y Rebeldía*. Todos ellos precedieron a *El Machete*, primer órgano central y, por ende, nacional del PCM a partir de 1924 (Martínez Verdugo, 1985: 24, 32-33, 408-409; Cruzat y Devés, 2015).

Merece unas líneas la prensa campesina e indígena de izquierda. En primer lugar, la aceptación de que las clases subalternas rurales y las minorías étnicas, debido a sus más acentuadas marcas idiomáticas y ágrafas, tuvieron un proceso de recepción más restringido o accidentado de la prensa. No obstante lo dicho, llegaron a contar con excepcionales proyectos como el de los periódicos mexicanos *La Voz del Campesino* en Veracruz dirigido por el dirigente campesino Úrsulo Galván, representante de la Krestintern para nuestro continente,¹⁴ *Tahuantinsuyo* y *Túpac Amaru* en el Perú de los años 20 del siglo pasado. *Tahuantinsuyo* surgió como expresión de un acuerdo del Primer Congreso Indígena de 1920. Hipólito Salazar –conocido dirigente anarco bolchevique– durante la realización de la sesión del 18 de septiembre de su Tercer Congreso, afirmó: “La propaganda periodística es una de las armas a esgrimir contra el gamonalismo y debe ser un rayo de luz para la culturización de los indígenas que avanzarán más en su organización” (*Actas*, en Kapsoli, 1977: 225). La semana anterior, en compañía de sus camaradas Vilca, Luis Cáceres, Abraham Cervantes y Ezequiel Urviola, presentaron una moción a favor de la adquisición de una imprenta propia que editase su periódico, la cual fue aprobada por unanimidad (Kapsoli, 1977: 225).

14. Úrsulo Galván editó y dirigió *La Voz del Campesino* en Veracruz a partir de mediados de la década de 1920. En su segundo número se ratificó la concepción comunista de dicho periódico: “La tierra cultivada en común, rinde mayores beneficios con menos esfuerzos. Si el cultivo en común alcanzase su grado máximo, sería imposible la prosperidad de los ricos industriales agrícolas. Por eso combaten con tanto ahínco el sistema comunal” (*Recopilación de las principales leyes expedidas por conducto de la Secretaría de Agricultura y Fomento, período de 1° de diciembre de 1924 á 6 de enero de 1927*, México: Imprenta de la Dirección de Estudios Geográficos y Climatológicos, 1927, p. 217).

Los mencionados son un buen ejemplo del abanico limitado de emprendimientos de prensa campesina e indígena de izquierda que se gestaron en algunos países del continente. A través de las páginas de estos periódicos se pueden rastrear sus peculiares recepciones de la Revolución Rusa y de otras experiencias en curso en nuestro continente y en Asia.

Tercer umbral: la prensa como fuente nutricia o prescindible

La perspectiva rusa modeló, al ritmo de sus purgas, relevos y virajes, a la prensa cominternista. Persistió el mismo canon de interpretación de la Revolución de 1917, mucho más sólido que sus imágenes acerca de la construcción del Estado socialista. Esta aproximación a la prensa cominternista ha sido acotado y, por ende, arbitrario, al dejar fuera de su alcance la rica heterogeneidad y el arco temporal mayor de la prensa marxista continental, como los años que van de 1936 a la disolución de la Internacional Comunista en 1943. No obstante lo anterior, contribuye a su esclarecimiento. En primer lugar, nos permite apreciar que más allá de los urgidos referentes nacionales cultivados por los editores, columnistas, colaboradores ocasionales y lectores, estaba muy presente una preocupación y un interés por el panorama mundial y continental, sustentados en la adhesión teórica al marxismo y en alguno de los enfoques sobre el fenómeno imperialista. Asimismo, los períodos de alternancia de crisis y estabilidad capitalista, como de los flujos de ascenso y reflujo de los movimientos revolucionarios y anticolonialistas en curso en los diferentes continentes, eran parte del escenario político y de la reflexión.

Tanto la prensa cominternista como la que se movía en sus bordes con autonomía y originalidad –el quincenario *Labor* y la revista *Amauta* dirigidos por José Carlos Mariátegui– fueron modeladoras de una nueva cultura en el seno de las izquierdas y, por ende, de otro lenguaje intelectual, político y simbólico. Esto es refrendado, también, de manera pristina por *El Machete*, a través de las huellas indelebles que le imprimieron en sus páginas los muralistas, el cubano Julio Antonio Mella y muchos otros de sus colaboradores. Estudiar la prensa militante supone algo más que tomar en cuenta el sentido organizador y revolucionario legado por el leninismo, lo que nos permite explorarla como un espacio de sociabilidad, de fraternidad transfronteriza y de estructuración de redes sociales diversas y convergentes como se expresan a través de sus cartas, de sus obituarios y de sus notas o mensajes solidarios.

La prensa cominternista y la que se cribó en sus bordes, incluida la de la Oposición Comunista, debe ser apreciada como una fuente de

inestimable valor para la investigación histórica complementaria a las brindadas por los Archivos de Moscú. Durante la última década se reiniciaron con nuevos bríos y enfoques los estudios acerca de la Comintern en América Latina, gracias a que los archivos de Moscú, sumados a algunos de tipo policial, se abrieron a consulta. Estas fuentes brindaron nuevas posibilidades a los investigadores, en tiempos en que los lastres ideológicos de la guerra fría parecían haber quedado atrás.

Existe una visión prejuiciada y anacrónica sobre el valor de las fuentes hemerográficas cominternistas. Varios estudiosos las contraponen a las fuentes documentales partidarias y estatales. En ese contexto las fuentes hemerográficas son consideradas equívocamente como secundarias y subalternas frente a las documentales. Sería más acertado ver su complementariedad. El documentalismo no puede ser celebrado acriticamente. Los documentos apócrifos, o su velado sesgo faccional, pueden confundir al investigador durante momentos de lucha interna y viraje.

Una perspectiva crítica frente al formalismo ingenuo y la precaria axiología de las fuentes de los monocultores del documentalismo o el hemerografismo, invita a nuevos enlaces entre sí, sin olvidar la utilidad y valor de los testimonios situados dentro o fuera de los llamados archivos de la palabra. Pero para tal fin debemos avanzar en el proceso de inventario. Cierto es que las fuentes hemerográficas cominternistas no están exentas de riesgos: distorsiones intencionales o involuntarias, silenciamientos, magnificación de eventos, sucesos o crecimiento orgánico. Pero a pesar de ello, son susceptibles de ser situadas y explicadas en la urdimbre de los procesos políticos vividos.

Las fuentes hemerográficas suelen proyectar un prejuicio ideológico, dada la baja confiabilidad que exhiben tanto los diarios nacionales como los periódicos que en el campo político expresan intereses particulares. A pesar de lo anterior, merecen ser tomados en cuenta. La posición faccional y la ideología ayudan a comprender a los actores en juego durante el período que se pretende estudiar. Además de lo anterior, nos brindan datos sobre la presencia en ciertos frentes de masas, así como sobre sus urgencias, dilemas, preocupaciones y prácticas, más allá de sus exageraciones y silencios.

La prensa cominternista y la que sin serlo se expresó en sus bordes, contiene en sus páginas un valioso universo de manifestaciones discursivas que delinearon los contornos de los posicionamientos de las izquierdas comunistas frente a coyunturas políticas específicas nacionales, continentales y mundiales. Recordemos que los comunistas asumieron compromisos fuertes en función de sus concepciones y prácticas sobre la revolución nacional, siempre la sintieron enlazada a la llamada Revolución mundial y de la construcción socialista en la

URSS, sea para defenderlas o tomar posturas críticas esgrimidas por las corrientes de la Oposición de izquierda.

Consideramos que el universo hemerográfico exhibe sus propias virtudes, las que a veces nos permiten rastrear en los artículos, de modo explícito, sugerido o en lenguaje esópico, la fundamentación ideológica y política de un nuevo viraje, o por lo menos sus indicios, sus tendencias en ciernes o en desarrollo. También nos permite escudriñar tanto las facciones como las redes existentes a partir de coordenadas discursivas, asistencias e intervenciones en eventos o en reportes de acciones políticas o armadas. Sus obituarios, aún en las lindes de la hagiografía, ilustran aspectos no conocidos tanto de los cuadros, como del martirologio, arista relevante de su imaginario y ritual político.

Si el periódico expresa el punto de vista o los intereses del cuerpo editorial frente a un proceso político o de lucha social o partidaria en la que está participando, o sobre el cual decide brindar una defensa o un parecer disidente, la descripción de un evento, una carta o una imagen circunstanciada puede ser considerada una fuente primaria. Nos debemos guiar por las siguientes preguntas: ¿qué ha dicho ese periódico o revista sobre la problemática, el evento o la praxis política o social? ¿Cómo lo han dicho o representado en la coyuntura?

Sería más apropiado evaluar cierta heterogeneidad de la prensa cominternista según sus diseños, los contenidos de sus secciones y editoriales, así como por el sello que le imprimía su cuerpo de redactores, corresponsales y colaboradores eventuales. Y a partir de lo anterior determinar su relevancia como fuente, la cual bien puede ser considerada como complementaria o aleatoria a las fuentes documentales utilizadas por el investigador; incluso en el caso de que los colaboradores del periódico o la revista expresen puntos de vista discrepantes.

Y si de estudiar se trata algún periódico o revista por el interés que reviste para el análisis de redes, no debe descuidarse la indagación sobre la propagación de sus ideas e *imágenes-fuerza*, su circuito de irradiación, la pérdida o no de su periodicidad, la afectación de su distribución, sin obliterar las variantes de sus modos de recepción. No debemos soslayar que la inmensa mayoría de los autores son varones y un número apreciable de ellos son latinoamericanos, aunque los cuadros extranjeros parecen representar las visiones más oficiales u oficiosas de la Comintern. Excepcionales son las colaboraciones de mujeres cominternistas. Myra Page, la feminista norteamericana, escribió acerca de la reforma agraria mexicana en 1925, país que conocería trece años más tarde. Por su lado, la mexicana María del Refugio García en 1929 ofreció su visión sobre la participación de las mujeres en la lucha de clases del país azteca.

Por todo lo anterior, debemos matizar nuestra manera tradicional de

valorar la utilidad y calidad de las fuentes hemerográficas. Estas últimas exhiben cierta heterogeneidad, la cual se traduce en sus respectivas cualidades informativas. Evitemos la fetichización de las fuentes, en aras de considerar la complementariedad que ellas poseen. Los puntos de vista, las pasiones cotidianas o coyunturales, las imágenes que contienen las revistas y periódicos cominternistas merecen mejor atención y trato por parte de los investigadores. Los tropos de la escritura, la retórica llana o barroca, incendiaria o fría, expresan, desde la forma, muchos signos e indicios relevantes acerca de los personajes, los frentes de masas, las tramas intrapartidarias, las proyecciones revolucionarias, las escisiones y los caminos accidentados de la negociación en el propio seno de la Comintern o con los representantes gubernamentales y otras fuerzas políticas.

Cierre de palabras

Nos interesa dotar de visibilidad a la hemerografía cominternista, es decir, la generada y dirigida por los organismos internacionales y continentales, por mandato o aval moscovita. La proyección periodística de la Revolución Rusa se entrampó en una contradicción insalvable, entre el internacionalismo cominternista que se nutría de las esperanzas y los esfuerzos revolucionarios de sus secciones y la defensa de la Unión Soviética y luego de la figura de Stalin. De las páginas de sus periódicos y revistas, se multiplicaron los estigmas sobre los cuadros de dirección que fueron destituidos y perseguidos, así como sobre algunas corrientes de la izquierda.

Los periódicos y revistas de las secciones nacionales de la IC en nuestra región han tenido mejor suerte, no todos, pero sí varios de ellos. Un hecho aislado fue la reproducción digital de *El Libertador* (1925-1929), vocero de la Liga Antiimperialista de las Américas, a mi cargo.

Sostenemos que la prensa militante pretendió fortalecer sus filas entendidas como público propio antes que intentar modelar hacia fuera la opinión de las clases subalternas induciéndolas a ciertas prácticas reformistas o revolucionarias. En todo caso, la diferenciación entre la prensa partidaria y la llamada prensa “gris”, por ser controlada por los comunistas sin decirlo, no logró diferenciar sus lenguajes y terminó por complicar sus redes sindicales y políticas, así como sus identidades orgánicas. Ejemplos de esta prensa “gris” fueron el *Boletín* de la IMA (1928-1930), dedicado a los trabajadores de la enseñanza en América Latina, y *El Libertador* (1925-1929), vocero de la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA). Redondea el campo de periódicos y revistas analizado el quincenario *Labor* (1928-1929), animado por José Carlos Mariátegui en el Perú, en pos de rutas de experimentación discursiva,

gráfica y visual. En general, las tres expresiones constituyen un laboratorio inestimable para estudiar las formas de sensibilidad, sociabilidad y las redes que supieron tejer en el seno de sus diferencias.

La prensa cominternista mexicana, en cambio, ha tenido más continuidad. A la precoz reedición en facsímil de *El Machete Ilegal* (1929-1933) en 1975, le siguió *Frente a Frente* (1933-1938), 19 años después; esfuerzo notable por bregar a contracorriente del desplome editorial sobre tópicos comunistas que acompañó el derrumbe del socialismo real en Europa. En la actualidad, nos encontramos en vísperas de la reedición en DVD de *El Machete* (1924-1938) y de la publicación digital en línea de *La Correspondencia Sudamericana* (1926-1930) en www.memoriavermelha.com.

Las colecciones de periódicos cominternistas distan de ser accesibles o completas en las hemerotecas públicas en América Latina, mientras que algunos de los archivos reservados de los partidos comunistas, gradualmente han comenzado a abrirse a la consulta externa. Novedad fue la apertura de los “archivos secretos de Moscú” a partir de 1991, los cuales poseen un valor indiscutible, pero son poco accesibles a los investigadores latinoamericanos por falta de recursos institucionales, con la excepción de los casos de Argentina,¹⁵ Cuba y México.¹⁶ A lo anterior se suma la muestra documental sobre Ecuador que puede ser consultada en línea: www.yachana.org, y la que sobre Costa Rica publicase Erik Ching (1998).

El historiador Barry Carr¹⁷ nos ha hecho notar que, a pesar de estas asimetrías existentes entre los investigadores del sur y del norte, se ha democratizado un poco el acceso a los materiales de la IC, considerando el impacto del proyecto Inkomka y la digitalización de una muestra del material. Resulta ahora que se puede consultar el material fuera de Moscú, como por ejemplo en la Biblioteca del Congreso en Washington. En otros casos, los investigadores pueden consultar colecciones microfilmadas de la documentación de la IC en bibliotecas de la Ciudad de México (INAH), en Buenos Aires (Cedinci) y La Habana (Instituto de Historia). Lo que sabemos acerca de los materiales se lo debemos

15. Fue Emilio Corbière (1998), quién gracias al apoyo financiero del Congreso rescató una copia en microfilm de los archivos de la Comintern sobre la Argentina, accesibles a toda consulta en fotocopias en el Centro Cultural de la Cooperación, entre otros lugares en la ciudad de Buenos Aires.

16. La historiadora Rina Ortiz Peralta fue la responsable de un proyecto de rescate de una copia en microfilm de los archivos de la Comintern sobre México, inicialmente disponible en la Biblioteca del Instituto Mora. Actualmente, dicho material se encuentra microfilmado en la Biblioteca Manuel Orozco y Berra de la Ciudad de México (Ortiz Peralta, 2008).

17. Comunicación personal, 2013.

principalmente más a investigadores europeos que a norteamericanos. En la actualidad, dichos fondos comienzan a revelar algunos vacíos de información, parcialmente atribuibles a su traslado de urgencia de Moscú, durante la ofensiva militar nazi en 1942. El principal vacío de información acerca de América Latina en los archivos rusos corresponde a los años de la Segunda Guerra Mundial, previos a la disolución de la Internacional Comunista el 15 de mayo de 1943. En no pocos expedientes figuran, además de los documentos, algunos ejemplares de los periódicos militantes. El principal valor documental de los archivos de Moscú cubre de 1919 a 1936, y posee documentos e impresos.

Complica el análisis de la prensa y de los documentos el uso de seudónimos. En parte es explicable por la vida clandestina que vivían varios de ellos. Es difícil identificar, en Pick, al alemán Wilhelm Pieck, aunque el parecido fonético pueda ser considerado como un indicio. No así en el caso de Sinai, que indiscutiblemente es Sinani. Andrei Volski, quien en 1929 escribió una nota necrológica a la muerte de Guadalupe Rodríguez en México, es Stanislav Stanislavovich Petkovski. Los firmantes como Gómez, como bien lo han señalado Lazar y Víctor Jeifets, pueden referir a más de una identidad: Vicente Uribe Galdeano o Jorge Abilio Vivó Escoto, aunque quizás ninguno de los dos sea el autor del artículo sobre el Perú de 1932.

La cartografía de la prensa cominternista no puede dejar de reconocer la primacía que tuvo el periódico *La Correspondencia Internacional* y la revista *La Internacional Comunista* por encima de las demás publicaciones generadas por sus diversos organismos y secciones. Mención aparte merecen los voceros de los secretariados y burós cominternistas para todo el continente, o para sus dos privilegiadas áreas: Caribe y Sudamérica. *La Correspondencia Internacional* comenzó a editarse a partir de mayo de 1919 en cuatro idiomas: inglés, alemán, francés y ruso. La versión rusa –*Kommunisticheskii Internatsional*– inicialmente se editó en la ciudad de Petrogrado y posteriormente a través de diversas casas editoriales de diferentes ciudades de la Unión Soviética bajo el control del partido (Albert, 2011: 113). Poco sabemos de quiénes fueron los distintos responsables de su edición, considerando las luchas y las purgas que se libraron en el seno de la IC. En 1931, Vladimir Kuchumov asumió la responsabilidad de su edición (L. y V. Jeifets y Huber, 2004: 170).

El Socorro Rojo Internacional publicó un periódico del mismo nombre en lengua francesa que contiene valiosa información sobre los cuadros comunistas o líderes sindicales que fueron detenidos, deportados, heridos o muertos de movimientos sociales en el continente entre las décadas de los años 20 y 30. Es menos conocida la prensa de la Internacional Campesina. Otros proyectos cominternistas fueron dedicados al frente

de los escritores revolucionarios o de las mujeres, publicaciones periódicas de desigual existencia y valor.

Para los que deseen profundizar en esta problemática los invitamos a leer críticamente nuestra obra sobre la prensa militante, que incluye una guía de los diferentes colaboradores y temas allí presentes (Melgar Bao, 2015). Su elaboración siguió un camino largo, discontinuo y sinuoso durante los años 1978 y 2004, sin más recursos que los personales y sin más ayuda que la brindada por Hilda Tisoc Lindley. Implicó un periplo que contempló bibliotecas mexicanas (CEMOS y la ENAH), argentinas (Cedinci y Universidad Nacional de Córdoba), francesas (Biblioteca Nacional de París), italianas (Instituto Antonio Gramsci) y holandesas (Instituto Internacional de Historia Social), además de muchas otras públicas y privadas, en las que se encontraron ejemplares aislados y faltantes, todos ellos útiles a nuestros propósitos. Razones ajenas a nuestra voluntad nos impidieron consultar el valioso acervo de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC) de Nanterre, entre otros. Por último, cabe señalar nuestra propia adquisición de ejemplares sueltos de publicaciones cominternistas en librerías de viejo en cinco países latinoamericanos: Chile, Costa Rica, México, Perú y Uruguay.

Sin duda, no hemos podido alcanzar un mapeo exhaustivo. Se trata más bien de una cartografía en desarrollo que demanda en perspectiva nuevos esfuerzos, recursos y acción colectiva. Con todo, creemos que, a pesar de sus limitaciones, puede ser útil a los investigadores interesados en la problemática cominternista o en asuntos vinculados a ella. Mucho trecho falta por recorrer en torno a dicha hemerografía: hallar y hacer de dominio público algunas colecciones y abrir un debate al respecto.

Bibliografía

- Albert, Gleb, J. (2011), "Think Tank, Publisher, Symbol: The Comintern in the Early Soviet Media Landscape", *The International Newsletter of Communist Studies*, XVII, n° 24.
- Camarero, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera: los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castro, Carlos (comp.) (1975), *Primer Congreso de la Internacional Comunista*, México, Grijalbo.
- Ching, Erik (1998), "El Partido Comunista de Costa Rica, 1931-1935: los documentos del archivo ruso del Comintern", *Revista de Historia* (San José), n° 37, enero-junio, pp. 7-226.
- Corbière, Emilio J. (1998), "Los archivos secretos del PC argentino. La Internacional Comunista en la Argentina (1919-1943)", *Todo es Historia* (Buenos Aires), año XXXII, n° 372, julio, pp. 12-19.

- Cruzat, Ximena y Eduardo Devès (comps.) (2015), *Luis Emilio Recabarren. Escritos de prensa, 1898-1924*, Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- Flores Galindo, Alberto (1980), *La agonía de Mariátegui: la polémica con la Komintern*, Lima: DESCO.
- Jeifets, Lazar, Victor Jeifets y Peter Huber (2004), *La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943: Diccionario biográfico*, Moscú: Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias; Ginebra: Institut pour l'Histoire du Communisme.
- Kapsoli, Wilfredo y Manuel Valladares (1977), *Los movimientos campesinos en el Perú, 1879-1965*, Lima: Delva.
- Mariátegui, José Carlos (1994), "La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental" [1923], en *Mariátegui Total*, tomo I, Lima: Empresa Editora Amauta, pp. 899-902.
- Martínez Verdugo, Arnoldo (1985), *Historia del Comunismo en México*, México: Grijalbo.
- Massardo, Jaime (2008), *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena*, Santiago: LOM.
- Melgar Bao, Ricardo (2002), "Redes del exilio aprista en México (1923-1924), una aproximación", en Pablo Yankelevich (coord.), *México, país de refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*, México: INAH-Plaza y Valdés, pp. 245-263.
- (2006-2007), "Un neobolivarismo antiimperialista: La Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA)", *Políticas de la Memoria* (Buenos Aires), n° 6-7, verano, pp. 149-163.
- (2010), "Huellas, redes y prácticas del exilio intelectual aprista en Chile", Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo II, Buenos Aires: Katz, pp. 146-176.
- (2015), *La prensa militante en América Latina y la Internacional Comunista*, México: INAH.
- Ortiz Peralta, Rina (2008), "Papeles mexicanos en Rusia", *Diario de Campo* (México), n° 99, julio-agosto, pp. 18-23.
- Selser, Gregorio (2001), *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, tomo III, México: UNAM-Universidad Obrera de México.

* * *

Título: "Between the Russian Revolution and Our America. Approach to the militant press, 1919-1935".

Resumen: La prensa militante cominternista no siguió el canon leninista de "organizador", afirmándose como medio de información y denuncia, y sobre todo, como modelador de su politicidad. Osciló entre ser abierta o cerrada, legal o clandestina, frentista o sectaria, doctrinaria o empirista. Su existencia fue accidentada: escasez de recursos y falta de infraestructura. En sus páginas se

manifiestan sus fisuras internas y sus relevos editoriales, además de brindar indicios significativos acerca de su irradiación y de sus redes. Consideramos que la prensa militante es una fuente histórica de calidad de carácter complementario a la documental existente en archivos nacionales y extranjeros.

Palabras clave: Comintern – prensa militante – politicidad – edición – recepción

Abstract: The cominternist militant press did not follow the Leninist canon of “organizer”, affirming himself as a means of information and denunciation, and above all, as a modeler of his politics. It oscillated between being open or closed, legal or clandestine, frenzied or sectarian, doctrinaire or empiricist. Their existence was uneven: scarcity of resources and lack of infrastructure. In its pages its internal fissures and its editorial relays are manifested, in addition to providing significant indications about its irradiation and its networks. We consider that the militant press is a historical source of quality of character complementary to the documentary existing in national and foreign archives.

Keywords: Comintern – militant press – politicity – editing – reception

Colección Archivos



Lucas Poy

Los orígenes de la clase obrera argentina

Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896

Natalia Casola **El PC argentino y la dictadura militar**

Militancia, estrategia política y represión estatal



Paula Varela

La disputa por la dignidad obrera

Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense, 2003-2014

La relación entre la Internacional Comunista y América Latina: episodios del revolucionario suizo Alfred Stirner¹

Victor Jeifets y Lazar Jeifets

Universidad Estatal de San Petersburgo
jeifets@gmail.com - ilaranspb@hotmail.com

La apertura de los archivos de la extinta Comintern (Internacional Comunista o III Internacional) desde hace dos décadas presenta para los investigadores muchas nuevas perspectivas para estudios minuciosos de los partidos de izquierda, así como para el análisis del papel desempeñado por varios emisarios de la Comintern en diferentes países.

Un asunto importante para los investigadores –como siempre– es el enfoque metodológico para usar durante tales estudios. Según los autores del presente texto, el marco de análisis tradicionalista gramsciano, que pone mayor énfasis en la integración de la historia del partido en la historia de la sociedad (Gramsci, 1972-1980), es poco aplicable para rescatar la historia de gran parte de los partidos izquierdistas latinoamericanos. La propuesta analítica de Gramsci no toma en cuenta que en la mayoría de los países no europeos el nacimiento de movimientos de izquierda y comunistas no se debe a la evolución previa del movimiento obrero. Además, durante varios años, la lógica de desarrollo del partido comunista y de la Comintern estipulaba una adaptación de las actividades de la izquierda a los estándares universales impuestos por la III Internacional. Debido a estas particularidades de la evolución de los movimientos de izquierda en América Latina, la investigación de la vida de los actores políticos que implementaban la “línea de Moscú” –o a veces se oponían a ella– tiene un valor especial para el análisis. El estudio de la vida de estos actores puede implicar una cierta personalización de los hechos históricos a costa de prestar una menor atención a la lógica de desarrollo de los grupos locales de izquierda. Sin embargo, es prerequisite para comprender mejor el movimiento de la izquierda. El

1. Este artículo fue realizado en el marco del proyecto de investigación apoyado por la Fundación Estatal Rusa de Humanidades (RGNF), n° 1601-00138, “La Revolución Rusa, la Comintern y América Latina”.

reconocido militante del Partido Comunista de México, de la Comintern y de la Internacional de Juventudes Comunistas, Edgar Woog, a lo largo de dos décadas fue uno de estos actores clave del campo político de la izquierda en el aparato central de la III Internacional y en el desarrollo de algunos grupos de izquierda de diferentes países.

Cualquier miembro de la Comintern tenía una sola patria, una sola Meca comunista, o sea la Rusia soviética, y consideraba como su santo deber revolucionario defender esta “patria del proletariado mundial” de los ataques de parte del capital internacional y nacional, luchando a favor de una revolución mundial fuera de los límites de los Estados burgueses nacionales. Los estatutos de la Comintern establecían las obligaciones de los afiliados de ingresar en las secciones nacionales de la III Internacional al mudarse de un país a otro y esta regla no toleraba excepciones, siendo prerequisite para los militantes de base y los emisarios de la Comintern. Edgar Woog, objeto de estudio del presente artículo, tuvo que actuar en cuatro secciones nacionales de la III Internacional durante el período de sus actividades revolucionarias. Siendo funcionario internacional de la Comintern y experto en los asuntos latinoamericanos, realizaba actividades cotidianas de interacción con los militantes de izquierda en varios países del subcontinente. Sin embargo, nunca fue un ejemplo típico de la llamada “mano de hierro de Moscú” (una imagen formada en la historiografía del movimiento comunista desde hace décadas: Alba, 1964; Alexander, 1957; Goldenberg, 1971), que supuestamente definía no solamente líneas directrices sino incluso los pormenores del comportamiento de tal o cual sección nacional de la III Internacional. La escala amplia de las actividades realizadas por Woog permiten considerarlo como un funcionario “modelo” para definir hasta qué punto la Comintern imponía en determinados periodos sus directivas en el movimiento internacional comunista.

Repetidas veces la biografía de Woog había sido investigada en diversos aspectos (Huber, 1994; Studer, 1994; Stettler, 1980); sin embargo, cada vez los episodios latinoamericanos de su actividad seguían siendo una laguna historiográfica (Ortiz, 2011: 272-283). No obstante, durante diez años (o sea casi todo el período “romántico” de la historia de la III Internacional), estuvo en el epicentro de la formación de los partidos comunistas en el hemisferio occidental, cuando la política latinoamericana de la Comintern estaba sujeta a cambios permanentes.

Edgar Woog y los orígenes de la Internacional de Juventudes Comunistas en América Latina

El futuro funcionario cominternista nació el 24 de abril de 1898 en Basilea, Suiza, y su padre era dueño de un pequeño taller textil. El ne-

gocio familiar tenía dificultades económicas y, a la edad de 16 años, el joven tuvo que aprender varios oficios: era ayudante en una empresa que vendía trigo, luego trabajaba como jornalero y ayudaba a su padre en el taller. Al mismo tiempo, estudiaba en una escuela secundaria, después de la cual ingresó en una escuela comercial y, además, aprendió el oficio de bibliotecario. Desde temprano inició sus actividades revolucionarias, siendo militante de la Unión Estudiantil Internacional (desde 1916) y de la Sozialistische Jugend Schweiz. Trabajaba en el periódico de la SJZ, *Freie Jugend* (Juventud Libre), y en 1918 llegó a ser miembro del Comité Central de la organización. Al siguiente año se afilió al Sozialistischen Partei der Schweiz.²

Durante la Primera Guerra Mundial, Suiza se convirtió en un punto clave del movimiento revolucionario internacional, siendo la sede de dos conferencias importantes, en Zimmerwald y en Kienthal, convocadas por los socialdemócratas que estaban en contra de este conflicto imperialista, y en las que se discutió la idea de formar una nueva Internacional que reuniera a los marxistas revolucionarios y antimilitaristas. Los jóvenes socialdemócratas suizos percibían las nuevas ideas con buen ánimo y estaban dispuestos a realizarlas en la vida práctica de inmediato.

Precisamente en ese momento, Woog viaja por primera vez a México cumpliendo una encomienda de su padre, que lo había enviado a ayudar al hermano mayor, que estaba estableciendo un negocio en las tierras aztecas. Sin embargo, el joven socialista nunca quiso limitarse a los asuntos familiares. Según escribió años más tarde en su autobiografía para el Departamento del Personal de la Comintern, fue a México “con ganas de ver el mundo y teniendo plena certeza de que allí debía haber un movimiento obrero”.³ Llegó a México en el otoño de 1919, y trabajó en una imprenta y en una farmacia intentando al mismo tiempo aprender el idioma español para comunicarse mejor con sus correligionarios locales. Precisamente en esos meses el Partido Socialista fue transformado en el Partido Comunista Mexicano, y el Bureau Latinoamericano de la III Internacional fue fundado en la ciudad de México (Martínez Verdugo, 1985; Taibo II, 1986; Spenser, 1998). En diciembre de 1919 el suizo se encontró con el secretario del PCM y del Bureau, José Allen, presentándose como delegado de la Internacional de Juventudes Comunistas. Efectivamente, había avisado a sus compañeros del movimiento juvenil sobre su viaje al hemisferio occidental, y el Secretariado de Basilea de la IJC fundado a la sazón decidió aprovechar esa posibilidad. Obtuvo un representante en un país latinoamericano sin gastar ni un centavo.

2. Carpeta personal de E. Woog, Archivo Estatal Ruso de Historia Política y Social (RGASPI, por sus siglas en ruso), fondo 495, inventario 65a, expediente 8536, f. 4 (34).

3. Autobiografía de E. Woog, RGASPI, fondo 17, inv. 98, exp. 6811, f. 9.

De ahí en adelante, Woog usará todo su tiempo libre en los trabajos partidarios. El negociante Woog desaparece por décadas, y en vez de él llega al mundo “Alfred Stirner”, el funcionario comunista internacional. Y solo en las cartas personales se recordaba a un “Eggi”.

La tarea principal de Stirner, en enero de 1920, fue la fundación, junto con los mexicanos F. Torres y José Valadés, de una organización juvenil estrechamente vinculada al PCM.⁴ Era un conglomerado de comunistas y anarco-sindicalistas que originalmente se titulaba Unión de la Juventud Igualitaria. Sin embargo, tras romper con la UJI, Stirner y Valadés formaron en octubre de 1920 la Federación de Jóvenes Comunistas, que también tuvo una vida visiblemente efímera y estuvo varias veces a punto de desbandarse, a causa de contradicciones agudas entre los comunistas y los anarquistas.⁵

Al tomar en cuenta la cercanía geográfica entre México y los Estados Unidos, el Ejecutivo de la IJC consideró el movimiento juvenil comunista local una “pieza clave”, y prometió a la FJC todo tipo de apoyo (lo que nunca cumplió en la práctica). A Stirner le encargaron dirigir un subsecretariado de la IJC para América del Centro y del Sur (de hecho, él mismo era el único miembro de este subsecretariado), colaborando políticamente con el Bureau Latinoamericano de la III Internacional.⁶ Los dirigentes berlineses de la IJC propusieron a su delegado que establezca amplios contactos con las organizaciones juveniles en Sudamérica, pero todos los intentos del subsecretariado de organizar una actividad “continental” fracasaron por completo, sobre todo por falta de comunicación postal estable con los demás países de América. Según Stirner, ni en Uruguay, ni en Argentina, ni en Perú, ni en Chile había organizaciones juveniles “bien eficientes”⁷ (lo que era erróneo, por lo menos en el caso de la Argentina: la FJC de este país no se comparaba con sus homólogos europeos por su influencia (Gilbert, 2009), pero la juventud mexicana elogiada por el suizo ni siquiera llegaba a los niveles de organización rioplatense). Además, el entusiasmo del militante suizo no podía cubrir todas las áreas de trabajo y, mientras tanto, la IJC no disponía de recursos financieros para enviar a otros emisarios para apoyarle. En México, la actividad de Stirner era semilegal (los extranjeros tenían prohibido participar en la vida política del país), lo cual complicaba, naturalmente, sus tareas.

4. Kurella (1930: 87) y carpeta personal de E. Woog, f. 4 (34).

5. “The Communist Youth of Mexico”, RGASPI, fondo 495, inv. 18, exp. 65, fs. 142-143.

6. “Stirner zu Ziegler”, 6 de noviembre de 1920, RGASPI, fondo 533, inv. 4, exp. 3, fs. 40-40 vuelta.

7. “Der Brief aus Berlin zu Stirner”, 3 de septiembre de 1920, RGASPI, fondo 533, inv. 3, exp. 14, fs. 26-27.

El suizo demostraba muchas ilusiones respecto de la posibilidad de una próxima revolución proletaria y rechazaba las posibilidades de trabajo fructífero entre los estudiantes, ya que “había muy poca gente consciente” en las universidades; propuso, a su vez, enfocarse en las actividades de propaganda entre los obreros. Obviamente influido por el anarco-sindicalismo mexicano, hacía notar el carácter “explosivo” del movimiento obrero, el cual, según Stirner, tendría todas las chances de apoderarse de la capital del país en el momento favorable. Anunció a sus dirigentes que los comunistas ya estaban formando grupos clandestinos para dar forma a los preparativos revolucionarios.⁸ Al parecer, eran meras fantasías del suizo. Sin embargo, logró otra cosa: el 15 de enero de 1921, tras una nueva reorganización de locales juveniles, aparece la Federación de Juventudes Comunistas de México, que en pocos meses aumentó el número de sus militantes hasta una cifra de un centenar de personas, lo que contrastaba visiblemente con la cantidad miserable que tenían ambos partidos comunistas en México, que ni siquiera juntos alcanzaban este nivel.

Por cierto, Stirner demostraba un enfoque más realista sobre las perspectivas del fortalecimiento posterior de la FJCM y explicaba al comité ejecutivo que era imposible desplegar un trabajo de gran escala por falta de conexión con las masas. Pero incluso bajo estas circunstancias los jóvenes comunistas asumieron sobre sus hombros la carga principal de la organización partidaria en México. Eran Stirner, Valadés y otros miembros de la FJC los que realizaban el trabajo cotidiano de organización, en lugar del PCM, que estaba “medio dormido”. La FJCM logró contribuir visiblemente a la fundación de la Federación Comunista del Proletariado Mexicano, para entregar luego al Partido Comunista los hilos de su dirección.

La otra contribución del suizo al movimiento de la izquierda local tampoco se puede subestimar: pudo revitalizar los enlaces entre los comunistas mexicanos con sus correligionarios en Europa y la Comintern, ya que estos contactos casi se desvanecieron tras la salida del país del emisario de la III Internacional en el hemisferio occidental, Mijail Borodin. El PCM solicitó a Stirner que busque algún compatriota suyo para representar a México en una conferencia comunista en Europa, y el joven enviado del CE de la IJC no tardó en proponer a Jules Humbert-Droz para el desempeño de tales funciones, informándole al mismo tiempo sobre la existencia del Bureau Latinoamericano de la III Internacional y sobre un eventual congreso continental comunista, supuestamente

8. Kurella (1930: 88); “Stirner zu Ziegler”, 3 de abril de 1922, RGASPI, fondo 533, inv. 4, exp. 15, f. 15; “Brief aus Mexiko”, 7 de junio de 1922, RGASPI, fondo 44; “Die Briefe zu Stirner aus Berlin”, octubre-diciembre de 1920, RGASPI, inv. 3, exp. 14, fs. 29-31 y 33.

preparado por este bureau. Reconociendo que al movimiento obrero le faltaba una orientación ideológica clara y que no disponía de los recursos necesarios para las actividades cotidianas de organización, Stirner al mismo tiempo estaba absolutamente seguro de que México se enfrentaría a una revolución socialista dentro de muy poco tiempo. Según sus estimaciones algo exageradas, en este caso los mexicanos serían capaces de resistir la ofensiva de Washington y el eventual bloqueo de parte de los estadounidenses; sin embargo, solicitaba con urgencia que se explique el asunto al CC del Partido Comunista Ruso, para que Moscú preste más atención al país latinoamericano referido.⁹

Mientras ningún nuevo delegado de la Comintern fue designado para México tras la salida de Borodin, al suizo le tocó desempeñar también las funciones de emisario de la III Internacional. Lo primero que tuvo que averiguar fue la esencia del conflicto entre los dos partidos comunistas recién fundados: el Partido Comunista Mexicano y el Partido Comunista de México (sobre este conflicto, véase Carr, 1997; JEIFETS, 2006). Stirner tomó partido de manera decidida por el primer grupo, lo cual no debe sorprender pues tenía relaciones amistosas con José Allen y José Valadés, ambos involucrados en las actividades del PCM. En septiembre de 1920 tildó al fundador del PCdM, Linn A. E. Gale, de “menchevique” y “representante de la sociedad de traidores de la causa proletaria”, ajena a la Comintern. En nombre del PCM, pidió al CE de la IJC que contribuya a “desenmascarar” a Gale y le niegue el derecho de llamarse comunista. En octubre del mismo año, el emisario de la IJC escribió una carta a sus superiores solicitando ayuda para establecer contacto entre México y el Bureau de Ayuda Técnica a Rusia Soviética en los Estados Unidos, encabezado por el ingeniero Ludwig Martens (considerado por las autoridades estadounidenses la sucursal de la III Internacional y perseguido por policía).¹⁰ No se sabe nada sobre la realización de esta idea de ampliar enlaces comunistas entre México y los Estados Unidos, pero al parecer nunca se pudo hacer algo al respecto.

A su vez, Stirner fue encargado por el CE de la IJC de concurrir al Congreso de la Internacional Juvenil Comunista en Moscú y organizar el envío de otro delegado mexicano. Sin embargo, la FJCM no contaba con dinero para el viaje de dos personas y, por otra parte, no logró designar otro representante en el breve lapso temporal que disponía para ello. A final de cuentas, el suizo resultó ser el único delegado de los jóvenes comunistas mexicanos y asistió al congreso con voz y voto bajo el seudónimo “Til”; además estuvo en las reuniones del III Congreso de la

9. “Stirner aus Mexiko zu Humbert-Droz”, 27 de mayo de 1922, RGASPI, fondo 533, inv. 4, exp. 3, fs. 10-11 y 22.

10. “Stirner zu Eggi”, 25 de septiembre de 1922, *ibidem*, fs. 35-38.

Comintern que tuvo lugar casi al mismo tiempo, en 1921.¹¹ El delegado del PCM en el congreso del comunismo mundial fue Manuel Díaz Ramírez, amigo cercano de Stirner. Los dos mantuvieron contactos durante casi una década, sin importar la distancia geográfica que les separara.

Al regresar a México, el suizo se sumó a las actividades del Bureau Panamericano de la Comintern, dirigido por el viejo militante japonés Sen Katayama desde marzo de 1921. Stirner, entre otras cosas, participaba en la edición de los periódicos *La Plebe* y *El Obrero Comunista*, y junto con Valadés se ocupó de reorganizar las células y los locales de la FJCM para darles un carácter más combativo y hacerlos más eficientes. Los jóvenes comunistas cooperaban activamente con el Bureau Mexicano de la Internacional Sindical Roja, encabezado por uno de los fundadores del PCM, Charles Phillips (Frank Seaman) que había regresado a México tras participar en el II Congreso de la Comintern en 1920, ya siendo emisario del Partido Comunista mundial (Shipman, 1993). Los dos representantes internacionales de los cuerpos superiores del comunismo, Stirner por la IJC y Phillips por la IC, a veces se enfrentaban seriamente. Sus conflictos se debían, sobre todo, a la postura poco flexible del comunista estadounidense hacia el movimiento juvenil y sus exigencias de desligarse por completo de los elementos que no eran “suficientemente comunistas”. Al mismo tiempo, Stirner modificó sustancialmente sus posturas previas y ya no esperaba una revolución inmediata, lo que le llevó a la conclusión de que México difería mucho de Europa y por eso la FJCM no podía “darse el lujo” de autoaislarse de los partidarios potenciales para dejárselos a los anarquistas.¹² Esta evolución hacia las actitudes más moderadas marcó varios años de sus actividades posteriores en México y en el estado mayor de la III Internacional.

El latinoamericanista principal de la Comintern

Ya en el año 1922, Stirner dejó de desempeñar las funciones de delegado de la IJC en América Latina. Sin embargo, los contactos establecidos durante ese corto lapso temporal determinaron su actividad posterior dentro de la izquierda latinoamericana y su importante papel entre los funcionarios de alto rango de la Comintern. En vísperas del IV Congreso de la III Internacional el suizo fue designado como persona responsable

11. Listas de delegados al III Congreso de la Comintern y las credenciales de los delegados en RGASPI, fondo 490, inv. 1, exp. 201, fs. 1a, 5, 19, 23; también, L. y V. Jeifets (2015).

12. “The Communist Youth of Mexico”, ob. cit.; “José a Eggi”, 22 de abril de 1921, RGASPI, fondo 495, inv. 108, exp. 14, f. 7 vuelta; “Der Brief aus Mexiko für L.”, 9 de febrero de 1922, RGASPI, fondo 533, inv. 4, exp. 15, f. 7.

del Departamento de Estadística e Información del CEIC, con la tarea de editar el semanario informativo en varios idiomas, reflejando las noticias de la III Internacional, y recopilar los datos estadísticos sobre economía y movimiento obrero internacional (Adibekov *et al.*, 1997).¹³ El Departamento funcionaba en interacción con los asesores sobre diferentes regiones (uno de los cuales, encargado de los asuntos de Portugal, España, México y Sudamérica, era el mismo Stirner, designado por el Bureau de Organización el 10 de noviembre de 1923). Durante dos años, desde el IV hasta el V Congreso de la Comintern (1922 y 1924) preparó 33 informes sobre condiciones en la región para el Ejecutivo de la III Internacional y su Presidium.¹⁴ Cabe anotar que no era un trabajo de un funcionario irrelevante. Entre los asesores del CEIC en aquel entonces figuraban muchos personajes clave de la izquierda comunista internacional, entre ellos Antonio Gramsci, Nikolai Bujarin, Karl Radek, Grigory Zinoviev, Wasil Kolarow, Otto Kuusinen y otros.

En el IV Congreso de la Comintern, el suizo fue elegido miembro del CEIC por Sudamérica, entrando de esa manera en las filas de alta jerarquía del partido comunista mundial. Sin embargo, en el V Congreso (en el cual Stirner representaba como delegado al CEIC y desempeñaba funciones de miembro del secretariado y de la comisión del programa del congreso) fue resuelto que en adelante el subcontinente estuviera representado en el CEIC por el PC de la Argentina en vez del PC Mexicano. Stirner dejó de ser miembro del CEIC, pero inmediatamente fue incluido en la Comisión Internacional de Control (CIC) como delegado mexicano y elegido secretario del CIC, todo esto sin dejar de trabajar en el Departamento de Información y Estadística. Después del congreso fue varias veces incluido como experto en varias comisiones de la Comintern creadas para investigar las cuestiones de España, Holanda, Alemania (el caso de H. Brandler y A. Talheimer, los dos dirigentes comunistas alemanes acusados de desviación) y México. La nueva reorganización del aparato del CEIC llevó a Stirner al Secretariado del CEIC para los asuntos de España, Portugal, Argentina, México, Brasil, Chile, Paraguay y Cuba.

Todos esos años el suizo mantuvo sus relaciones cercanas con los dirigentes del PCM y dos veces fue llamado por éstos desde Moscú para participar en la liquidación de serias crisis dentro del Partido Comunista. Desde la capital soviética, el suizo realizaba una vasta correspondencia oficial y personal con los comunistas de varios grupos y partidos de

13. G.M.Adibekov, E.N.Shakhnazarova, K.K.Shirinia. *Organizatsionnaya struktura Kominterna. 1919—1943*. M., Rosspen, 1997, p. 75—76.

14. *Dva goda borby i raboty. Obzor deyatelnosti Ispolkoma i seksii Kommunisticheskogo Internatsionala za period s IV po V congress*, Moscú: Krasnaya, noviembre de 1924, p. 113 y 124; Adibekov *et al.* (1997: 89).

izquierda y estaba al tanto del desarrollo de muchos partidos comunistas. Además, era uno de los pocos funcionarios cominternistas que dominaban el idioma español y el único experto de la III Internacional en los asuntos latinoamericanos. No hay que extrañarse, por eso, de que casi siempre estuviera en el centro de las discusiones acerca de los asuntos de la vida de la izquierda latinoamericana y participara en la elaboración de documentos que luego eran objeto de análisis por los altos mandos de la Comintern y base para sus resoluciones políticas. El Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política resguarda muchas cartas escritas por Stirner o dirigidas a él que permiten investigar los pormenores de su trabajo dentro del aparato cominternista y analizar las particularidades de las relaciones entre Moscú y varios grupos y partidos políticos en América Latina.

En busca de nuevos líderes

La dirigencia de la Comintern en la primera parte de la década del 20 entendía de una manera clara y perfecta el “trauma congénito” del comunismo latinoamericano: una carencia de dirigentes capaces de hablar con amplios sectores de la sociedad, de desarrollar nuevos conceptos que permitieran fortalecer los enlaces de la III Internacional con el subcontinente.

Uno de los primeros candidatos a convertirse en dirigente de “nuevo tipo” fue el líder estudiantil peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, que estaba luchando en contra del autoritarismo del presidente Augusto Leguía (1908-1912 y 1919-1930). El fundador de varias Universidades Populares resultó un personaje interesante para el intelectual y político mexicano José Vasconcelos, quien pudo convencer al presidente Álvaro Obregón de la importancia de financiar el viaje de Haya a México (Pakkasvirta, 1997).

El PCM, a su vez, apostó plenamente en Haya de la Torre, con la seguridad de que el líder estudiantil peruano “hizo más para sus ideas quizás que lo que podían hacer sus escasos periódicos publicados en castellano”. Esto coincidía plenamente con los conceptos del mismo Haya de la Torre, que quería “irse a Rusia para defenderla a conciencia”. Bertram D. Wolfe –el delegado mexicano al V Congreso de la Comintern– instó al Partido Obrero (Comunista) de Estados Unidos de “entrar en el juego”, considerando que “la repercusión entre los estudiantes de Argentina, Cuba, Bolivia y Panamá” sería un resultado inmediato de este peregrinaje.¹⁵ Para aquel entonces, Víctor Raúl ya había ingresado

15. “Carta de Luis”, antes del 25 de mayo de 1924, RGASPI, fondo 515, inv. 1, exp. 311, f. 24.

al PCM y en mayo de 1924 asistió a su congreso,¹⁶ llamando a establecer un “gobierno obrero y campesino”. Los propósitos de su trabajo partidario eran muy claros: “la formación de los partidos comunistas en el Perú y Panamá”.

La estancia de Haya de la Torre en la URSS fue abundante en eventos: asistió al V Congreso Mundial de la Comintern y al III Congreso de la Internacional Sindical Roja, participó en los debates durante el IV Congreso de la Internacional de las Juventudes Comunistas. Preparó un informe sobre la influencia del imperialismo estadounidense en Latinoamérica y estudió minuciosamente la organización de los *rabfacks* (facultades obreras), para compararla con la experiencia de las universidades populares en Perú y Cuba (Jeifets y Jeifets, 2013). El resultado más importante de su viaje fue establecer contactos informales con los dirigentes de varias estructuras “cominternianas” que mantuvo durante algunos años. En ese momento fue muy leal al estado mayor de la revolución mundial.¹⁷

La Comintern recomendó a los PC de Europa Occidental brindarle apoyo, siendo Víctor Raúl el dirigente del movimiento revolucionario estudiantil y progresista de América Latina. Sin embargo, los comunistas no estaban muy apurados en cumplir las indicaciones de Moscú y el “colaborador peruano del partido comunista mundial” tuvo que quejarse en su carta al suizo: “¡Europa proletaria se ríe del imperialismo en nuestra América y nos mandan al carajo!”¹⁸

Fue en Europa donde Haya de la Torre elaboró un plan de fundación de un nuevo partido político. En su carta enviada a Stirner manifestó que se trataba de formar un gran partido de obreros y campesinos de Perú: “El programa máximo y mínimo del Partido será el de los P. comunistas pero no usará la palabra para evitar de echarse encima la ofensiva mundial contra el comunismo que no podría soportarse en América por el grado de debilidad de las fuerzas obreras”.¹⁹ No dudaba de que el futuro partido en dos meses tomaría el poder en Perú para desplegar posteriormente la agitación por todos los rincones de América, “para realizar la Federación Latinoamericana sobre la base de supresión de la

16. Acta Constitutiva del PCM con fines electorales, 22 de mayo de 1924, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), México, Colección PCM, caja 2, folio 5.

17. Stirner a Haya de la Torre, [1924], RGASPI, fondo 495, inv. 118, exp. 2, f. 15; [Woog] “al querido HDLT”, Moscú, 27 de octubre de 1924, *ibidem*, f. 1.

18. [¿Woog?] a Jacques Doriot, Moscú, 27 de octubre de 1924, *ibidem*, f. 12; [Woog] a HDLT, Moscú, 27 de octubre de 1924, 1; Haya de la Torre a Stirner, Ginebra, 23 de noviembre de 1924, *ibidem*, f. 20 vuelta.

19. Haya de la Torre a Stirner, no antes del 9 de diciembre de 1924, *ibidem*, l. 28-30.

explotación capitalista, nacionalización de la industria y modernización del sistema social del comunismo incaico para la producción agrícola”.²⁰ Efectivamente, se trataba de organizar una revolución continental con Perú como su epicentro. El peruano solicitó a Stirner averiguar la opinión del CEIC acerca del programa propuesto. Usando la retórica cominterniana, Haya de la Torre hablaba con frecuencia sobre “nuestro trabajo” y confirmaba su deseo de coordinar sus esfuerzos con los del CEIC.²¹

El experto cominternista consideraba la situación en Perú como propicia para el movimiento revolucionario; sin embargo, estaba seguro de que las concepciones de Haya eran “demasiado abstractas”. Y el mayor obstáculo para realizar las ideas de Víctor Raúl, según el suizo, era precisamente este futuro partido “organizado directamente para asumir el poder”, en el cual su jefe sería “casi el único que tiene una concepción más o menos marxista del movimiento revolucionario”. La conclusión de Woog era muy desilusionante para Haya de la Torre:

Un partido, sin experiencia, sin una dirección formada por hombres que tienen los mismos conceptos, que tienen la misma línea de conducta en los diferentes problemas que se presenten, que tienen una experiencia bastante para darles seguridad en sus paros, sin un tal partido, no se toma el poder para aplastar a la burguesía –a la burguesía, no solo a los terratenientes– [...] sin un partido de hierro, sin un grupo de compañeros perfectamente educados a base de la experiencia misma y la del movimiento revolucionario ruso y del período de reconstrucción que en Rusia se hace desde la revolución de octubre, no podrán mantenerse en el poder ni dos meses.²²

Woog no se cansaba de explicar al futuro jefe de la revolución continental los límites de las capacidades de la Comintern:

Debes comprender que la IC debe de concentrar todas sus fuerzas para empujar la revolución adelante en Francia, Alemania e Italia. [...] Existe tanta materia para conflictos internacionales como nunca, entre otro también el nuevo peligro de nuevas intervenciones y guerras en contra de la Rusia Soviética. Todo esto hace que la IC no dé toda aquella atención a nuestros países como nosotros creemos que debe de darse.²³

20. Ibidem.

21. Ibidem, f. 31.

22. [Woog] a Haya de la Torre, Moscú, 12 de enero de 1925, ibidem, f. 34.

23. Ibidem, f. 33.

Stirner estaba intentando organizar un nuevo viaje de Haya de la Torre a Moscú para que asista con informe al pleno ampliado del CEIC. Sin embargo, el asunto se atoró por las cuestiones financieras: la Comintern sugirió a Haya de la Torre buscar el dinero por su propia cuenta. La maquinaria burocrática del CEIC funcionaba lentamente y no logró resolver a tiempo la cuestión, que no le hubiera costado tanto en términos financieros pero podría haber sido muy fructífera desde la perspectiva de la revolución mundial (como la veía la Comintern en aquel entonces).

En vez de Moscú, Haya de la Torre fue a Londres para luego regresar a México y fundar la Alianza Popular Revolucionaria Americana, cuyo programa estaba casi copiado de varias ideas ya expuestas en las cartas del peruano a Woog. Al mismo tiempo, el APRA fue definido como “un movimiento autónomo latinoamericano sin ninguna intervención o influencia extranjera” (*Istoriya Peru...*, 2000: 306; Skalov, 1934: 105, 223). Tras el Congreso Antimperialista en Bruselas en 1927 se produjo la ruptura definitiva entre Moscú y el líder aprista.

Mientras tanto, Stirner también se fue a México, pero esto ya no tuvo nada que ver con relaciones entre la Comintern y Haya de la Torre. El Secretariado del CEIC envió al suizo a su “segunda patria” cumpliendo la solicitud del PCM para que éste participara en la resolución de una grave crisis dentro del Partido Comunista acerca de la táctica en el asunto campesino. El ex secretario general del PCM, Manuel Díaz Ramírez, insistía en mudar la sede del CC al estado de Veracruz, epicentro del potente movimiento agrarista. Ese cambio definiría un nuevo modelo del comunismo mexicano, dándole más eficiencia a nivel regional. Los planes no se realizaron por la fuerte oposición de nuevos dirigentes del PCM: Bertram D. Wolfe y Rafael Carrillo Azpeitia, quienes abogaron por que el Comité Central se quedara en la ciudad de México, argumentando que el PC de Estados Unidos sólo accedería a la creación de una oficina panamericana si se llevara a cabo en la capital.²⁴ Al querer recibir cien pájaros volando (un deseo de devolver el centro continental del movimiento comunista latinoamericano a su país) los comunistas mexicanos estaban dispuestos a sacrificar los pocos pájaros que ya tenían en sus manos (las relaciones amistosas con los dirigentes campesinos procomunistas).

Este dilema se vio agravado por los conflictos personales, que en última instancia llevaron a una ruptura entre el PCM y su local en Veracruz, encabezado por Úrsulo Galván y Manuel Almanza, quienes apoyaron a Manuel Díaz Ramírez. Según el representante de los comunistas estadounidenses en México, Charles Phillips (“Manuel Gómez”),

24. RGASPI, fondo 495, inv. 108, exp. 41, f. 20.

la relación entre el partido y los agraristas veracruzanos pendía de “un hilo muy delgado”.²⁵

En agosto de 1925, la dirección del partido había retirado a Díaz Ramírez de su cargo de jefe de la célula del PCM en Xalapa, expulsándole al mismo tiempo.²⁶ Pero, incluso cumpliendo formalmente los trámites de retirada de Díaz Ramírez, los xalapeños le reemplazaron con Almanza, respaldando efectivamente al líder caído en desgracia.²⁷ Se negaron absolutamente a obedecer la prohibición de discutir sus diferencias con otras organizaciones, y aclararon que no confiaban en Carrillo. Obviamente, había diferentes aproximaciones al problema de las relaciones con el gobierno. Si el Comité Central del PCM insistió en la protesta obligatoria de Galván, como diputado del congreso local, contra las acciones del gobierno estatal en la represión de la huelga en la Huasteca, la célula de Xalapa francamente no entendió por qué “debe sacrificar el armamento de los campesinos de esta Liga, y por ende su propia integridad, en bien de una protesta, que no dará ningún resultado práctico”.²⁸

Desde el Comité Central se hicieron acusaciones de oportunismo y una insubordinación a la Comintern.²⁹ En respuesta, impulsados por Díaz Ramírez, los jalapeños pusieron en duda la eficacia del Comité Central: “En Tampico, Veracruz, Michoacán, Estado de México [...] en todas partes donde hay alguna influencia de nuestro pequeño e incipiente P.[artido]; ha sido conseguida por nuestros viejos miembros, los que han seguido más o menos nuestra política. ¿Ellos, qué tienen en el Distrito Federal siquiera? Nada. Absolutamente nada”.³⁰ Galván sentía cada vez más irritación con respecto a la posición de Carrillo, y Díaz Ramírez advirtió a Moscú acerca de sus temores de que el líder de la Liga (“la única organización sobre la que tenemos una influencia decisiva”) “mandara al diablo” al Comité Central.³¹ Esto no podría ocasionar más que graves consecuencias para el partido. Galván, al ser una figura de importancia nacional, fue también una de las figuras clave en la política de Veracruz, y los comunistas no tendrían con quién sustituirlo.

Hasta finales de 1925 la Liga incluso tuvo previsto el nombramiento

25. Carta de M. Gómez, 4 de septiembre de 1926, RGASPI, fondo 515, inv. 1, exp. 717, f. 8.

26. RGASPI, fondo 495, inv. 108, exp. 49, f. 33.

27. *Ibidem*, f. 40.

28. *Ibidem*, f. 41.

29. *Ibidem*, f. 46.

30. *Ibidem*, f. 73.

31. M. Díaz Ramírez a Stirner, 27 de octubre de 1925, RGASPI, fondo 495, inv. 108, exp. 49, f. 76.

de los comunistas Díaz Ramírez y Almanza como candidatos al congreso federal (en nombre del Partido Campesino “Tierra y Libertad”). En caso de ser elegidos, la posición del PCM en sus relaciones con el movimiento agrario sería aún más ambigua. Percibida la brecha de la alianza agrario-comunista, sólo pudo ser suavizada por la intervención de Stirner, el representante de la Comintern, quien a través de un telegrama ordenó de inmediato “detener la lucha faccional [entre] Rafael [Carrillo] y Manuel [Díaz Ramírez]”.³²

Stirner tomó la decisión de remitir el problema al mando superior de la III Internacional. Confirmando la actitud del Comité Central del PCM de que el trabajo de los comunistas entre los campesinos “no siempre mantenía una línea correcta”, el “protector” superior de los comunistas mexicanos resumió claramente a los líderes de la Internacional Comunista el otro lado del problema: los disidentes del Comité Central estaban todos metidos en el movimiento campesino de Veracruz, por lo que las expulsiones se marginarían al PCM de la mayoría de las organizaciones en el campo. Stirner dijo con franqueza que el partido “había cortado la rama que lo sostenía”, reforzando la influencia del ala anticomunista del movimiento agrarista.³³ Ante la imposibilidad de que ambos competidores (Carrillo y Díaz Ramírez) fueran a Moscú por falta de recursos, la Comintern tuvo que enviar de nuevo a México a Stirner para intervenir en la disputa en el VI Congreso del PCM.

Durante el congreso, el suizo se enfrascó en un duro conflicto con el embajador soviético Stanislav Pestkovsky, quien apoyó inequívocamente a Wolfe y a Carrillo, y dijo incluso que “dimitiría como embajador” si ocurría la “rehabilitación” de Ramírez; el embajador exigió que los hilos de dirección del PCM fuesen concentrados en sus manos.³⁴ Stirner fue calificado por el diplomático como un “abogado de políticos sinvergüenzas”.³⁵ La actitud de Stirner fue visiblemente más sopesada y balanceada: “El Partido agradecería cualquier buen consejo que reci-

32. *Ibidem*, exp. 45, f. 12.

33. *Ibidem*, f. 14. También dijo lo mismo Charles Phillips (“Manuel Gómez”), uno de los fundadores estadounidenses del PCM, que conocía bien la situación: “El intento de excluir a Ramírez fue una típica estupidez. El Comité Central habló sólo de los errores oportunistas de Ramírez, pero ni siquiera prestó atención al hecho de lo que su exclusión podría crear... Díaz Ramírez no sólo debe permanecer en el partido [...], sino ingresar [de nuevo] al Comité Central”, *ibidem*, f. 515, inv. 1, exp. 717, p. 9. Ver también Jeifets y Reynoso Jaime (2014: 15-40).

34. Informe de Andréi al CEIC, 11 de Agosto de 1925, RGASPI, fondo 495, inv. 19, exp. 17, f. 80.

35. Informe del representante de la Comintern en México “Andréi” sobre la situación en el país, 15 de septiembre de 1925, RGASPI, fondo 495, inv. 19, exp. 179, f. 31. Sobre las actividades de S. Pestkovsky en México, véase Jeifets y Jeifets (2001).

quiera desde la embajada” (citado en Jeifets y Jeifets, 1999). Al mismo tiempo insistía en que Moscú preste más atención a su representación diplomática en México, siendo ésta la única en todo el hemisferio³⁶ y un punto de atracción política para la izquierda y los antimperialistas no solamente de México sino de varios otros países latinoamericanos.

Stirner se indignó con el aventurerismo bruto y simple de algunos miembros del Comité Central, quienes afirmaban “estar listos” sin los “30.000 miembros de la unión de Veracruz”. La discusión fue de lo más abrupta, pero en última instancia la única autoridad provenía de la sede de la Comintern, en la que Stirner tenía preponderancia. En las resoluciones del partido desapareció la calificación simplista del “gobierno laborista” como “un lacayo del imperialismo norteamericano”. Finalmente, el Congreso no sólo confirmó la inviolabilidad de la línea del PCM en cuanto a la estrecha alianza con los campesinos, sino que aprobó la tarea de formar en México la Liga Nacional Campesina.

Aproximadamente en estos mismos meses Stirner se encontró en el centro de la crisis de las relaciones entre Moscú y los comunistas venezolanos, aglutinados en aquel momento dentro del Partido Revolucionario Venezolano (PRV), formado en el exilio como una estructura opositora a la dictadura de Juan Vicente Gómez y dispuesto a organizar la lucha armada en contra del dictador. Este plan recibió cierto apoyo de parte del gobierno mexicano (que iba a prestar a los venezolanos antigomecistas armas y dinero).

La mayor parte de los opositores a la dictadura gomecista no estaría complacida con los ideales de una revolución mundial bajo la tutela de la Comintern, por eso los comunistas desde el inicio formaron dentro del PRV un “Grupo Continental Secreto”, pensando aprovechar la situación tras la expedición armada a territorio venezolano, para asegurar “el triunfo del comunismo en América”. Creían posible tomar el poder en alguno de los países latinoamericanos para formar la base de lucha en otros territorios.³⁷ Los delegados de la Comintern en México (Stanislav Pestkovsky, Alfred Stirner y Mijail Grollman (“Oswald”) estaban enterados de aquellos planes y los apoyaban. Según ellos, existía una posibilidad de convertir la oposición activa en el exilio venezolano en una base para un potente movimiento antiimperialista.³⁸

36. “Bericht A. Stirner. Über die Führung der KP M durch den Gen. Andres”, RGASPI, fondo 495, inv. 108, exp. 61, f. 82.

37. Grupo Continental Revolucionario, Salvador de la Plaza, Secretario General, México, 1926; RGASPI, fondo 495, inv. 107, exp. 3, f. 35.

38. The Polpred’s Diary. N/d. El Archivo de la Política Exterior de la Federación Rusa (AVPRF, por sus siglas en ruso), Departamento mexicano, fondo 0110, inv. 6, exp. 1, carpeta 101, f. 73; Carta del representante de la Comintern en México A. Stirner al

En el verano de 1926 el Grupo Continental Revolucionario envió al venezolano comunista Gustavo Machado a Moscú para establecer “relaciones amplias y hermanas” entre el gobierno de la URSS y el “gobierno que esté formado en Venezuela tras el triunfo de la Revolución” y para discutir los pormenores de una acción armada.³⁹

Sin embargo, según recordaba después Machado, el CEIC percibió todos los proyectos de expediciones como una actividad sin apoyo en las bases sociales internas. Los comunistas que militaban en el PRV recibieron la orden de ingresar al país y formar un partido revolucionario proletario entre los sectores disconformes de la clase obrera y campesina.⁴⁰ El enviado extraordinario del “Gobierno Revolucionario” de Venezuela quedó muy desilusionado por la actitud oscurantista de las instituciones soviéticas y de la Comintern, pero no logró convencerlas.

Stirner, que estaba en ese momento en México y se comunicaba casi diariamente con los miembros del exilio revolucionario venezolano, no compartía la postura tomada por sus superiores. Tras el fracaso de la misión de Machado, prometió al dirigente del PRV Carlos de León que informaría a la Comintern sobre las necesidades de los revolucionarios venezolanos, pero al mismo tiempo le recomendó emprender su propio viaje a Moscú. El suizo estaba absolutamente seguro de que “los compañeros venezolanos estaban mucho mejor organizados que la gente que estaba dirigiendo el movimiento liberal en Nicaragua y que tenían muchas más perspectivas para resistir a una intervención americana”.⁴¹ Su opinión no logró ningún cambio, a pesar del prestigio de Stirner en el aparato de la III Internacional. Los dirigentes de la Comintern insistían en la justeza de su criterio y negaban el apoyo al PRV considerando irrealizable el plan de organizar una expedición armada antigomecista con los recursos mexicanos y soviéticos. En esas condiciones, Stirner ya no pudo hacer nada para apoyar a sus amigos venezolanos.

encargado del Secretariado Latino J. Humbert-Droz, 27 de mayo de 1927, RGASPI, fondo 495, inv. 19, exp. 181, fs. 92-100.

39. Grupo Continental Revolucionario, Credencial, Salvador de la Plaza, Secretario General, México, 23 de junio de 1926, RGASPI, fondo 495, inv. 107, exp. 3, f. 16; Autobiografía de G. Machado (1952) y carpeta personal de G. Machado, RGASPI, fondo 495, inv. 200, exp. 16, parte 2, fs. 161-162; Salvador de la Plaza al Camarada Alfredo Stirner, México, 23 de junio de 1926, RGASPI, fondo 495, inv. 107, exp. 3, f. 15.

40. G. Machado al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, RGASPI, fondo 495, inv. 107, exp. 3, f. 59.

41. Carta del representante de la Comintern en México A. Stirner al encargado del Secretariado Latino J. Humbert-Droz, 27 de mayo de 1927.

Stirner, el PCM y la ruptura con el movimiento campesino

En 1928, el suizo asumió el puesto de dirigente del Secretariado de Europa Occidental en Berlín, que estaba a cargo de la coordinación de actividades de los principales partidos comunistas del Viejo Mundo. Sin embargo, al poco tiempo los altos mandos de la Comintern decidieron responder positivamente a la solicitud hecha por la delegación del PCM al VI congreso que tuvo lugar ese mismo año (por cierto, Stirner era también parte formal de aquella delegación, aunque sin voto) y enviar al suizo a México para ayudar al PCM durante una nueva crisis interna política que estaba reinando en el país. Y esta vez la actitud del emisario de Moscú hacia el movimiento campesino resultó ser mucho más dura y rígida que en 1926.

Sin embargo, las condiciones políticas no eran las mismas. Durante el motín reaccionario militar de marzo de 1929 los militantes de la Liga Nacional Campesina apoyaron al gobierno y propusieron al PCM que renunciara a la recién iniciada campaña electoral del Bloque Obrero y Campesino, para que las autoridades no tengan que luchar en dos frentes. El PCM, en cambio, criticaba duramente al presidente interino Emilio Portes Gil por su “pasividad” y llamaba a los obreros y campesinos a “organizar nuestras propias fuerzas” para combatir a la reacción. Al reconocer la inevitabilidad de la lucha en contra del motín escobarista, los comunistas esperaban convertir su supresión en una insurrección armada y tomar el poder en varios estados.⁴²

Stirner sin vacilaciones apoyó la postura del CC del PCM, considerando que la idea propuesta por el dirigente de la LNC Úrsulo Galván era una maniobra y el inicio de un juego propio en la situación cambiante. No obstante, el intento de los dirigentes campesinos procomunistas en el estado de Durango de conservar las armas que les había entregado el gobierno para la lucha en contra de la sublevación castrense terminó mal. El gobierno reaccionó inesperadamente de manera cruel: dos dirigentes campesinos (entre ellos el miembro del CC del PCM y tesorero de la LNC, José Guadalupe Rodríguez) fueron fusilados. La ejecución arbitraria marcó una línea roja en la paciencia de los comunistas. En esos días Stirner escribe a Moscú:

El caos imperante en el país se mantendrá a pesar de la derrota del motín antigubernamental, mientras la situación económica va empeorándose casa día [...] hay que realizar todo

42. Informe para el Presidium del CEIC “La situación actual en México”, 18 de mayo de 1929, RGASPI, fondo 495, inv. 108, exp. 100, f. 58.

el trabajo de organización y agitación teniendo en cuenta que dentro de poco tiempo [...] tendremos que guiar a las masas encaminando hacia un movimiento armado a nuestro favor.⁴³

Galván rechazó rotundamente radicalizar su postura, culpando al mismo tiempo a los comunistas por los eventos sangrientos en Durango; en unas semanas fue expulsado del PCM.⁴⁴ La evolución drástica de la línea comunista hacia los campesinos en México y hacia el gobierno no fue motivada solamente por Moscú, que ya estaba abogando por la política de “clase contra clase”. En el país posrevolucionario la situación inestable y la costumbre de formar contingentes armados locales eran factores que contribuían a los planes de una lucha armada. Y Stirner no tanto imponía una nueva línea como se sumaba a los procesos internos dentro de la dirigencia del PCM.

Los delegados de la Comintern no consideraban la ruptura con la LNC como algo grave. Según otro emisario de la III Internacional, Mijail Grollman (“Oswald”), “el cadaver de [J.G.] Rodríguez estaba dividiendo al Partido y Galván”. Stirner se solidarizó con él, al declarar que el PCM estaba tomando “un camino correcto”. Insistía que en el caso de que hubiera “elecciones sin fraude [...] habríamos ganado una mayoría absoluta”.⁴⁵

La realidad era otra. La inmensa parte de la LNC siguió a Galván y abandonó a los comunistas; en las elecciones los campesinos votaron a favor del candidato oficialista o se abstuvieron, lo que se convirtió en uno de los factores de la marginalización del PCM. Según la triste apreciación hecha por el secretario general del PCM Rafael Carrillo, “Galván se fue con todo el movimiento campesino, y nos quedamos en la calle” (Melgar Bao, 1992: 57).

Conclusión

La historia de la conexión latinoamericana de Stirner-Woog, que había durado más de diez años, llegó a su fin en 1930, cuando el suizo fue incluido en la delegación del CEIC enviada para trabajar con el PC de España como instructor para reorganizar el partido. Tras ser detenido en 1931 y deportado a México, no se detuvo en América Latina, sino

43. Edgar a Manuel, 2 de abril de 1929, RGASPI, f. 3.

44. PCM a Ú. Galván, 16 de mayo de 1929, RGASPI, fondo 495, op. 108, exp. 105, f. 8; R. Carrillo a Güero [Woog], 15 de julio de 1929, ibidem, exp. 104, f. 27; Borrador del telegrama al PC de México elaborado por el Lender-Secretariado del CEIC, ibidem, exp. 100, f. 60.

45. Informe del CC del PCM al CEIC, 3 de enero de 1930, RGASPI, exp. 132, fs. 7-8.

que regresó de inmediato al aparato moscovita del Ejecutivo de la Comintern: trabajaba en el Lender-Secretariado Romano e daba cursos en la Escuela Leninista Internacional. En 1935, por fin, su experiencia de organizador fue requerida por la III Internacional en la patria de Woog. Desde ese momento desempeñó un papel importante en el Kommunistische Partei der Schweiz, siendo primero su secretario de organización y luego delegado del KPS al VII congreso de la Comintern en 1935. Al estallar la guerra civil en España, se fue otra vez a la península Ibérica, pero el Comité Central del KPS lo llamó de regreso a Suiza para que se encargue de reclutar a los voluntarios de las Brigadas Internacionales. En 1940 el PKS fue proscrito y Woog trabajó en la clandestinidad, lo que le costó dos encarcelamientos. Fue uno de los iniciadores de la fusión de los comunistas con los socialistas de izquierda dentro de un partido legal, el Partei der Arbeit der Schweiz, en 1944. Toda su vida posterior fue en vínculo con el PAS, donde ocupaba puestos del miembro del CC, vicepresidente y secretario del CC. Desde 1949 hasta 1968 fue secretario general del CC del PAS, y en el último tramo de su vida desempeñaba el cargo de presidente de la Comisión Central de Control del PAS.

Sin embargo, América Latina no abandonó por completo la vida del suizo. Mantenía relaciones con varios militantes antiguos de la izquierda latinoamericana y, ya jubilado, compartió sus recuerdos sobre el revolucionario cubano Julio Antonio Mella en el periódico *Revolución*.

El ejemplo del trabajo del comunista suizo Edgar Woog como uno de los dirigentes e ideólogos del comunismo latinoamericano demuestra que la actividad de la Comintern nunca fue una dogma inamovible. El estado mayor de la revolución mundial estaba lleno de gente viva que disponía sus propias percepciones sobre el movimiento y que tenían perspectivas diferentes sobre el carácter y la esencia de la revolución continental. Sus puntos de vista no siempre coincidían con los de los altos dirigentes de la III Internacional. El papel de esos funcionarios internacionales para la izquierda latinoamericana no puede ser subestimada. Gracias a Edgar Woog cobró fuerza la línea de colaboración con los sectores no marxistas de la izquierda, lo que creaba nuevas perspectivas de crecimiento para varios partidos comunistas. Sin embargo, los puntos de vista del cominternista suizo (así como de otros funcionarios de la III Internacional) estaban sujeto a cambios, sobre todo durante el proceso de la burocratización estalinista que se inició en 1928-1929. Siendo soldado disciplinado del Partido Comunista mundial, Edgar Woog estaba dispuesto a imponer la nueva línea a los sectores de la izquierda latinoamericana, aunque eso significara renunciar a sus conceptos previos.

Bibliografía

- Alba, V. (1964), *Historia del movimiento obrero en América Latina*. México: Limusa Wiley.
- Alexander, R.J. (1957), *Communism in Latin America*, New Brunswick-New Jersey: Rutgers University Press.
- Carr, B. (1997), *La izquierda Mexicana a través del siglo XX*, México: Era.
- Gilbert, Isidoro (2009), *La Fede*, Buenos Aires: Sudamericana, 2009.
- Goldenberg, B. (1971), *Kommunismus in Lateinamerika*, Stuttgart-Berlín-Colonia-Mainz, Verlag W. Kohlhammer.
- Gramsci, A. (1972-1980), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Madrid-Buenos Aires: Nueva Visión.
- Huber, P. (1994), *Stalins Schatten in die Schweiz*, Zurich: Chronos.
- Istoriya Peru s drevneishih vremen do kontza XX veka* (2000), Moscú: Nauka.
- Jeifets, V. (2006), *La Comintern y la evolución de la izquierda mexicana* [en ruso], San Petersburgo: Nauka.
- Jeifets, V. y Jeifets, L. (2015), *América Latina en la Internacional Comunista, 1919-1943. Diccionario biográfico*, Santiago de Chile: Ariadna.
- (2013), “Haya de la Torre, la Comintern y el Perú, acercamientos y desencuentros”, *Pacarina del Sur*, nº 16, julio-septiembre. Disponible en www.pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/764-haya-de-la-torre-la-comintern-y-el-peru-acercamientos-y-desencuentros.
- (2001), *Stanislav Pestkovsky (el compañero Andrés). Un doble retrato en el interior de México* [en ruso], San Petersburgo: CLEIO.
- (1999), “¿Quién diablos era Andréi? Stanislav Pestkovski. Camarada Andréi. Una tentativa de una investigación histórica”, *Memoria. Boletín de CEMOS*, nº 3.
- Jeifets, V. y J. Irving Reynoso (2014), “De frente único a clase contra clase: comunistas y agraristas en México posrevolucionario”, *Izquierdas*, nº 19, pp. 15-40.
- Kurella, A. (1930), *Ot Berlina do Moskvuy*, Moscú: Molodaya Gvardiya.
- Martínez Verdugo, A. (ed.) (1985), *El comunismo en México*, México: Grijalbo.
- Melgar Bao, R. (1992), “Memoria Roja de los años veinte. Testimonio de Rafael Carrillo”, *Memoria. Boletín de CEMOS*, nº 92.
- Ortiz, R. (2011), “Komintern i konflikty v Meksikanskoi kommunisticheskoi partii, 1925-1926 gg.”, *Latinoamerikanskii istoricheskii almanakh*, nº 11.
- Pakkasvirta, J. (1997), *¿Un continente, una nación?*, Helsinki.
- Shipman, C., *It Had to Be a Revolution*, Ithaca-London: Cornell University Press.
- Skalov, G.B. (ed.) (1934), *Problemy Yuzhnoi i Karaibskoi Ameriki*, Moscú: IMHiMP.
- Spenser, D. (1998), *El triángulo imposible*, México: Porrúa.
- Stettlerm, P. (1980), *Die Kommunistische Partei der Schweiz: 1921-1931, ein Beitrag zur schweizerischen Parteiforschung und zur Geschichte der*

schweizerischen Arbeiterbewegung im Rahmen der Kommunistischen Internationale, Berna: Francke.

Studer, B. (1994), *Un parti sous influence: Le parti communiste suisse, une section du Komintern, 1931 a 1939*, Lausana: L'Age d'Homme.

Taibo II, P.I. (1986), *Los Bolsheviki*, México: J.P. Mortiz.

* * *

Título: “The relationship between the Comintern and Latin America: episodes of the Swiss revolutionary Alfred Stirner”.

Resumen: En el presente artículo los autores investigan varias historias poco conocidas de la actividad del comunista suizo Edgar Woog (“Alfred Stirner” (1898—1973), sobre todo el papel desempeñado por este funcionario cominternista en el desarrollo de relaciones de la III Internacional con el revolucionario peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y el Partido Revolucionario Venezolano, así como con el PCM durante el período de la formación y declive del alianza entre comunistas y el movimiento campesino independiente. Al analizar estos episodios, indican el carácter cambiante y “creative” de relaciones entre la III Internacional y sus secciones nacionales latinoamericanas. Además, los autores prestan atención a la evolución de los puntos de vista del revolucionario suizo acerca de los procesos sociopolíticos dentro de la izquierda latinoamericana.

Palabras clave: Edgar Woog, Comintern, Haya de la Torre, Partido Revolucionario Venezolano, Liga Nacional Campesina

Abstract: The authors are analyzing some little-known episodes of the activity of the Swiss Communist Edgar Woog (“Alfred Stirner” (1898-1973), especially the role of this Comintern’s official in the development of the relations between the III International, the Peruvian revolutionary Víctor Raúl Haya de la Torre and the Partido Revolucionario Venezolano, as also with the Mexican Communist Party within the period of formation and decline of the alliance between the communists and the independent peasants’ movement. The authors show the changing and “creative” character of the relationship between the Comintern and its national sections in Latin America. Additionally, the authors make some research of the evolution of Stirner’s points of view over the social and political processes within the Latin American Left-Wing movement.

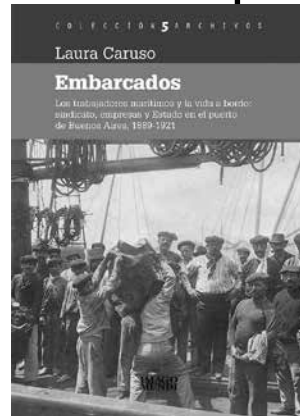
Colección Archivos



Diego Ceruso

La izquierda en la fábrica

La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943



Laura Caruso

Embarcados

Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921



Carlos M. Herrera

¿Adiós al proletariado?

El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)

La historiografía de la Revolución Rusa, cien años después

Stephen A. Smith¹

Universidad de Oxford
stephen.smith2@history.ox.ac.uk

El centenario de la Revolución Rusa ofrece una buena ocasión para preguntarnos de qué modo la historiografía reciente contribuye a nuestra comprensión sobre ese trascendental acontecimiento. Vivimos en una época que no es especialmente afín a la idea de revolución. En el mundo occidental, el alcance de la política se ha reducido desde la década de 1970, con la aparición del neoliberalismo, el colapso del comunismo, el incremento de la preocupación por los derechos humanos y los límites de una política definida por el libre mercado, la buena administración y los derechos individuales. Las referencias a la “revolución” no han desaparecido del todo, pero se trata, en palabras de Arno Mayer, de “la celebración de revoluciones esencialmente pacíficas en pro de los derechos humanos, la propiedad privada y el capitalismo de mercado” (2001: 3). Se podría añadir que las revoluciones “de colores” del este europeo y el Cáucaso, así como las de la primavera árabe, difícilmente hayan sido buenos modelos para aquellos que pretenden efectuar un cambio político por medios violentos. El relevamiento historiográfico que sigue se enmarca en este contexto. Considero que, si bien nuestro conocimiento sobre la Revolución Rusa y la guerra civil se ha incrementado en forma significativa, en muchos aspectos decisivos ha disminuido nuestra capacidad para *comprender* –y ciertamente para empatizar con– las aspiraciones de 1917.

Este artículo busca identificar las tendencias y problemas analíticos que han ocupado a los historiadores desde, aproximadamente, los inicios del siglo XXI. La atención se centra en el período que se extiende desde 1914 hasta la consolidación de un nuevo orden soviético, en 1922, y no únicamente en las dos revoluciones de 1917. El ensayo comienza

1. Publicado originalmente en inglés en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 16, n° 4, otoño de 2015 (nueva serie), págs. 733-749. Traducción: Antonio Oliva y Lucas Poy.

bosquejando ciertas tendencias interpretativas que han tenido influencia en la historiografía reciente y rastreando algunos de los temas que han atraído el mayor interés académico. No tiene una pretensión de integridad: en particular, no intenta abordar el enorme volumen de estudios sobre las regiones no rusas del imperio ni discutir las abundantes y excelentes colecciones de material de primera mano que han aparecido, especialmente en Rusia.²

* * *

En la primera década post-soviética –la de 1990–, tuvo lugar la apertura de los archivos y un intenso debate público, en la Federación Rusa, sobre el significado de la era soviética para el futuro del país. Entre los historiadores profesionales existía un vigoroso rechazo a los estereotipos ideológicos que habían estructurado la historiografía de la era soviética, centrados en el mito de la Gran Revolución Socialista de Octubre, así como un apremio por investigar “puntos ciegos” y temas hasta entonces prohibidos. Desde comienzos del siglo XXI, el debate público en Rusia acerca de la era soviética se ha apaciguado un poco, pero de ninguna manera ha desaparecido. Entre los historiadores profesionales están floreciendo investigaciones detalladas, que se basan en la nueva documentación; la gama de temas en estudio se ha ampliado y el tono del intercambio académico se ha vuelto más desapasionado. Entre los estudiosos occidentales, que trabajan principalmente en los Estados Unidos, en Alemania y en el Reino Unido, el volumen de investigaciones históricas sobre la revolución y la guerra civil se ha reducido en comparación con las décadas de 1970 y 1980. La apertura de los archivos en la década de 1990 provocó una reorientación hacia los años de Stalin –el período sobre el cual los historiadores menos conocían–, quitando así fuerza a los estudios sobre la revolución, una etapa acerca de la cual la base de fuentes nunca había sido tan exigua como para el período posterior a 1921. Además, la disminución del interés por la historia social en el mundo académico –y en especial por la historia del trabajo– tuvo el efecto de reducir la cantidad de investigaciones realizadas sobre 1917, muchas de las cuales habían estado animadas por el interés en la “revolución desde abajo”. Por último, la marginalización de la izquierda política a nivel internacional, tras el colapso del comunismo y el auge del neoliberalismo, creó un clima en el que las revoluciones ya no eran vistas con demasiada simpatía, y en el cual los historiadores se interesaban menos por mostrar “lo que falló” en la revolución bolchevique que por

2. Hay fuentes fundamentales para el estudio de la dinámica política de 1917 que aún podrían estar por descubrirse. Ver Lyandres (2013).

demostrar que una revolución minoritaria conduce en forma inevitable a una dictadura totalitaria. A pesar de esto, los estudios occidentales sobre la revolución de ninguna manera se han agotado: algunos de los mejores trabajos se señalan a continuación.

Una de las tendencias más significativas en la historiografía del nuevo siglo ha sido posicionar plenamente a las revoluciones de 1917 en una narrativa que comienza con el estallido de la guerra en 1914 y termina con el establecimiento de la Unión Soviética en 1922.³ La historiografía, por supuesto, siempre reconoció que la derrota militar, el cansancio de la guerra y la creciente privación en el frente interno fueron causas principales de la caída de la monarquía y del posterior fracaso del gobierno provisional. Pero los historiadores soviéticos, en particular, prestaban poca atención a la Primera Guerra Mundial en sí misma, a no ser como prolegómeno de la revolución. La historiografía reciente, tanto en Rusia como en el mundo occidental, y sobre todo los trabajos que encuadran la historia de Rusia en un marco imperial, explora de qué modo las fuerzas sísmicas desatadas por la guerra transformaron el panorama político en gran parte de Europa, en un proceso que duró desde 1917 hasta alrededor de 1923, y cómo la guerra total –una noción un tanto nebulosa– alumbró instituciones y prácticas políticas que esbozaron las del régimen soviético.⁴

En 1994, publiqué un artículo un tanto incómodo que lamentaba la falta de voluntad de los historiadores rusos para hacer frente a los desafíos teóricos del posmodernismo y el “giro cultural”, argumentando que la mera incorporación a paradigmas establecidos de franjas de material de archivo recientemente disponible no revitalizaba el conocimiento académico (Smith, 1994). Argumenté que el reto consistía en tomar en serio los diversos enfoques agrupados crudamente como “posmodernos”, con el fin de estimular la reflexión sobre el modo en que, durante la revolución, movimientos sociales, partidos políticos, organizaciones de base, líderes carismáticos e ideologías radicales pusieron en circulación nuevas prácticas discursivas, cuyo resultado fue convencer a millones de personas comunes de poder entenderse a sí mismos, a sus intereses y a su predicamento de nuevas maneras, es decir, poner en primer plano ciertas identidades y marginar otras (Smith, 2008). Desde esta perspectiva, la dinámica política de la Revolución Rusa no

3. Holquist (2002), Sanborn (2003). Ver también la serie *Russia's Great War and Revolution, 1914-1922*, en progreso de publicación. En el momento de la escritura de estas líneas, han aparecido tres volúmenes: Lohr, Tolz, Semyonov y von Hagen (2014) y Frame, Kolonitskii, Marks y Stockdale (2014, dos tomos). Se publicarán cinco volúmenes más.

4. Para una argumentación interesante que plantea que el principal efecto de la guerra era lograr una “descolonización del imperio ruso”, ver Sanborn (2014).

se trata solamente de quién hizo qué y cómo, sino del modo en que las personas se entendieron a sí mismas y buscaron orientarse durante tiempos profundamente inquietantes. Aunque sigue siendo pequeño el número de historiadores de la Revolución Rusa que se involucran directamente con la teoría social, el impacto del “giro cultural”, si no del posmodernismo en toda la línea, ha sido significativo. Boris Kolonitskii ha estudiado de qué modo los símbolos –tales como el águila de dos cabezas, la “Marsellesa” o la bandera roja– han actuado como objetos de confrontación política que contribuyeron a delimitar el terreno de la lucha política (Kolonitskii, 2001; Figes y Kolonitskii, 1999: 30). Más recientemente, en un trabajo maravillosamente original, ofreció un análisis sociocultural densamente trabajado acerca de la forma en que la unidad entre el zar y el conjunto de la población se fue erosionando rápidamente en todos los niveles de sociedad (Kolonitskii, 2010). Una de sus líneas de investigación se centra en mostrar cómo la autoridad sagrada de la familia real se vio debilitada por los rumores, en especial aquellos relacionados con Alexandra Fedorovna. El de los rumores, de hecho, ha sido uno de los campos de trabajo más fértiles de los estudiosos rusos –no sólo historiadores de la cultura, sino también antropólogos y psicólogos sociales– en la época post-soviética.⁵ Mark Steinberg (2001), quizás el historiador más receptivo a los enfoques posmodernos, ha iluminado la relación que existe entre la experiencia social, las estrategias de escritura y la voz del autor, en un ensayo pionero sobre los lenguajes de la revolución: en él demuestra cómo, en 1917, la gente del común articuló su experiencia de la guerra y la revolución a través de un lenguaje cargado de emoción y fervor moral.

En Rusia, un desarrollo paralelo fue el que a veces se conoce como “giro antropológico”, un vuelco de la atención que se aleja de los militantes revolucionarios, los partidos y las ideologías y se acerca a la vida diaria y a las personas comunes. Sergei Iarov (2006) exploró el modo en el cual las personas se adaptaron al lenguaje, los estereotipos y las reglas del juego del nuevo orden soviético, centrándose en las formas de argumentación, la politización de los discursos y del ocio, la cooperación entre los intelectuales y el gobierno y la retracción de la protesta laboral. Oksana Nagornaia (2010) reconstruyó la experiencia de los soldados y oficiales rusos que se convirtieron en prisioneros de guerra en Alemania, mostrando cómo crearon espacios limitados de autonomía, aun cuando estaban divididos por factores como el grado de contacto con la sociedad civil, el origen étnico, la política y los privilegios diferenciales. Un énfasis similar en la experiencia de la vida diaria se evidencia en el

5. Narskii *et al.* (2011). Sobre los rumores relacionados con la traición, ver Fuller (2006: 43-48).

estudio realizado por O.M. Morozova (2010) sobre los soldados del Ejército Rojo y los partisanos rojos durante la guerra civil.⁶ Su trabajo utiliza biografías escritas entre 1920 y 1935 por veteranos que solicitaban pensiones, con el objetivo de observar cómo utilizaban los relatos de su experiencia durante la guerra para reclamar prestaciones de asistencia social. En un estudio más amplio, explora la manera en que la formación personal y la psicología dieron forma a las estructuras y las prácticas de los ejércitos rojo y blanco durante la guerra civil, aunque parecen discutibles algunas de sus generalizaciones acerca de la importancia de los procesos psicológicos para provocar el desorden y la transformación revolucionaria (Morozova, 2012). Estas obras ponen en evidencia que el interés por la psicología social ha sido una característica particular de la historiografía reciente en Rusia.

Esta preocupación por la psicología de masas se basa en un interés por el tema que se desarrolló en los últimos años del régimen soviético (algo que no tiene un paralelismo entre los historiadores sociales occidentales, que analizan los movimientos de masas en términos de cálculo racional y normas conscientes). V.P. Buldakov (1997) entiende que los procesos “psico-mentales” fueron los que alimentaron la caída en el caos revolucionario. Interpreta el período 1914-1921 como un segundo *smuta*, un “tiempo de problemas”, provocado por el hecho de que la Primera Guerra Mundial desacralizó el poder real al mismo tiempo que sacralizó la violencia. Con la revolución de febrero, toda restricción ética fue dejada de lado y se dio vía libre a los lúmpenes más agresivos.⁷ Buldakov sostiene que, en todos los niveles de la sociedad, hubo un resurgimiento de un comunismo atávico (*obshchinnost*) que jugó en favor de los bolcheviques, quienes tuvieron éxito no porque se presentaran como campeones de los intereses populares sino porque proyectaron una imagen que concordaba con la psicología de las masas. Es una idea interesante, pero sus generalizaciones acerca de la psicología de masas son muy drásticas, y su imagen de la población como una chusma que anhela el dominio político es muy parecida a la difundida por Hippolyte Taine en relación con la Revolución Francesa.

En los Estados Unidos, podemos observar una apropiación llamativa del posmodernismo en la obra de un grupo de estudiosos, a veces conocido como “escuela de la modernidad”, que se basó en los trabajos de Michel Foucault sobre la gobernabilidad y la biopolítica. Interpretan el régimen soviético como una variante de la modernidad europea, llamando la atención sobre elementos tales como la planificación, el

6. Para una estimulante revisión de libros recientes sobre la experiencia en Austria, Alemania y otros prisioneros de guerra en Rusia, véase Gatrell (2005).

7. El tema continuó en Buldakov (2007 y 2010).

estado de bienestar, la valoración de la ciencia, las formas de vigilancia social, la gobernabilidad y las “disciplinas de la personalidad”, elementos supuestamente comunes tanto al régimen soviético como a regímenes políticos radicalmente distintos de la Europa de entreguerras (Hoffmann y Kotsonis, 2000; Hoffmann, 2011). Suelen plantear que la especificidad del régimen soviético residía en su uso informal y extendido de la violencia como técnica de gobierno. Este énfasis en la violencia ha sido una preocupación central en buena parte de los trabajos recientes sobre la Revolución Rusa. Los teóricos clásicos del totalitarismo bolchevique veían a la violencia como un resultado de la ideología y de la falta de legitimidad política del régimen; la escuela de la modernidad, por el contrario, localiza sus raíces en las prácticas de clasificación, recopilación de información, control, encarcelamiento y expulsión comunes a los diferentes estados modernizadores europeos (Holquist, 2003). Desde esta perspectiva, la Primera Guerra Mundial constituyó un punto de inflexión que llevó a una masiva expansión y militarización de las prácticas diseñadas para dar forma al “cuerpo social”, que tenían sus orígenes en el siglo XIX. El impresionante estudio de Peter Holquist sobre la Revolución y la Guerra Civil en la región del Don, por ejemplo, considera que la violencia bolchevique no solo fue consecuencia del impulso por suprimir enemigos políticos sino también de una aspiración por crear una sociedad purgada de elementos contaminantes, en particular durante el breve episodio de la “des-cosaquización” (Holquist, 2002, capítulo 6). Sin embargo, su énfasis en la violencia “escisional” –o sea, la violencia diseñada para eliminar grupos específicos que eran percibidos como socialmente perjudiciales o políticamente peligrosos para el cuerpo social– parece más apropiado para la era de Stalin que para un período en el cual los bolcheviques tenían dificultades para establecer el monopolio de la violencia. En una línea similar, Joshua Sanborn afirma que la práctica de la violencia era la “precondición esencial para ser un ciudadano y un hombre” entre 1905 y 1925, aunque nunca resuelve el problema, que él mismo identifica, de cómo conciliar la disposición de los bolcheviques por usar el terror con su simultáneo deseo de contener la violencia.⁸

8. Sanborn (2003: 200) cita un pasaje de *Handbook of the Red Army Soldier*, publicado en 1918 para apoyar su afirmación de que la justificación de la violencia bolchevique era una “glorificación de la sangre”. Sin embargo, en el inicio el *Handbook* justifica la violencia en términos convencionales como necesaria para crear un mundo mejor: “¿Quién eres tú, camarada?» [...] «Soy un defensor de los trabajadores y los pobres de todo el mundo.» «¿Por qué estás luchando?» [...] «Por justicia [*pravda*]. Para que las tierras y fábricas, y los ríos y bosques, y toda la riqueza pertenezca a las personas que trabajan» (*Partino-politicheskaia rabota v Krasnoi Armii: Aprel' 1918-fevral' 1919. Dokumenty* [Moscow: Voennoe izdatel'stvo, 1961], 44).

También los especialistas alemanes han tendido a ver la violencia como la modalidad principal de instalación del régimen soviético, aunque suelen ser escépticos respecto a la conceptualización, realizada por la escuela de la modernidad, de la violencia política como elemento constitutivo en un modelo generalizado de “modernidad”. Jörg Baberowski cuestiona que la ideología tenga mucho que ver con el impulso hacia la violencia, argumentando que la violencia tiene lugar porque las personas aprovechan la oportunidad de usarla para lograr sus objetivos cuando pueden hacerlo, y una vez que la violencia se ha iniciado, no hay más alternativa que utilizarla para sobrevivir o sucumbir a ella (2012: 476). Los estudios alemanes se destacan por su preocupación por diferenciar distintos tipos de violencia, prestando atención a sus distintas formas y a sus significados y efectos sociales diferenciales. Se basan en el trabajo de sociólogos y filósofos alemanes que han categorizado los modos en que la experiencia de los daños corporales se convierte en significativa. Felix Schnell (2012), por ejemplo, hace hincapié en las funciones asociativas y formativas de la identidad que puede tener la violencia, observando la violencia colectiva del *otomany* en Ucrania como un acto comunicativo que tenía tanto que ver con estrechar lazos entre los protagonistas como con aterrorizar a los enemigos. En términos generales, los historiadores alemanes se acercan a la violencia no sólo en términos instrumentales, como un medio para consolidar el poder, sino también como un mecanismo que crea, dramatiza, y desafía las jerarquías del poder.

El estimulante estudio de Joshua Sanborn sobre la conscripción en Rusia (2003) explora cómo el servicio militar se convirtió en un deber nacional y de qué modo la propia identidad nacional estaba militarizada. Su trabajo es expresión de la tendencia a reubicar la Revolución Rusa en un marco nacional e imperial antes que en uno de clase. También Eric Lohr (2003) hace hincapié en los efectos nacionalizadores de la guerra, en una obra que estudia de qué modo los “extranjeros enemigos” –hombres de negocios y agricultores alemanes, judíos, musulmanes y otros– fueron sometidos a la deportación, la internación y la expropiación. Sostiene que la ampliación, en tiempos de guerra, de las prácticas de gobernabilidad relevadas por la escuela de la modernidad y, en particular, el intento de impulsar a las minorías étnicas del cuerpo político, eran en realidad un reflejo de la debilidad del nacionalismo ruso. El debate acerca de la relación entre nación e imperio, abierto por primera vez en la década de 1990 por historiadores como Geoffrey Hosking (1997), ha sido particularmente fructífero a la hora de promover investigaciones sobre la guerra y la revolución en el marco del Imperio. Actualmente, resulta imposible comprender la Revolución Rusa si no es en el contexto de un imperio multiétnico que buscaba desesperadamente competir con otros tres imperios en los frentes oriental y del Cáucaso. A partir de la

revolución de febrero, por otra parte, el curso de la revolución estuvo íntimamente conectado con las luchas de los pueblos no rusos del Báltico, las fronteras occidentales, el Cáucaso y Asia Central para lograr diferentes grados de autodeterminación nacional o étnica. Sin embargo, en lo que respecta a la política de 1917 como tal, podríamos correr el riesgo de perder de vista que una peculiaridad de la Revolución Rusa –en comparación con revoluciones posteriores en China, Yugoslavia, Vietnam o Cuba– fue la primacía de la clase como marco dominante en el que se libró la lucha política, algo que no implica negar que las identidades nacionales, con frecuencia sobredeterminadas por la clase, tuvieran cada vez más influencia (Smith, 2006).

En los últimos años aparecieron excelentes estudios sobre la revolución en las provincias. Sin embargo, cabe mencionar en primer lugar el trabajo de Alexander Rabinowitch (2007) sobre el primer año de gobierno bolchevique en Petrogrado, una refinada secuela de su clásico estudio sobre la toma del poder en octubre. Su obra refleja los modos en que las crisis política, militar y económica de 1918 transformaron el poder soviético en un régimen de partido único, un desafío al resurgimiento de la tendencia que deja de lado la contingencia en favor de un determinismo ideológico u organizativo. En cuanto a la revolución en las provincias, los historiadores soviéticos sufrían la presión de tener que demostrar que se trataba, en lo esencial, de variantes de un proceso revolucionario uniforme –el inexorable avance del “poder soviético”– lo cual no quita valor a algunos de los mejores trabajos, como el estudio de Grunt (1976) sobre Moscú o el de Gerasimenko (1972) sobre el Bajo Volga. Los estudios más recientes sobre la revolución en las provincias, de todas formas, desafían esta concepción y ponen en cuestión la idea de que la toma del poder bolchevique en Petrogrado haya sido el quiebre decisivo con el viejo orden. En realidad, la lucha para establecer el poder soviético en los pueblos y ciudades de la Rusia europea y de Siberia comenzó recién después de octubre y en muchas regiones continuó, con avances y retrocesos, hasta 1920. Sarah Badcock (2007), en un estudio comparativo de dos provincias del Volga, Nizhni Novgorod y Kazan –la primera étnicamente rusa y relativamente industrializada, la segunda étnicamente mixta y económicamente menos desarrollada–, demuestra la importancia de las conexiones locales a la hora de establecer patrones políticos en dos ciudades donde los partidos organizados eran débiles. En su ampliamente documentado estudio sobre la Guerra Civil en la provincia de Saratov, Donald Raleigh (2002) muestra de qué modo la corrupción y la ilegalidad caracterizaron a los soviets y a las organizaciones partidarias desde el principio.⁹ Mientras que los traba-

9. Ver también Raleigh (1986).

jos centrados en Petrogrado hacen hincapié en la fuerte conexión que existía entre el partido bolchevique y los movimientos de soldados y obreros radicalizados, este vínculo se revelaba mucho más tenue fuera de la capital, incluso en Moscú. En las provincias, los significados y los resultados de la revolución se conformaron a partir de una variedad de factores ecológicos, socioeconómicos, étnicos, y políticos (Narskii, 2001; Posadskii, 2010; Penter, 2000). En qué medida esto justifica la idea de un caleidoscopio de revoluciones, sin embargo, sigue siendo una pregunta abierta (Retish, Badcock y Novikova, 2015). Es discutible que la variación regional en la Revolución Rusa haya sido considerablemente menor que en las revoluciones mexicana o china.

Es, por supuesto, la ausencia de las masas rurales en Petrogrado lo que hace a los episodios de la capital tan atípicos respecto a la revolución en su conjunto. Una vez más, los estudios recientes ofrecen representaciones matizadas de la revolución en el campo. Si en la región central de la Tierra Negra fue la comuna la fuerza impulsora del movimiento por la apropiación de tierras pertenecientes a la nobleza terrateniente (y a campesinos que se habían separado de la comuna), en otras regiones la redistribución de la tierra fue un proceso a menudo coordinado por los departamentos de tierras del distrito y por los soviets locales. En el caso de Viatka, donde la comuna se revitalizó durante la guerra, Aaron Retish muestra de qué manera las intervenciones del nuevo Comisariado de Agricultura y de los departamentos de tierras de los soviets locales frenaron la distribución espontánea de tierra impulsada por las comunas individuales (2008: 161). En Arkhangel'sk, menos de una cuarta parte de las comunas habían llevado a cabo la redistribución de la tierra cuando la provincia quedó en poder de los blancos, en noviembre de 1918 (Sablin, 2009). En Moscú, gran parte de la tierra se colocó "a cuenta" (*na uchet*) del departamento de tierra del soviet provincial, de acuerdo con la Ley Básica de Socialización de la Tierra, del 17 de enero de 1918, y fue redistribuida con la participación de los soviets locales (Kovalev, 2007). En términos generales, sin embargo, y dado que la formación de los soviets municipales fue lenta, los soviets de distrito y de provincia fueron a menudo incapaces de ejercer mucha influencia a nivel de las bases. En Smolensk, por ejemplo, sólo 33 de un total de 239 soviets municipales habían creado departamentos de tierras en abril de 1918 (Hickey, 1996). Si bien la imagen habitual de la revolución agraria como un movimiento espontáneo sigue siendo precisa –lo que nuevamente distingue a Rusia de otras revoluciones comunistas posteriores– la dinámica entre redistribución de la tierra y naciente formación del Estado reclama mayores investigaciones.

Todavía sabemos mucho menos sobre el destino de la élite rusa que sobre el de sus clases populares. Los historiadores rusos, tanto en la

época soviética como en la post-soviética, han hecho un buen trabajo sobre las fortunas socioeconómicas de la nobleza terrateniente y, más recientemente, sobre su orientación política a finales del periodo zarista (Bibin, 2000; Kir'ianov, 2001). Sin embargo, poco se ha hecho sobre su destino en 1917. Existen dos libros de historiadores occidentales que contribuyen a llenar ese vacío: Matthew Rendle (2009) ofrece un estudio sutil sobre los terratenientes, la nobleza, y los oficiales donde demuestra que de ninguna manera fueron una fuerza pasiva durante la agitación revolucionaria, si bien la pérdida de sus privilegios y las expropiaciones de sus propiedades exacerbó su desarraigo político y social. Douglas Smith (2012: 7) advierte que “la nobleza había producido generaciones de escritores, artistas y pensadores, de académicos y científicos, tanto reformadores como revolucionarios”, pero su nostálgico estudio de los Golitsyns y Sheremetevs es típico de una muy popular historiografía que coloca a la nobleza como víctima inocente de un malvado régimen bolchevique. Sin embargo, no se pregunta cuántos terratenientes se manifestaron en defensa de la propiedad en 1917 ni por qué los campesinos se levantaron contra ellos. Nos dice que “la tragedia del destino de los nobles prefiguró futuras atrocidades del siglo XX... desde la Alemania de Hitler hasta la Camboya de Pol Pot” (2012: 8): una mirada de la Revolución Rusa que suena demasiado familiar, en la cual los bolcheviques aparecen como los únicos responsables de los trágicos sucesos posteriores.

El interés académico por la resistencia campesina durante la Guerra Civil se convirtió en un tema importante de la historiografía post-soviética en la década de 1990, y continúa siéndolo hasta hoy (Fatueva, 1996; Iarov, 1999; Kondrashin, 2001). La rebelión de Antonov en Tambov, que se extendió desde el otoño de 1920 hasta la primavera de 1921, es el objeto de un agudo estudio de Erik Landis, quien combina la investigación empírica con la teoría de los movimientos sociales (Landis, 2008; DuGarm, 2001). Si bien es la más conocida, la rebelión de Antonov fue sólo una entre muchas: la eliminación de la amenaza blanca y el endurecimiento de la requisita de alimentos, en el invierno de 1920, impulsaron la transformación de *émeutes* de pequeña escala en levantamientos de masas, con más de 50 rebeliones que irrumpieron en lugares tan lejanos como el Don, Kuban, Ucrania, el norte del Cáucaso, Asia central, Bielorrusia y Karelia. La mayor rebelión, en términos de número y escala geográfica, estalló en el oeste de Siberia, donde los campesinos, con el respaldo del movimiento partisano antiblanco, se volvieron contra los rojos después del comienzo de la implacable requisita de alimentos en el verano de 1920. En su punto más alto, el levantamiento involucró al menos a 100.000 hombres (casi el mismo tamaño que el ejército del almirante Kolchak), en una superficie de 1,5 millones de kilómetros cuadrados (Shishkin,

2000). Todas estas rebeliones tenían raíces en privaciones económicas, pero también estaban motivadas por la profunda hostilidad hacia un régimen que no sólo era duro, sino también más corrupto a nivel local de lo que alguna vez se consideró. Entre los insurgentes, sin embargo, no existía un programa unificado –o un mando unificado, en el caso de Siberia occidental– más allá de un deseo por preservar “el poder soviético” purgado de comunistas. En ese sentido, aunque ciertamente eran antibolcheviques, no eran rebeliones contrarrevolucionarias.

Debido a su enorme magnitud, la rebelión campesina representaba una amenaza mucho mayor para el régimen bolchevique que la rebelión de Kronstadt. Sin embargo, es esta última la que se apoderó de la imaginación de generaciones ansiosas por comprender “lo que salió mal” después de los días de gloria de 1917. ¿Los rebeldes estaban llevando adelante un último intento desesperado por defender los ideales de la revolución? ¿O estaban amenazando con derrocar al régimen que representaba la única defensa de la misma? Lo que resulta incongruente es que la apertura de los archivos haya sido incapaz, en gran medida, de resolver este problema. El documento más importante aparecido después de 1991 fue un informe del 5 de abril 1921 firmado por Ia. S. Agranov, un plenipotenciario del Departamento Especial de la Cheka,¹⁰ que caracterizaba la rebelión como “un levantamiento desorganizado de la masa de marineros y obreros” y negaba que los rebeldes tuvieran ninguna conexión con las fuerzas blancas. Fue ése el documento que respaldó el perdón presidencial de Boris Yeltsin a los rebeldes, el 10 de enero de 1994. La primera colección de documentos sobre Kronstadt, que incluía este informe, destacaba la conexión existente entre la rebelión y las huelgas por motivos económicos que habían tenido lugar en la capital, y parecía refutar la acusación hecha por los bolcheviques de los rebeldes como “contrarrevolucionarios” (Naumov y Kosakovskii, 1997). Sin embargo, una segunda colección de más de 800 documentos, aparecida en 1999, proporcionó una extensa documentación sobre la participación de contrarrevolucionarios en la rebelión (aunque con poco sentido de su eficacia), que pretendía mostrar el papel fundamental desempeñado por la Organización Militar de Petrogrado, dirigida por el profesor V.N. Tagantsev. La supresión de esta organización fue acompañada por la detención de 833 personas, 96 de las cuales fueron ejecutadas o murieron en cautiverio (Vinogradov y Kozlov, 1999). La introducción insinúa oscuramente que el líder de los marineros, S. M. Petrichenko, estaba en connivencia con los blancos desde el principio.

10. La Cheka era la “Comisión Extraordinaria Panrusa para la lucha con la Contrarrevolución y el Sabotaje”, la primera versión de la policía política soviética.

Irónicamente, la entrega de toda la documentación sirvió para generar más polémica antes que para establecer cierta claridad.

Otra línea de investigación que ha continuado desde la década de 1990 es la que estudia la oposición obrera a los bolcheviques durante la Guerra Civil. Desde hace tiempo se sabe que en la primavera de 1918 se desplomó el apoyo de los trabajadores y que revivió la suerte de los mencheviques y los eseristas, debido a su determinación por mantener elecciones democráticas en los soviets y en los sindicatos.¹¹ Con el inicio de la guerra civil a gran escala, el apoyo obrero a los bolcheviques volvió a crecer, aunque esto no impidió frecuentes protestas por las raciones inadecuadas y la disciplina laboral (Churakov, 2004). Trabajos recientes, sin embargo, han explorado un tema que era tabú en la época soviética: el alcance del apoyo dado por los trabajadores a los blancos. En los Urales, donde los trabajadores de la industria metalúrgica y metalmeccánica habían constituido el embrión de la clase obrera rusa, tuvieron lugar 37 levantamientos contra los bolcheviques entre diciembre de 1917 y julio de 1918 (Porshneva, 2013). Con diferencia, el más significativo se produjo en el otoño de 1918, en los talleres de armamento Izhevsk y Votkinsk, que en conjunto empleaban a más de 30.000 trabajadores. En Izhevsk, la Guardia Roja local, bajo el control de los eseristas maximalistas, perdió el apoyo de los trabajadores debido a las duras requisas y las detenciones arbitrarias, así como a la prohibición de producir heno, pescar en los estanques locales, y comerciar productos de sus propios terrenos. El 5 de agosto, después de que sólo un 8 por ciento de los trabajadores de los Urales se ofreciera para unirse al Ejército Rojo, los bolcheviques anunciaron el reclutamiento obligatorio, llevando a que el sindicato, dominado por eseristas veteranos, con el

11. Este ensayo no contempla los trabajos recientes sobre la oposición socialista y anarquista a los bolcheviques. Sin embargo, se debe hacer mención a la excelente iniciativa de la editorial Rosspen, que continuó publicando la serie sobre los partidos políticos en Rusia, poniendo a disposición una masa de documentación. Los cuatro volúmenes que se mencionan a continuación, editados por Ziva Galili y A.P. Nenarokov, se publicaron en Moscú por Rosspen, y la mayoría fueron discutidos en un foro de opinión, "Historia documental y partidos políticos", *Kritika*, 5, 1, 2004, pp. 107-232: *Men'sheviki v 1918 godu* (1999); *Men'sheviki v 1919-1920 gg.* (2000); *Men'sheviki v Rossii bol'shevistkoi 1921-1922* (2002); y *Men'sheviki v bol'shevistskoi Rossii, 1922-1924 gg.* (2004). Otros volúmenes de la serie incluyen N.D. Erofeev (ed.), *Partiia sotsialistov-revoliutsionerov: Dokumenty i materialy, 1900-1925*, 3 vols., esp. 3, parte 1: *Feval'-oktiabr' 1917 g.* (2000); I. y V. Leonti'ev (eds.), *Partiia levyykh sotsialistov-revoliutsionerov: Dokumenty i materialy, 1: 1917 Iiul' G.-mai 1918 g.* (2000); V.V. Kriven'kii (ed.), *Anarkhisty: Dokumenty i materialy, 2: 1917-1935 gg.* (1999); B. y D. Pavlov (eds.), *Soiuz eserov-maksimalistov: Dokumenty i publitsistika, 1906-1924 gg.* (2002). Dos trabajos secundarios interesantes sobre los eseristas son los de Scott B. Smith (2011) y Dobrovol'skii (2002).

apoyo de los trabajadores, tomara el control de la ciudad (Postnikov y M. A. Fel'dman, 2009: 313).¹² Miles de trabajadores se unieron al Ejército Popular, que fue finalmente sometido a mediados de noviembre por el Segundo Ejército Rojo. Ya en 1982 M. S. Bernshtam había publicado documentación sobre el levantamiento, pero los trabajos más recientes ofrecen muchos más detalles y una mejor impresión sobre el modo en que la fuerza de trabajo en las fábricas de municiones se hallaba dividida entre un proletariado hereditario, poseedor de tierras, y aquellos que habían entrado en las fábricas durante la guerra (Bernshtam, 1982; Fel'dman, 2012; Korobeinikov, 2013).

También persiste la fascinación de los historiadores rusos por el movimiento blanco. Hasta el momento se han publicado diecisiete volúmenes de la serie *Beloe dvizhenie v Rossii* (El Movimiento Blanco en Rusia), un proyecto inspirado por el deseo de superar la cruda tendenciosidad de la historiografía soviética y afrontar el tema en forma desapasionada.¹³ No puede decirse que toda la serie lo consiga: algunos estudiosos, en sintonía con el actual recrudecimiento del nacionalismo, tratan a los blancos como los nobles defensores del Estado ruso, traicionado por masas cosmopolitas bolcheviques y anárquicas. Los trabajos más sobrios revelan cómo el Ejército Voluntario, una vez fuera de su núcleo en las regiones cosacas, tenía los mismos problemas que sus rivales a la hora de movilizar mano de obra y recursos (Gagkuev, 2012). El Ejército Voluntario no habría tenido nada que ver con la “contrarrevolución democrática” –es decir, el intento de los eseristas por restaurar la Asamblea Constituyente–, mientras que en los Urales y en Siberia, las fuerzas blancas tardaron casi un año en volverse contra sus aliados más moderados (Shishkin, 2007).

En general, los trabajos recientes subrayan la complejidad de las fuerzas que se enfrentaron en la guerra civil, en la cual bolcheviques, ejércitos blancos rivales, fuerzas nacionalistas de Ucrania, Georgia y otras regiones, verdes y anarquistas luchaban por controlar el territorio y los recursos humanos y materiales. En Ucrania, el entramado de elementos nacionales, de clase e ideológicos era particularmente complejo, como lo revela un detallado estudio de V.F. Soldatenko (2012). Stephen Velychenko (2010) compara el modo en que las fuerzas rivales en Ucrania lucharon para construir un estado. En su último estudio sobre la guerra civil en el norte de Rusia, Liudmila Novikova (2011) investiga cómo

12. Los autores estiman que al menos una cuarta parte de los trabajadores de las empresas estatales de los Urales apoyó a los blancos.

13. *Beloe dvizhenie v Rossii* (Moscú: Tsentrpoligraf). Se han programado al menos otros cuatro volúmenes. Para obtener una lista actual, consultar www.centrpoligraf.ru/series.php?page=204.

el pueblo respondió a los esfuerzos de los blancos para administrar el territorio, así como a las operaciones de las fuerzas expedicionarias de la Entente. En general, está claro que el conjunto de las fuerzas rivales enfrentó los mismos problemas a la hora de movilizar recursos para sostener operaciones militares y crear una administración duradera frente a la resistencia de las bases a las requisas y el reclutamiento, y la falta de voluntad de los combatientes para luchar más allá de su territorio inmediato (Butakov, 2000). A pesar de la abundancia de nuevos detalles –que incluyen evidencias del apoyo popular, así como de la clase media, a los blancos– el cuadro general que emerge de la guerra civil no es muy distinto del que fuera diseñado por los historiadores occidentales en las décadas de 1980 y 1990.

Por último, continúan apareciendo trabajos sobre la iglesia ortodoxa. En la década de 1990, el tenor de la mayor parte de éstos era hagiográfico: la iglesia era presentada simplemente como la víctima de un régimen despiadado, que luchaba por mantener la neutralidad frente a un hostigamiento sin tregua. Los mejores trabajos publicados desde 2000 han mejorado este tono: M.A. Babkin (2007) discute el rápido abandono eclesiástico a la monarquía después de febrero, y la desorientación, la división y la descentralización del poder que vino a continuación. P.G. Rogoznyi (2008) examina el papel de los obispos y la “revolución de la iglesia” que siguió a los esfuerzos para elegir al clero en todos los niveles. El alcance del apoyo eclesiástico a los blancos sigue siendo poco claro. En un estudio imparcial sobre la iglesia en los Urales, una zona de importantes conflictos en la guerra civil, M.G. Nechaev contabiliza 78 casos de resistencia al decreto que separaba a la Iglesia del Estado; cuatro casos de negativa a entregar los registros de la iglesia; 18 casos de clérigos “que dan su bendición” a acciones armadas contra el régimen bolchevique; y cuatro casos de sacerdotes que participaron en actividades clandestinas (2004: 204). También revela la ferocidad del terror rojo en los Urales. El arzobispo Andronnik, de la diócesis de Perm, encontró una muerte particularmente horrible a manos de la Cheka el 20 de junio de 1918, por haber ordenado a los clérigos que suspendieran todos sus servicios. Al mismo tiempo, a pesar de que los niveles de represión contra clérigos sospechosos de estar implicados en el movimiento blanco fueron mayores en los Urales que en cualquier otra parte, las víctimas estaban todavía lejos de ser tan numerosas como suponían muchas de las estimaciones generalizadas en la década de 1990. En el transcurso de 1918, parece que hubo 101 clérigos en la diócesis de Perm, quince en Orenburg, y al menos 44 en Ekaterinburg que fueron asesinados por las fuerzas bolcheviques.¹⁴ En

14. P.I. Kostogryzov, “Uchastie Pravoslavnoi tserkvi v antibol’shevistskom sopro-

Voronezh, en 1919, donde los conflictos con la iglesia fueron también feroces, fueron asesinados 160 clérigos.¹⁵ Las estimaciones del número de religiosos muertos por todo el imperio varían de 827 sacerdotes y monjes fusilados en 1918 y 19 en 1919 (junto con 69 presos), a 3.000 clérigos asesinados y 1.500 sujetos a castigo en 1918, y 1.000 fusilados y 800 sujetos a castigo en 1919.¹⁶

Como espero que este estudio haya puesto de relieve, el trabajo historiográfico desde el comienzo del nuevo siglo ha ampliado en gran medida nuestro conocimiento sobre muchos aspectos de la revolución. Es más discutible que este mayor conocimiento haya mejorado nuestra comprensión de los procesos. En la actualidad, los historiadores son más propensos a ver la revolución como el inicio de un ciclo de violencia que condujo inexorablemente a los horrores del estalinismo y el nazismo que a entenderla como un intento imperfecto para crear un mundo mejor. Son más propensos a entender la movilización de masas como motivada por el irracionalismo y la agresión antes que por la indignación ante la injusticia o por el anhelo de libertad. Este punto de vista se deriva, sin duda, de la sensación correcta de que la Revolución Rusa fue un fracaso y de que las revoluciones del siglo XX en general tendieron a producir regímenes peores que los que derrocaron. Sin embargo, en el mundo contemporáneo existen otros factores más sutiles que también dan forma a nuestras percepciones de la revolución. Vivimos en un mundo en el cual el discurso (históricamente muy reciente) de los derechos humanos, admirable en todo tipo de formas, ha desempeñado un papel para marginalizar valores tales como la justicia distributiva, la igualdad socioeconómica o el bien común, que siguieron formando parte de las principales corrientes políticas, al menos en Europa, a lo largo de la Guerra Fría, y que parecían tener algún eco, si bien distante, con los valores de 1917. Tenemos la suerte, también, de vivir en un mundo (occidental) donde, en una medida que no tiene precedentes históricos, estamos en gran parte aislados de la violencia (Bessel, 2015). Son factores que, de manera subliminal, tienden a influenciar la manera en que percibimos la revolución rusa en el siglo XXI: por un lado, nos sensibilizan sobre los terribles costos de una transformación revolucionaria; por el otro,

tovenii v 1917-1918 gg. (na materialakh Urala)" (www.dk1868.ru/statii/pavel/Pravosl.htm).

15. V.V. Viatkin, "Pervyi period deistviia administrativno-silovoi modeli gosudarstvennotserkovnykh otnoshenii na Urale (oktiabr' 1917-pervaia polovina 1919 g.)", www.permgani.ru/publikatsii/konferentsii/grazhdanskaya-vojna-na-vostoke-rossii/v-vyatkin-pervyj-perioddejstviya-administrativno-silovoj-modeli-gosudarstvennotserkovnykh-otnoshenij-na-urale.html.

16. Dmitrii Sokolov, "Russkaia pravoslavnaia tserkov' v period gonenii (1917-1937 gg.)", www.rusk.ru/st.php?idar=112187.

limitan nuestra comprensión intelectual e imaginativa sobre las causas que generan las revoluciones y, en concreto, respecto a la Revolución Rusa, sobre qué llevó a que el ideal de la sociedad socialista fuera tan atractivo para millones de personas. Advertimos con bastante facilidad la violencia y el derramamiento de sangre, pero nos resulta más difícil advertir el idealismo, la esperanza y el auto-sacrificio que también fueron componentes claves de la revolución. No hay dudas de que los historiadores tienen la responsabilidad de ocuparse de la violencia, la agresión, y el sufrimiento, pero reducir la Revolución Rusa a estas cuestiones da como resultado una historia empobrecedora.¹⁷ A medida que avanzamos hacia el centenario de la Revolución Rusa, entonces, debemos tratar de comprender cómo la pobreza y el atraso económico, la indiferencia de los privilegiados y la disposición de los Estados a utilizar su fuerza represiva son factores que ayudaron a generar la violencia que deploramos. La responsabilidad que recae sobre nosotros es capturar las contradicciones de la Revolución Rusa y escribir su historia en el modo de una tragedia en lugar de un cuento de tono moralizante.

Bibliografía

- Baberowski, Jörg (2012), *Verbrannte Erde: Stalins Herrschaft der Gewalt*, Munich: Beck.
- Babkin, M.A. (2007), *Dukhovenstvo Russkoi pravoslavnoi tserkvi i sverzhenie monarkhii, nachalo XX v.-konets 1917 g.*, Moscú: Gosudarstvennaia publichnaia istoricheskaia biblioteka Rossii.
- Badcock, Sarah (2007), *Politics and the People in Revolutionary Russia: A Provincial History*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Bernshtram, M.S. (ed.) (1982), *Narodnoe soprotivlenie kommunizmu: Ural i Prikam'e, noiabr' 1917-ianvar' 1919 gg.*, París: YMCA Press.
- Bessel, Richard (2015), *Violence: A Modern Obsession*, Nueva York: Simon and Schuster.
- Beyrau, Dietrich (2003), "Der Erste Weltkrieg als Bewährungsprobe: Bolschewistische Lernprozesse aus dem 'imperialistischen' Krieg", *Journal for Modern European History*, 1, 1, pp. 96-123.
- Bibin, M.A. (2000), *Dvorianstvo nakanune padeniia tsarizma v Rossii*, Saransk: Saranskii kooperativnyi institute.
- Buldakov, V.P. (1997), *Krasnaia smuta: Priroda i posledstviia revoliutsionnogo nasiliia*, Moscú: Rosspen.
- (2007), *Quo vadis? Krizisy v Rossii: Puti pereosmysleniia*, Moscú: Rosspen.
- (2010), *Khaos i etnos: Etnicheskie konflikty v Rossii, 1917-1918*, Moscú: Novyi khronograf.

17. Comparar con la interpretación de Simon Schama (1989: xv) sobre la Revolución Francesa: "en cierto sentido inevitable y deprimente, la violencia era la revolución".

- Butakov, I.A. (2000), *Beloe dvizhenie na Iuge Rossii: Kontseptsii i praktika gosudarstvennogo stroitel'stva (konets 1917-nachalo 1920 g.)*, Moscú: RUDN.
- Churakov, D.O. (2004), *Revoliutsiia, gosudarstvo, rabochii protest: Formy, dinamika i priroda massovykh vystuplenii rabochikh v Sovetskoii Rossii, 1917-1918 gg.*, Moscú: Rosspen.
- Dobrovól'skii, A. V. (2002), *Ésery v Sibiri vo vlasti i v Oppozitsii (1917-1923 gg.)*, Novosibirsk: Novosibirskii gosudarstvennyi Universitet.
- DuGarm, Delano (2001), "Local Politics and the Struggle for Grain in Tambov, 1918-1921", en *Provincial Landscapes: Local Dimensions of Soviet Power, 1917-1953*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Fatueva, N.V. (1996), *Protivostoianie: Krizis vlasti-tragediia naroda*, Riazan': Rus'.
- Fel'dman, M.A. (2012), "Izhevsko-votkinskoe rabochee vosstanie skvoz' prizmu sotsial'noi istorii," *Rossiiskaia istoriia*, n° 3, pp. 12-20.
- Figes, Orland y Boris Kolonitskii (1999), *Interpreting the Russian Revolution: The Language and Symbols of 1917*, New Haven: Yale University Press.
- Frame, Murray, Boris Kolonitskii, Steven G. Marks y Melissa K. Stockdale (eds.) (2014), *Russian Culture in War and Revolution, 1914-1922*, 2 vols., Bloomington: Slavica Publishers.
- Fuller, William C. Jr. (2006), *The Foe Within: Fantasies of Treason and the End of Imperial Russia*, Ithaca: Cornell University Press.
- Gagkuev, R.G. (2012), *Beloe dvizhenie na Iuge Rossii: Voennoe stroitel'stvo, istochniki komplektovaniia, sotsial'nyi sostav, 1917-1920 gg.*, Moscú: Posev.
- Gatrell, Peter (2005), "Prisoners of War on the Eastern Front during World War I," *Kritika*, 6, 3, págs. 557-566.
- Gerasimenko, G.A. (1972), *Sovety Nizhnego Povol'zhia v Oktiabr'skoi revoliutsii*, Saratov: Izdatel'stvo Saratovskogo universiteta.
- Grunt, A.A. (1976), *Moskva, 1917-yi: Revoliutsiia i kontrrevoliutsiia*, Moscú: Akademiia nauk SSSR.
- Hickey, Michael C. (1996), "Peasant Autonomy, Soviet Power, and Land Redistribution in Smolensk Province, November 1917-May 1918", *Revolutionary Russia*, 9, 1, pp. 19-32.
- Hoffmann, David L. (2011), *Cultivating the Masses: Modern State Practices and Soviet Socialism, 1914-1939*, Ithaca: Cornell University Press.
- y Yanni Kotsonis (eds.) (2000), *Russian Modernity: Politics, Knowledge, Practices*, Basingstoke: Macmillan.
- Holquist, Peter (2002), *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- (2003), "Violent Russia, Deadly Marxism? Russia in the Epoch of Violence, 1905-1921", *Kritika*, 4, 3, pp. 627-652.
- Hosking, Geoffrey (1997), *Russia: People and Empire, 1552-1917*, Londres: Harper Collins.
- Iarov, S.V. (1999), *Krest'ianin kak politik: Krest'ianstvo Severo-Zapada Rossii v 1918-1919 gg.*, San Petersburgo: RAN.

- (2006), *Konformizm v Sovetskoj Rossii: Petrograd, 1917-1920 gg.*, San Peterburgo: Evropeiskii dom.
- Kir'ianov, I.I. (2001), *Pravye partii v Rossii, 1911-1917*, Moscú: Rosspen.
- Kolonitskii, B.I. (2001), *Simvolj vlasti i bor'ba za vlast': K izucheniiu politicheskoj kul'tury rossijskoj revoliutsii*, San Peterburgo: Dmitrii Bulanin.
- (2010), *“Tragicheskaia erotika”: Obrazy imperatorskoj sem'i v gody Pervoi mirovoj voiny*, San Peterburgo: Novoe literaturnoe obozrenie.
- Kondrashin, V.V. (2001), *Krest'ianskaia vandeia v Povolzh'e 1918-1921 gg.*, Moscú: Ianus-K.
- Korobeinikov, A.V. (2013), *Votkinskaia Narodnaia armia v 1918 g.*, pt. 1, Izhevsk: Idnakar.
- Kostogryzov, P.I. “Uchastie Pravoslavnoi tserkvi v antibol'shevistskom soprotivlenii v 1917-1918 gg. (na materialakh Urala)” www.dk1868.ru/statii/pavel/Pravosl.htm.
- Kovalev, D.V. (2007), “Sotsializatsiia zemli i krest'ianskoe zemlepol'zovanie,” *Rossiiskaia istoriia*, n° 5, pp. 97-106.
- Landis, Erik (2008), *Bandits and Partisans: The Antonov Movement in the Russian Civil War*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Lohr, Eric (2003), *Nationalizing the Russian Empire: The Campaign against Enemy Aliens during World War I*, Cambridge: Harvard University Press.
- , Vera Tolz, Alexander Semyonov y Mark von Hagen (eds.) (2014), *The Empire and Nationalism at War*, Bloomington: Slavica Publishers.
- Lyandres, Semion (2013), *The Fall of Tsarism: Untold Stories of the February 1917 Revolution*, Oxford: Oxford University Press.
- Mayer, Arno (2001), *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton: Princeton University Press.
- Morozova, O.M. (2010), *Dva akta dramy: Boevoe proshloe i poslevoennaia pousednevnost' veteranov grazhdanskoj voiny*, Rostov-on-Don: Iuzhnyi nauchnyi tsentr Rossijskoj akademii nauk [RAN].
- (2012), *Antropologija grazhdanskoj voiny*, Rostov-on-Don: Iuzhnyi nauchnyi tsentr RAN.
- Nagornaia, O. S. (2010), *Drugoi voennyi opyt: Rossiiskie voennoplennye Pervoi mirovoj voiny v Germanii (1914-1922)*, Moscow: Novyi khronograf.
- Narskii, I. V. (2001), *Zhizn' v katastrofe: Budni naseleniia Urala v 1917-1922 gg.*, Moscú: Rosspen.
- Narskii, I.V. et al. (eds.) (2011), *Slukhi v istorii Rossii XIX-XX vekov: Neformal'naia kommunikatsiia i krutye povoroty rossijskoj istorii*, Cheliabinsk: Kamennyi poias.
- Naumov, V.P. y A.A. Kosakovskii (eds.) (1997), *Kronshtadt 1921: Dokumenty*, Moscú: Rossiia XX vek.
- Nechaev, M.G. (2004), *Tserkov' na Urale v period velikikh potriasenii, 1917-1922*, Perm: Ural'skii gosudarstvennyi universitet.
- Novikova, L.G. (2011), *Provintsial'naia “kontrrevoliutsiia”: Beloe dvizhenie i Grazhdanskaia voina na russkom Severe, 1917-1920*, Moscú: Novoe literaturnoe obozrenie.

- Penter, Tanja (2000), *Odessa 1917: Revolution an der Peripherie*, Colonia: Böhlau.
- Plaggenborg, Stefan (1996), "Gewalt und Militanz in Sowjetrußland 1917-1930", *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 44, págs. 409-430.
- Porshneva, Ol'ga (2013), "Vlast' i rabochie Urala: Evoliutsiia vzaimootnoshe-nii v usloviakh Grazhdanskoi voiny", *Rossiiskaia istoriia*, n° 1, pp. 47-62.
- Posadskii, Anton (2010), *Ot Tsaritsyn do Syzrani: Ocherki grazhdanskoi voiny na Volge*, Moscú: AIRO-XXI.
- Postnikov, S.P. y M.A. Fel'dman (2009), *Sotsiokul'turnyi oblik promyshlenn-ykh rabochikh Rossii v 1900-1941 gg.*, Moscú: Rosspen.
- Rabinowitch, Alexander (2007), *The Bolsheviks in Power: The First Year of Soviet Rule in Petrograd*, Bloomington: Indiana University Press.
- Raleigh, Donald J. (1986), *Revolution on the Volga: 1917 in Saratov*, Ithaca: Cornell University Press.
- (2002), *Experiencing Russia's Civil War: Politics, Society, and Revolutionary Culture in Saratov, 1917-1922*, Princeton: Princeton University Press.
- Rendle, Matthew (2009), *Defenders of the Motherland: The Tsarist Elite in Revolutionary Russia*, Oxford: Oxford University Press.
- Retish, Aaron (2008), *Russia's Peasants in Revolution and Civil War: Citizen-ship, Identity, and the Creation of the Soviet State, 1914-1922*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Retish, Aaron, Sarah Badcock y Liudmila Novikova (eds.) (2015), *Russia's Home Front in War and Revolution, 1914-1922*, Bloomington: Slavica Publishers.
- Rogoznyi, P.G. (2008), *Tserkovnaia revoliutsiia 1917 goda*, San Petersburgo: Liki Rossii.
- Sablin, V.A. (2009), *Krest'ianskoe khoziaistvo na Evropeiskom Severe Rossii (1917-1920)*, Moscú: Academia.
- Sanborn, Joshua A. (2003), *Drafting the Russian Nation: Military Conscript-ion, Total War, and Mass Politics, 1905-1925*, DeKalb: Northern Illinois University Press.
- (2014), *Imperial Apocalypse: The Great War and the Destruction of the Russian Empire*, Oxford: Oxford University Press.
- Schama, Simon (1989), *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*, Nueva York: Knopf.
- Schnell, Felix (2012), *Räume des Schreckens: Gewalt und Gruppenmilitanz in der Ukraine, 1905-1933*, Hamburg: Hamburger Edition.
- Shishkin, V.I. (ed.) (2000), *Sibirskaia Vandeiia, 1: 1919-1920*, Moscú: Mezhdunarodnyi fond "Demokratiia".
- (ed.) (2007), *Vremennoe sibirskoe pravitel'stvo, 26 maia-3 noiabria 1918 g.: Sbornik dokumentov i materialov*, Novosibirsk: Sova.
- Smith, Douglas (2012), *Former People: The Last Days of the Russian Aristoc-racy*, Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Smith, Stephen A. (1994), "Writing the History of the Russian Revolution after the Fall of Communism", *Europe-Asia Studies*, 4, 4, pp. 563-578.

- (2006), "The Revolutions of 1917-1918," en *The Cambridge History of Russia, 3: The Twentieth Century*, Cambridge: Cambridge University Press.
- (2008), *Revolution and the People in Russia and China: A Comparative History*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Smith, Scott B. (2011), *Captives of Revolution: The Socialist Revolutionaries and the Bolshevik Dictatorship, 1918-1923*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Soldatenko, V.F. (2012), *Grazhdanskaia voina v Ukraine, 1917-1920 gg.*, Moscú: Novyi khronograf.
- Steinberg, Mark D. (2001), *Voices of Revolution, 1917*, New Haven: Yale University Press.
- Velychenko, Stephen (2010), *State Building in Revolutionary Ukraine: A Comparative Study of Government and Bureaucrats, 1917-1922*, Toronto: University of Toronto Press.
- Vinogradov, V.K. y V.P. Kozlov (eds.) (1999), *Kronshtadtskaia tragediia 1921 goda: Dokumenty*, 2 vols., Moscú: Rosspen.

* * *

Título: "The Historiography of the Russian Revolution 100 Years On."

Resumen: El artículo ofrece un análisis del modo en que la historiografía reciente ha contribuido a nuestra comprensión sobre la Revolución Rusa, identificando las tendencias y problemas analíticos que han ocupado a los historiadores desde, aproximadamente, los inicios del siglo XXI. Comienza con un bosquejo de ciertas tendencias interpretativas que han tenido influencia en la historiografía reciente y luego rastrea algunos de los temas que han atraído el mayor interés académico.

Palabras clave: Revolución Rusa – guerra civil – violencia – bolcheviques

Abstract: The article provides an assessment on how recent historiography has shaped our understanding of the Russian Revolution by identifying the trends and analytical issues that have exercised historians since roughly the beginning of the 21st century. It begins by sketching certain interpretive trends that have been influential in recent historiography and goes on to map some of the topics that have attracted the most scholarly interest.

Palabras clave: Russian Revolution – civil war – violence – bolsheviks

Pashukanis. La crítica de la forma jurídica en los debates político-legales de la Revolución Rusa

Facundo C. Rocca

CONICET/IIGG-UBA
rocca.facundo.c@gmail.com

Pashukanis, teórico bolchevique del derecho

La *Teoría general del derecho y marxismo* de Evgueni Bronislavovich Pashukanis, publicada en 1924, constituye uno de los primeros y más fecundos intentos para una teoría sistemática del derecho fundada en un marxismo entendido como método de crítica de la sociedad capitalista moderna. La rigurosidad y originalidad de sus elaboraciones le valieron al mismo tiempo su ascenso a la cumbre del mundo jurídico de las primeras décadas del Estado soviético así como el reconocimiento y difusión de su pensamiento fuera de la URSS; asegurando también que su obra constituyera una fuente constante para una crítica marxista de la forma jurídica.¹

1. En el campo del pensamiento jurídico occidental, la obra de Pashukanis fue objeto de tempranas lecturas (Kelsen, 1957; Fuller, 1949), que en líneas generales valoraban su originalidad y rigurosidad en oposición a las posteriores teorías estalinistas del derecho.

En el campo del marxismo occidental, Pashukanis conoce una temprana recepción crítica por parte de Korsch (2003), en 1930; un reconocimiento en el pensamiento marxista italiano sobre el derecho (Cerroni, 1965), y un abordaje crítico, que lo rechazaba por neoeconomicista desde las teorías estructuralistas (Poulantzas, 1982). A fines de los años 70, y con particular fuerza en el ámbito anglosajón, fue objeto de un redescubrimiento e intenso debate con entusiastas defensores (Arthur, 1977; Balbus, 1977; Norrie, 1982) y detractores (Binns, 1980; Readhead, 1978; Warrington, 1980). La teoría de la forma jurídica y, en particular, la pregunta que abría sobre la determinación capitalista del Estado había sido ya recuperada en el debate alemán de la derivación, en su recepción anglosajona (Holloway y Piccioto, 1978) y en desarrollos posteriores (Jessop, 1990).

Contemporáneamente, encontramos reelaboraciones desde el *operaismo* italiano (Negri, 2003), una reedición contemporánea del debate anglosajón (Bowring, 2013; Head, 2008; Miéville, 2006), así como originales elaboraciones desde la Nueva Crítica

Sin embargo, Pashukanis no fue solamente un pensador marxista sino también un bolchevique. Su importancia, entonces, no radica exclusivamente en la fuerza de sus ideas sino en la imbricación de éstas con la historia político-intelectual de la “primera revolución proletaria triunfante de la historia”. Su pensamiento emerge innegablemente de los debates teóricos y políticos y de las tareas demandadas por la situación post-revolucionaria soviética, y se modifica acompañando los cambios en la política en la URSS y el creciente sofocamiento intelectual y político que implicó la consolidación del poder estalinista.

Nacido en Starista en 1891, en una familia de tradición revolucionaria, participó en su juventud del movimiento estudiantil antizarista de San Petersburgo, habiéndose afiliado él mismo al POSDR en 1908. Arrestado por su actividad política, debió posteriormente exiliarse en Múnich, Alemania, donde continuaría sus estudios de derecho. Durante la Revolución se lo encuentra activo en Moscú y luego oficiando como juez revolucionario de los primeros organismos judiciales del gobierno bolchevique. Habiendo estado ligado a los mencheviques internacionalistas, se afiliaría en 1918 al Partido Comunista de Rusia. Reside en Berlín, trabajando como asesor en la embajada soviética, y prepara allí su *Teoría general del derecho y marxismo*. En 1922 ingresa a la Sección de Derecho y Estado, dirigida por Stuchka, de la Academia Comunista. Luego de la publicación de su *Teoría general*, y amparado por el mismo Stuchka, su influencia será creciente, concentrando cada vez más cargos y autoridad en instituciones clave del pensamiento académico y jurídico soviético (Sharlet, 1974: 112-115). Sin embargo, en 1937, poco tiempo después de aprobada la nueva Constitución de la URSS en la que habría trabajado, tras crecientes y virulentas denuncias, será arrestado y desaparecerá. No hay registros de su juicio, y tampoco datos sobre su muerte. La violenta caída en desgracia de quien había sido el punto central de referencia para el pensamiento jurídico soviético no resulta sin embargo puramente sorpresiva. La creciente contradicción entre, por un lado, una teoría que insistía inflexiblemente en el destino evanescente de la ley y el Estado en el comunismo y que dejaba en evidencia el carácter burgués-capitalista de todo derecho; y, por otro, la necesidad del gobierno estalinista de asegurar su autoridad por medio de la estabilidad de una “legalidad socialista”, ya había producido sucesivas autocríticas y correcciones por parte del mismo Pashukanis. Luego de su desaparición, Vyshinskii, procurador de los infames Procesos de Moscú y nueva autoridad indiscutida del mundo jurídico soviético, repudiará

del Valor (Nascimento, 2014), desde una discusión con los debates franceses sobre totalitarismo y democracia (Artous, 2016) e incluso desde posiciones marxistas-feministas de la reproducción social (Fletcher, 2014), entre otras.

la teoría de la forma jurídica para afirmar un neonormativismo de clase que buscaba construir una débil legitimidad teórica a la legalidad del Estado estalinista. En 1956, siguiendo al discurso secreto, Pashukanis será rehabilitado legalmente pero sus obras no serán reeditadas, y las escasas referencias seguirán siendo críticas (Kamenka y Tay, 1970: 73-74).²

La historia del pensamiento de Pashukanis suele ser leída como una verdadera “tragedia intelectual” (Miéville, 2006: 76): la lenta asfixia de una teoría marxista radical del derecho forzada una y otra vez a autocríticas cada vez más abyectas, hasta culminar en la desaparición ilegal y violenta de su autor y la denuncia pública y oficial de su pensamiento. En este mismo sentido, su pensamiento es leído directamente como antiestalinista, por obvias razones. Sin embargo, Head ha insistido en la necesidad de releer a Pashukanis en contexto, evitando cualquier romantización (2008: 11); y ha referido a su temprano alineamiento con Stalin contra la Oposición de Izquierda (ídem: 153-158).³ Una necesaria reevaluación crítica del pensamiento del jurista soviético, a cien años de la Revolución Rusa, deberá entonces dar cuenta de algunos elementos relevantes del debate jurídico y político soviético en que surge y se posiciona su pensamiento, así como ciertas contradicciones propias de su teoría de la forma jurídica que podrían echar luz sobre los cambios posteriores y, quizás, sobre su mortal destino. En las páginas que siguen intentaremos delinear un primer aporte para esta tarea.

La teoría de la forma jurídica en contexto

La “toma del poder político por el proletariado” implicará la organización de algún tipo de sistema jurídico sobre las ruinas de la arquitectura autocrática, y demandará especialmente una teorización específica sobre la naturaleza del derecho y su lugar y destino en la transición al socialismo y el comunismo. Es en este contexto, a la vez político-práctico y teórico, en el que Pashukanis elabora una teoría de la forma jurídica cimentada en el método marxiano. Sin embargo, está lejos de ser el único intento. De hecho, Pashukanis participa de un acalorado debate legal y es “uno entre una docena de autores en la Unión Soviética que

2. La bibliografía disponible en inglés o español presenta algunas diferencias. El lector puede comparar otros relatos biográficos en Beirne y Sharlet, 1980; Bowring, 2013; Head, 2008; Kamenka y Tay, 1970; Zapatero, 1976.

3. Ver en este sentido su artículo “Lenin y los problemas del derecho” (Beirne y Sharlet, 1980: 132-163), donde se encuentra una crítica abierta a Trotsky (ídem: 152; Bowring, 2013: 63); Bowring también echa dudas sobre el carácter “forzado” de las autocríticas de Pashukanis y plantea que éste fue leal al régimen “por convicción antes que por cualquier tipo de presión” (2013: 55).

publicaban sobre la teoría marxista del derecho y el estado” (Beirne y Sharlet, 1980: 37).⁴ Su mismo pensamiento se modificará en función de estos debates estrechamente relacionados al desarrollo histórico del poder soviético, que pueden analizarse en relación a las diferentes fases político-económicas que se suceden después de 1917.⁵ Debates que implicarán, antes que la mera competencia de “escuelas” de pensamiento jurídico (sociológica, psicológica, de la función social y normativista, tal como propone Jawrosky, 1967: 50-51), una dinámica cambiante de alineamientos y diferencias internas alrededor de tres ejes dinámicos que constituyen ciertos problemas críticos para el pensamiento jurídico de la Rusia post-revolucionaria: “1) el carácter de clase y la función del Estado soviético y las leyes soviéticas, 2) si y cuán rápido el Estado se extinguiría en la transición al comunismo, y 3) el rol subyacente de la ley en las sociedades socialista y comunistas” (Head, 2008: 114).

Durante la etapa de consolidación del poder bolchevique (1917-1918) se registra cierta impaciencia y expectativa por una desaparición del derecho y el Estado que se pensaba como inminente. En principio, la toma del poder por los bolcheviques había significado un desmantelamiento del sistema judicial zarista. Desmantelamiento que no seguía simplemente un objetivo del gobierno revolucionario sino que había sido impulsado, ya en los hechos, por la actividad propia de los soviets (Head, 2008: 91).

Sin embargo, el debate sobre qué hacer con el sistema legal heredado dividió a la coalición de gobierno entre una fracción favorable a la disolución inmediata de todas las instituciones legales zaristas y otra favorable a algún nivel de conservación. El *Decreto N° 1 sobre las cortes*, de noviembre de 1917, redactado con intervención del propio Lenin, resolvía, en una suerte de compromiso desequilibrado entre estas dos tendencias, la abolición de la mayor parte del sistema judicial, la declaración como inválidas de todas las leyes que contradijeran los decretos del nuevo gobierno y los programas de los partidos gobernantes y la institucionalización del sistema alternativo de cortes populares y revolucionarias (Head, 2008: 92-93).

Esta destrucción, en los hechos y como programa, del aparato ju-

4. Una selección y traducción en lengua inglesa de estas obras y artículos puede encontrarse en Jawrosky (1967)

5. Head (2008: 95) ha propuesto una periodización, que seguiremos a nuestra manera en este artículo, de los debates legales en seis periodos: 1) establecimiento del poder soviético (1917-1918); 2) guerra civil y comunismo de guerra (1918-1921); 3) Nueva Política Económica (1921-1926); 4) derrota de la Oposición de Izquierda (1927-1929); 5) tercer período estalinista y colectivización forzosa (1929-1935); 6) Frente Popular y grandes purgas (1935-1939).

dicial zarista, que mantenía sin embargo un mínimo de la forma legal, era interpretada de forma divergente.

Por un lado, teóricos más cercanos a la escuela *ideológica*, leían la actividad instituyente de los soviets como la cristalización de hecho de una conciencia legal propia de la clase proletaria, los primeros despuntes de una “ley proletaria” que estaba llamada a destruir la vieja legalidad y construir su remplazo. El principal referente de esta escuela será Reiser, quien había reformulado con tintes marxistas la teoría psicológica del derecho de Petrazhitsky.

Por otro lado, la eliminación del sistema legal heredado era leída como un primer paso en una futura extinción total del derecho, para lo cual el impulso a la deslegalización de la sociedad nacido del hecho revolucionario debía traducirse en una simplificación y democratización creciente de las instancias de decisión judicial. Esto puede considerarse como el primer intento explícito de realizar el concepto marxista de “extinción de la ley” (Sharlet, 1978: 169). Stuchka aparece como el más claro representante de esta línea (Head, 2008: 92) que, sin demandar la abolición inmediata de la justicia y la ley, se proponía revolucionar también el aparato legal en un sentido transicional. De ahí las sucesivas innovaciones jurídicas soviéticas tales como la elección democrática de los jueces por los soviets, la eliminación del monopolio profesional en el ejercicio del derecho (Head, 2008: 97), la institucionalización de “asesores del pueblo” (Schlesinger, 1951: 62), o el ya mencionado sistema paralelo de cortes populares y cortes revolucionarias.

En términos generales, puede decirse que durante este primer período conviven, por un lado, una fuerte convicción en el carácter temporario y transicional de la ley en una sociedad que estaba en camino a devenir sin clases y por lo tanto, siguiendo al Lenin de *El Estado y la revolución* y al Marx de la *Crítica al programa de Gotha*, sin derecho ni Estado; y, por otro, el reconocimiento de una supuesta conciencia jurídica proletaria o revolucionaria que se postulaba como fundamento no formalizado de las medidas legales tomadas por el gobierno bolchevique y los soviets.

El paso al comunismo de guerra (1918-1921), con un gobierno ya exclusivamente bolchevique y con Stuchka como nuevo Comisario de Justicia, implicará un relativo endurecimiento de la coerción legal: reintroducción de la pena de muerte, insistencia en la observancia legal y la disciplina; centralización y relativa reprofesionalización de los jueces (Head, 2008: 99-102); así como la elaboración del primer intento oficial de definición soviética del derecho, de la que participa Stuchka, que la retomará en su obra posterior: “El derecho es un sistema (u ordenamiento) de relaciones sociales que corresponde a los intereses de la clase dominante y está protegida por la fuerza organizada de esta clase”.

Este primer aplazamiento de la futura extinción del derecho, en tanto

implica cierto reforzamiento del poder legal del Estado proletario antes que su debilitamiento gradual, lejos estaba de entenderse como deseable; era visto como resultado de la situación excepcional provocada por la guerra civil, la invasión extranjera y las necesidades que éstas imponían.

De igual manera, la introducción de la NEP (1921-1928), ya finalizada la guerra civil, será entendida como un nuevo aplazamiento forzoso. Sobre todo en tanto la parcial reintroducción de formas privadas de propiedad y producción, en una suerte de retorno controlado y transitorio al capitalismo, implicaba directamente la reintroducción de elementos del derecho civil “burgués”, en la forma de un reforzamiento de “principios estrictos de legalidad revolucionaria en todas las áreas de la vida” (según rezaba una Resolución del X Congreso del PCUS de 1921, Head, 2008: 102-103), un esfuerzo de codificación legal sistemática y la reconstrucción de un sistema judicial centralizado con la sanción de la ley fundamental de la URSS de 1924.

Sobre los contextos de la Teoría general

La *Teoría general*, que se elabora y publica durante la NEP, puede ciertamente ser leída como la formalización de cierta conexión interna entre relaciones mercantiles y relaciones jurídicas que aparecía en funcionamiento en este periodo. Si bien Pashukanis no puede ser pensado en abstracción de su contexto –como correctamente señala Head (2008: 11) contra Arthur (2003: 28)–, el punto es de qué manera y con qué elementos componemos tal contexto. Porque reducir la *Teoría general* a la NEP, como parece hacer Head (2008), puede hacernos perder de vista dos puntos centrales.

Primero, que su teoría expresaba, antes que la demanda de justificación de la situación creada por la NEP, la necesidad de sistematizar una crítica marxista al derecho y sobre todo a la jurisprudencia “burguesa” (Sharlet, 1974: 103) frente a una reconstrucción legal que era vivida como problemática y, sobre todo, como tendencialmente incompatible con la sociedad comunista que la revolución se había propuesto como horizonte.

Segundo, que ciertos elementos de la *Teoría general* emparentan fuertemente a Pashukanis con otras elaboraciones significativas del marxismo posterior a la revolución bolchevique. La insistencia en el problema del fetichismo, y sobre todo en su carácter de forma no ilusoria; la crítica a la concepción, corriente en el marxismo de la época, de lo ideológico como seudorealidad o error; la insistencia con que se refiere a Marx en términos de método, en tanto habiendo delineando los fundamentos de un método crítico de la sociedad capitalista, antes que como fuente de contenidos ya elaborados a reafirmar; y la centra-

lidad de la categoría de totalidad; son todos elementos que, presentes en Pashukanis, resuenan fuertemente emparentados con *Marxismo y filosofía* de Korsch; *Historia y conciencia de clase* de Lukács; *Ensayos sobre la teoría marxista del valor* de Rubin –todas publicadas en 1923–; y *El marxismo y la filosofía del lenguaje* de Voloshinov, de 1929.

Si se considera que la mayoría de estas elaboraciones parecen haberse escrito con independencia unas de otras (Rusconi, 1972: 15; Bowring, 2013: 50), su sintomática similitud –en términos del problema al que se enfrentan y el tipo de respuesta que, no sin diferencias, fabrican– indicaría la existencia de algún factor común que puede conducirse al impacto del triunfo de la estrategia bolchevique y sobre todo al golpe súbito que este propinó al marxismo de la II Internacional. Tal golpe parece implicar, para los autores en cuestión, un llamado urgente a ajustar cuentas, en el pensamiento, con las formulaciones más crudamente deterministas, positivistas y naturalistas del marxismo en todos los campos; y a reelaborar la naturaleza y el papel de las formas llamadas “superestructurales” en la historia, y en la práctica revolucionaria. Llamado que encuentra su antecedente en la insistencia leninista en los elementos político-subjetivos e ideológicos del marxismo como estrategia revolucionaria de la clase proletaria que había cuestionado en los hechos la tendencia mecanicista de la II Internacional, que postulaba el socialismo como el resultado gradual y natural del desarrollo mismo del capitalismo.⁶

Con esto en consideración, la obra de Pashukanis no surgiría simplemente como reflejo teórico de la parcial reintroducción de relaciones mercantiles durante la NEP sino como parte de este intento, impulsado por la revolución bolchevique y de más largo alcance, de repensar el

6. La cercanía de estas obras resulta aún más significativa en cuanto puede poner en cuestión ciertas lecturas canónicas sobre el desarrollo del pensamiento marxista posterior a las primeras décadas del siglo XX. Lukács y Korsch fungen (junto con Gramsci) como fundadores del llamado “marxismo occidental”, célebremente definido por Anderson (2005); quien no registra sin embargo la similitud con sus camaradas “orientales”, cuyas obras no son referidas. La comprobación de tal significativo olvido abre la puerta a una necesaria relectura de la genealogía andersoniana que deberá vérselas con la reformulación radical del marxismo contra el objetivismo determinista de la II Internacional a uno y otro lado del viejo continente; pero también con las contradicciones latentes entre estas reformulaciones y las formulaciones propias del pensamiento leninista, y sobre todo de su deformación estalinista (ejemplificada violentamente en las propias biografías de los autores en cuestión). Sobre esta base es que podrían medirse los efectos posteriores que la estalinización y las derrotas de posguerra produjeron en el pensamiento marxista “occidental”. De esta forma, la creciente importancia de los “elementos superestructurales”, es decir, de la subjetividad, podría no ser efecto de la derrota y el aislamiento del pensamiento marxista sino una tarea necesaria abierta por la propia revolución bolchevique.

marxismo más allá de distinciones insatisfactorias entre *base* y *superestructura*, condiciones objetivas y subjetivas, etc.

Teoría general del derecho y marxismo (1924)

Pashukanis presenta la *Teoría general* como “un primer estudio de crítica marxista de los conceptos jurídicos fundamentales” (1976: 27), y sobre todo como un retorno a una tesis fundamental ya expresada por Marx (ídem: 30-31) que asociaba la forma sujeto (entendida como “célula elemental” de la relación jurídica) al análisis de la forma mercancía.

Sin embargo, tal retorno a una ortodoxia marxiana no resulta en una simple composición de ideas ya formuladas por Marx, sino en un esfuerzo de crítica a los elementos centrales de la teoría jurídica en términos homólogos a la crítica marxiana de la economía política. Al mismo tiempo, se trata de un rechazo frontal a las posiciones que, extrapolando asistemáticamente las formulaciones marxianas y engelsianas, pensaban al derecho o bien como un puro fenómeno de fuerza, determinado centralmente por “el momento de la reglamentación coercitiva (estatal)” (Pashukanis, 1976: 31) entendida como instrumento del dominio de clase, o bien como un fenómeno puro de conciencia, como engaño ideológico.

Pashukanis se propone mostrar que el *sujeto jurídico* –y sus “principios de igualdad y de libertad” y de “autonomía de la persona” (ídem: 31)– “no es únicamente un instrumento de engaño [...] sino, al mismo tiempo, un principio realmente operante en la sociedad burguesa” (ídem: 32); y que “el triunfo de este principio es no solamente y no tanto un proceso ideológico [...] sino más bien un proceso real de juridización de las relaciones humanas que acompaña el desarrollo de la economía mercantil-moneteraria” (ídem: 32); y sobre todo que es a partir de este proceso real que puede entenderse la “separación del poder político como fuerza particular al lado de la cual aparece el poder puramente económico del dinero” (ídem: 32).

De ahí que la referencia central sea al mismo tiempo una novedosa, y hasta el día de hoy excepcional,⁷ exégesis del capítulo II de *El capital* y sobre todo una aplicación del método de crítica a la economía política del Marx tardío, definido como el análisis que comienza por las abstractas formas elementales para desarrollar sus contradicciones hasta conseguir una totalidad concreta plena de numerosas determinaciones e interrelaciones (Pashukanis, 1976: 53-58).

7. “Este capítulo, breve pero muy denso, no ha captado la atención de los comentaristas salvo raras excepciones (entre ellas la del infortunado jurista Evgueni Pashukanis, víctima del terror estalinista, quien había hecho de este capítulo la base de su teorización sobre el *derecho burgués*)” (Balibar, 2014: 135)

Esta vía marxiana permite a Pashukanis escapar a cierta encerrona de una teoría del derecho que o bien descuida la génesis histórica y la existencia concreta de la forma jurídica disolviéndola en una normatividad trascendente –normativismo–, o bien enfatiza su carácter de fenómeno concreto, con un origen y un desarrollo, pero a costo de disolver la especificidad de su existencia como forma para acentuar un análisis contenidista –como las teorías sociológicas o psicológicas del derecho– (Pashukanis, 1976: 37-49). Lo que se propone Pashukanis es dar cuenta de la génesis histórica de la forma jurídica, es decir, de las causas que producen que, en una sociedad determinada, las relaciones entre los hombres se presenten y regulen por medio del derecho (y el Estado). En definitiva, se plantea pensar “si es posible entender el derecho como relación social, en el mismo sentido en que Marx calificaba al capital como una relación social” (1976: 62), es decir no como “forma ideológica” sino como “forma del ser social” (idem: 63).⁸

El carácter *real* de estas abstracciones jurídicas imita el carácter *real* de las abstracciones de la economía política como formas de existencia de un tipo particular de sociedad. De la misma manera que existe una “historia real del valor”, es decir “el desarrollo de las relaciones humanas que han hecho progresivamente de este concepto una realidad histórica” (Pashukanis, 1976: 54), puede bosquejarse la historia *real* del sujeto jurídico, es decir la historia de las determinadas condiciones por las cuales “la reglamentación de las relaciones sociales [...] asume carácter jurídico” (idem: 65).

De ahí la primacía que Pashukanis (1976: 73-89), siguiendo las ideas ya formuladas por Stuchka (1974), otorga a la *relación* por sobre la *norma*. Y esto tanto para rechazar el idealismo de las teorías normativas puras a la Kelsen, como para cuestionar la idea también positivista que hace de la norma el efecto de ordenamiento de lo social por parte de una autoridad estatal. Formulación que deviene apenas “coloreada” como marxista al incorporarse el elemento de clase como determinación del Estado, pero que no podría captar la conexión interna entre relaciones privadas de los individuos modernos en el mercado, forma jurídica y Estado.

8. Esta teoría del derecho como *forma* antes que *instrumento* de control de una clase o *engaño ideológico*, no puede sin embargo asimilarse a una *teoría estructural* tal como plantea Milovanovic (2003: xviii). No se trata de una anticipación de la interrogación sobre la autonomía relativa de una esfera jurídica diferenciada de otras esferas (económica, político-estatal, ideológica, etc.) con las que se articularía de forma variable, sino de la elucidación de las razones por las cuales la relación social capitalista como *totalidad* tiene como uno de sus *modos de existencia* a la forma jurídica. De hecho, Pashukanis será criticado por Poulantzas por la dificultad con la que permite tal teorización estructural del derecho (1982).

De esto se sigue que, si bien Pashukanis reconoce al sociologismo de Stuchka el haber “planteado correctamente el problema del derecho como problema de una relación social” (1976: 68), pueda reprocharle el haber evitado la investigación de “la específica *objetividad social* de esta relación” para remplazarla con “la habitual definición formal, aunque [...] delimitada por una caracterización clasista [...]” (ibíd.), haciendo imposible asir la pregunta determinante: “de qué modo las relaciones sociales se transforman en instituciones jurídicas o bien de qué modo el derecho se convierte en lo que es” (ídem: 69). La respuesta de Stuchka justamente pasará por diferenciar de forma positivista la relación social de su ordenamiento estatal, es decir por el “hecho de estar sostenida por un poder de clase organizado” (1976: 71).⁹

Si el derecho no puede consistir ni en una normatividad autosuficiente ni en un fenómeno subjetivo de funcionalidad ideológica, pero tampoco puede derivarse como ordenamiento clasista impuesto por el Estado, ¿de qué manera se explica la génesis y naturaleza del derecho?

Pashukanis intentará derivar la forma jurídica como modo de existencia de una relación social específica: aquella dada por la sociabilidad de la forma mercancía y el movimiento específico de la forma valor. Son estas formas en tanto modos de existencia de la sociedad capitalista moderna las que explican la necesidad lógica e histórica de la mediación jurídica entre propietarios independientes reconocidos recíprocamente como *sujetos jurídicos*.

“La sociedad capitalista es, ante todo, una sociedad de poseedores de mercancía. Esto significa que las relaciones sociales de los hombres en el proceso de producción revisten una forma cosificada en los productos del trabajo que se relacionan entre sí como valores” (Pashukanis, 1976: 95). Es esta conexión bajo la forma del valor la que “exige para su realización una relación particular entre los hombres en tanto que individuos que disponen de productos, es decir, como sujetos cuya voluntad domina en las cosas” (ibíd.). De lo que se concluye que “la conexión social, productiva, se presenta en dos formas incoherentes: como valor de la mercancía y como capacidad del hombre de ser sujeto de derechos” (ídem: 96).

Esta forma homóloga porta entonces un carácter fetichista propio, un “fetichismo jurídico” que completa el “fetichismo de la mercancía” (Pashukanis, 1976: 99) y que hace que las relaciones entre los hombres en la sociedad capitalista asuman “una forma doble y enigmática. Por una parte operan como relaciones entre cosas-mercancías; por otra, al

9. Dice Stuchka: “en el derecho, distinguimos su contenido (la relación social) y la forma de su regulación y protección (el poder estatal, los estatutos, etc.)” (Jaworsky, 1967: 91).

contrario, como relaciones de voluntad de entes recíprocamente independientes e iguales: los sujetos jurídicos” (ibíd.).

Tal concepción de la forma jurídica implica entonces una primacía del derecho privado como forma elemental, en cuanto campo donde se manifiestan primeramente las relaciones entre individuos privados (propietarios independientes) y sus conflictos, que dan origen lógico e histórico a la forma jurídica. Es a partir de esta forma elemental que Pashukanis intentará derivar, no sin dificultades, el derecho público (1976: 115-128), la moral (ídem: 129-141) y el derecho penal (ídem: 143-162).

Su formulación del derecho público, o el Estado como *Estado de derecho*, se enmarca en una enmarañada teoría múltiple del poder de clase en la sociedad capitalista.

Primero existiría un poder de clase inmediato que “no tienen ninguna especie de expresión jurídica oficial” (Pashukanis, 1976: 118). Poder que se expresa en la “influencia directa” de la clase capitalista sobre el aparato de Estado (ibíd.) y en la autoridad privada del capitalista en la producción (ídem: 118; 120-121). Pero, “al lado de la dominación inmediata de clase se constituye una dominación indirecta, refleja” (ídem: 118): la del poder impersonal que el Estado personifica “en tanto que fuerza particular separada de la sociedad” (ibíd.).

Es aquí donde Pashukanis formula su revisitada pregunta:¹⁰ “¿Por qué la dominación de clase no continúa siendo lo que es, a saber, la sumisión de una parte de la población a otra? ¿Por qué reviste la forma de un poder estatal oficial, o lo que es lo mismo, por qué el aparato de coacción estatal no se constituye como aparato privado de la clase dominante? ¿Por qué se separa de esta última y reviste la forma de un aparato de poder público impersonal, separado de la sociedad?” (Pashukanis, 1976: 119)

La explicación genética de esta separación pasará por las particularidades propias de la forma jurídica que ya había hecho surgir de la forma valor:

Allí donde las categorías de valor y de valor de cambio entran en escena, la voluntad autónoma de los que cambian es una condición indispensable [...] La coerción en tanto que mandato basado en la violencia y dirigido a otro individuo, contradice las premisas fundamentales de las relaciones entre poseedores de mercancías. Por esto [...] la función de coacción no puede aparecer como una función social, sin ser abstracta ni impersonal. (Pashukanis 1976: 121)

10. Recurrentemente relaborada por los análisis derivacionistas del Estado (Holloway y Piccioto, 1978)

Pero aunque rechaza por insuficiente “la explicación según la cual le conviene a la clase dominante erigir una pantalla ideológica y ocultar su dominación de clase detrás de la mampara del Estado” (Pashukanis, 1976: 119), limita esta insuficiencia de un teoría instrumentalista del Estado a su aspecto genético –“no nos dice por qué ha podido nacer tal ideología y, por consiguiente, por qué la clase dominante también puede servirse de ella” (ibid.)– en tanto haría de éste un plan consciente de la clase dominante. Parece sin embargo aceptarla como descripción funcional del poder estatal.

Este compromiso con una teorización instrumentalista del Estado produce una derivación evidentemente contradictoria que tensiona sin solución la teoría del Estado de Pashukanis.

La explicación genética del poder impersonal del Estado como necesidad lógica e histórica de la producción mercantil y su sujeto jurídico –en cuanto acentúa su carácter de “aparato particular separado de los representantes de la clase dominante, situado por encima de cada capitalista individual” (Pashukanis, 1976: 120)– es difícilmente componible con una teoría del poder estatal como arma en la “guerra de clases”.¹¹

Por un lado, el mundo “pacificado” del mercado reclama una función jurídica del Estado en tanto que poder impersonal. Por otro, el campo de batalla de la lucha de clases (y la guerra exterior) reclama del Estado su acción como fuerza fuera de todo derecho. De ahí que Pashukanis desdoble el análisis del Estado entre su forma de hecho (como expresión de fuerza organizada, como *raison d'état*, de clase) y su formalización jurídica como Estado de derecho [*Rechtsstaat*]. En el medio, el carácter lógico e históricamente impersonal del poder moderno queda confundido entre estas dos determinaciones. El puente entre la historia real del Estado como forma que surge del movimiento mismo del valor y la existencia admitida del Estado como actor, o fuerza organizada, en la lucha de clases sigue ausente; así como el carácter de clase del derecho se confunde entre su forma indirecta y su uso directo como expresión del Estado en tanto que arma en manos de la clase dominante.¹²

11. “La sociedad de clases no es solamente un mercado donde se encuentran poseedores de mercancías independientes, sino también [...] el campo de batalla de una guerra de clases encarnizada en la que el aparato de Estado representa un arma muy poderosa” (Pashukanis, 1976: 126).

12. Esta dificultad puede enlazarse con el supuesto “*circulacionismo*” de Pashukanis. Nos referimos a la primacía del momento del intercambio por sobre la producción, denunciado ya tempranamente por Korsch (2003), que será un punto recurrente de ataque de sus contemporáneos como Stuchka y sus lectores más recientes (Binns, 1980: 105; Readhead, 1978: 119; Warrington, 1980: 104). La crítica tomará dos formas principales. La primera la cuestiona por limitarse a un momento determinado de la sociedad capitalista: el de la producción simple de mercancías –o el del capitalismo de

*La Teoría general en los debates legales de la NEP (1924-1928)
y de la consolidación del poder estalinista (1928-1937)*

De la imbricación entre las formas “económicas” de la mercancía y el valor y la forma “jurídica” del derecho planteada por la *Teoría general* se desprenden una serie de consecuencias centrales de cara a los debates del período: 1) que todo derecho es derecho “burgués” en cuanto es derecho de la sociedad productora de mercancías que media sus relaciones bajo la forma del valor; 2) que durante la transición, mientras persistan formas de relaciones mercantiles –tales como las de la NEP– persistirán formas de derecho burgués (Pashukanis, 1976: 109-110), y esto aunque 3) el derecho esté destinado a desaparecer en la sociedad comunista realizada para ser remplazado por normas de regulación técnico-contenidistas (ídem: 66-67; 110). Por lo tanto 4) el derecho existente en la URSS no puede ser caracterizado como *derecho proletario* o *soviético* (ídem: 46).

La *Teoría general* se posicionaba así del lado de un clivaje que comienza a evidenciarse como cada vez más pronunciado, y que corta transversalmente a las supuestas “escuelas” jurídicas soviéticas. Por un lado, quienes van dando forma a una revalorización acrítica de la ley (normativistas y psicologicistas) afirmándola positivamente como derecho proletario, revolucionario o soviético. Por otro, quienes insisten sobre la perspectiva de extinción del derecho en una sociedad comunista y el carácter necesariamente transicional de su permanencia durante la dictadura del proletariado (funcionalistas y sociologicistas).

La insistencia en el carácter proletario del Estado soviético y su legalidad “revolucionaria” que acompaña la reintroducción de formas “burguesas” del derecho, implicaba de hecho tal revalorización de la ley como instrumento necesario de la construcción socialista. Pashukanis, al igual que Stuchka, no se opone absolutamente al uso de las formas jurídicas durante la transición, pero sí advierte contra una

libre competencia que vendría históricamente superado por el capital monopolista-. El error de estas críticas consiste en ver las determinaciones expresadas por Marx en *El capital*, sobre las que trabaja Pashukanis, como momentos históricos o fases de la evolución del capitalismo. Para una reseña de estas críticas y una contundente defensa ver Miéville (2006: 91-103). La segunda sostiene que en su cercamiento en la “superficie” del intercambio Pashukanis no puede dar cuenta del antagonismo de clase que sólo toma forma en la producción como campo de explotación y por lo tanto oscurece el carácter clasista del derecho y del Estado. Si bien, como vimos, Pashukanis encuentra dificultades para compatibilizar este hecho de la sociedad capitalista moderna, las soluciones propuestas son o bien un instrumentalismo de clase, o bien una recaída en teorías ideológicas. En ambas “soluciones” la fértil intuición de Pashukanis, aquella que pone a la subjetividad libre como momento interno y objetivo de la relación de explotación capitalista, es negada antes que desarrollada.

tendencia –evidentemente fortalecida durante la actividad legalizadora de la NEP– de considerarlas positivamente y sobre todo como portando un contenido diferencial:

Es necesario, por consiguiente, no olvidarse que la moral, el derecho y el Estado son formas de la sociedad burguesa. Y que, aunque el proletariado se vea obligado a utilizar estas formas, esto no significa en absoluto que ellas puedan desarrollarse progresivamente con la adición de un contenido socialista. Ellas no pueden asimilar este contenido y deberán desaparecer a medida que este contenido se realice. Sin embargo, el proletariado debe, en el actual período de transición, explotar en beneficio de sus intereses de clase estas formas heredadas de la sociedad burguesa agotándolas así completamente. Pero [...] debe adoptar una actitud fríamente crítica, no solamente frente a la moral y al Estado burgués, sino también frente a su propio Estado y a su propia moral proletaria. Debe ser consciente, para decirlo de otra forma, de la necesidad histórica de su existencia pero también de su desaparición. (Pashukanis, 1976: 136)

Sobre este punto, que parece ser el corazón *estratégico* de la *Teoría general*, se construirá la alianza que llevará a Pashukanis y Stuchka a la preeminencia del campo jurídico soviético dando forma a la llamada “escuela del intercambio mercantil”.¹³ Stuchka parecía encontrar en Pashukanis una explicación de la dicotomía entre relegalización actual de la sociedad y horizonte de extinción del derecho (ídem: 129), que era al mismo tiempo un arma efectiva tanto contra las tendencias “derechistas” que reintroducían una necesidad perenne del derecho, reclamando un creciente reconocimiento a los derechos propietarios reintroducidos con la NEP, como contra las “seudo izquierdistas” que postulaban la construcción de una “legalidad proletaria”, representadas por el ya mencionado Reisner (Head, 2008: 135-138).

Pero tales discusiones jurídicas expresaban, en su propio terreno, los fuertes debates que atravesaban al gobierno bolchevique. Debates que durante la segunda mitad de la década de 1920 estarán marcados por la influencia creciente del estalinismo, su programa de “socialismo en un solo país” y su batalla contra la Oposición de Izquierda; pero también por los problemas del futuro de la economía soviética frente a los claros signos de agotamiento de la NEP. Es en este contexto que

13. Sobre la creciente influencia de Pashukanis y su “escuela” ver Bowring (2013) y Sharlet (1974). Para un panorama del trabajo en varios campos del derecho de los miembros de la escuela ver Sharlet (1974: 115-120).

pueden entenderse la profundización de los desacuerdos entre Stuchka y Pashukanis, caracterizados como ala moderada y radical de la “escuela del intercambio mercantil” (Schlesinger, 1951), así como las primeras autocríticas o correcciones del segundo.

La aceptación por parte de la escuela de la tesis del “socialismo en un solo país” imponía “correcciones” a la tesis de la extinción del Estado (y el derecho). Al mismo tiempo, la insistencia de Pashukanis en la necesidad de remplazo gradual de la economía mercantil legalizada por la NEP por una planificación socialista resonaba peligrosamente cercana a las tesis de los “industrialistas” de la Oposición de Izquierda.

Stuchka retomará sus desacuerdos con Pashukanis (Bowring, 2013: 67; Head, 2008: 147-148) –su insistencia en la circulación y su supuesto olvido del carácter de clase del Estado y su derecho– mostrándose más permisivo a las tendencias de aplazamiento e insistiendo en la imposibilidad de una “transición directa del derecho burgués al no-derecho” –tesis “nihilista” que se asociaba a Pashukanis–. Para esto se apoyaba en su concepción estatalista del orden legal como instrumento de expresión de la clase proletaria durante la transición y dirigía su crítica a la insatisfactoria teoría del Estado de Pashukanis que, como hemos visto, no podía dar cuenta con claridad del carácter de clase del Estado en los términos demandados por el consenso instrumentalista propio de la tradición leninista. Tal dificultad se volvía aún más importante en los debates sobre el carácter del Estado, y sus manifestaciones legales, durante la transición socialista.

En 1927 Pashukanis responderá en el artículo “La teoría marxista del derecho y la construcción del socialismo” (en Beirne y Sharlet, 1980: 186-199) con una primera autocrítica, en donde reconoce, aceptando los términos de Stuchka, a la ley soviética como “fundamentalmente diferente de la ley burguesa” (idem: 194). Aquel uso crítico por parte del proletariado de la forma legal, y aquella conciencia vigilante contra su propio Estado que Pashukanis ponía en el centro de su *Teoría general* empezaba a ser abandonado a favor de una aceptación creciente de la glorificación de la ley soviética como expresión del interés de la clase proletaria.

El proceso de “autocrítica” es continuo. Head sostiene que son principalmente los debates con la Oposición de Izquierda los que habrían subrayado “defectos y supuestos excesos en el análisis de Pashukanis” (2008: 129). Así en el artículo “Economía y regulación legal”, de 1927, si bien Pashukanis insistía en que “el problema de la extinción de la ley es el fundamento por el cual medimos la proximidad de un jurista al marxismo” (en Beirne y Sharlet, 1980: 268), se diferencia de las críticas a la economía soviética de Rubin y Preobrazhensky, el teórico de la “acumulación socialista”, asociado a la Oposición, contraponiéndoles

un crecimiento gradual de la planificación socialista como actos de decisión del Estado de clase. Actos que serían, si no legales, sí técnico-administrativos. En 1928, atacará directamente al “trotskismo” en “La dictadura del proletariado y la oposición” (en Bowring, 2013: 68).

La derrota definitiva de la Oposición se resolverá en el giro de “izquierda” de Stalin –colectivización forzosa y liquidación acelerada de la NEP– del tercer período. En tanto se proponía eliminar las formas capitalistas de producción e intercambio que se asociaban a la forma jurídica, esto será recibido por la “escuela del intercambio mercantil” de Stuchka y Pashukanis como una oportunidad de llevar adelante la demorada “extinción del derecho” por medio de una “revolución en la ley” (Sharlet: 1978: 170). Este segundo experimento en la extinción del derecho tuvo un fuerte impacto inicial: se sanciona oficialmente y difunde de forma masiva (ídem: 175-176); se institucionaliza en un esfuerzo de recodificación y simplificación penal que, inspirado en lo planteado ya en la *Teoría general* (Pashukanis, 1976: 143-162) se proponía dejar atrás las nociones “burguesas” de delito, pena y retribución y remplazarlas por medidas de protección social médico-pedagógicas (Sharlet, 1978: 176-178), homólogas al supuesto remplazo de la regulación jurídica por una objetiva normatividad técnica en la economía; produce también cambios en la currícula jurídica remplazando el estudio del derecho civil por técnicas administrativas de regulación económica (ibíd.; 183-185); incluso, existieron jueces que efectivamente cerraron sus tribunales convencidos de que había llegado la hora de la extinción del derecho (ídem: 181).

Sin embargo, a pesar de haber tolerado o incluso favorecido inicialmente este nuevo nihilismo legal, la tendencia impuesta por Stalin será por el contrario la del definitivo aplazamiento de las tesis de la extinción del derecho: construcción férrea de una “legalidad socialista” y fortalecimiento del Estado soviético burocratizado. Así, “tan pronto como algunos imprudentes teóricos moscovitas trataron de deducir de la liquidación de los «últimos vestigios del capitalismo» –admitida por ellos como una realidad– el fin del Estado, la burocracia declaró sus teorías contrarrevolucionarias” (Trotsky, 2001: 83).

En este contexto, en el cual las condiciones y calidad de los debates político-intelectuales se degradan rápidamente (Beirne y Sharlet, 1980: 274), la autocrítica de los “revolucionarios del derecho” se vuelve cada vez más profunda. Stuchka acepta en 1931 en un artículo titulado “Mi camino y mis errores”, no solo la existencia de una ley proletaria como ley de la transición, como había venido afirmando, sino también una futura nueva forma jurídica, la “ley de la sociedad socialista” (Head, 2008: 149). Pashukanis aceptará en 1932, en el texto “Teoría del Estado y derecho” (citado en Beirne y Sharlet, 1980: 273-301), la tesis

estalinista de reforzamiento del Estado como medio de la construcción del socialismo; y en 1936, en “Estado y derecho en el socialismo” (en Beirne y Sharlet, 1980: 346-361), saludará la concentración del poder del Estado y el correspondiente fortalecimiento de su legalidad soviética como instrumento para una lejana sociedad comunista sin derecho.

Finalmente, a pesar de las continuas retractaciones, la contradicción se vuelve insoportable para la burocracia estalinista. Pashukanis será arrestado y remplazado en sus cargos por aliados directos de Stalin: los teóricos de la legalidad soviética, como Vyshinskii, que denunciarán virulentamente el carácter contrarrevolucionario del *nihilismo legal* propagado por Pashukanis y su escuela.

Algunas conclusiones para repensar Pashukanis

Sucintamente puede decirse que el punto central y recurrente de las sucesivas autocríticas de Pashukanis consiste en un abandono progresivo de las determinaciones materiales de la forma jurídica, que antes encontraba en las formas “económicas” del intercambio, en favor de una determinación positivista (estatalista) del derecho como expresión del interés de una clase.

Este desplazamiento le permitía, al mismo tiempo, responder a los vacíos de su propia teoría (aquella contradictoria derivación del Estado que expresaba una dificultad para incorporar la lucha de clases); hacer espacio a alguna forma de instrumentalismo, central para los debates sobre la transición en la tradición leninista; pero sobre todo acomodarse crecientemente a las teorías neopositivistas y estatalistas del período estalinista. Su pensamiento entonces no fue simplemente perseguido de forma trágica por un irrefrenable poder estalinista: se vio también entrampado mortalmente en sus propias contradicciones e insuficiencias.

Este desplazamiento implicará una creciente amputación de su teoría que resulta paradójica. Desconectada ya de su fundamento en las relaciones sociales y de la estrategia de gradual extinción del Estado –entendida como un proceso de reducción y democratización–, la tesis de la extinción del derecho se trastocaría en una justificación de “flexibilidad” total para las decisiones del aparato burocrático del Estado. De igual manera la tendencia, presente desde el comienzo, a aceptar algo acriticamente un carácter instrumental del Estado (sustraído de todo derecho) a ser usado como arma por la clase proletaria, se volvía especialmente peligroso en cuanto el Estado de clase “en proceso de extinción”, pasaba a ser el Estado robusto de la burocracia. Igualmente, la perspectiva de superar la regulación jurídica (como expresión de los intereses contradictorios entre las clases) por medio de una normati-

vidad de otro tipo, basada en la supuesta armonía de intereses de la futura planificación socialista, resultaría en cierta justificación del uso burocrático de normas morales, médicas, técnicas y políticas por fuera de toda garantía o libertades jurídicamente reconocidas.

Se delinean así ciertas tareas necesarias para repensar hoy el aporte de Pashukanis: más allá de la trágica persecución de un pensamiento esencialmente revolucionario o de la confirmación de una traición anunciada, es necesario reevaluar su crítica de la forma jurídica a la luz de sus propias dificultades (que son también aquellas del instrumentalismo) y del contexto inevitable de los debates implicados en la construcción de una sociedad post-revolucionaria.

Bibliografía

- Anderson, Perry (2005), *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México: Siglo XXI.
- Arthur, Chris (1977), "Towards a materialist theory of Law", en *Critique: Journal of Socialist Theory*, 7:1, pp. 31-46.
- (2003), "Editor's Introduction" [1978], en E.B. Pashukanis, *The General Theory of Law & Marxism*, Londres: Transaction Publishers, pp. 9-31.
- Artous, Antoine (2016), *Marx, el estado y la política*. Barcelona: Sylone.
- Balbus, Isaac D. (1977), "Commodity Form and Legal Form: An Essay on the «Relative Autonomy of the Law»", *Law & Society Review*, vol. 11, n° 3, pp. 571-588.
- Balibar, Étienne (2014), "El contrato social de las mercancías", en É. Balibar, *Ciudadano Sujeto*, vol. 2: *Ensayos de antropología filosófica*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 127-155.
- Beirne, Piers y Robert Sharlet (eds.) (1980), *Pashukanis: Selected Writings on Marxism and Law*, Nueva York: Columbia University Academic Press.
- Binns, Peter (1980), "Review Article: Law and Marxism", *Capital and Class*, 10, pp. 100-113.
- Bowring, Bill (2013), "The trajectory of Yevgeniy Pashukanis, and the struggle for power in Soviet law", en B. Bowring, *Law, Rights and Ideology in Russia: Landmarks in the Destiny of a Great Power*, Nueva York: Routledge.
- Cerroni, Umberto (1965), *Marx y el derecho moderno*, Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Fletcher, Ruth (2014), "Legal Form, Commodities and Reproduction: Reading Pashukanis", en Maria Drakopoulou (ed.), *Feminist Encounters with Legal Philosophy*, Nueva York: Routledge.
- Fuller, Lon L. (1949), "Pashukanis and Vyshinsky: A Study in the Development of Marxian Legal Theory", *Michigan Law Review*, vol. 47, n° 8, junio, pp. 1157-1166.
- Head, Michael (2008), *Evgeny Pashukanis. A critical reappraisal*, Nueva York: Routledge-Cavendish.

- Holloway, John y Sol Piccioto (1978), *State and Capital. A Marxist Debate*, Austin: University of Texas Press.
- Jaworsky, Michael (ed.) (1967), *Soviet Political Thought. An Anthology*, Baltimore: The Johns Hopkins Press.
- Jessop, Bob (1990), *State Theory. Putting capitalist states in its place*, Cambridge: Polity Press.
- Kamenka, Eugene y Alice E. Tay (1970), "The Life and Afterlife of a Bolsehevik Jurist", *Problems of Comunism*, enero-febrero, pp. 72-79.
- Kelsen, Hans (1957), *La teoría comunista del derecho y el Estado*, Buenos Aires: Emecé.
- Korsch, Karl (2003), "An Assessment" [1930], en E.B. Pashukanis, *The General Theory of Law & Marxism*, Londres: Transaction Publishers, pp. 189-194.
- Miéville, China (2006), "For Pashukanis: An exposition and defense of the Commodity-Form Theory of Law", en C. Miéville, *Between Equal Rights. A Marxist Theory of International Law*, Chicago: Haymarket Books, pp. 75-115.
- Milovanovic, Dragan (2003), "Introduction to the Transaction Edition", en E.B. Pashukanis, *The General Theory of Law & Marxism*, Londres: Transaction Publishers, pp. 9-31.
- Nascimento, Joelton (2014), *Crítica do valor e crítica do direito*, São Paulo, Perse.
- Negri, Toni (2003), "Releyendo a Pashukanis: notas de discusión", en T. Negri, *La forma-Estado*, Madrid: Akal.
- Norrie, Alan (1982), "Pashukanis and the «Commodity Form Theory»: a Reply to Warrington", *International Journal of the Sociology of Law*, 10, pp. 419-437.
- Pashukanis, Evgueni B. (1976), *Teoría general del derecho y marxismo*, Barcelona: Labor.
- (2003), *The General Theory of Law & Marxism*, Londres: Transaction Publishers.
- Poulantzas, Nicos (1982), "Marx y el derecho moderno" [1967], en *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, México: Cuadernos de Pasado y Presente, pp. 110-130.
- Readhead, Steve (1978), "The discrete charm of bourgeois law: A note on Pashukanis", *Critique: Journal of Socialist Theory*, 9:1, pp. 113-120.
- Rusconi, Gian E. (1972), "Crítica ideológica y crítica práctica en Karl Korsch", en K. Korsch, *Marxismo y Filosofía*, Medellín: Tiempo Crítico, pp. 10-52.
- Schlesinger, Rudolf (1951), *Soviet Legal Theory. Its Social Background and Development*, Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Sharlet, Robert (1974), "Pashukanis and the Rise of Soviet Marxist Jurisprudence, 1924-1930", *The Soviet and Post-Soviet Review*, vol. 1, 1, pp. 103-121.
- (1978), "Pashukanis and the Withering away of Law in the USSR", en S.

Fitzpatrik (ed.), *Cultural Revolution in Rusia: 1928-1931*, Bloomington: Indiana University Press.

Stuchka, Peteris I. (1974), *La función revolucionaria del derecho y el Estado*, Barcelona: Península.

Trotsky, León (2001), *La revolución traicionada. Qué es y adónde va la URSS*, Madrid: Fundación Federico Engels.

Warrington, Ronnie (1980), "Standing Pashukanis on his head", *Capital & Class*, 12, pp. 102-106.

Zapatero, Virgilio (1976), "En torno a E.B. Pashukanis", en E.B. Pashukanis, *Teoría general del derecho y marxismo*, Barcelona: Labor.

* * *

Título: "Pashukanis. The critique of legal form in the political-legal debates of the Russian Revolution".

Resumen: La *Teoría general del derecho y marxismo* de Pashukanis, publicada en 1924, constituye uno de los más fecundos intentos de teoría marxista del derecho que plantea su naturaleza de forma social, destinada a extinguirse en la sociedad comunista. Se mostrará cómo ésta surge de los efectos en el pensamiento de la Revolución de 1917: al mismo tiempo de su impugnación del marxismo de la II Internacional como de las tareas político-prácticas de construcción del socialismo, y se reconstruirán algunos elementos del contexto político intelectual de debate en que ésta se inserta, así como las contradicciones internas de la teoría de la forma jurídica, para intentar elucidar las razones que llevarán a su denuncia como contrarrevolucionaria por el poder estalinista.

Palabras clave: forma jurídica – derecho soviético – escuela del intercambio mercantil – extinción del derecho

Abstract: Pashukanis's *General Theory of Law and Marxism*, published in 1924, is one of the most fertile attempts in constructing a Marxist theory of law which presents it as a social form destined to wither away in the future communist society. It will be shown how this theory arises from the effects of the 1917 Revolution: at the same time from its impugnation of the Marxism of the II International and from the practical and political task of socialist construction. In order to try to elucidate the reasons that would lead to its repudiation as counterrevolutionary by the Stalinist power, we will present some elements of the intellectual and political debate context of Pashukanis's theory, as well as some of its internal contradictions.

Keywords: juridical form – soviet law – commodity exchange school – whitering away of law

ARTÍCULOS

Auge y ocaso del *shule* icufista en Argentina (1941-1968)

Nerina Visacovsky

UNSAM-Conicet
nerivisa@hotmail.com

Orígenes de una educación judía para argentinos

Este trabajo analiza el proceso de auge y ocaso de las escuelas idiomáticas y complementarias en idish adheridas al *Idisher Cultur Farband* (ICUF) entre 1941 y 1968. El ICUF fue (y es aún) una Federación de entidades judías laicas y progresistas, surgida como *Yiddisher Kultur Farband* (YKUF) en el marco de un congreso de intelectuales judíos antifascistas ligados al comunismo y al socialismo, realizado en París entre el 17 y el 22 de septiembre de 1937.¹ En aquel congreso, los delegados de 23 países manifestaron su preocupación por el avance del fascismo en Europa y la situación de los republicanos en la Guerra Civil Española y se comprometieron a difundir, a través de publicaciones, escuelas y actividades culturales, el “judeo-progresismo” (icufismo) en sus países de residencia.² En representación de Argentina y Uruguay, había viajado el reconocido intelectual *idishista* y simpatizante comunista Pinie Katz (Odesa, 1881 - Buenos Aires, 1959), quien se convirtió luego en el principal organizador del Congreso Judío Latinoamericano realizado en Buenos Aires en 1941, donde las máximas de París, “luchar contra el fascismo, el antisemitismo, la discriminación y defender la cultura laica idishista”, dieron nacimiento al ICUF en América Latina, con la participación de 57 instituciones del país, Brasil, Uruguay y Chile, en nombre de 8.900 asociados (Visacovsky, 2015: 97). Desde entonces, la federación ICUF brindó marco político-ideológico a instituciones ya existentes y promovió la creación de otras nuevas. Bajo el clima alian-

1. En 1938, el Congreso del YKUF se replicó en Nueva York y participaron 1.204 delegados americanos y canadienses (Kinoshita, 2000).

2. Isaac Glikberg, “Um aporte valioso”, *Revista ASA*, Río de Janeiro, n° 114, septiembre-octubre de 2008, p. 7.

cista del frentepopulismo que la Internacional Comunista inauguró en 1935 y el rol de la URSS y el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial, nació una gran responsabilidad local por homenajear y preservar la memoria y el legado del *Idishkait*³ y así los *shules* icufistas se multiplicaron. En el año 1958 el ICUF afirmaba nuclear 15 escuelas idiomáticas en todo el país con 2.500 chicos, varios cuadros filodramáticos, cerca de 50 instituciones culturales, tres publicaciones, una editorial propia y organizaciones femeninas y juveniles, al tiempo que enfatizaba su condición de movimiento comprometido con la defensa de la enseñanza laica y estatal.⁴ Sin embargo, cuando en la década del 60 la generación nativa apareció en escena, la continuidad del *shule* y la enseñanza del idish comenzaron a perder sentido para sus protagonistas. A lo largo de su historia, en los cargos dirigentes del ICUF y en las comisiones directivas de las entidades adheridas participaron algunos militantes, y la simpatía hacia el Partido Comunista (PC) fue generalizada. Sin embargo, a pesar de su centralidad en la vida institucional, se verá cómo la adopción de “línea para la colectividad judía” del PC, a veces fue acompañada y otras veces resistida por activistas y público de esta red. Interesa en este trabajo poner el foco en aquellas iniciativas vinculadas a la cuestión idiomática y educativa.

Las primeras experiencias formales de educación judía en Argentina datan de fines de siglo XIX, cuando llegaron numerosas familias provenientes del Imperio Ruso y, en su mayoría, bajo acuerdos entre la empresa colonizadora agraria *Jewish Colonization Association* (JCA) y gobiernos provinciales.⁵ Hacia 1914, el tercer censo nacional argentino estimaba un total de 81.915 inmigrantes judíos viviendo en el país. Con sus dichas y sus desgracias, las vivencias vinculadas a la colonización son, a menudo, referidas como el símbolo más pleno de la integración del colectivo israelita a la “argentinidad”. Así lo expresan diversos relatos, como el mítico *Los gauchos judíos* de Alberto Gerchunoff (1910). Ciertamente, el país de principios de siglo XX no era la soñada tierra de promisión que esperaban, pero tampoco se equiparaba con sus contextos de proveniencia, en sus niveles de discriminación, racismo

3. Concepto similar a *idishismo*, que refiere no sólo a la lengua idish, sino a todo el universo cultural, político e ideológico constituido en su tierra de origen.

4. “Gran acto del ICUF en defensa de la enseñanza laica”, *Tribuna*, año VI, n° 310, 19 de septiembre de 1958, p. 2.

5. La “Jewish”, fundada en Londres por el barón Maurice de Hirsch en 1891, patrocinó vastos asentamientos en las provincias de Santa Fe, La Pampa, Santiago del Estero, Buenos Aires y principalmente Entre Ríos, en un total de 617.658 hectáreas (Feierstein, 2007: 66). Otras experiencias fuera de la Jewish tuvieron lugar en Chaco y Río Negro. Sobre las acciones de la JCA, ver *Jewish Colonization Association. Su obra en Argentina, 1891-1941*, Buenos Aires, 1942.

y violencia (Devoto, 2015: 18). Las dificultades de la vida agraria, las posibilidades de progreso en las ciudades y las políticas nacionales volcadas a fomentar el desarrollo industrial (sobre todo a partir de la crisis de Wall Street en 1929 y el cierre de los mercados) constituyeron los principales factores por los cuales, masivamente, la población del campo comenzó a trasladarse, especialmente, a Córdoba, Rosario y Buenos Aires. Por eso, en 1935 sólo un 11% de los 191.000 judíos que habitaban la Argentina residían en las colonias agrícolas (Avni, 1983). Interesa mencionar la vida socioeducativa de las colonias, porque allí las bibliotecas, teatros y escuelas de primeras letras cumplieron un rol fundamental, en tanto constituyeron la única alternativa pedagógica en poblados provinciales alejados de las ciudades. Así, la educación en las colonias judías fue pionera experiencia de integración que, no exenta de conflictos, se fue amoldando a los principios de la Ley 1.420 (1884), los objetivos de alfabetización masiva y la normativa patriótica establecida por el Consejo Nacional de Educación.⁶ Esas escuelitas de campo constituyeron un ámbito donde niños judíos y criollos aprendieron juntos a leer y escribir en castellano y también, casi naturalmente, unos y otros se mezclaron entre costumbres locales y tradiciones del pueblo hebreo. La impronta de aquella experiencia emergida de una colectividad particular pero abierta a la comuna, y la búsqueda permanente de un equilibrio entre el propio credo y los contenidos de esa nueva identidad argentina, mucho se vincula con los presupuestos de educación judeo-progresista que años después desarrollarían las instituciones adheridas al ICUF en Argentina.

La izquierda judía de Buenos Aires

Las familias judías radicadas en Buenos Aires fueron aumentando a medida que crecía la migración interna antes referida, y llegaban nuevos contingentes en los años de entreguerras. A pesar de una común iden-

6. El Consejo Nacional de Educación (CNE) se creó en enero de 1881 con el fin de gobernar las escuelas primarias de la Capital Federal (establecida en la provincia de Buenos Aires en 1880) y los extensos territorios nacionales. Sin embargo, el lento desarrollo del programa político y educativo establecido en la Ley 1.420 –siendo concebida como herramienta principal para la formación ciudadana y argentinización de los inmigrantes– llevó a las elites dirigentes a tomar nuevas medidas y en octubre de 1905 se sancionó la ley 4.874, presentada por el diputado Manuel Láinez, por la cual se autorizaba al CNE a establecer y supervisar escuelas elementales en las provincias que así lo solicitaran. Prácticamente todas suscribieron a la ayuda ofrecida por la Nación y en los años 30 la mayoría de las jurisdicciones contaba con mayor cantidad de escuelas Láinez creadas por esa ley y administradas por el CNE, que provinciales creadas por la Constitución Nacional y administradas por la gobernación.

tificación vinculada a los aspectos religiosos, al provenir de diferentes países y culturas eran muy disímiles sus lenguas, instituciones y costumbres. Una postal de los años 20 y 30 en los barrios porteños mostraba la convivencia de ortodoxos con sus típicas vestimentas, obreros anarquistas o socialistas participando en manifestaciones, comerciantes “rusos” y “turcos” montando sus negocios, sastres, carpinteros, rufianes, actrices, músicos, ricos y pobres. En definitiva, los cementerios, las sinagogas, las bibliotecas, las publicaciones y también las primeras escuelas eran la expresión misma de aquella pluralidad. Sin embargo, a grandes rasgos, los de origen *ashkenazí*, que hablaban idish, tenían un perfil secular y provenían de Europa Central y del Este, se destacaban frente a otros grupos, como los de origen *sefaradí*, vinculados a un pasado en la Península Ibérica y el Imperio Otomano.⁷

Desde principio de siglo XX, gran parte de los *ashkenazíes* de origen obrero simpatizaron o se integraron a partidos políticos y agrupaciones de izquierda existentes en Argentina, pero que también conocían en Europa; las causas marxistas los habían convocado a luchar por los derechos universales de los trabajadores, aunque, al mismo tiempo, generaban espacios de socialización y politización al interior de su grupo de pertenencia étnica (Bilsky, 1989; Díaz, 2016). Así, a menudo, en una casa de familia, o alquilando un pequeño local, editaban revistas y abrían bibliotecas en idish. Unos años más tarde llegarían las escuelas complementarias para niños y adolescentes en ese idioma. Funcionaban a contraturno de la escuela pública estatal obligatoria, y sus objetivos y contenidos reflejaban la cultura e ideología de sus dirigentes.⁸ En el mundo *idishista* de los años 30, socialistas-bundistas, anarquistas, comunistas y sionistas manifestaban una cultura común pero identificada con diferentes propuestas partidarias. Ese enfrentamiento, obviamente, era menor en los pueblos o ciudades con poca población judía, donde carecía de sentido diversificar esfuerzos y más aún frente a una generalizada movilización antifascista y el devenir de la Segunda Guerra Mundial. En cambio, en Buenos Aires y su periferia, tomaron forma tres redes escolares *idishistas* de izquierda, que crecieron notablemente en la segunda mitad de la década y con énfasis en los 40. En primer lugar, existían escuelas orientadas por el Partido Obrero Judío

7. *Ashkenaz* significa en hebreo Alemania y *Sefarad*, España.

8. Por ejemplo, el Centro Literario y Biblioteca Israelita Max Nordau de la ciudad de La Plata se inauguró en 1912 y su escuela comenzó a funcionar en 1932; la Asociación Cultural Israelita de Córdoba había iniciado como biblioteca en 1913 y fue en el año 1931 que abrió su escuela; la Sociedad Cultural Israelita Isaac León Peretz de Santa Fe, asimismo, se inauguró en 1912, y su escuela comenzó en la década del 30. Se trataba de experiencias informales para grupos reducidos de niños.

Bund,⁹ cuyos dirigentes se autodefinían autonomistas, socialistas y marxistas de la Segunda Internacional, no acordaban con el sionismo ni con el comunismo y coincidían con el programa del Partido Socialista Argentino, aunque no se subsumían en él. En segundo lugar, estaban las escuelas del partido *Linke Poale Sion* (Trabajadores de Sion de Izquierda), quienes se autodefinían sionistas-marxistas y perseguían ideales emancipatorios inspirados en el ucraniano Dov Ber Bórojev (1881-1917) acerca de la necesidad de reunir al pueblo judío en un mismo territorio, como paso previo a la revolución socialista. En 1921 se habían escindido de la sección que formó “la derecha” de *Poale Sion* para adscribir a la *Komintern*, pero hacia fines de los años 30 la abandonaron y trabajaron en pos de la creación de un Estado judío socialista con modelos cooperativos de trabajo (lo que años más tarde resultaría plasmado en las experiencias de los *kibutz* israelíes). Finalmente, la tercera red fue la que quedó definitivamente vinculada a la *Komintern* y luego al Partido Comunista Argentino, a través de la Sección Idiomática Judía (*Idsektzie* o *Idische Sektzie des Komunistishes Partei*) y cuyas escuelas autodenominadas “obreras, marxistas y leninistas” en los años 20 (primera fase) y “populares” en los años 30 (segunda fase), conformarían el antecedente inmediato de las escuelas “laicas” (tercera fase) que adhirieron al ICUF en 1941. Este trabajo se ocupa únicamente de esta última red, la icufista, y en su tercera fase.

Desde 1935, a partir del VII Congreso de la Internacional Comunista, los militantes argentinos habían tendido puentes para formar coaliciones con los sectores democráticos, y así también los icufistas. En esa coyuntura donde, por un lado, el “fascismo criollo” venía acompañado de elementos antisemitas¹⁰ y, por otro, los judíos comunistas dejaban de ser obreros para ir transformándose en clases medias, la primacía de la consigna “frentepopulista y antifascista” en desmedro de aquella de “clase contra clase” (1928-1935), cuadró muy bien para fortalecer su red institucional. El “permiso” partidario otorgado a la militancia judía para forjar alianzas con la “burguesía progresista” habilitó a los

9. “Bund”, en idish, significa Unión y refiere al Partido Obrero Judío creado en Vilna, Lituania, en 1897. El nombre completo era *Algemeyner Yiddisher Arbeter Bund fun Rusland, Poyln un Lite*: Unión General de los Trabajadores Judíos de Rusia, Polonia y Lituania. El uso del concepto “bundismo” ha referido a este movimiento político que tuvo gran protagonismo en la conformación del Partido Obrero Social Demócrata Ruso en 1898 y, hasta su aniquilación durante la *Shoá*, había sido liderado internacionalmente por la dirigencia polaca *idishista*. Ver más en Laubstein (1997).

10. Debe tenerse en cuenta aquí, que el “antisemitismo criollo” no sólo refería a la derecha nacionalista, sino también a la izquierda nacionalista que culpaba a los “judíos capitalistas, dueños de los frigoríficos ingleses” de la dependencia económica de la Argentina (Halperin Donghi, 2003: 115).

dirigentes de la *Idsektzie* a propiciar un acercamiento a sus coterráneos *idishistas* de mejor posición económica, sin afectar su lealtad al partido. Es decir, la etapa frentepopulista les permitió conciliar sus intereses étnicos y culturales con aquellos político-partidarios. Varios judíos que militaban en sindicatos se involucraron con el icufismo a partir de los años 40. En ciertos casos se transformaron en activistas de escuelas y en otros, se ubicaron en la periferia de las entidades, desarrollando sobre todo labor periodística. En el nuevo contexto, la dirigencia icufista buscó otorgarle a la red escolar un marco de legalidad cumpliendo los requisitos y la normativa estatal. A diferencia del tiempo de las escuelas obreras, los *shules* icufistas evitaron hacer explícitos contenidos a favor del comunismo, como mecanismo de protección frente a las autoridades nacionales, pero también porque la nueva sensibilidad antifascista (Pasolini, 2013: 21) y el llamado a la unidad de los frentes populares habían morigerado el discurso radicalizado contra el “enemigo burgués” y el “enemigo social-fascista”. Sin embargo, en la escena política argentina, los sectores nacionalistas conservadores y católico-integristas adquirirían un protagonismo cada vez mayor, revivieron el mito del “judío-bolchevique”. A pesar de su presencia desde los tiempos del Centenario y la Semana Trágica, el mito resurgió a partir de la amenaza comunista que en 1936 supuso la ayuda de Moscú a los republicanos, durante la Guerra Civil Española. Tal como había ocurrido con las escuelas obreras marxistas-leninistas en 1932 (y otras de izquierda *idishista*), las escuelas “populares” fueron clausuradas en 1937 y el idish observado y condicionado su uso en actividades de enseñanza y actos públicos. Personajes del conservadurismo argentino como el senador Matías Sánchez Sorondo afirmaban con absoluta convicción que ese idioma constituía el “código de los soviets” para operar en Argentina (Visacovsky, 2012). Paralelamente a esa disposición surgía el *Yiddisher Kultur Farband* en Francia, como antes se mencionó, y al iniciar la Segunda Guerra Mundial las escuelas en idish comenzaron a resurgir una vez más. En 1941 se sumaron entidades ya existentes en Mendoza, Tucumán, Córdoba, Santa Fe y también las de Uruguay y Brasil. Al finalizar la guerra, en 1945, la Unión Soviética y su Ejército Rojo, que habían enfrentado al nazismo, despertaron numerosas simpatías y las escuelas del ICUF ganaron una notable adhesión en la “calle judía”. A sus filas se integraron grupos que habían colaborado con los republicanos y más tarde con los aliados. Gracias al progreso económico de los años 40 se compraron edificios propios y con el nombre de *Vettleje Shuln* (escuelas laicas), se consolidaron y fueron reconocidas como escuelas idiomáticas complementarias por el Consejo Nacional de Educación y los Consejos Provinciales. Asimismo, contaron con el apoyo económico y reconocimiento del Comité Educativo de la Asociación Mutual Israelita

Argentina (AMIA) (*Vaad Hajinu*); entre 1943 y 1944, los *shules* icufistas Jaim Zhitlovsky de Villa del Parque e I.L.Peretz de Villa Lynch, que eran los más concurridos, fueron incorporadas a su política de subsidios, mientras que otros cinco *shules* icufistas se sumaron hacia el final de esa década. Cabe destacar que, en el marco de la educación judía, las tres tendencias izquierdistas (bundistas, linkepoalesionistas e icufistas), eran las más populares para entonces y superaban en cantidad de alumnos a las de sectores sionistas conservadores, y otras minoritarias de grupos religiosos (Zadoff, 1994). Sin embargo, la creación del Estado de Israel en 1948 y el inicio de la Guerra Fría posteriormente fueron determinando nuevas polarizaciones en el campo comunitario. En diciembre de 1952, la dirigencia icufista se negó a firmar una condena que impulsaba la DAIA¹¹ condenando a la URSS por los juicios de Praga y los (hasta entonces, “supuestos”) crímenes a escritores judíos antifascistas. Aquello culminó con la expulsión de los *shules* del ICUF y la quita del subsidio que recibían. Sin embargo, el firme idealismo de ese colectivo generó decenas de cooperativas de crédito y campañas solidarias que financiaron la continuidad de la red escolar. Así, al iniciar la década del 60 una nueva generación nacida en Argentina y formada en el entorno icufista se incorporaba a la vida institucional. Empero, la defensa de la educación laica estatal, la militancia latinoamericana inspirada en el caso cubano, el nuevo rol de la mujer, la revolución sexual, y otros factores que movilizaban a la juventud, inclinaban a los hijos de los inmigrantes a involucrarse en otros espacios políticos y sociales, entre los cuales se destacaba el ámbito universitario. Esa participación en contextos más amplios, fuera del grupo judío, era el fruto de una integración social exitosa, pero a su vez, gestaba otro proceso en su interior: inauguraba el principio del final de la red de *shules* icufistas. Fue entonces cuando los activistas propusieron apostar a la expansión de actividades recreativo-formativas durante el tiempo libre: los *kinder clubes*¹² de los sábados, los jardines de infantes alternativos, un amplio despliegue deportivo y las colonias vacacionales *Zumerland* (Diamant y Feld, 2000). Con esas actividades, vanguardistas en su modalidad, iniciaba una suerte de “cuarta fase” de la educación judeo-progresista (Visacovsky, 2015). Una de las principales voces a favor de apoyar esa transformación y diagnosticar la “transitoriedad” de las escuelas en idish era la de Rubén Sinay, dirigente, periodista militante y miembro de la

11. Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas. Creada en Buenos Aires en 1935 con el propósito de representar políticamente a la colectividad judía en Argentina.

12.El *kinder club* o club infantil surgió como un espacio extraescolar para niños de 6 a 12 años, una propuesta centrada en el juego creativo, el deporte y el trabajo grupal con contenido ideológico. Para los adolescentes de 13 a 17 años funcionaba el *juven club*.

Comisión Israelita del Partido Comunista. Durante los años de Guerra Fría, Sinay expresó las ideas del partido para la colectividad en temas de política nacional e internacional, pero también argumentó acerca de los objetivos de los *shules*, la enseñanza del idish y la formación de los niños. Interesa aquí, a través de su discurso, analizar la posición del partido, sus efectos en la red y la perspectiva de otros actores centrales como las maestras (en idish, *lererkes*) y activistas. Finalmente se dejarán planteados una serie de factores sociales y políticos que contribuyen a explicar el ocaso de los *shules* icufistas.

Semblanzas de Rubén Sinay

Con el triunfo de Juan Domingo Perón en febrero de 1946, el Partido Comunista Argentino, a partir de su XI Congreso realizado en agosto, se replanteaba las estrategias a seguir para captar a las masas “desviadas” hacia el nuevo fenómeno peronista (Altamirano, 2001). En ese sentido, la cúpula del PCA entendió que uno de sus principales problemas para esclarecer a la clase trabajadora era la gran cantidad de inmigrantes dirigiendo en los sindicatos. En consecuencia, resolvió “acriollar” al partido y eso implicó desplazar a los extranjeros de ciertos cargos. Varios de los judíos fueron inducidos por el PC a militar en ámbitos de la colectividad israelita y, por eso, fue entre fines de los años 40 y principios de los 50 cuando aparecieron nuevas figuras en el entorno ideológico del ICUF, que a su vez conformaron y dieron nuevo impulso a la Comisión Israelita del PC (antes, *Idsektzie*).¹³ Los miembros y allegados a esa comisión participaban en la prensa *idishista*,¹⁴ en cargos directivos del ICUF, y varios se destacaron como militantes y activistas paralelamente. Ese fue el caso de Gregorio Lerner, Iankl Guilemberg, José Freidkes, Iael Linkovsky, Benito Sak, Sansón Drucaroff, Tzalel Blitz, Ángel Grushka, Mauricio Rascovan, León Kolbovsky, Julio Schverdfinger, Luis Goldman y Meyer Kot, entre otros. Sin embargo, la figura del PC más prominente del período fue Rubén Sinay (1918-1990). Destacado cuadro dirigente, publicó decenas de libros¹⁵ y fue redactor principal en dos publicaciones periódicas leídas asiduamente por el público icufista:

13. Comisión Israelita del PC, *Bases para la tarea partidaria en la colectividad judeo-argentina*, 1970. Del Archivo personal de Raquel Malaj, Lanús, 2007.

14. *Cincuenta años de la prensa judía progresista en la Argentina 1923-1973*, Buenos Aires: Comité Editor, 1973.

15. Aunque disperso, su trabajo fue abundante. Contribuyó con diversas traducciones literarias del idish al castellano; junto a Luis Goldman y Mina Fridman Ruetter tradujeron a Scholem Aleijem y otros clásicos *idishistas*. Algunos de sus libros publicados (todos en Buenos Aires y de edición partidaria) fueron *Por tierras de pan y paz* (1954); *La paz salvará a Israel* (1956); *La invención del antisemitismo soviético*

el semanario *Tribuna* (1952-1961) y la revista quincenal *Tiempo* (1968-1989).¹⁶ Rubén era hijo de inmigrantes judíos polacos de origen humilde, radicados en la colonia de Moisés Ville, en la Provincia de Santa Fe.¹⁷ A los 17 años se trasladó a Buenos Aires donde trabajó, estudió, militó y conoció a Myriam, una joven judía y comunista, nacida en 1923 en el seno de una familia religiosa. En 1950 y 1952 nacieron sus hijas, Paula y Ana Luz. La familia vivió en un departamento alquilado en el barrio Once. Su condición de “comunista fichado” le impedía sacar un crédito para comprar una casa propia, pero también Sinay creía que si alquilaba, ante una redada policial, era más fácil escapar sin perderlo todo. Después de haber estado preso durante el peronismo en las cárceles de Devoto y Neuquén, afirmaba que lo más seguro era trabajar en su casa, y allí pasaba interminables horas tras la máquina de escribir. La familia subsistía con un pequeño sueldo que le otorgaba el partido y algún sobrante de las publicaciones que su esposa Myriam vendía por los barrios dónde había *shules icufistas*. La situación económica fue muy grave en ciertos años, pero Sinay sostenía que “la palabra y la acción debían ser parte de un todo coherente para un militante, y de esa forma había que vivir”. Aquella coherencia implicaba rechazar el mundo consumista y el progreso económico individual mientras existiera gente que pasara hambre, y así vivió, fiel a sus ideales, que defendió con vehemencia. Desde su incorporación a *Tribuna*, Sinay tomó la posta del periodismo militante iniciado en idish por el obrero gráfico Máximo Rozen en los años 20, el escritor Pinie Katz (1980) en los 30 y el actor Ioel Linkovsky (1980) en los 40. En el comedor de su pequeño departamento, Sinay recibía a sus camaradas del partido; Orestes Ghioldi y Victorio Codovilla un día, y al siguiente a los icufistas; sus amigos Sansón Drucaroff o Iosl Freidkes. Para entonces, el diagnóstico del PCA frente a la realidad y estructura socioeconómica argentina no había variado demasiado de los tiempos anteriores: se trataba de un capitalismo insuficiente, dependiente del imperialismo y los latifundios semif feudales, que requería de un proceso revolucionario por etapas. Para afrontar la primera, “democrático-burguesa, agraria y antiimperialista”, la clase obrera necesitaba aliarse con la burguesía nacional “progresista”. De esa manera, la senda reformista consolidada en 1935

(1963); *La verdad sobre el conflicto en el Cercano Oriente* (1967) y *La URSS y el Cercano Oriente* (1972), además de numerosos artículos y columnas en *Tribuna* y *Tiempo*.

16. La Revista *Tiempo* apareció en todas sus ediciones bajo la dirección y propiedad del dirigente y abogado Julio Schverdfinger, pero Sinay fue el verdadero director y editorialista.

17. La biografía de Rubén Sinay fue elaborada por la autora en base a una serie de entrevistas realizadas a sus hijas, varios activistas del ICUF y otras personalidades que lo conocieron, entre los años 2006 y 2010.

se mantenía casi inalterable. Ya fuera bajo la forma de la alianza que dio origen a la Unión Democrática para enfrentar a Perón en 1946 o llamando a conformar un Frente Democrático Nacional en 1955, el partido seguía manifestando la necesidad de una alianza democrática y pacífica para llegar al socialismo y enfrentar a la “reacción” (Camare-ro, 2014: 31-50; Staltari, 2014: 11-30). De acuerdo con este esquema marxista sustentado en el materialismo histórico, Sinay afirmaba que las instituciones estaban destinadas a evolucionar, cumplir su ciclo y luego desaparecer en su transición a una sociedad igualitaria, incluso las icufistas. Sostenía que en la URSS la colectividad judía ya no necesitaba ni quería entidades particulares porque sus miembros tenían las mismas posibilidades y derechos que todos los demás ciudadanos; las bondades del modelo soviético no tenían límites en los escritos de Sinay. En 1969, cuando judíos de la URSS presionaban internacionalmente por migrar al Estado de Israel y denunciaban antisemitismo por parte del gobierno de Leonid Brézhnev, el partido organizó un viaje para los dirigentes del ICUF. En esa coyuntura –como cuando habían llegado las noticias sobre los crímenes de Stalin a los escritores judíos en agosto de 1952– el objetivo era que los icufistas vieran con sus propios ojos la “falsedad” de aquellas acusaciones. Una vez en Moscú, había quienes percibían algunas fallas en el “perfecto sistema socialista”; los taxistas les habían cobrado en exceso y los moscovitas los atosigaban en la calle queriendo vender artesanías o pidiendo dólares. No obstante, en la reunión diaria de evaluación que el grupo de viajeros realizaba en el hotel, pocos se animaban a comentar los problemas que veían. Un activista que participaba, recordaba que Sinay encontraba explicaciones para justificarlo todo, hasta las cuestiones más triviales. Negaba cualquier tipo de crítica, por insignificante que fuera y, sin embargo, al final de la travesía, estalló de furia al ver que la realidad no se adaptaba a su idealismo:

Después de la tercera vez que se habían acercado unos rusos a pedir cambiar rublos por dólares, cuando estábamos yendo al mausoleo de Lenin, íbamos cruzando y a unos cincuenta metros vemos un muchacho que se va acercando. Yo le anticipé a Sinay: “ese muchacho va a querer que le cambiemos dólares”. Efectivamente, cuando empezó a decir “*change, change*”, Sinay escuchó y ¡se puso loco!, ¡le salían rayos láser de los ojos que atravesaban los lentes gruesos que usaba! empezó a gritar: ¡*politzia! politzia!* ¡Terrible! ¡Le agarró un ataque! [...] Porque eso que pasaba no formaba parte de su idealismo [...] la gente como Sinay no podía aceptar que podían pasar esas

pequeñas cosas, ¡menos aún iban a aceptar que pasaban cosas más graves!¹⁸

Su idealismo prosoviético también era lento para analizar el conflicto palestino-israelí. Sinay discutía principalmente con la izquierda de *Hashomer Hatzair* (herederos del *Linke Poale Sion*) quienes se expresaban a través del diario *Nueva Sion*. Los acusaba de “pararse en la vereda antisoviética” y en vez de bregar por la paz, colaborar con los “sectores reaccionarios” sionistas, quienes buscaban desprestigiar a la URSS y no comprender que la política exterior soviética no hacía más que equilibrar las fuerzas internacionales y quebrar el monopolio de armas estadounidenses en Oriente Medio. En las acaloradas discusiones políticas era enérgico y se ofuscaba con quien criticara a la URSS. En 1967, un grupo de activistas conocido como el “grupo de los trece”, había abandonado el ICUF por desacuerdos con la línea sectaria y antisionista durante la Guerra de los Seis Días. Uno de ellos, Gregorio Lerner, dirigente de los *shules* y miembro activo de la Comisión Israelita del PC, recordaba las discusiones ideológicas sobre las líneas internacionales que emanaban del partido. En una oportunidad, y siendo dirigente comunista, Lerner se manifestó en contra de la invasión soviética a Hungría de 1956, a lo que Sinay respondió con una frase muy recurrente en la ortodoxia partidaria: “los compañeros que critican las acciones de la URSS no son verdaderos progresistas y colaboran con el enemigo fascista”.¹⁹ Así como Lerner, otros recuerdan sus duros calificativos para quienes osaran dudar del paraíso socialista: “reaccionario agente del imperialismo” o “traidor bundista”. Aquellas manifestaciones exponían la poca libertad para discrepar en las filas del partido, pero en el ambiente de las instituciones icufistas se generaba una tensión particular: la dificultosa alianza con la burguesía progresista judía, “clase *útil*” para la campaña financiera del PC, pero a veces muy difícil de “esclarecer” ideológicamente. Finalmente, la lógica bipolar de un mundo dividido entre amigos y enemigos, yanquis o marxistas, explotadores y explotados, burgueses y proletarios, emergía una y otra vez en las visiones más radicalizadas como las de Sinay. En su vida privada era un hombre de pocas palabras, padre y marido amoroso que escribía poesías y creía con fervorosa pasión en sus ideales. Su obra dejó huellas en casi todos los temas del mundo icufista, entre ellos, la educación judeo-progresista.

18. Entrevista de la autora a Israel Zacutinsky, Lanús, marzo de 2008.

19. Entrevista relevada en el Archivo de la Memoria del Centro Marc Turkow (AMIA): Gregorio Lerner, entrevistado por Efraim Zadoff en Buenos Aires, 1986.

¿Cómo deben educar nuestras escuelas?

Surgidos en los años del frentepopulismo, en los *shules* convergieron elementos pedagógicos de la cultura idishista, la escuela activa, la pedagogía colectivista y el normalismo argentino generando prácticas híbridas. Las obras de Domingo F. Sarmiento y Mariano Moreno convivieron con las de Antón Makarenko, Janusz Korczak, Federico Froebel y John Dewey, entre otros. Tal como en el entorno del PC (Carli, 2005), en los *shules* coexistían distintas visiones educacionales. En 1952, luego de la expulsión de AMIA, el Consejo Central del ICUF decidió inaugurar el *Mitl-shul*, una suerte de escuela secundaria para formar sus propios maestros judeo-progresistas. Los cursos, dictados por figuras destacadas del ambiente partidario incluyendo a Héctor Agosti, funcionaron hasta 1969 (Visacovsky, 2015: 236-241). A través de ellos, autores como José Ingenieros o Aníbal Ponce llegaban a las bibliotecas icufistas, pero también las experiencias y obras de Florencia Fossatti en Mendoza, el maestro uruguayo Jesualdo, Luis Iglesias en la provincia de Buenos Aires, Rosita Ziporovich y las hermanas Olga y Leticia Cossettini en Santa Fe, Berta Perelstein de Braslavsky en la Universidad de Buenos Aires y otros educadores comunistas y socialistas. En el plano político, seguía incólume el mandato del PCA de “acriollar” a sus seguidores y recuperar presencia en el mundo de los trabajadores. En ese sentido, también era necesario fomentar una educación progresista de carácter universal, y el idish resultaba un impedimento, un “sectarismo” que obstaculizaba su llegada a todos los niños argentinos. Así, en pleno auge de la escolaridad *idishista*, con quince *shules* funcionando, y un tiempo antes de los efectos dramáticos del XX Congreso del PCUS en 1956, las posiciones que desplegaba Sinay con respecto a los *shules* postulaban que sus objetivos debían ser iguales a los de cualquier escuela progresista, “independientemente de si era o no judía, independientemente si enseñaba en idish o en cualquier otro idioma”.²⁰ La escuela progresista debía “formar niños científicamente desprejuiciados y capacitados para interpretar dialécticamente la realidad social de la que formaban parte”.²¹ Sin embargo, insistía, una educación científica y laica –o “liberal”, como la había concebido Aníbal Ponce en *Educación y lucha de clases* (1937)– no era suficiente para ser “progresista”: el movimiento debía “formar gente que actuara e influyera con su accionar en el aceleramiento del progreso”.²² Es decir, en la misma dirección ponceana, la educación debía

20. Rubén Sinay, “Objetivos de las Escuelas del ICUF”, *Aporte*, mayo-junio de 1956, año IV, n° 11, pp. 40-46.

21. Ídem, p. 42.

22. Ídem, p. 43.

ejercer una influencia orientadora como la que Lenin había planteado para las masas obreras. Rubén Sinay era contundente: “la historia la hacen los hombres y la escuela progresista debe preparar hombres que hagan historia y que la hagan bien”.²³ Explicaba que “una vida mejor y más justa” dependía del contexto, del país y de la sociedad en la cual el niño vivía. En todos los países había escuelas progresistas, pero no todas funcionaban de la misma forma, sino que “cada una debía adaptarse a su realidad nacional” y el icufismo debía procurar que el niño se formara con “conciencia argentina”. Ese énfasis era, en esa época además, un factor clave para diferenciarse de la creciente educación sionista, que contaba con apoyo político y económico internacional. Mientras el progresismo educaba “niños argentinos de origen judío”, el sionismo formaba “niños judíos argentinos” con el objetivo de que en el futuro, éstos realizaran su *aliá*, es decir, migraran a poblar el Estado de Israel. En alusión a la educación de la izquierda sionista, Sinay afirmaba:

Reaccionaria es, en cambio, aquella escuela (por más formulaciones aparentemente progresistas que acuñe en la mentalidad infantil) que oriente al niño a aplicar los conocimientos adquiridos en una realidad social o geográfica distinta a la que conoce. El resultado de una enseñanza tal, es la desorientación del niño, el desarraigo de la realidad que vive y la nulidad e inoperancia de los postulados progresistas abstractos que pudiera habersele suministrado.²⁴

Los conceptos de “progresismo” y “cientificismo” debían situarse por encima de la especificidad judía. Se trataba de una propuesta “particular” (el judaísmo) que debía orientarse hacia “lo universal” (la sociedad toda). Finalmente, esas posiciones político-filosóficas marcaron el rumbo de las instituciones icufistas y su posterior apertura a la comunidad barrial; a nivel partidario, para “ganar a las masas obreras” y a nivel pedagógico para “educar a todos los niños en el progresismo”. La paulatina desaparición de los *shules* en los 60 y 70 tuvo una estrecha relación con estas ideas, aunque no se debió sólo a ellas. Expresiones como las de Sinay, que relativizaban el *idishismo* en 1956, cuando escuelas y publicaciones en ese idioma estaban en pleno apogeo y siendo él mismo un talentoso conocedor y traductor del *idish*, son indicios para comprender que el ocaso de los *shules* del ICUF debe ser enmarcado en un proceso gestado a lo largo de varios años. Mientras el PC de los inmigrantes necesitaba

23. Ibidem.

24. Ibidem.

de las secciones idiomáticas para transmitir su ideología, la segunda generación necesitaría del castellano:

Si escuela progresista es lo que acabamos de definir y nosotros constituimos un movimiento progresista, ¿para qué, entonces, escuelas idiomáticas específicamente en ídish?, si igualmente o mucho mejor podríamos alcanzar esos objetivos a través de escuelas en castellano, tanto más cuanto este es el idioma corriente del niño. Este interrogante, que flota expreso o tácito en el ambiente de nuestros maestros jóvenes, interesa debatirlo aquí, no por simple deporte académico, sino porque se relaciona directamente o íntimamente con la situación y futuro de nuestras escuelas.²⁵

Efectivamente, la pregunta que encabeza la cita comenzó a ocupar las discusiones de las comisiones pedagógicas de los *shules* a finales de los años 50. Sin embargo, y aunque parezca paradójico, a pesar de avizorar un futuro sin escuelas idiomáticas, Sinay defendía la continuidad del *shule* por varios motivos; primero, porque había padres judíos que deseaban que sus hijos aprendieran el ídish y asimilasen la cultura judeo-progresista y, segundo, porque la situación política del país impedía que el ICUF organizara escuelas progresistas en castellano. Para muchos militantes judíos, el ídish todavía funcionaba como coraza protectora ante un escenario políticamente adverso. Salvo que aparecieran figuras policíacas empeñadas en hacer traducciones, como había planteado Matías Sánchez Sorondo, el ídish era para los veteranos comunistas una forma de protegerse. Además, había una tercera y fundamental razón para mantener los *shules*: “ganarle niños a la reacción judía y convertirlos en elementos útiles a la colectividad y al pueblo argentino”.²⁶ En definitiva, Sinay entendía que si en 1956 los judíos hablantes de ídish necesitaban de esas escuelas para expandir su cultura progresista, “bienvenido” entonces el *shule*. Sin embargo advertía que, en cuanto “la fusión de nacionalidades”, que aún estaba constituyendo al ser argentino, diese sus terceras y cuartas generaciones nativas, el ídish desaparecería; pero en cambio, la formación progresista perduraría en la sociedad. Entonces, la profecía de Sinay en plena actividad, mientras la editorial del ICUF traducía y publicaba en ídish numerosas obras y se proyectaba la expansión de los edificios, desconcertaba a varios de sus contemporáneos. Empero, él tenía clara aquella transformación: “los niños egresarán de las escuelas icufistas enriqueciendo la cultura argentina y seguramente vivirán el inevitable

25. Ídem, p. 44.

26. Ídem, p. 45.

proceso objetivo de la historia, que traerá consigo la asimilación idiomática de la colectividad”.²⁷ El proceso se inscribía en la dialéctica de la historia: primero había que pasar por una etapa “aparentemente contradictoria”, la de impulsar el *idish* y las escuelas *idishistas*, para luego negarlas y, finalmente, ver en la sociedad argentina los logros de la educación judeo-progresista.

Las voces de las *lererkes*

En 1958, cuando el ICUF lanzaba su “Sexta Campaña Pro-cultura y Educación”, solicitaba a los maestros trabajar con padres y alumnos para explicar el sentido político y la importancia de sostener escuelas judías con contenido progresista. Los problemas financieros eran recurrentes, pero con la creación de las cooperativas de crédito y los aportes de un público comprometido, los *shules* habían crecido en calidad de enseñanza y cantidad de alumnos. Según sus dirigentes, eso se debía a que funcionaban como un “oasis” frente al “oscurantismo” de la escuela pública estatal (a la que conceptualmente defendían, aunque evaluaban “tomada por las fuerzas de la reacción”). Sin embargo, después de la “lucha por la laica o libre”, dónde el público juvenil icufista participó activamente, la situación de los *shules* comenzó a decaer y ya en 1962, en una mesa redonda organizada en Villa Lynch, activistas y docentes discutieron acerca de esta crisis. Una de las *lererkes* argumentaba que los niños concurrían con entusiasmo, aunque existía un porcentaje que lo hacía a desgano, obligados por sus padres. En este sentido, planteaba que “la primera dificultad con la cual se encontraban los niños era el *idish* que, a pesar de hablarse en algunas casas, ya no constituía su lengua materna”.²⁸ Los chicos iban contentos por el trato afectuoso que se les brindaba, la forma en la cual se les enseñaba a razonar y el sentido crítico e independiente que se incentivaba en ellos, pero la cuestión idiomática aparecía como una dificultad. Entonces, la motivación que las familias tenían para enviarlos al *shule* parecía relacionarse más con los contenidos, el ambiente y el contraste con la escuela estatal, que con un interés genuino por el *idish*. Esta situación encarnaba en un problema práctico y, ante la disyuntiva, algunas maestras optaban por priorizar la claridad del mensaje ideológico y daban sus clases en castellano. Para entonces, varias *lererkes* eran también nativas, puesto que se trataba de la joven generación egresada del *Mitl-shul*, que iría reemplazando a la camada inmigrante de la primera hora. Si bien el compromiso y afecto hacia toda aquella cultura persistía en la segunda

27. Ídem, p. 46.

28. “La voz de nuestros maestros”, *Anuario*, I.L.Peretz de Villa Lynch, 1962, p. 22.

generación institucional, la mayoría asumía que la pérdida del idioma a largo plazo sería inevitable, aunque no acordaba con acelerar el proceso. El balance de las *lererkes* de 1962 concluía:

Las maestras se sienten cómodas y manifiestan que su visión progresista se debe al haber sido educadas en estas escuelas icufistas; agregan que aunque el idioma y la cultura judía no les resultan tan cercanos como a sus padres, no podrían de ningún modo rechazarlos. No se puede prever lo que sucederá dentro de varios años y cómo los procesos naturales y objetivos del tiempo van a influir sobre el posible debilitamiento de los elementos culturales judíos. Por ahora, sería un disparate facilitar subjetivamente y en forma apresurada este proceso.²⁹

Otros testimonios similares y el hecho de que el jardín de infantes en castellano aumentara su matrícula mientras descendía la del *shule*, dejaba entrever que la integración idiomática constituía una realidad insoslayable. Más aún, el hecho de que la demanda partidaria por acelerar el pasaje al castellano³⁰ haya tenido un peso relativo se comprueba al corroborar que aquella problemática no fue exclusiva del icufismo; sino que más lento o más veloz, todas las escuelas que enseñaban ídish, más allá de su ideología, atravesaron por el mismo proceso. Por supuesto, éste estaba extremadamente ligado al genocidio de la mayor comunidad hablante de ídish durante la Segunda Guerra Mundial y a la posterior adopción del hebreo como idioma oficial del Estado de Israel en 1948. La dirigencia israelí había colocado al *ídishismo* europeo en el lugar del “pasado” de una nueva ciudadanía hebrea moderna y militarizada, pero basada en tradiciones ancestrales y preceptos religiosos. Entonces, mientras los judíos progresistas reconocieron el valor de la creación del Estado israelí, pero rechazaron adoptarlo como “hogar nacional” y aprender su lengua, los sionistas, de izquierda a derecha, le dieron un lugar central en el desarrollo de la vida comunitaria. Las escuelas sionistas que se hicieron integrales (es decir, de doble jornada), introdujeron programas hebreos de estudio con contenidos ligados al proyecto sionista de “hacer *aliá*” (migrar o “retornar” a Israel). En menos de dos décadas, la transformación fue contundente; las horas destinadas al ídish quedaron en el olvido. Por otra parte, la juventud se rebelaba frente a la lengua de sus padres y abuelos; el ídish representaba “lo viejo” (Krupnik, 2006: 35). Asimismo, para los jóvenes icufistas el ídish

29. Ídem, p. 23.

30. Ver notas varias en la revista *Aporte* (1953-1956). Editada integralmente en castellano por la Federación de Instituciones Juveniles Israelitas de la Argentina (FIJIA), entidad vinculada a la Federación Juvenil Comunista.

se vinculaba con “lo viejo”, pero lo nuevo no era el hebreo porque el legado era “universal” y debía transmitirse en el “idioma nacional”, es decir, el castellano. Inspirada en la revolución cubana, la juventud de izquierda se identificaba con su condición latinoamericana y participaba en universidades, partidos políticos y organizaciones civiles dónde lo judío dejaba de ser una marca diferencial. Por el contrario, para varios inmigrantes, sionistas o progresistas, la defensa a ultranza del idish no sólo se relacionaba con la conservación de su propia historia, sino con la preservación de un mundo cultural exterminado por el nazismo. En definitiva, el proceso que implicaba aquella dolorosa pérdida, más allá de las tendencias generacionales e ideológicas, se vivía con contradicciones. Para ejemplificar una de ellas, cabe notar que mientras en 1955, derrocado Perón, los activistas del ICUF se dirigían al gobierno de la Revolución Libertadora y a la DAIA, clamando enfáticamente por recuperar la legalidad del uso del idish que (ligado nuevamente al comunismo) había sido prohibido en 1953, hacia el interior del movimiento, la Comisión Israelita del PC insistía en apresurar el pasaje al castellano.³¹ En definitiva, una convergencia de factores sociales, políticos y económicos de la coyuntura argentina en particular y del escenario geopolítico internacional fue generando el cierre paulatino de los *shules*. Varias instituciones icufistas se fusionaron y sus actividades, tanto como su público, fueron mutando. La actividad educativo-recreativa adquirió centralidad y la “Comisión Central de *kinder clubes*” heredó del *Shul Rat* (Consejo de Escuelas) la misión de resguardar la transmisión ideológica. Importantes personalidades del campo educativo a nivel nacional reconocieron en las experiencias icufistas “semilleros” de notables proyectos pedagógicos (Puiggrós, 2003; Paín, 2001).

El ocaso de la escuela *idishista*: ¿la profecía de Rubén Sinay?

En conclusión, se ha visto que varias circunstancias llevaron al cierre definitivo de los *shules* y, si bien la voz partidaria tuvo su lugar, no hizo más que amalgamar con ellas. Además, cabe mencionar la importancia que tuvieron en esto las dificultades financieras de los años 60, que aumentaban a medida que el país sufría las consecuencias de la inestabilidad política y económica. El sostén de los *shules* también estuvo afectado por la restricción al funcionamiento de las cooperativas de crédito nacidas dentro de la red icufista, durante el gobierno de Onganía (Plotinsky, 2009). Entonces, más allá del discurso partidario, la historia muestra motivos concretos en el declinar de los *shules*: pro-

31. Ibidem.

blemas financieros, desinterés de la juventud nativa por el aprendizaje del idish, y un idioma que ya no tenía territorio donde ser hablado. En cuanto a la citada dispersión del público juvenil icufista, además del ámbito universitario, la Federación Juvenil Comunista ocupó un lugar destacado (Gilbert, 2009: 183-187): ¿qué sentido tenía entonces, seguir traduciendo del idish y leyendo a Sholem Aleijem mientras Mao Tse Tung estaba cambiando la historia?; ¿para qué enseñar idish a los niños, si ya no existía lugar dónde hablarlo?, y más aún ¿para qué enseñar en idish, cuando lo importante eran los “contenidos progresistas” y no la lengua de transmisión? Las preguntas aparecieron una y otra vez en los debates sesentistas. Los partidarios de acelerar el proceso proclamaban el pasaje al castellano para “llegar a las masas trabajadoras” e integrar a los jóvenes, y quienes resistían, en cambio, trabajaban para que el idish resultara ameno e interesante a los niños. El impacto final llegó a mediados de la década. En el marco de nuevas necesidades sociales, emergió con éxito la “escuela estatal de jornada completa” (Pastorino, 2000). Las primeras experiencias habían resultado muy exitosas y pronto creció esa modalidad, poniendo a las familias progresistas ante el dilema de tener que optar entre enviar a sus hijos a escuelas de jornada completa o mantener la rutina de dos escuelas; la estatal por la mañana y el *shule* por la tarde. En el IX Congreso del ICUF de 1968, cuando quedaban sólo tres *shules* funcionando, se discutió aquella problemática. La opción para darles continuidad era modernizarlos, adoptar el curriculum oficial y transformarlos en integrales (tal como lo estaban haciendo las escuelas sionistas). Sin embargo, aquella decisión generaba agudas polémicas. Quienes estaban a favor, los menos, argumentaban que era la única posibilidad de salvarlos, pero quienes estaban en contra, sostenían que una escuela *idishista* de doble jornada promovía la exclusión del niño judío de la escuela estatal y la sociedad argentina. Además, constituía una alternativa privada de altos costos, accesible sólo a quienes podían pagarla, lo cual iba en contra del espíritu de la Ley 1.420. Frente a este dilema, votaron padres, maestros y activistas en todas las entidades adheridas al ICUF. Las posiciones que prevalecieron fueron a favor de no competir con la escuela estatal y fortalecer la educación extraescolar en castellano de la red icufista.³²

La decisión por la plena integración del niño “argentino de origen judío” a la escuela pública daba por terminado el tiempo del *shule* pero, a su vez, concluía la más fructífera etapa de desarrollo institucional. En 1969 egresaron los últimos alumnos del *Mitl-shul* y en 1976 ya no había inscriptos para sostener el *shule* (primaria). El jardín de infantes en castellano, sin embargo, siguió creciendo hasta la década del 80 por

32. Informe Final de la Comisión de Educación del IX Congreso del ICUF, 1968.

su nivel pedagógico de excelencia y por no competir, sino complementar, la oferta estatal. La gran concurrencia a las actividades de *kinder clubes* y *Zumerland* impulsó a la dirigencia icufista a sostener que la educación judeo-progresista podía transmitirse a través de esos espacios, y en castellano. Finalmente llegaba la hora en la cual se cumplía la profecía de Rubén Sinay: si el objetivo era formar “argentinos” comprometidos con las causas de su tiempo, ¿para qué enseñar en ídish?

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2001), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires: Temas.
- Avni, Haim (1983), *Argentina y la historia de la inmigración judía, 1810-1950*, Jerusalén-Buenos Aires: Universitaria Magnes-Universidad Hebrea de Jerusalén.
- Bilsky, Edgardo (1989), “Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año IV, n° 11, pp. 27-47.
- Camarero, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2014), “Tras las huellas de una ilusión: el Partido Comunista argentino y sus planteos del Frente Democrático Nacional (1955-1963)”, *Archivos*, año III, n° 5, pp. 31-50.
- Campione, Daniel (2007), “El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria”, en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (2007), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México: UNAM.
- Carli, Sandra (2005), *Niñez, pedagogía y política*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Devoto, Fernando (2004), *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (2015), “Prólogo”, en Nerina Visacovsky, *Argentinos, judíos y camaradas tras la utopía socialista*, Buenos Aires: Biblos.
- Diamant, Ana y Jorge Feld (comps.) (2000), *Zumerland, Colonia. Proyecto y memorias*, Buenos Aires: Zumerland.
- Díaz, Javier, “El anarquismo en el movimiento obrero judío de Buenos Aires (1905-1909)”, *Archivos*, año IV, n° 8, pp. 119-140.
- Feierstein, Ricardo (2007), *Vida cotidiana de los judíos argentinos. Del gueto al country*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Gerchunoff, Alberto (2009), *Los gauchos judíos [1910]*, Buenos Aires: Agebe.
- Gilbert, Isidoro (2009), *La Fede*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperin Donghi, Tulio (2003), *La Argentina y la tormenta del mundo*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jmelniczky, Adrián y Ezequiel Erdei (2005), *La población judía de Buenos Aires*, Buenos Aires: Joint-Amia.

- Katz, Pinie (1980), *Páginas selectas*, Buenos Aires: ICUF [trad. del idish, Mina Fridman Ruetter].
- Kinoshita, Dina Lida (2000), “O icuf como uma rede de intelectuais”, *Universum*, Talca, n° 15, pp. 377-398.
- Krupnik, Adrián (2006), “¿Qué les pasa con el idish a estos idishes que escuchan a los Beatles y hablan de revolución?”, en Perla Sneh (comp.), *Buenos Aires idish*, Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Laubstein, Israel (1997), *Bund. Historia del movimiento obrero judío*, Buenos Aires: Acervo Cultural.
- Linkovsky, Joel (1980), *Escritos*, Buenos Aires: Verbo [trad. del idish, Rubén Sinay].
- Paín, Abraham (2001), “Del adjetivo al sustantivo. Influencia de Zumerland y el kinder club sobre colonos y maestros”, París: mimeo.
- Pasolini, Ricardo (2013), *Los marxistas liberales*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Pastorino, Héctor Oscar (2000), *La escuela de jornada completa*, Buenos Aires: Caminos.
- Plotinsky, Daniel (2009), “BCRA y cooperativismo de crédito. Una relación conflictiva (1958-1969)”, ponencia en las XXI Jornadas de Historia Económica, Buenos Aires.
- Puiggrós, Adriana (2003), *¿Qué pasó en la educación argentina?*, Buenos Aires: Galerna.
- Staltari, Silvana (2014), “El Partido Comunista frente al peronismo: estrategia y tácticas políticas, 1945-1955”, *Archivos*, año III, n° 5, pp. 11-30.
- Visacovsky, Nerina (2015), *Argentinos, judíos y camaradas tras la utopía socialista*, Buenos Aires: Biblos.
- (2012), “Matías Sánchez Sorondo y las escuelas obreras judías: dos mundos en conflicto”, *Anuario IEHS*, Tandil, vol. 25.
- Zadoff, Efraim (1994), *Historia de la educación judía en Buenos Aires, 1935-1956*, Jerusalén: Amilat.

* * *

Título: “Rise and decline of the ICUF’s Yiddish school in Argentina (1941-1968)”.

Resumen: En base a una investigación más vasta sobre la identidad de la izquierda judía en Argentina, este trabajo analiza el proceso de auge y ocaso de las escuelas idiomáticas y complementarias en idish adheridas al *Idisher Cultur Farband* (ICUF) entre 1941 y 1968. Desde los años 20 y 30, sus principales activistas estuvieron comprometidos con el Partido Comunista y bajo el clima aliancista del frentepopulismo los *shules* icufistas se multiplicaron. Sin embargo, cuando en la década del 60 la generación nativa apareció en escena, la continuidad del *shule* y la enseñanza del idish comenzaron a perder sentido para sus protagonistas. Este artículo explora diversos factores que explican aquel proceso. Si bien la línea partidaria para la colectividad judeo-argentina ocupó

un lugar en esa transformación, un análisis más complejo devela también la importancia de otras variables de cambio social y político en el país y el mundo.

Palabras clave: ICUF Argentina – Judíos comunistas – escuelas ídishes – Rubén Sinay

Abstract: Based on a more extensive research about the Jewish left identity in Argentina, this paper analyzes the process of rise and decline of the *Idisher Cultur Farband* (ICUF) between 1941 and 1968. During the twenties and thirties, its main activists were committed to the Communist Party and under the alliance atmosphere of the Popular Front, the Yiddish schools multiplied. However, when the native generation appeared on the scene in the 1960s, the continuity of the “*shules*” and the teaching of the Yiddish began to lose meaning for their protagonists. This article explores several factors that explain that process. Although the party line for the Judeo-Argentine community occupied a place in this transformation, a more complex analysis also reveals the importance of other variables of social and political change in the country and the world.

Key words: ICUF Argentina – Jewish communist – Yiddish schools – Rubén Sinay

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

Nº 8

Dossier: “Burocracia sindical: de la dictadura al kirchnerismo”:

• La burocracia sindical y la dictadura, por *Luciana Zorzoli* • El reposicionamiento de la burocracia en el ocaso del Proceso, por *Leandro Molinaro* • Estrategias democratizadoras de los 80, por *Mónica Gordillo* • El sindicalismo empresarial de los 90, por *Julieta Haidar* • La burocracia en el kirchnerismo, por *Paula Varela*.

Artículos: • El anarquismo en el movimiento obrero judío, por *Javier Díaz* • Obreros y estudiantes la Revolución Argentina, por *Juan Sebastián Califa*

Entrevista: • Marcel van der Linden, por *Lucas Poy*

Nº 9

Dossier: “Lucha armada en la Argentina en los 60 y 70: nuevos enfoques”: • Lucha armada latinoamericana, por *E. Rey Tristán y V. Oikión Solano* • Balance de los estudios sobre las OPM, por *Gabriel Rot* • Los orígenes frentistas del OCPO, por *Federico Cormick* • En torno a la peronización de las FAR, por *Carlos I. Custer* • La huelga en Mercedes Benz de 1975, por *M. Casco Peebles y M.A. Leunda*

Artículos: • El subdesarrollo en los marxistas clásicos, por *Claudio Katz* • Resistencia obrera en el Uruguay de los años 50, por *Pablo Ferreira*

Perfiles: • Juan Carlos Marín (1930-2014), por *Agustín Santella y Ana Villar*

Nº 10

Dossier: “El sindicalismo revolucionario en Argentina en la primera mitad del siglo XX”: • Los sindicalistas en la Semana Roja de 1909, por *Alejandro Belkin* • La militancia entre los obreros marítimos, por *Laura Caruso* • Conflictos en la industria de la madera, por *Walter Koppmann* • Los gremios ferroviarios en la primera posguerra, por *Cristian Aquino* • La “prescindencia” sindicalista al frente de la CGT, por *Leandro García*

Artículos: • El PS y la cuestión gremial en los 30, por *Diego Ceruso* • El movimiento estudiantil rosarino, por *Mariano Millán*

Perfiles: • C.L.R. James (1901-1989), por *Paula Varela y Gastón Gutiérrez*

Estrategia e inserción del Partido Comunista Revolucionario en el SMATA (1979-1985)

Matias J. Rubio

Universidad Nacional de Luján
rubiomatias08@hotmail.com.ar

En este trabajo abordaremos el papel desempeñado por el Partido Comunista Revolucionario (PCR)¹ en el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) durante el proceso de normalización sindical (1979-1985).² Nuestro principal objetivo es analizar cómo, en esta experiencia concreta, un partido de izquierda logró insertarse en un colectivo de trabajadores y dirigir uno de sus sectores. Con ello apuntamos a relevar, comprender y dimensionar las prácticas e ideas en juego en tal accionar. Esto nos permitirá reflexionar sobre un tema clave en la historia de los movimientos sociales: cómo se articula la acción de una clase social con las organizaciones políticas. En nuestra hipótesis

1. Este partido se conformó en 1968 como consecuencia de una ruptura del Partido Comunista (PC). Durante los primeros años de la década de 1970, luego de una inicial simpatía por la experiencia cubana, el PCR fue adoptando el maoísmo como identidad política hasta asumirlo orgánicamente en su III congreso partidario (1974). A diferencia de otros partidos que surgieron en la época, rechazó la lucha armada como método de acción política. Su concepción de la revolución en Argentina se vertebró a partir de considerar la necesidad de un paso previo a la revolución socialista: la revolución “democrática, agraria y antiimperialista en camino ininterrumpido al socialismo”. Con ella se impuso la condición de una alianza del proletariado urbano y rural con sectores de la “burguesía patriótica” (Partido Comunista Revolucionario, 2007).

2. Tanto la fábrica de Ford ubicada en Gral. Pacheco como el PCR han sido abordados por la historiografía desde distintas perspectivas. En cuanto al establecimiento, contamos con una serie de trabajos que nos proporcionan un panorama general del desenvolvimiento de la política patronal y de la acción de sus trabajadores entre los años previos a la dictadura y el alfonsinismo (Lascano Warner, 2012; Basualdo, 2006; Molinaro, 2013; Bitrán y Schneider, 1992; Abdala, 2015; Hernández, 1985; García Allegrone, Partenio y Fernández Álvarez, 2003; Giniger, Guevara, Hernández y Rive-ro, 2010). Respecto al partido existen investigaciones que indagaron en la acción y estrategia desenvuelta por la organización de cara al movimiento obrero en el período previo a la dictadura (Laufer, 2015a y 2015b; Lissandro, 2014).

de trabajo sostenemos que, por sus prácticas e ideas, el PCR tuvo la capacidad de aglutinar a un conjunto de activistas, a quienes dotó de una impronta antiburocrática, que desempeñaría un rol fundamental en las luchas del período.

En este artículo analizaremos las estrategias que el PCR desarrolló en pos de conquistar la dirección sindical y política de los trabajadores mecánicos. En consecuencia, prestamos particular atención a la importancia que adquirió, en determinados momentos, este partido como agrupamiento de vanguardia en el desarrollo de las luchas de los trabajadores.³

Comenzaremos planteando el marco general del proceso de normalización sindical y la estrategia del partido, que será el centro de nuestro análisis. Luego abordaremos la dinámica de las disputas al interior del gremio mecánico a partir de dos momentos: los conflictos de base que se dieron entre 1982-1983 y las elecciones gremiales de octubre de 1984. Por último, nos valdremos de la experiencia de Ford Motors Pacheco como la manifestación más cabal de la inserción del PCR en el gremio durante este período. Utilizaremos, para ello, fuentes escritas (publicaciones periódicas, revistas partidarias, boletines y volantes) y orales (entrevistas a participantes del proceso).⁴

Normalización y dirigencia sindical en SMATA

Durante el gobierno de facto tuvo lugar una crisis en la industria automotriz que provocó el cierre y retiro del país de algunas empresas, como Chevrolet, Chrysler y Citroën, y llevó a la quiebra a muchas autopartistas. Esto generó, junto con la baja de la producción,⁵ la reducción a un tercio de los trabajadores empleados en la rama con respecto a 1975. La dirigencia del SMATA, José Rodríguez y su Lista Verde, reaccionaron

3. Entendemos vanguardia en el sentido que lo hizo Lenin (2004) en *¿Qué Hacer?* (1902). Es decir, como un agrupamiento novedoso que escapa de la tendencia dominante y que podría sentar las bases de un desarrollo futuro distinto. En este sentido, la *vanguardia obrera* es el segmento de la clase que se distingue de la masa en que, ni aun en un período de calma, abandona el frente de la lucha de clases. De esta manera, opone al espontaneísmo de las masas –que es necesariamente discontinuo– la continuidad de un grupo que procesa las experiencias y enriquece su línea de acción (Mandel, 1972).

4. Mantendremos en el anonimato a los entrevistados y nos referiremos a ellos por su nombre de pila y el rol que ocuparon en aquel contexto.

5. Según los anuarios de la Asociación de Fábricas de Automotores (1986), luego de ser 1985 uno de los años más recesivos para el sector, en 1986 se recuperó la producción (con 165.575 automóviles). Sin embargo, esta mejoría estaba lejos de alcanzar los números previos al golpe de estado: en 1973 se habían producido 285.300 unidades.

con paros nacionales ante la presión de las bases. Esto llevó a la militarización de algunas fábricas y a la clausura de cualquier representación gremial hasta 1979 cuando comenzó el reordenamiento (Pozzi, 2008).

Al interior del gremio mecánico, durante la dictadura, había una serie de agrupamientos que pujaron por una reorganización que los tuviera como protagonistas. Ellos eran el Movimiento Nacional de Unidad Automotriz - Lista Verde, que controlaba las seccionales de Capital Federal y Gran Buenos Aires; la agrupación Lealtad a Kloosterman, conducida por Rubén Cardozo (que dirigía la seccional de Santa Fe), Elpidio Torres, fuerte en Córdoba, y Delfino Pérez, que lideraba algunas plantas de Buenos Aires; y, finalmente, la Lista 22 de Mayo, que controlaba la seccional San Juan. Fueron ellos quienes conformaron una comisión normalizadora que puso fin a la intervención militar en 1983 (Molinero, 2015).

En aquel momento, la CGT se encontraba dividida en dos grandes alas. Por un lado, estaba la CGT-Azopardo, conformada por el grupo Gestión y Trabajo y la Comisión de los 20, donde participaron los dirigentes mecánicos opositores a Rodríguez. Por el otro, la CGT-Brasil, compuesta por las 62 Organizaciones, lideradas por el metalúrgico y representante del sector ortodoxo del sindicalismo peronista, Lorenzo Miguel, y la Comisión Nacional de los 25, a la cual pertenecía la Lista Verde, que recuperó la conducción del SMATA en 1984. Mientras la primera se mostró más afín a negociar con el Estado, primero con los militares y luego con el alfonsinismo, la segunda llevó a la práctica posiciones más confrontativas, aunque siempre con matices (Belardinelli, 1994).⁶

Según Pablo Pozzi (2008), en 1981, mientras José Rodríguez tenía el respaldo de 19 seccionales, el sector de Cardozo-Torres contaba con 33 seccionales que lo apoyaban. La Lista Verde, en este período, realizó una campaña denunciando que sus opositores contaron con el apoyo del Ministerio de Trabajo y sectores del ejército.⁷

En junio de 1983, el gobierno devolvió la conducción del SMATA a sus antiguas autoridades. La Comisión Normalizadora constó de 28 cargos que se repartieron de la siguiente manera: la Lista Verde contó con 15,

6. La Lista Verde del gremio mecánico, por ejemplo, tuvo posiciones más “combativas” contra el gobierno militar que frente al alfonsinismo. Este último le garantizó la legalidad y el aparato para las elecciones generales del gremio en 1984. Entrevista a Juan, directivo del SMATA (2016).

7. Más allá de que ambos agrupamientos surgen de un tronco común, la principal diferencia se da en la predisposición a negociar con el gobierno militar de Roberto Viola (1981-1982). Mientras el sector conducido por Cardozo ve con simpatía el llamado del presidente a negociar y se apoya en éste para normalizar el sindicato a su favor, la Verde denuncia complicidad y toma una actitud más confrontativa respecto al gobierno. Entrevista a Juan, directivo del SMATA (2016).

Lealtad a Kloosterman con 7 y la 22 de Mayo con 6. Estos serán los encargados de volver a poner en funcionamiento el aparato administrativo del gremio y quienes convocaron a las elecciones de octubre de 1984 (Molinari, 2015). Todo esto transcurrió en el contexto de la derrota de la ley Mucci⁸ y una creciente conflictividad en los lugares de trabajo a partir de la Guerra de Malvinas.

En cuanto a la izquierda,⁹ es necesario distinguir dos momentos de su intervención: un primer período en 1982-1983 cuando surgieron delegados, o tomaron visibilidad activistas combativos, y, luego, un segundo momento en el que se conformaron o institucionalizaron las organizaciones de base y la izquierda logró inserción.

La política del Partido Comunista Revolucionario

El partido maoísta en cuestión tuvo una experiencia clave en su intervención en el movimiento obrero organizado: la del SMATA-Córdoba. A partir del Cordobazo, el desarrollo del clasismo y la Lista Marrón¹⁰ determinó una agitación sistemática sobre el proletariado mecánico. Su tercer congreso (1974) fijó como un foco de labor partidario los grandes centros de concentración industrial.

El partido venía de oponerse al golpe de estado de 1976, llamando a los peronistas a defender a Isabel Perón bajo el lema “Otro 55 no pasará”. El clima represivo y la ilegalización de la organización lo llevaron a sostener alianzas en la base, en los lugares de trabajo, con muchos sectores del peronismo, fundamentalmente con las 62 Organizaciones. A fines de 1982, el PCR lanzó el Partido del Trabajo y el Pueblo (PTP) como

8. La ley fue presentada ante el Congreso por el Ministro de Trabajo y Seguridad Social de Alfonsín, Antonio Mucci, en 1984. Esta consistía básicamente en comenzar las elecciones sindicales *desde abajo* (delegados y Comisiones Internas) y luego llevar a cabo elecciones en las entidades gremiales de segundo y tercer grado. El proceso, realizado bajo supervisión de la Justicia Nacional Electoral, comenzaba cuando el Ministerio de Trabajo nombraba una Comisión Transitoria para la convocatoria a elecciones. El proyecto preveía la eliminación del requisito de la antigüedad para presentarse como candidato y otorgaba representación gremial a la minoría que obtuviera el 25% de los votos o más (Zorzoli, 2016).

9. Las organizaciones de izquierda que tenían inserción en el gremio mecánico eran el Movimiento al Socialismo (MAS), el Partido Comunista (PC), el PCR y el Partido Obrero (PO).

10. La lista Marrón fue un frente electoral de agrupaciones de izquierda, dirigida por el PCR, cuyo objetivo era disputar las elecciones mecánicas en 1972. Esta lista logró conquistar la dirección del gremio provincial y proyectarse como un gran polo de atracción de los sectores clasistas (Laufer, 2015a). René Salamanca, quien fuera secretario general del gremio cordobés desde 1972 hasta su intervención en 1974 y dirigente del PCR, es presentado como el paladín de la política partidaria en el sindicalismo.

su brazo legal y electoral. En las elecciones de 1983 llamó a votar por el peronismo bajo el lema “Contra la dictadura, votar al peronismo”. La creación del PTP abrió un frente de trabajo político de carácter de masas¹¹ que marcaba un quiebre con la estrategia clandestina desarrollada previamente. La lucha por los derechos humanos y las reivindicaciones democráticas ocuparon el centro de la escena y el PCR trabajaría estrechamente con sectores del peronismo bonaerense, mediante “alianzas tácticas” por el desarrollo de ese programa.¹² Temporalmente, este vuelco a la actividad de masas coincidió con el desarrollo más sistemático de la acción gremial de sus distintos agrupamientos.¹³

Esta nueva orientación, el vuelco a un trabajo legal, que se sustentaba en un pronóstico de la imposibilidad de otra dictadura, provocó desacuerdos a nivel interno. Todavía en 1984 esto representó un punto sobre el que la dirección del partido tenía que pronunciarse:

Todavía hay compañeros que están por detrás de las masas en la comprensión del nuevo momento político y no despliegan su trabajo con audacia o mantienen posiciones “clandestinistas” por temor a que “pronto se dé otro golpe y en vez de 30.000 tengamos 300.000 detenidos-desaparecidos”. No comprenden que la situación en 1984 tiene poca semejanza con la de 1975 [...]. Hoy es fundamental que las masas conozcan al partido y lógicamente a muchos de sus cuadros, para que el partido pueda crecer. Esto no significa que la organización del partido deje de ser clandestina y que lo que debe ser secreto se haga público y legal. (Partido Comunista Revolucionario, 2007: 336)

Las decisiones de la dirección del partido, que apuntaban a sacar a un sector de la militancia a la lucha legal y política, encontraban resistencia en la base de la organización. El trabajo político en las fábricas se encauzó luego del comienzo de la normalización pactada entre el Estado y las viejas direcciones sindicales. El partido criticó a las direcciones que operaron una normalización desde arriba hacia abajo, desconociendo los

11. El partido salió a una actividad sistemática dirigida al conjunto de la población independientemente de los frentes sindicales donde se tenía inserción. En este sentido, la actividad se caracterizó por la distribución masiva de volantes que explicaban las caracterizaciones y las consignas. En este período, en consonancia con esta estrategia, se realizaron volantes y agitaciones en lugares de tránsito como estaciones y actos públicos en la calle y en plazas.

12. El PCR participó de actividades en el GBA con sectores ligados a Herminio Iglesias. Ver *Hoy, servir al pueblo*, 19 de octubre de 1983.

13. Cuestión que puede observarse en las ediciones de su quincenario *Hoy, servir al pueblo* (1983-1984).

procesos de organización que venían planteándose en distintos lugares con la retirada dictatorial a partir de 1982. La lucha por intervenir y dirigir estos procesos fue una prioridad en el partido: se planteó como una tarea inmediata la formación de listas para disputar la representación sindical. En este sentido, la alianza con el peronismo se reforzó frente al triunfo del radicalismo y su intento de reforma sindical.¹⁴

Los enfrentamientos en el SMATA

En este apartado, abordaremos sintéticamente las disputas entre los distintos agrupamientos al interior del gremio mecánico a partir de un análisis de las prácticas sindicales en dos momentos para nosotros claves: la constitución de la comisión normalizadora y las elecciones generales del gremio.

El PCR, para incursionar en los lugares de trabajo en momentos represivos, usaba métodos de militancia clandestina. El seguimiento de contactos y la discusión en el ámbito privado son la regla de este tipo de construcción política y sindical.¹⁵ En consonancia con la experiencia del SMATA Córdoba, impulsa la creación de Agrupaciones llamadas 1° de Mayo que, como agrupamiento amplio, no exigía una activa participación en la vida del partido, sino una línea común de acción sindical. La herramienta fundamental en esta actividad fue la edición del boletín *El Mecánico*.¹⁶ Su distribución era selectiva, “circulaba por un ámbito reducido, se pensaba muy bien a quién dárselo. [...] el boletín podía aparecer en un locker, una mochila, en el baño, después veíamos como reaccionaba el compañero y recién ahí, dependiendo de su reacción, le presentábamos la agrupación”.¹⁷ En la cotidianidad, cuando predominaba la estrategia clandestina, se impulsaban acciones que no expusieran a ningún militante.¹⁸

La Lista Verde, durante la dictadura, desarrollaba su actividad con

14. PTP, “Las elecciones del 30 de octubre y el nuevo gobierno”, 20 de noviembre de 1983; “La clase obrera se moviliza”, *Hoy, servir al pueblo*, 15 de febrero de 1984, p. 12.

15. En el contexto represivo se visitaba a estos contactos en sus domicilios. La tarea de los militantes consistía en concurrir a las casas para “tomar mate y discutir política”. Entrevista a Miguel, dirigente del PCR (2016).

16. Su elaboración estaba a cargo de los elementos más activos de la agrupación y el partido, quien lo financiaba. Cada boletín respondía a las posiciones de la agrupación en determinada fábrica.

17. Entrevista a Miguel, dirigente del PCR (2016).

18. Entre ellas podemos destacar una misa en la localidad de Tigre en 1981 contra los despidos en SMATA, donde se hicieron presentes dirigentes del gremio, y una serie de acciones denominadas “pan y sopa”. Esta última consistía en organizarse para consumir en el comedor de la fábrica solo los alimentos gratuitos (el pan y la

normalidad sólo donde la patronal lo permitía. Ella negociaba con las empresas la posibilidad de establecer un “trabajo gremial” de tipo legal al interior de los lugares de trabajo,¹⁹ sin cuestionar los ritmos de producción, y con reclamos como la devolución de los fondos confiscados y las sedes gremiales (SMATA, 1985). Las energías, desde estos grupos, se articulaban entre el trabajo burocrático de reconstrucción de padrones, las redes de asistencia (fundamentalmente legal) y todo lo relacionado con el aparato gremial. Las direcciones gremiales peronistas tenían la posibilidad y la intención de negociar, no sin presionar, con el poder estatal la devolución de sus organizaciones. En cambio, el PCR y sus activistas hacían principal hincapié en sus denuncias en los ritmos de producción, cuestión que los llevaba a una confrontación directa con la patronal.²⁰

Estos procedimientos guardaban una estrecha relación con la actitud tomada frente a los conflictos que surgían desde las bases en los últimos dos años de la dictadura. A partir del abordaje realizado hasta ahora sobre las experiencias de luchas que tienen lugar en Di Loreto, Mercedes Benz (Harari, Casco y Guevara, 2014) y Volkswagen (Molinero, 2015, 2016), entre 1982 y 1983, podemos derivar una serie de conclusiones. Por un lado, las agrupaciones peronistas, que incluso componían las comisiones internas o núcleo de activistas de estas fábricas, se ocuparon fundamentalmente de utilizar los conflictos como herramientas de presión frente al Estado y las patronales en pos de su principal objetivo: la devolución de los fondos y reconstrucción del aparato gremial. A su vez, al presentarse como la opción más moderada de sindicalismo, frente a las expresiones de izquierda, los agrupamientos peronistas apelaban a colocarse como el único sector capaz de dirigir y satisfacer demandas sin la necesidad de confrontar impugnando la autoridad patronal, ni impulsar la movilización de bases. El poder de maniobra les permitió, en estos casos, llegar a un arreglo que incluía la expulsión de activistas antiburocráticos y una victoria parcial, presentada como la única posible. La manifestación concreta es que, por su accionar en estos conflictos, el sector de J. Rodríguez resultó beneficiado en el reparto de cargos de la comisión transitoria. Por otro lado, la izquierda que intervino en ellos, aunque su presencia era menor en número, tenía la línea de impulsar los conflictos hasta el final, evitando concesiones y victorias parciales.

sopa), una medida de protesta contra los aumentos de los precios (Agrupaciones Clasistas 1° de Mayo, 1986).

19. Entrevista a Juan, directivo del SMATA (2016).

20. La agrupación del PCR denunciaba, a través de su boletín, que “las líneas que en las peores épocas marchaban a 7,8 o 9 pies por minuto, como máximo, hoy corren a 13 pies como mínimo”. Ver *El Mecánico*, n° 4, mayo de 1980.

En este contexto, la posición de la Lista Verde abortó toda crítica y dicha comisión fue considerada un avance en la recuperación de los sindicatos. Además, se planteó que la Comisión fue “oportunamente” designada por el Ministerio de Trabajo de la Nación (SMATA, 1985) y que su composición constituía una distribución “equitativa” de los cargos.²¹ De esta manera, se dejó de lado toda crítica a la intervención militar. De forma contraria, el PCR denunció que la comisión normalizadora del SMATA “está elegida a espaldas de los verdaderos dueños del gremio, los 90.000 mecánicos”,²² sentando una posición clara en relación a la normalización que se quería llevar a cabo.

El PCR cuestionó, de esta manera, la incidencia del gobierno militar en la elección de los delegados normalizadores, por medio del Ministerio de Trabajo. La Agrupación 1° de Mayo, en enero de 1984, criticó a “Cardozo, Muñoz y Campeloni” (de la Lista Azul y Blanca) por formar parte de la Comisión “normalizadora” y ser “colaboracionistas” de los militares, pero no nombró al sector de Rodríguez.²³ La política de defensa del gremio por parte del PCR fue criticada por otros sectores de izquierda: “el PCR tenía la política de que haya elecciones pero que las hiciera la Verde”.²⁴

Sin embargo, entrado ya 1984 el PCR se decidió a conformar la Lista Naranja, liderada por Miguel A. Delfini,²⁵ y formada, además, por militantes del MAS y del PO,²⁶ con el objetivo de disputar las elecciones gremiales a nivel nacional, a pesar de tener un peso sindical fuerte sólo en Ford. La decisión de lanzamiento de la lista chocaba con la “alianza con el peronismo en la base” que el partido desarrollaba por aquel entonces. Inicialmente el PCR buscó una alianza con la Azul y Blanca. Al no poder concretarla decidió formar un frente con la izquierda que tenía inserción en el gremio.

21. Entrevista a Juan, directivo del SMATA (2016).

22. *El Mecánico*, n° 8, junio de 1983, p. 2.

23. *El Mecánico*, n° 10, enero de 1984.

24. Entrevista a José, militante del MAS (2015).

25. Obrero de la sección Montaje de la empresa Ford (Pacheco), militante orgánico del PCR.

26. El armado de la lista tuvo foco en la planta de Ford de Gral. Pacheco. En el interior del país la Naranja tuvo base en Córdoba, pero su estructura era débil fuera de Buenos Aires. El PO y el MAS llamaron sin éxito a los comunistas a sumarse a la Lista Naranja: estos terminaron apoyando a José Rodríguez. Ver “Roque Romero: con la Naranja renace el Salamanquismo en Córdoba”, *Hoy, servir al pueblo*, 12 de septiembre de 1984, pp. 8-9; “Avanza la lista independiente: llamamos a los militantes del PC a sumarse al esfuerzo del clasismo”, *Prensa Obrera*, 5 de julio de 1984, p. 5; “Apoyo comunista a Rodríguez en SMATA”, *Solidaridad Socialista*, 11 de octubre de 1984, p. 4.

Una vez oficializada la Lista Naranja, la estrategia del PCR cambió y, a partir de ese momento, se criticó expresamente a José Rodríguez planteando que convirtió al sindicato en un aparato burocrático alejado de las bases y, entre otras cosas, que “traicionó la lucha de Ford de 1983, negociándonos por una Normalizadora formada en el despacho de Villaveirán”.²⁷ El PO y el MAS, desde principios de 1984, habían planteado, con matices, como línea general la formación de una lista antiburocrática con base en Ford contra Cardozo y Rodríguez.²⁸

Los comicios de octubre de 1984 arrojaron números muy parejos entre las dos listas peronistas. En Ford, la lista ganadora fue la Azul y Blanca, que obtuvo el 52% de los votos contra el 40% de la Lista Naranja y el 7, 9% de la Lista Verde. En cambio, a nivel nacional, la Verde cosechó el 50% de los sufragios, la Azul y Blanca el 43% y la Naranja el 7% (Santella, 2008). En estos números se observa, claramente, el poder nacional de la Lista Verde pero su debilidad en la empresa Ford, donde los otros dos agrupamientos tienen el apoyo de la mayoría de los obreros. Por otro lado, se refleja la victoria de la Azul y Blanca en Ford por sobre la Naranja en su intento de ser la oposición a José Rodríguez. La militancia clandestina, la falta de recursos y la tardanza en salir a hacer campaña (en parte producto de las prácticas que venían desarrollándose hasta el momento) consideramos que fueron un factor negativo en el desempeño electoral de la izquierda.

Por otra parte, la posición de la Lista Verde ante las elecciones estribó en el apoyo de infraestructura brindado por el gobierno de Alfonsín.²⁹ Las consignas de la Verde en ese momento tenían que ver con reivindicaciones económicas y antidictatoriales: “Que no vuelva a suceder: intervención militar y represión en los sindicatos; salarios de hambre y cierres de empresas”.³⁰

27. Héctor F. Villaveirán fue Ministro de Trabajo y Seguridad Social entre el 2 de julio de 1982 y el 9 de diciembre de 1983. Ver *El Mecánico*, n° 15, julio de 1984.

28. Ambos partidos caracterizaron las elecciones de delegados y las asambleas por reivindicaciones que se venían produciendo en distintas fábricas del gremio por fuera de las dirigencias sindicales como derrotas de la burocracia. En este sentido, conformar las listas antiburocráticas era, para ellos, profundizar una tendencia creciente de la movilización de las bases. Ver “SMATA: Por una lista única de la oposición antiburocrática”, *Prensa Obrera*, 15 de marzo de 1984, pp. 8-9; “Elecciones sindicales. Formemos ya las listas de los nuevos dirigentes”, *Solidaridad Socialista*, 31 de mayo de 1984, p. 3.

29. En relación con ello, un militante de la Lista Verde de la época afirmó: “La relación con el gobierno al principio fue buena, gracias a que, a través del ministro de trabajo, Juan Manuel Cassella, se pudo garantizar elecciones transparentes en el gremio” (entrevista a Juan, Directivo del SMATA, 2016).

30. *Avance del Movimiento de Unidad Automotriz - Lista Verde*, 1984.

Las listas peronistas desconocieron a la izquierda en todo momento. La polarización que instalaron dio resultado y terminó beneficiándolos. Sin embargo, el enfrentamiento interburocrático entre Cardozo y Rodríguez se volvió muy agudo luego de las elecciones. La Azul y Blanca denunció fraude en la justicia, realizó huelgas, movilizaciones y medidas de fuerza reclamando al gobierno la impugnación de los comicios. La Lista Naranja, al no haber acuerdo entre los partidos que la integraban respecto de la posición a tomar frente a la denuncia de fraude de Cardozo, se fragmentó después de las elecciones. El distanciamiento se da sobre todo entre el MAS, que exige no dar ningún apoyo a Cardozo en su reclamo, y el PCR, que denuncia fraude y ataca al sector de Rodríguez.³¹ Esto llevó a que las corrientes pasen a actuar individualmente en la actividad cotidiana. El enfrentamiento entre los sectores peronistas, que se prolongó hasta marzo de 1985, coronó a Rodríguez al frente del gremio, quien logró cooptar progresivamente o inmovilizar a las seccionales opositoras,³² y debilitar momentáneamente a la izquierda.

La experiencia en Ford Motors Pacheco

En Ford, la represión tuvo su epicentro en el interior de la planta: el ejército se instaló en ella luego del paro mecánico de septiembre de 1976 y no se iría hasta abril de 1982. Sin embargo, esto no bastó para el desbaratamiento total de la organización dentro de la fábrica. En el período 1976-1983 se dieron acciones de resistencia como el sabotaje, el trabajo a desgano y la negativa a realizar horas extras (Lascano Warnes, 2012). El principal cambio dado en Ford durante la dictadura fue el despido masivo de determinados sectores de trabajadores, que excedió, por lejos, al grupo activista e implicó una reestructuración interna de la producción. Mientras a mediados de la década del 70 se registraban aproximadamente 7.500 obreros repartidos en 4 turnos (Lobbe, 2006), a comienzos de 1984 los trabajadores de planta eran entre 4.500 y 5.000.

En el transcurso de la dictadura se produjo un gran recambio al interior de la planta. Luego de los despidos masivos ingresaron por tandas un número considerable de nuevos trabajadores. Entre ellos ingresó, en 1978, Miguel Ángel Delfini quien jugará un rol destacado en la organización interna de la fábrica (Agrupaciones Clasistas 1° de

31. Ver "Se fracturó la Naranja del SMATA", *Solidaridad Socialista*, 25 de octubre de 1984, p. 12.

32. Ver "SMATA, un polvorín", *Crónica*, 16 de octubre de 1984, p. 10; "SMATA: impugnaciones y denuncias en comicios", *Crónica*, 10 de noviembre de 1984, p. 8; "SMATA en pie de guerra", *Crónica*, 3 de diciembre de 1984, p. 9; *Avance del Movimiento de Unidad Automotriz - Lista Verde*, enero de 1985.

Mayo, 1986). No es casualidad, entonces, que sea en 1980 cuando comenzaron a aparecer los boletines de la recién conformada Agrupación Salamanquista en Ford.³³

Según se denuncia en los volantes de la agrupación, entre 1976 y 1983 los despidos fueron una constante.³⁴ Estos dañaron a los propios activistas, que sólo huían del despido transformándose en disciplinados trabajadores. La dirección del partido de la Zona Norte del GBA tomó como una prioridad el desarrollo de su actividad en esta planta automotriz. Diseñó un tipo de trabajo donde se apuntaba a colocar gente de la agrupación y el partido en cada una de las secciones de la fábrica.³⁵ El trabajo fue predominantemente clandestino y buscó reclutar militantes mediante el volanteo esporádico³⁶ y la distribución selectiva del boletín que editaban. En un balance posterior se da cuenta de ello:

Debíamos ir entramando una fuerza sin asomar la cabeza. Se decidió conformar la Agrupación Salamanquista, sección por sección, cuyos miembros no se identificaran y que se apoyase en la masa. El objetivo era acumular fuerzas en la lucha política y económica para –en determinado momento de la situación política– reorganizar y dirigir el cuerpo de delegados. [...] Vimos el boletín como un instrumento para desarrollar la corriente [...] Su circulación era reducida. Antes de dárselo a un obrero se lo acercábamos indirectamente [...], recién después le presentábamos la agrupación. (Segovia y Sánchez, 1984: 15)

Es decir, se estructura un plan de trabajo a largo plazo, sin confrontar directamente con sus adversarios y acercándose a los obreros peronistas, radicales o independientes más activos para incorporarlos a sus filas. La idea fundamental era esperar a que se produjeran hechos puntuales en los que se pudiera desempeñar una acción cuidadosa que pasara

33. Ver *El Mecánico*, n° 1, mayo de 1980.

34. Dicha situación puede constatararse en los volantes firmados por el agrupamiento del PCR en el período: “Mecánicos: prepararse para el paro general”, 29 de marzo de 1979; “Ford: en defensa de la fuente de trabajo para todos”, 29 de marzo de 1982; “Alerta en Ford”, 8 de agosto de 1983.

35. En este período la fábrica estaba estructurada en 4 plantas: montaje (10 secciones), camiones (8 secciones), estampado (11 secciones) y motores (10 secciones). Ver *Telegrama de resultados de elecciones de Cuerpo de Delegados*, Cuerpo de delegados de Ford Motors Pacheco, 1 de febrero de 1984.

36. Aún bajo el gobierno militar se volanteaba durante la madrugada en las paradas de los micros que recogían a los trabajadores por el centro de los distritos más importantes de la zona (San Miguel, Escobar, Pilar, entre otros). La puerta de fábrica era considerada un lugar muy peligroso. Entrevista a Miguel, dirigente del PCR (2016).

desapercibida. Durante la dictadura se defendió al gremio e incluso a José Rodríguez. Los activistas ligados al PCR reclamaban que el gremio se pusiera “a la cabeza” de los reclamos, como única instancia en la que ellos podían intervenir con un resguardo legal.

A comienzos de 1983, en Ford, hubo intentos de estructurar una comisión normalizadora. Un sector de la agrupación Lealtad a Kloosterman impulsó la propuesta, apoyándose en la patronal. Este intento no prosperó porque se sucedieron asambleas donde la cuestión salarial emergió como la principal preocupación de los trabajadores. Las masivas asambleas de fines de abril consiguieron imponer a la patronal el congelamiento de los precios del comedor, el ingreso de los miembros del sindicato a la planta y una futura elección de delegados por sección. El 29 de abril una nueva asamblea resolvió dejar en manos de la delegación del SMATA de zona norte la negociación de este último punto y el aumento salarial, con la condición de que se convocaría a una asamblea general en puerta de fábrica cuando hubiera novedades. Frente a esto, la agrupación del PCR señaló que, para que los intereses de los trabajadores no sean traicionados por el gremio y la patronal, la practica asamblearia debía ser sostenida.³⁷

En agosto, finalmente, el aumento salarial se conquistó, aunque en menor medida de lo reclamado inicialmente. La comisión normalizadora del gremio se hizo presente en la planta y notificó que se había acordado con la patronal la normalización de la representación gremial al interior de la fábrica. Este proceso iba a tener lugar recién en un plazo de noventa días. La agrupación salamanquista se pronunció, bajo el argumento de que los mecánicos tenían problemas en ese momento, por la elección inmediata del cuerpo de delegados. Pese al descontento de algunos sectores de activistas, la asamblea aceptó la propuesta de los representantes del sindicato.³⁸ Habría que esperar hasta enero de 1984 para que este proceso trunco, la reconstrucción de la organización sindical de base, vuelva a plantearse. La elección presidencial contribuyó al impasse. La agrupación del PCR, pese a que su partido apoyaba al peronismo, no realizó la campaña electoral en la fábrica.

Finalmente, la normalización propuesta no se produjo: fue posponiéndose y la patronal empezó a discutir la cantidad de delegados que podían elegirse por sector. Frente a esta situación, los activistas impulsaron asambleas en puerta de fábrica para resolver qué hacer ante el intento de la dirección normalizadora del gremio de votar una comisión

37. “Viva nuestra justa lucha”, Agrupación Salamanquista 1° de Mayo de Ford, 2 de mayo de 1983.

38. “Alerta en Ford”, Agrupación Salamanquista 1° de Mayo de Ford, 8 de agosto de 1983.

provisoria que reconstruyera la organización de base según los parámetros acordados con la patronal. En ellas se rechazó la propuesta de la patronal y del ministerio de elegir un delegado cada 200 trabajadores. Las asambleas resolvieron elegir uno cada 50 y diagramaron un calendario para imponer su elección.³⁹

Frente a estos acontecimientos, el PCR cambió de orientación y decidió que “había llegado el momento de desplegar nuestras fuerzas ante un estallido de masas” (Segovia y Sánchez, 1984: 20). Las elecciones para definir el cuerpo de delegados contaron con la oposición directa del ministro de Trabajo y la Comisión Transitoria. El Ministro, utilizando la ley 22.105, buscó desautorizar la elección de delegados. En este contexto, el 19 de enero se produjo una asamblea y toma de la fábrica por un pedido de aumento de salarios (surgió en la planta de camiones y se extendió a las demás). Ese mismo día se eligió, en las asambleas por plantas y general, “una dirección provisoria (la Comisión de los 21) [...]”. Esta tenía como objetivo inmediato la lucha por el aumento salarial, y garantizar la elección del Cuerpo de Delegados por sección” (Agrupaciones Clasistas 1° de Mayo, 1986: 58). La patronal reconoció la legitimidad de la Comisión y la elección de delegados, pero se negó a otorgar el aumento del 100% solicitado por las asambleas. Ante esto, se implementaron paros de dos horas por turno.

El 27 de enero se desarrolló otra asamblea y se decidió priorizar la elección del cuerpo de delegados por sobre la lucha salarial. El 30 y 31 se efectuaron las elecciones en la que fueron elegidos, entre 400 postulados, 84 delegados y 83 subdelegados, en su mayoría activistas ligados a este proceso, de la izquierda partidaria, independientes y sectores del peronismo. A su vez, en este preciso momento, la agrupación y el partido evaluaron que era hora de salir con todas las fuerzas que se habían acumulado en el trabajo clandestino para cumplir un rol de organizadores de carácter público, fundamentalmente porque la masa de los trabajadores se encontraba en movimiento (Segovia y Sánchez, 1984).

En este proceso quedó al descubierto que las posiciones eran hegemónicas por la agrupación del PCR. Ésta expresaba, a través de su órgano, *El Mecánico* (n° 11, marzo de 1984), la línea adoptada por las asambleas como propia: priorizar la lucha por la normalización para pelear en mejores condiciones de salario. En consecuencia, se optó por una política de *lucha larga* respecto de los salarios y se prosiguió con los paros de dos horas por turno. Este plan de lucha, que se extendió por 50 días e incluyó una movilización a Plaza de Mayo (con el objetivo

39. Ver “Los obreros de Ford quieren delegados”, *Solidaridad Socialista*, 19 de enero de 1984, p. 6; “Ford nuevamente en pie”, *Prensa Obrera*, 28 de enero de 1984, p. 7; Segovia y Sánchez (1984: 20)

de visibilizar el conflicto), se cerró el 6 marzo con un aumento salarial que se acercaba a lo reclamado por la Comisión Interna y posicionaba a los obreros de Ford como los mejores pagos de las terminales automotrices del país.⁴⁰

La agrupación, en el balance de esta lucha, decía:

La decisión tomada de ir a una lucha larga fue justa, teniendo en cuenta que enfrentábamos un monopolio como Ford, con un gobierno que no reconocía a nuestro Cuerpo de Delegados, lo que de hecho le daba las ventajas a la patronal, y con dirigentes sindicales de SMATA que de palabra daban su apoyo y en los hechos retaceaban llamar a un paro nacional en solidaridad. (Agrupaciones Clasistas 1° de Mayo, 1986: 62)

De esta forma terminó de consolidarse la organización fabril como un proceso de lucha concluido en una victoria. La agrupación del PCR elaboraba una línea clara para actuar, los demás partidos realizaban crónicas de lo sucedido, dando gran importancia al potencial antiburocrático de la organización de base naciente.

A partir de marzo de 1984, Ford participó de los paros nacionales de forma activa y con sus propias reivindicaciones. Durante 1984, hasta marzo de 1985, Jorge Castro jugó un rol importante en la organización interna de la fábrica, lo que explica el buen desempeño de la Azul y Blanca. En las prensas de los partidos que intervienen puede notarse, a partir de la ausencia, que en este período se produjo una parálisis en la comisión interna ante la realización de las elecciones y la división dentro del cuerpo de delegados que el armado de listas implicó. Luego de la definitiva victoria de Rodríguez a nivel nacional la situación organizativa volvió a plantearse dentro de la fábrica de General Pacheco. La patronal avanzó con retiros voluntarios y desmanteló la comisión interna, indemnizando a 38 de los delegados.⁴¹ Se impuso, entonces, la reconstrucción de la comisión interna y el PCR volvió a cobrar protagonismo, ahora sí, confrontando directamente con la Lista Verde que hegemonizaba la dirección del gremio nacional. El período abierto es de

40. Ver "Ford: un primer round", *Prensa Obrera*, 15 de marzo de 1984, pp. 8-9; "Ford, el reclamo llega a la rosada", *Solidaridad Socialista*, 8 de marzo de 1984, p. 7; "Los obreros de Ford retoman el camino del SMATA-Córdoba", *Hoy, servir al pueblo*, 17 de marzo de 1984, páginas centrales; "El presente y el futuro del SMATA visto desde Ford", *Solidaridad Socialista*, 5 de abril de 1984, p. 2.

41. Entre ellos se encontraba Jorge Castro, quien aceptó la indemnización y abandonó la militancia gremial. Ver "Ford: reconstruir el cuerpo de delegados para frenar los despidos", *Prensa Obrera*, 7 de marzo de 1985, p. 2; "¿Por qué izquierda y derecha apoyan la ocupación de Ford?", *Ámbito Financiero*, 2 de julio de 1985, p. 44.

ascenso de la organización, una muestra de ello es el acto realizado con motivo del 1° de Mayo en puerta de fábrica que congrega entre 4.000 y 5.000 trabajadores.⁴²

Esta experiencia encontró su punto más alto en la toma de junio y julio de 1985,⁴³ que puso de manifiesto una organización rigurosa. Frente al despido de 33 trabajadores se respondió unánime e inmediatamente con el bloqueo de los portones y se votó la toma del establecimiento.⁴⁴ La ocupación tuvo un fuerte impacto mediático y la campaña de demonización fue unánime desde la gran prensa, la burocracia sindical y el gobierno que confluyeron con la patronal en la tarea de derrotar la medida (Molinero, 2013).

Para el PCR, a quien todas las voces reconocen en sus activistas la dirección del conflicto, la ocupación resultaba la única medida viable “frente a las mentiras del gobierno, la actitud artera de la patronal y la traición de los dirigentes del SMATA”.⁴⁵ Luego de producido el desalojo de la planta, que implicó el fin de la toma luego de 18 días, la lectura del partido no lo consideró como una derrota. La dirigencia del SMATA casi no hace mención del conflicto de Ford en su *Balance* de 1985 y, cuando se refiere a él, lo hace diciendo que fue un “fracaso que tuvo como responsable a una conducción gremial interna que facilitó motivos a la empresa para despedir a gran cantidad de obreros” (SMATA, 1986: 6). La lista Verde, de esta manera, ratificó la línea puesta en práctica en los conflictos de 1982-1983, con lo cual culpabilizó de los despidos a direcciones gremiales irresponsables, pudiendo pactar con la patronal el despido de todos los activistas comprometidos en el proceso, logrando ingresar a la planta y, sobre la base de una derrota, tomar la conducción de su organización interna.

La experiencia de Ford será la más resonante en el SMATA de la época y la última expresión de una oposición de la izquierda a las listas peronistas. El fin de la ocupación de Ford significó la clausura de un proceso que comenzó de la mano del sindicalismo de base de la planta. El PCR, sosteniendo un trabajo sistemático, supo insertarse en esta im-

42. Ver “Gran acto proletario en la puerta de Ford”, *Prensa Obrera*, 9 de mayo de 1985, p. 8; “Un 1° de Mayo memorable”, en *Agrupaciones Clasistas 1° de Mayo* (1986), p. 42.

43. Sobre estos acontecimientos existe una amplia bibliografía que el lector puede consultar (Hernández, 1985; García Allegrone, Partenio y Álvarez, 2003; Giniger, Guevara, Hernández y Rivero, 2010; Molinero, 2013; *Agrupaciones Clasistas 1° de Mayo*, 1986).

44. Ésta fue la respuesta de los trabajadores frente a la violación de un acuerdo firmado en mayo del mismo año, que implicaba el cese de despidos por un semestre. Muchos actores han considerado la violación de este acta como una provocación premeditada por la patronal para precipitar el conflicto.

45. *El Mecánico*, n° 17, julio de 1985.

portante fábrica y dirigir a los trabajadores en los momentos más duros de la ofensiva patronal. Las herramientas puestas en juego para desarrollar sus objetivos fueron múltiples llegando incluso a tener gente en la sección administrativa de la planta que supo filtrar información sobre los números contables, ganancias y planes que manejaba la patronal.⁴⁶

Consideraciones finales

En este trabajo hemos analizado la estrategia que el PCR desarrolló en el SMATA del retorno a la democracia. Nuestro estudio nos permitió indagar en el modo como el partido logró articular las demandas de los trabajadores e integrarlas en una dinámica que implicó el fortalecimiento de la agrupación que actuaba en la planta de Ford.

A partir del análisis de las fuentes consideradas y de los testimonios reunidos, pudimos observar que la decisión que asumió el partido de insertarse en la fábrica y dirigir su Comisión Interna tuvo resultados positivos, ya que la estrategia y métodos de militancia les fueron útiles a los activistas que se ocuparon de desarrollar esta tarea. Todo este proceso puso de manifiesto una conjunción entre acciones conscientemente desplegadas por los militantes y el estallido espontáneo del colectivo obrero. El PCR diseñó e implementó acciones que, como fuimos explicando, convergieron en diversos grados con los intereses de los trabajadores de la fábrica. Tal modalidad de acción determinó –a pesar de los altibajos, y de los encuentros y desencuentros entre sus miembros– la importancia que el agrupamiento logró adquirir. El punto más significativo que identificamos es el que corresponde al momento previo a la toma de 1985. En este sentido, los militantes del partido y la agrupación intentaron ligar su existencia práctica con la realización material de las aspiraciones de las bases y encontraron allí un canal de desarrollo. Sostenemos que este partido logró postularse como dirección de un proceso que había sido puesto en marcha por los trabajadores de la planta. Puntualizamos que, por no haber dependido exclusivamente de la agrupación y de su estrategia, no se trató de un proceso unilateral: al movilizarse, el conjunto de los trabajadores de Ford determinó el ritmo y la orientación de la experiencia. Sin embargo, destacamos que el partido, en tanto organización, desempeñó un rol importante al actuar

46. Un militante universitario del partido ingresa a la planta como administrativo por los años 80. Esto posibilitó al agrupamiento contar con información concreta sobre la situación de la producción y la rentabilidad de la empresa, ante una permanente alegación de crisis inminente. Esto les permitió, durante la toma de 1985, desmentir que la patronal se encuentre en planes de cerrar la planta de General Pacheco. Entrevista a Miguel, dirigente del PCR (2016).

como un agente de transmisión de formas de lucha y organización que se encontraban presentes en la historia de los trabajadores del sector.

Asimismo, hemos registrado que la experiencia no estuvo exenta de contradicciones, entre las cuales podemos señalar la conflictiva relación que el partido y sus organizaciones obreras tenían con el peronismo. Por su programa, el PCR no intentó separarse tajantemente de aquel y ello tuvo su correlato en las organizaciones de base. Tal solapamiento se manifestó, según pudimos observar, en dos momentos puntuales. El primero de ellos correspondió a la situación en la que, con cierta autonomía, la agrupación de Ford no hizo campaña por el peronismo en las elecciones nacionales de 1983, en contra de la política del partido. El segundo de ellos tuvo lugar durante las elecciones nacionales del gremio en 1984, con la pérdida de iniciativa y protagonismo durante el enfrentamiento interburocrático.

Consideramos que este trabajo avanza en el abordaje de la relación que, en un determinado período histórico, puede plantearse entre base y vanguardia. Como planteamos en el inicio de nuestra indagación, la noción de vanguardia obrera brinda una clave de acceso a la comprensión de parte del accionar del partido. Si bien nuestra aserción ameritaría un estudio más profundo a los fines de ampliar el campo de estudio a la participación del partido en otros escenarios análogos al que hemos estudiado, podríamos aventurar que el PCR actuó como una vanguardia en el movimiento obrero de la época.

Creemos que conocer el recorrido, la formación y los antecedentes de la organización obrera en Ford y el accionar de las organizaciones que participaron en ella nos permitirá pensar, con nuevas herramientas, los orígenes y el desenlace de la toma del establecimiento ocurrida en 1985. En este sentido, aunque colateralmente, creemos haber contribuido al debate sobre dicho acontecimiento. En relación con ello, arriesgamos que la derrota de la experiencia se debió, fundamentalmente, al aislamiento que sufrió Ford en un contexto en el que los métodos de lucha no tenían esa impronta en el conjunto del movimiento obrero organizado.

Por último, queremos destacar que la investigación realizada tiene una doble potencialidad: por un lado, ha dado lugar a las aseveraciones que hemos enunciado y, al mismo tiempo, nos ha señalado las vacancias de las que resta ocuparse para obtener una visión general del rol desempeñado por las organizaciones de base y la izquierda en este período.

Bibliografía

Abdala, Omar (2015), *Rupturas y continuidades en las formas de acción y resistencia de los trabajadores. El caso Ford Motors Argentina (1970-1985)*, tesina de Licenciatura en Sociología, IDAES-UNSAM, 2015.

- Agrupaciones Clasistas 1° de Mayo (1986), *La ocupación de Ford. 18 días que conmovieron la Argentina*, Buenos Aires.
- Asociación de Fábricas de Automotores (1986), *Anuario 1986*, Buenos Aires.
- Basualdo, Victoria (2006), “Complicidad patronal-militar en la última dictadura argentina: Los casos de Acindar, Astarsa, Dálmine, Siderca, Ford, Ledesma y Mercedes Benz”, en *Engranajes*, Federación de Trabajadores de la Industria y Afines (FETIA), n° 5, 2006.
- Belardinelli, Pablo (1994), “El marco político de la conflictividad obrera”, en Ernesto Villanueva (coord.), *Conflicto obrero. Transición política, conflictividad obrera y comportamiento sindical en la Argentina 1984-1989*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, pp. 103-149.
- Bitrán, R. y A. Schneider (1992), “Dinámica social y clase trabajadora durante la última dictadura militar de 1976-1983. Estudio de la zona norte del Gran Buenos Aires: Del Carlo y Ford Motors”, en L. Rodríguez, M.C. D’Araujo, R. Bitrán, A. Schneider, J. Dowling y M. Gordillo, *Nuevas tendencias en el sindicalismo argentino*, Buenos Aires: Biblos-Simon Rodríguez.
- García Allegrone, Verónica, Florencia Partenio y María Inés Fernández Álvarez (2003), “Ocupaciones fabriles: un rastro en las experiencias históricas”, VI Congreso Nacional de Estudios del Trabajo: Los trabajadores y el trabajo en la crisis, Buenos Aires. Disponible en www.aset.org.ar/congresos/6/archivosPDF/grupoTematico03/006.pdf (consultado en agosto de 2016).
- Giniger, Nuria, Sebastián Guevara, Marcelo Hernández y Cintia Rivero (2010), “Las huellas del terrorismo de estado sobre el movimiento obrero. Los casos de Ford y Acindar”, en Claudia Figari, Paula Lenguita y Juan Montes Cató (comps.), *El movimiento obrero en disputa. La organización colectiva de trabajadores, su lucha y resistencia en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Ciccus, pp. 143-162.
- Harari, Ianina, Mariano Casco y Sebastián Guevara (2014), “Conflictos obreros en la industria automotriz argentina entre 1973 y 1983: un análisis de la acción obrera en el lugar de trabajo antes y después del golpe militar”, VII Seminario Internacional de Políticas de la Memoria, Buenos Aires: Centro Cultural Haraldo Conti.
- Hernández, Víctor (1985), “La ocupación de fábrica como forma de lucha obrera. El caso de Ford Motors Argentina”, *Cuaderno CICSO*, Serie Estudios n° 62.
- Lascano Warnes, Florencia (2012), *Cambios y continuidades en la historia de los trabajadores industriales argentinos (1973-1983). Una aproximación a través del caso Ford Motor Argentina S.A.*, tesis de Maestría, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Laufer, Rodolfo (2015a), “El clasismo en el SMATA Córdoba. La lista Marrón de 1972”, XI Jornadas de Sociología Universidad de Buenos Aires.
- (2015b), “El clasismo en el SMATA Córdoba. Ocupaciones fabriles, de-

- mocracia sindical e izquierda clasista: la toma de la matricería Perdiel, mayo de 1970”, en *Estudios del Trabajo*, vol. 49.
- Lenin, Vladimir Ilich (2004), *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Buenos Aires: Luxemburg.
- Lissandrolo, Guido (2014), “La discusión estratégica en la izquierda argentina en los años 70. Aproximación al debate entre guerrillerismo e insurreccionalismo en el nacimiento del Partido Comunista Revolucionario (PCR), 1967-1972”, *Andes*, Salta.
- Lobbe, Héctor (2006), *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Buenos Aires: Ediciones RyR.
- Mandel, E. (1972), *La teoría leninista de la organización*, Buenos Aires: Indo-Amer.
- Molinario, Leandro (2013), “La democracia del Nunca más y el movimiento obrero. La ocupación de la planta Ford de General Pacheco en 1985”, en *Archivos*, año I, n° 2, pp. 55-75.
- (2015), “El movimiento obrero en el ocaso de la dictadura militar. Principales conflictos en el gremio automotriz (junio de 1982 a diciembre de 1983)”, VI Jornadas de la División Historia y III Taller de Historia Regional, Luján, 22 y 23 de octubre de 2015.
- (2016), “El reposicionamiento de la burocracia sindical en el ocaso del «Proceso» (julio de 1982 a diciembre de 1983)”, *Archivos*, año IV, n° 8, pp. 33-53.
- Partido Comunista Revolucionario (2007), *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 3° Congreso, marzo de 1974, hasta su 4° Congreso, abril de 1984. Segunda parte 1980-1984, Tomo 4*, Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Scheneider (1994), “Crisis y recomposición de la clase obrera argentina (1982-1992)”, en Daniel Campione (comp.), *La clase obrera de Alfonsín a Menem*, Buenos Aires: CEAL, pp. 35-81.
- Pozzi, Pablo (2008), *Oposición obrera a la dictadura, 1976-1982*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Santella, Agustín (2008), *Trabajadores, sindicato y conflictos en la industria automotriz. Un estudio de caso (1989-2006)*, tesis de doctorado, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Segovia, Mario y Pedro Sánchez (1984), “Los obreros de Ford retoman el camino del SMATA cordobés”, *Política y Teoría*, año II, n° 5, pp. 10-26.
- SMATA (1985), *Memoria y Balance 1985*, Buenos Aires.
- (1986), *Memoria y Balance 1986*, Buenos Aires.
- Zorzoli, Luciana (2016), “La normativa sindical entre la dictadura y el alfonisismo, propuesta de sistematización”, en A. Schneider y P. Ghigliani (comps.), *Clase obrera, sindicatos y Estado (1955-2010)*, Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 149-172.

Título: “Strategy and insertion of the Partido Comunista Revolucionario in the SMATA (1979-1985)”.

Resumen: El artículo aborda la estrategia del Partido Comunista Revolucionario y su inserción en el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) durante el proceso de normalización sindical (1979-1985). Nuestro interés reside en comprender el modo en que este partido de izquierda logró insertarse en un colectivo de trabajadores y dirigir una parte de ellos. Analizamos las estrategias y luchas que nos ponen de manifiesto su grado de inserción y su capacidad de dirección frente al colectivo obrero. Para ello nos valdremos, fundamentalmente, de la experiencia llevada a cabo por esta organización en la planta de Ford Motors Pacheco.

Palabras clave: transición democrática – movimiento obrero – Partido Comunista Revolucionario – SMATA

Abstract: This paper approaches the Revolutionary Communist Party’s strategy and its insertion in the Mechanics and Self-propelled Transport and Similar Trade Union (SMATA), through the union normalization process (1979-1985). Our interest lies in understanding the way in which this left wing party managed to insert in a collective of workers and lead a part of them. We analyze the strategies and struggles that reveal its grade of insertion and its leading ability towards the labourer collective. In this way, we will essentially seize on the experience carried out by this organization in the Ford Motors Pacheco plant.

Keywords: democratic transition – labour movement – Revolutionary Communist Party – SMATA

Portuarios en lucha: de la huelga de 1966 a la demanda por un “puerto-fábrica” en Bahía Blanca

Ana Belén Zapata¹

UBA - UNS - Conicet
aymarazapata@yahoo.com.ar

Proponemos en este artículo analizar aspectos singulares de la dinámica de uno de los conflictos obreros más relevantes en los años 60, como fue la huelga portuaria de finales de 1966. Nos centraremos en la reconstrucción histórica de dicho conflicto en el puerto de Ingeniero White, cercano a la ciudad de Bahía Blanca.

Esta huelga fue declarada como consecuencia de un conjunto de medidas que pretendieron reorganizar la actividad portuaria. El gobierno dictatorial de Juan Carlos Onganía había instaurado un nuevo régimen de “racionalización” del trabajo portuario, estructurado a partir de modificaciones que atentaron sobre formas de trabajo y organización de los trabajadores aboliendo “muchas ventajas laborales cuya obtención se remontaba a 1946” (James, 1990: 291). Esta lucha se produjo en el marco de otras contra las políticas de racionalización en el ámbito público que afectaron también directamente a los trabajadores ferroviarios y de la industria azucarera del Noroeste del país.

La protesta se organizó en distintas zonas portuarias, ocasionó la paralización del transporte marítimo y de la actividad exportadora que tenía a los estibadores como actores centrales a partir de sus tareas de carga y descarga de buques. La medida trajo aparejada por un lado la intervención del Sindicato Unido de Portuarios Argentinos (SUPA) y en contrapartida también la estructuración horizontal de coordinadoras de resistencia que –tras la ausencia de dirigencia gremial– actuaron en relación a sectores barriales de las zonas aledañas a puertos. Snitcofsky (2011: 53) dimensiona este conflicto entendiendo que “las huelgas portuarias de 1966 constituyen un caso paradigmático, por presentar

1. Este artículo es una reformulación de uno de los capítulos de mi tesis de doctorado titulada “Andamios de experiencias: Conflictividad obrera, vigilancia y represión en Argentina. Bahía Blanca, 1966-1976” (2014).

múltiples evidencias sobre los vínculos entre ámbitos laborales y espacio territorial”. Y fue significativa porque dio cuenta de la capacidad de los portuarios “para articular una resistencia prolongada en un contexto fuertemente represivo y sin contar con el apoyo de la burocracia sindical” (idem: 67). Pozzi y Schneider (2000) coinciden en que esta huelga tuvo un profundo impacto, una extensión que superó los setenta días; y una singularidad evidenciada en la organización horizontal –e independiente de las burocracias sindicales– que supo dirigir la lucha –por lo pronto en Buenos Aires– a partir de la “Coordinadora de Comités de Resistencia de Barrios y Hoteles” conocida como “Intervillas.”

En este marco, encontramos significativa esta experiencia –y la del puerto de Ingeniero White en particular– porque más allá del desenlace de la huelga, la misma resultó un puntapié inicial para reclamos más profundos y medulares sobre condiciones y organización del trabajo portuario. Si bien el conflicto fue de carácter nacional frente a los intentos por “racionalizar” los puertos, la lucha en el plano regional derivó significativamente en reclamos de mayor alcance, en demandas tendientes a lograr la institucionalización de una estabilidad laboral que los portuarios no habían podido concretar.

Trabajaremos desde este eje de análisis y también con la pretensión de aportar a la construcción de nuevas explicaciones históricas respecto del pasado reciente y de cómo se vivieron en escalas de lo local procesos políticos de alcance nacional. Intentamos pensar cómo se yuxtaponen, cruzan e interrelacionan demandas, medidas de fuerza, actores sindicales, entendiendo que en la reconstrucción histórica las escalas deberían siempre asumirse y problematizarse. En este sentido abordaremos la dinámica del conflicto, atendiendo a los ejes de coordinación y/o disonancia en las instancias que marcaron esta lucha y sus prácticas en lo local, regional y nacional. Nos preguntamos ¿cuáles fueron las principales demandas locales en el marco de medidas que afectaron a distintos puertos del país?, ¿cómo contrastaron los momentos de la huelga entre la escala local y la nacional?, ¿cuáles fueron los efectos de esta lucha para los trabajadores a corto y largo plazo?, ¿qué aprendizajes trajo aparejada la misma?

* * *

El puerto de Ingeniero White se encuentra ubicado a pocos kilómetros de la ciudad de Bahía Blanca, al sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Hacia mitad de los años 60, este complejo portuario se ocupaba de realizar tráficos de combustibles, de cereales y de carga en general –mayoritariamente fruta proveniente del valle de Río Negro y de Neuquén–. Sus orígenes databan de fines del siglo XIX, y para los

años 60 tenía un calado que rondaba los 33 pies con marea alta, esto le otorgaba grandes posibilidades en materia de actividad marítima incluso mayores a las del mismo puerto de Buenos Aires.²

La contratación de estibadores en White se realizaba por intermedio de las agencias o empresas de estibaje.³ En aquella época, operaban en White empresas como Murchison S.A., Agencia Marítima Dodero S.A., Monacci Marítima, entre otras.⁴ A diferencia del espacio laboral fabril, la actividad portuaria se regía con formas de contratación precarias por su eventualidad y estacionalidad; esto demandaba una organización de los propios trabajadores para evitar los abusos, las designaciones arbitrarias y los favoritismos. Por esta razón los estibadores habían adoptado una forma de autogestión de las contrataciones utilizando turnos asignados de manera rotativa, a partir de un número que se entregaba a los agremiados. Los portuarios detallaban que para ingresar a trabajar al puerto “tenías que tener el número”. El llamado “número rotativo” representó una forma de gestión y distribución del trabajo democrática y equitativa resuelta entre los propios trabajadores del SUPA.⁵ La meto-

2. Al respecto, en 1968, el ministro de Economía de la Provincia de Buenos Aires José María Dagnino Pastore (1968) señalaba algunas características concretas sobre el puerto de Ingeniero White: “Como puerto exportador de cereales [...] es el puerto de embarque más grande sobre la costa atlántica, al sur de Buenos Aires, constituyendo la salida natural de la producción cerealera de la parte austral de la Provincia de Buenos Aires y La Pampa, así como para la fruta del Valle del Río Negro. [...] El calado de acceso en circunstancias de marea alta alcanza a 33 pies, valor excepcional comparado con Buenos Aires (28 pies) o Rosario (23 pies) Como puerto exportador de frutas es de hacer notar que mientras en 1961 se exportaron 241.000 cajones, en 1968 se superará el nivel de 4.500.000 cajones”.

3. El trabajo del estibador –especialmente dentro de las bodegas– era insalubre. La constante aspiración del polvillo y de productos químicos en los cereales provocaba severos problemas respiratorios.

4. Estas agencias hacían tareas de intermediación entre los exportadores y los trabajadores, y gestionaban la contratación de los estibadores necesarios para realizar el trabajo de carga y descarga. Cfr. las publicaciones institucionales de Administración General de Puertos: *Puerto de Bahía Blanca 1971* y *Puerto de Bahía Blanca 1974-1975*.

5. Sobre el trabajo portuario, Berrotarán sostiene: “Las características sobresalientes del sistema portuario tradicional eran la eventualidad y precariedad del trabajo. La contratación irregular en el tiempo y la duración de la relación entre el trabajador y la empresa finalizaba cuando se liquidaba el jornal. A lo largo del siglo múltiples estrategias intentaron amortiguar los efectos de esta relación, entre ellas el pase de la contratación al pie del barco a la aceptación de formar las cuadrillas con los estibadores sindicalizados. Esta práctica fue resistida por los empresarios, ya que daba un papel central al sindicato en la formación de las cuadrillas; con posterioridad en la década de 1970 se aceptó la figura del delegado sindical. Otro mecanismo fue el de garantizar que los mismos trabajadores formasen las cuadrillas hasta la finalización de las tareas” (2000: 326).

dología regulaba el orden y la cantidad de personas necesarias para la carga o descarga de un buque, equiparaba entre sí a los estibadores en la posibilidad de acceso al trabajo; permitía cierta seguridad de empleo, en una labor que de por sí tenía altos grados de eventualidad.

La huelga contra la reestructuración del trabajo

Durante la dictadura de Juan Carlos Onganía se modificó el régimen laboral del trabajo en los puertos nacionales a partir de las leyes 16.971 y 16.972 y el decreto 2.729. Los puntos más importantes de estos cambios fueron el surgimiento de la figura del “Capitán de puerto” designado por el Poder Ejecutivo y a cargo de la coordinación de las tareas portuarias, la habilitación durante las 24 horas del puerto y el no reconocimiento de la insalubridad de las tareas en un mayor pago de las mismas. El gobierno sostenía que la legislación anterior no permitía la habilitación permanente del espacio portuario, y que “la anomia” del régimen legal laboral –tras la actuación “incontrolada” de empresas dedicadas a la provisión de mano de obra– impactaba negativamente en la eficiencia del sistema portuario nacional en su conjunto. Además,

se establecía un aumento de los controles en el momento de la contratación fijando por ejemplo, pautas más estrictas para la inscripción en el registro donde se concedía la habilitación legal para el trabajo portuario. De esa forma, la participación en huelgas o cualquier otra forma de organización y protesta podía ser motivo suficiente para justificar la exclusión del registro mencionado. (Snitcofsky, 2011: 62)

Estas medidas tuvieron diálogo con otras que buscaron ubicar al país en un lugar preferencial dentro de un orden económico mundial. Se buscaba una mayor “competitividad” en el trabajo en áreas de gestión estatal como ser la actividad portuaria, el transporte ferroviario y la industria azucarera del Noroeste del país.⁶ Para ello, entre octubre y diciembre de 1966 se hicieron anuncios de cambios dentro de estos

6. Al respecto Silvia Nassif sostiene que, frente a las explicaciones históricas que se han formulado sobre el proceso de “racionalización” del onganiano en el ámbito de los ingenios azucareros, “puede considerarse que la salida que la dictadura ofreció a la crisis de superproducción implicó una regresión y mutilación de las fuerzas productivas de la provincia a través del cierre de ingenios y la reducción de cupos en la producción de azúcar” y que desde el onganiano se buscó transferir parte de la producción tucumana a industriales jujeños y concentrarla en “manos de los industriales Blaquier y Arrieta que desde 1960 recibían además el apoyo de grupos financieros de Estados Unidos y de capitales italianos” (2012: 97).

sectores productivos. Se requerían puertos con mayor celeridad en la entrada y salida de barcos. Esto iba en relación con una meta de producir una “modernización” y “racionalización” más general en el sector estatal y la burocracia gubernamental (O’Donnell, 2009: 100), aunque también, “otro claro objetivo eran las empresas nacionales medianas que habían utilizado su acceso a las facetas políticas del Estado para obtener protección económica. [...] La determinación del nuevo régimen de controlar y si era necesario reprimir al movimiento laboral se hizo patente antes incluso de que se formulara el plan de Krieger Vasena” (James, 1990: 290-291).

Si bien durante los años 60 y 70 la prensa local bahiense publicó día a día los récords alcanzados con las exportaciones desde el puerto de Ingeniero White, desde el discurso “modernizador” se comenzó a plantear sistemáticamente la necesidad de “limpiar” un puerto ahora considerado “sucio” o “lento” ante la urgencia de agilizar el transporte marítimo.

Las nuevas medidas afectaron directamente las condiciones de trabajo de los estibadores. Se establecieron 4 turnos continuos de 6 horas cada uno, repartidos en horarios de 7 a 13, de 13 a 19, de 19 a 1 y de 1 a 7. De esa forma se habilitaba el puerto las 24 horas y se cubría toda la jornada. Para evitar los llamados “tiempos muertos” la nueva reglamentación estipuló que todas las actividades relacionadas con cambio de ropa, preparación del equipo de trabajo, apertura o cierre de bodegas se realizaran por fuera del horario de contratación. El gerente de elevadores y puertos de Ingeniero White, Víctor Pozzolo, explicaba que “el régimen establecido ahora fija seis horas en dos turnos para los trabajos insalubres y seis horas corridas para los no insalubres”.⁷ Se detalló que, mientras que antes sobre 11 horas de trabajo corridas se abonaban hasta 5 jornales, a partir de la nueva normativa con 12 horas de trabajo se pagarían solo 2 jornales.

Luego de que la noticia de los cambios se hizo pública, Ismael Paiz –a la sazón, secretario general del SUPA del puerto Ingeniero White– declaró su abierto rechazo a la reestructuración. Y manifestó que había sido concebida “a espaldas de la organización obrera de los estibadores que es la pieza fundamental en la explotación económica de nuestro puerto”.⁸

Los primeros signos de la reorganización en White se observaron con la llegada a Bahía Blanca del capitán de fragata José María Ochoa, quien asumió la Capitanía del puerto. Se preveía que para el 20 de octubre el nuevo régimen estaría funcionando plenamente. Sin embargo, el 19 de octubre a las cero horas los estibadores declararon una huelga por tiempo indeterminado, como medida de lucha frente al nuevo régimen.

7. *La Nueva Provincia [LNP]*, 21 de octubre de 1966.

8. *El Sureño*, 11 de octubre de 1966.

Ésta fue acatada de forma inmediata en los puertos de Dock Sud y Mar del Plata. En Bahía Blanca los estibadores recién se adhirieron al día siguiente luego de una gran asamblea donde votaron el acatamiento.

En consecuencia, el capitán Ochoa procuró dividir al colectivo de trabajadores de estiba fomentando la actividad de los rompeshuelgas, anunciando que se cuidaría “la libertad de trabajo” eliminando del registro del personal de estiba a todos aquellos que no fueran a trabajar. Asimismo, se abrió el registro para quienes, sin figurar previamente en él, optaran por ir al puerto pese a la huelga. Aquel 20 de octubre toda la zona de White amaneció fuertemente vigilada por efectivos de la Prefectura que respondían a la Capitanía. La prensa local anunciaba que el personal de Subprefectura “provisto de armas largas” había estado vigilando el espacio portuario durante toda la jornada, y que “en los puertos locales había alrededor de 500 obreros con libretas de trabajo de los que sólo trabajaban poco más de un centenar”.⁹

Schneider sostiene que “aunque el paro tuvo un alcance nacional, el núcleo dinámico del conflicto fue el puerto de Buenos Aires” (2005: 270). Podríamos matizar esta impresión analizando en cambio que hubo diversas dinámicas del conflicto que excedieron a los hechos capitalinos. En este sentido, incluso es posible pensar en diversas temporalidades si atendemos los hechos en distintas escalas espaciales, para el caso, los diversos puertos y no sólo el de Buenos Aires.¹⁰ En efecto, en White el día 21 se reunieron alrededor de 500 estibadores en asamblea para decidir cómo proseguirían la protesta que avanzaba en términos concretos en otros puntos. Allí los trabajadores resolvieron levantar la medida de fuerza. Es decir, mientras el paro se sostenía por tiempo indeterminado en Buenos Aires, los estibadores whitenses optaron por levantar la medida y volver a sus tareas en el turno de las 13 horas.

Al regresar al puerto se experimentaron situaciones de tensión. Con las nuevas disposiciones, las empresas de estibaje comenzaron a contratar personal desestimando las funciones de los delegados del SUPA y la organización que ellos coordinaban cotidianamente para el empleo por medio del turno rotativo hasta antes de la modificación del

9. *LNP*, 21 de octubre de 1966.

10. Reconstruir un proceso nacional atendiendo al diálogo constante entre diversas escalas de análisis no solo posibilita la ampliación del conocimiento sobre el mismo; también permite complejizar el análisis de los procesos y advertir el peligro de soslayar realidades locales/regionales al asumir la nacionalización de una realidad más acotada. Estas visiones “porteño-céntricas” ya vienen siendo revisadas desde numerosos estudios dentro del ámbito de la historia reciente que han problematizado la cuestión de las escalas de análisis en los últimos años (Águila, 2008 y 2015; Bandieri, 2008; Jensen, 2010; Rodríguez Agüero, 2013; Scatizza, 2013; Zapata, 2014 y 2015; Jensen y Lastra, 2015).

régimen portuario. Los estibadores de White al levantar la medida de fuerza quedaron presos de las arbitrariedades del nuevo régimen que ya no consideraba válido el turno rotativo para el ingreso democrático al trabajo del día. Las medidas de Onganía abrieron una puerta hacia la clausura de la actividad de los delegados.

Frente a esto, los estibadores se reunieron y discutieron sobre la posibilidad de volver a un estado de huelga; decidieron declarar el paro por tiempo indeterminado en el puerto de Ingeniero White en reclamo “por la violación del turno rotativo y leyes de trabajo”. Asimismo, Víctor Benamo (abogado del SUPA) presentó un recurso de amparo por violación al convenio colectivo firmado en el año 1961. Ismael Paiz recordaba los motivos por los cuales habían tomado esas determinaciones y el nivel de sobreexplotación que implicaron los cambios tras la quita del turno rotativo:

nos rompieron todas las conquistas que teníamos [...] Cada obrero teníamos un turno para entrar, un número. Entonces qué pasaba, de las 7 de la mañana a las 10 de la mañana entraba del 1 al 40 pongámosle... y ahí se cortaba porque no había más lugar para otro. De las 10, entraba del 40 al 60. Entonces ese es el turno rotativo. Y eso nos lo sacaron todo, todo, todo. Después venía el capataz de la empresa y “hacia la gente” a dedo: vos, vos, vení vos... y así... ¿Y qué pasaba? Por ejemplo en la época en que teníamos el turno nosotros [...] se trabajaba bien, pero tranquilo a conciencia. Y cuando vinieron las empresas así con los capataces... Éramos 8 cuando trabajábamos normal nosotros éramos 8. Ponía 4 personas por mano. En vez de 8, ponía 4.¹¹

También, Paiz aclaró ante la prensa que el paro se había levantado antes con la intención de comenzar un “diálogo constructivo”, pero ante la evidencia de que las empresas estaban tomando estibadores desestimando la función de los delegados, se resolvió esta nueva medida.

El paro por tiempo indeterminado implicó fuertes enfrentamientos entre los trabajadores del SUPA que estaban resistiendo por un lado y los “changarines” que decidieron ir a trabajar y suplir los lugares vacantes, por el otro. Por distintos medios se repudiaron estas acciones de los rompehuelgas.

Observamos que esta huelga, que a nivel nacional comenzó en repudio por la restructuración del régimen laboral de puertos en su conjunto, a nivel local se alzó de manera más rotunda y enfática en el reclamo por la pérdida de turno rotativo. Esto impactó entre los trabajadores y amplificó diferencias latentes entre agremiados y “changas” que comenzaron a

11. Entrevista de la autora a Ismael Paiz (estibador), 20 de julio de 2013.

operar en muchos casos como “carneros”. Los representantes del SUPA sostenían su firme posición en medios de prensa local:

Con el *turno rotativo*, los verdaderos estibadores se aseguran por parte de los patrones el ofrecimiento de trabajo, y por un simple número cada obrero sabe que, si concurre a la parada, va a ser llamado a trabajar y no como pretende la nueva reglamentación, o mejor dicho, los encargados de aplicarla que someten las posibilidades de trabajar solamente a la digitación de los capataces.¹²

En Buenos Aires, luego de que fuera intervenido el SUPA, la lucha pasó a ser dirigida por una coordinadora intersindical que reunió a distintos gremios de portuarios¹³ –no solo estibadores– y también a distintas agrupaciones dentro del SUPA como La Ligada, Cruzada Renovadora y Justicia y Verdad (Schneider, 2005: 270). La organización dentro del ámbito barrial luego se amplió a un nucleamiento más extenso, como fue la Coordinadora de Comités de Resistencia de Barrios y Hoteles o Coordinadora Intervillas (Schneider, 2005: 270; Snitcofsky, 2011: 65). En el plano internacional, la huelga recibió el apoyo de la Federación Internacional de Trabajadores de Transportes, que estipuló medidas de boicot para cualquier buque de procedencia argentina, en repudio por las medidas del gobierno con los portuarios y en apoyo al SUPA y a su dirigente, Eustaquio Tolosa, como miembro de dicha federación.

El 19 de diciembre el SUPA convocó a una asamblea de portuarios en el Luna Park; según anunciaban diarios de la época, la organización había resuelto levantar la huelga. La medida, que llevaba casi dos meses, se estaba sosteniendo en Buenos Aires por Intervillas, desde su organización barrial y de base con la ayuda popular. Según medios extranjeros “el levantamiento de la huelga se debe a las atinadas gestiones del señor Manuel Medrano, delegado de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte, quien al parecer había logrado aceptables condiciones de arreglo en sus largas conferencias con el secretario de Trabajo, señor Rubens G. San Sebastián”.¹⁴

El whitense Paiz participó de la multitudinaria asamblea en el Luna

12. *El Sureño*, 8 de diciembre de 1966.

13. La protesta en el puerto de Buenos Aires se extendió por dos meses. Sobre la organización y coordinación de esta lucha, Schneider mencionaba que “se constituyeron alrededor de veinte centros (o comisiones de resistencia) que en forma democrática condujeron durante un breve tiempo la protesta. Esta coordinadora, que pasó a ser denominada Intervillas [...] Intervillas, además de la medida de fuerza, tuvo que hacer frente a la dirigencia del sindicato” (2005: 271).

14. *ABC*, 20 de diciembre de 1966.

Park como uno de los cientos de representantes del interior del país que asistieron al encuentro, que funcionó como lugar de contacto y comunicación de las experiencias locales de organización. Tras la intervención de la policía, el dirigente whitense recordó el momento cuando Tolosa fue capturado en medio de tiros y violentos forcejeos:

Nosotros por ejemplo viajamos ahí, en la huelga. En la huelga Tolosa tenía la captura. Porque lo mandaron a hacer un paro internacional. Y él estaba, creo que estaba en Montevideo, en Brasil o en Montevideo me parece que estaba... Había venido... no podía venir a Argentina, y se hizo una asamblea mayoritaria en el Luna Park, todos los puertos. Y cuando fuimos, todos los puertos fueron, ¡estaba lleno el Luna Park! (...) ¡Sabes el desbarajuste que se armó! La gente, yo por ejemplo, saltábamos las butacas de un lado para el otro... para escapar porque ¡todos con ametralladora la policía, llegó a tirar tiros!¹⁵

Respecto de este encuentro en el Luna Park, otro testigo de la jornada se refirió al desgaste y la desmoralización que ya influía en los ánimos de todos por aquellos días:

Los compañeros estaban desmoralizados con tantos días y sin más ayuda que la que nosotros mismos nos proporcionábamos. Tolosa vuelve con el apoyo del gobierno, llama a una asamblea en el Luna Park para levantar la huelga; nosotros se la damos vuelta y entonces recurre a la policía. Entra la guardia de infantería al Luna Park y lo detiene. Entonces, el sindicato declara levantada la huelga. Intervillas pierde fuerza, porque los portuarios están desmoralizados, han sido traicionados. Así se pierde.¹⁶

Luego de la detención de Tolosa, días más tarde desde el SUPA se levantó la huelga.

En White, ese primer día de trabajo se caracterizó por la militarización total de la zona de embarque. El puerto se encontraba invadido de oficiales de Prefectura con perros y armas largas para intimidar a los estibadores. Además, esa mañana los portuarios que habían participado en la huelga constataron que ya no podrían ingresar al puerto a trabajar. Luego de ese momento, únicamente pudieron trabajar quienes

15. Entrevista de la autora a Ismael Paiz (estibador), 20 de julio de 2013.

16. *Avanzada Socialista*, n°62, 7 de junio de 1973. Cfr. Schneider (2005: 273).

tenían “en su poder la tarjeta plástica correspondiente o certificado de iniciación de trámite expedido por la prefectura”.¹⁷

De todas formas, cabe destacar que en Bahía Blanca la lucha no concluyó –al igual que en Buenos Aires– el día 26 de diciembre. Porque luego de los hechos del Luna Park se reunieron más de 900 estibadores en una asamblea extraordinaria y se plantearon cómo proseguir con las medidas de fuerza a nivel local; es decir, si seguirían los pasos de los portuarios en Buenos Aires, o no. A mano alzada finalmente se votó, y por unanimidad decidieron continuar la huelga por tiempo indeterminado “hasta lograr que el gobierno derogue las nuevas disposiciones”.¹⁸ Además, en esa asamblea, los trabajadores se manifestaron en repudio de las autoridades de la Confederación General del Trabajo por no haberse expedido antes, frente a la lucha.

La lucha continuó: la toma de la CGT regional

El reclamo hacia la central obrera tomó estado público cuando el 7 de enero de 1967 treinta portuarios tomaron el local de la CGT regional. A través de esta toma expresaron su repudio contra los dirigentes locales y nacionales de esta central.¹⁹ El descontento se expresó también fuertemente desde el diario obrero *El Estibador*.²⁰ Se consideraba que la CGT se había “entregado a las autoridades nacionales” y se había mantenido pasiva en medio de las distintas protestas y luchas que se venían dando en diferentes sectores”.²¹

17. LNP, 27 de diciembre de 1966.

18. *El Sureño*, 27 de diciembre de 1966.

19. Esta toma de la CGT bahiense también puede ser considerada en relación a las antecedentes presiones en Buenos Aires ejercidas desde la Coordinadora de Intervillas, cuando en noviembre de 1966 se interpelló a la CGT nacional para que dispusiera medidas de apoyo a la huelga. La Coordinación Intervillas había manifestado la necesidad de un plan de lucha en conjunto con azucareros y ferroviarios que también estaban sufriendo las reformas del gobierno. *Boletín de Huelga* n° 7, noviembre de 1966. Cfr. Schneider (2005: 272).

20. *El Estibador*, 8 de febrero de 1967. *El Estibador* fue un periódico obrero producido por la agrupación local portuaria Unidad y Lucha, y dirigido por el estibador Aníbal Marziani.

21. Pese a la denunciada pasividad de la CGT local, la lucha de los portuarios en Bahía Blanca estuvo apoyada por diversos sectores gremiales y no gremiales en distintos momentos. Los estibadores en asambleas comunicaban las adhesiones. Tanto la Unión Ferroviaria de talleres Noroeste como de White expresaron su apoyo al SUPA, especialmente Luis Leiva (secretario general de UF White). Si bien en Buenos Aires el rol de La Ligada, Cruzada Renovadora y Justicia y Verdad fue muy importante, en Bahía Blanca no tenemos registros de una coordinación de la lucha con estas agrupaciones en concreto. Podemos mencionar en cambio, la importante participación

No obstante, los estibadores aclaraban que la toma se realizaba de manera pacífica –aunque esa modalidad podía cambiar si se los intentaba sacar de allí–. Por otra parte, también reclamaban por la libertad de su dirigente nacional Eustaquio Tolosa, por medio de comunicados que decían:

Ante la situación creada reclamamos una gestión inmediata del secretariado de la CGT de Bahía Blanca, con la finalidad de aclarar su posición en la emergencia ordenando un programa de acción acorde con las circunstancias. [...] el sector obrero está dispuesto a ejercer la presión que crea conveniente para el logro de sus derechos. Las bases son las que actúan frente a la pasividad de la dirección. Tales son los objetivos y tal es la decisión que mantendremos.²²

Frente a los hechos, Ezequiel Crisol, a la sazón dirigente local de la CGT, defendió la institución declarando públicamente que “en todo momento la delegación regional de la CGT ha prestado su solidaridad y cooperación a los compañeros del Sindicato Unidos Portuarios Argentinos en toda ocasión que le fue requerida”;²³ por otra parte pedía a los trabajadores de Bahía Blanca en su conjunto “mantener la mayor disciplina” en la emergencia, sin tomar ninguna actitud que no fuera avalada desde la CGT. De esa forma convocaba a una reunión el 9 de enero, para discutir la situación de la central con los distintos secretarios generales de gremios locales. La reunión, que finalmente se hizo el 10 en el local de la seccional de la Federación Argentina Sindical de Petroleros, no tuvo éxito de concurrencia. Solo se presentaron cinco dirigentes de la mesa directiva y no se llegó a formar el plenario.²⁴ Ese mismo día en

de la agrupación portuaria peronista Unidad y Lucha –que nació localmente al calor de la huelga y con una posición antiburocrática y clasista–. Asimismo, carecemos de fuentes que nos permitan reconstruir otro tipo de presencia de organizaciones de izquierda en el marco de este conflicto (algo que –cabe aclarar– si sucedió para otros puntos del país), no obstante no deberíamos descartar la posibilidad de acciones de entrismo en sectores del peronismo más activos en esta lucha, ya que organizaciones como Palabra Obrera estaban teniendo presencia en la ciudad ya entonces (Pozzi, 2001: 19). Y, como bien señala Julia Giménez, “la primigenia organización de Palabra Obrera en Bahía Blanca se asentó en diversos sectores productivos (industria metalúrgica, ferrocarril, puerto) y también educativos de la ciudad. La trayectoria de Palabra Obrera desde fines de los años 1950 y principios de 1960 estuvo marcada por la formación de cuadros y la práctica entrista en el movimiento peronista” (2008: 18).

22. *LNP*, 8 de enero de 1967.

23. *Ibidem*.

24. Fondo documental Prefectura Naval Zona Atlántico Norte (PNZAN), memorando X.Z. an. (I), n° 5, “C”, 967, 11 de enero de 1967.

White, los afiliados del SUPA hicieron otra reunión en la cual se discutió acaloradamente cómo continuar con las medidas adoptadas. Algunos mocionaron levantar la huelga. Esta moción fue acallada con insultos y amenazas por parte de los que querían sostenerla. Se terminó aprobando una declaración respecto a la toma de la CGT. En el comunicado pedían: “convocar un plenario de Secretarios Generales, con facultades resolutorias y al mismo tiempo ordenar a los ocupantes de la CGT que una hora antes de realizarse el plenario desalojen el mismo en forma pacífica”.²⁵ En simultáneo los portuarios ocupantes emitieron otro comunicado, en el cual criticaban al gobierno por sus medidas económicas, también por la intervención del SUPA Central, y repudiaron a la CGT –tanto a nivel local como nacional– por ser dirigentes “negociadores con el régimen”.²⁶

El 11 de enero, luego de estar cuatro días tomando la central y bajo la promesa de un plenario para tratar el tema de la huelga, los portuarios dejaron la CGT. Se realizó un pequeño acto del cual fue orador Luis Leiva, secretario general de la Unión Ferroviaria de White y amigo personal de Ismael Paiz. Leiva apoyó a los estibadores²⁷ y criticó la apatía de la CGT regional frente a la huelga que ya llevaba 82 días. Uno de los portuarios ocupantes señaló que habían logrado la promesa de un plenario de gremios donde se tratarían todos sus reclamos.²⁸ Allí se resolvió designar una comisión para que realizara “gestiones ante los poderes públicos de la Capital Federal con el objeto de buscar una solución al problema portuario”.²⁹

En este contexto, el capitán Ochoa fue consultado por el diario *La Nueva Provincia* al respecto de si se reconocería la vigencia del turno rotativo vigente en el convenio colectivo 1/61; el militar respondió que desconocía esa resolución y que no tenía ninguna orden de sus superiores de aplicarla. También sostuvo que “las disposiciones relativas al trabajo que se efectúa en los puertos nacionales emanan de la superioridad y que rigen en todas las estaciones marítimas del país”.³⁰ Con esa declaración Ochoa dejaba en claro que no se volvería a aplicar el turno rotativo como sistema de contratación en el puerto de Ingeniero White.

25. *Ibidem*.

26. *Ibidem*.

27. Los diversos apoyos de la comunidad whitense y bahiense se solían agradecer en el espacio asambleario de los portuarios, esas expresiones registradas se asimilaban a ésta: “Nuestra lucha está triunfando, las innumerables adhesiones recibidas de gremios, sectores estudiantiles, y la de la población toda de Bahía Blanca”. Cfr. Fondo PNZAN, memorando X.Z. an. (I), n° 5, “C”, 967, 11 de enero de 1967.

28. *LNP*, 12 de enero de 1967.

29. *LNP*, 13 de enero de 1967.

30. *LNP*, 11 de febrero de 1967.

El 19 de marzo de 1967 se realizó una asamblea de 400 estibadores. Luego de casi 150 días de huelga sin haber podido lograr la reinstauración del turno rotativo ni ningún cambio respecto a la reestructuración portuaria, la medida ya había sufrido un fuerte desgaste que se expresó en la decisión de levantar el paro por amplia mayoría.³¹ Luego de conocerse la decisión de esa asamblea, la Capitanía de Puertos puso a disposición una planilla (controlada por la Prefectura Nacional Marítima) para que los estibadores que quisieran ingresar a trabajar se anotaran allí. Aunque se aclaró que tendrían prioridad de ingreso al trabajo aquellos que habían estibado durante la huelga.³² De esta manera la Capitanía de Puertos concretó el desplazamiento de los portuarios huelguistas. El no ingreso al puerto fue una de las marcas más fuertes que dejó esta medida de fuerza derrotada.

Y porque llegaron los militares y pusieron la Capitanía de Puerto y ya era todo mucho más controlado, a la gente que había estado en la huelga nos hacían cruces, no les daban las libretas de trabajo, no los dejaban trabajar. A mí no porque yo era chico, pero por ejemplo a dirigentes se tuvieron que ir y no pudieron trabajar más.³³

Sí, porque el que estaba en la Prefectura me tildó de comunista. Y todos iban entrando de a poquito, pero yo no pude entrar más al puerto... yo era el presidente de la cooperativa³⁴ y no pude entrar más al Puerto.³⁵

Marcas de la huelga. Los aprendizajes y las nuevas demandas

La prohibición de ingreso al puerto luego de la huelga fue un hecho que quedó marcado en la memoria de los trabajadores, y fue recordado por muchos de los que quedaron fuera como el desenlace final de esta

31. LNP, 20 de marzo de 1967.

32. *Ibidem*.

33. Entrevista de la autora a Carlos Florido (estibador), 21 de septiembre de 2012.

34. Se refiere a la Cooperativa Obrera Portuaria de Estibajes Limitada de Bahía Blanca, empresa cooperativa de los estibadores que trabajaba exclusivamente con los buques que le correspondían a la Junta Nacional de Granos. Se constituyó el 11 de mayo de 1961 con el objetivo, de eliminar intermediarios frente al trabajo de carga y descarga de buques para la JNG. En ella los estibadores trabajaban con control tarifario y luego se distribuía el noventa por ciento de las utilidades logradas entre los miembros de forma trimestral.

35. Entrevista de la autora a Humberto Danuzio (estibador), 13 de diciembre de 2012.

lucha. Sin embargo el reclamo por el turno rotativo no fue dejado de lado. Muy por el contrario, encontramos registros de que desde el SUPA se continuó impulsando esta demanda por años, pero ya desde los canales de las nuevas negociaciones colectivas posteriores a la huelga. Esta demanda fue encarada desde la comisión directiva del SUPA –que ya no encabezaba Ismael Paiz sino su sucesor, Néstor Rodríguez, o “El paritario” Rodríguez, como lo llamaron siempre los estibadores–.³⁶

Desde el gremio se había presentado en 1971 un anteproyecto para lograr la reimplantación del turno rotativo en la contratación de personal, este anteproyecto tenía fecha del 8 de marzo de 1971.³⁷ El mismo se había incorporado al Expediente n° 87.019/71 de la Comisión Paritaria del Gremio Portuario. En este anteproyecto, no solo aparecía el reclamo por la reinstauración del turno, sino también el registro de lo que significaba este mecanismo para los estibadores y lo que había representado para ellos que les quitaran esa forma de organización en 1966. En dicho expediente figuraban una gran cantidad de volantes y solicitudes del SUPA contra “la inhumana y arbitraria modalidad de trabajo impuesta a partir del año 1966”. La derrota de la huelga de 150 días había dejado marcas que se resignificaban con el paso del tiempo. Los representantes paritarios plantearon una línea de continuidad entre el saldo que había dejado esta huelga para los trabajadores y sus reclamos en paritaria que –explicaban– se remitían a aquel conflicto de su historia reciente.

Pero la pelea concreta ya no era sólo por la devolución del turno rotativo, ellos ahora luchaban por lo que llamaban un “puerto-fábrica”. Es decir, la institucionalización de planteles estables de trabajadores portuarios. En primera instancia, las propuestas de los paritarios whitenses fue no supeditar la lógica local del puerto a medidas “centralistas” como establecían los Centros de Contrataciones al estilo de los existentes en el puerto de Buenos Aires; porque, afirmaban, “si implantamos el sistema de los Centros de Contratación de mano de obra existente en Capital Federal, en un Puerto estacional como el nuestro, donde durante meses su actividad es casi nula, provocaríamos un hecho cuyas derivaciones resultarían absolutamente negativas”.³⁸ También explicaban que ellos no iban a aceptar nuevamente una división entre trabajadores “selectivos y ocasionales”, es decir, trabajadores con un jornal fijo y trabajadores de presencia eventual. Los aprendizajes respecto a experiencias pasadas se podían visibilizar aquí. La lucha que se había dado durante la huel-

36. Durante el año 1972 Néstor Rodríguez como secretario del SUPA de Ingeniero White estuvo frente a la negociación paritaria del sector en la zona.

37. Fondo PNZAN, memorando 8687, MBI n° 39, “C”, 972, 13 de julio de 1972. También el “anteproyecto” aparece anexo en el CCT SUPA n° 139/73.

38. *Ibidem*.

ga –y también antes de ella– entre afiliados “con numero” y “changas” (ocasionales) los había preparado para no volver a cometer antiguos errores (Zapata, 2014: 186-192). La demanda explícita era por estabilidad laboral para todos sin distinciones. Es decir “el puerto-fábrica”, como ellos lo llamaban:

Nuestro sindicato sostiene que los personales que trabajen en la estiba portuaria, son producto de una profesión, y que por lo tanto deben adoptarse los recaudos necesarios para transformar el Puerto en una verdadera fábrica, donde el auténtico portuario, tenga asegurado su trabajo, con derechos y obligaciones perfectamente determinados. El Puerto debe dejar de ser tierra de aventura. Es necesaria la vigencia de normas claras y controles efectivos que termine con la anarquía y el abuso, que enervan el derecho de los auténticos trabajadores, comprometen la economía y el prestigio del empresario responsable y diluyen la imagen de la autoridad portuaria.

Es menester terminar con procedimientos aberrantes, que ofenden la dignidad del trabajo, como la de los capataces buscando en lugares de expendio de bebida mano de obra con que integrar sus equipos o el empleo de personas extra portuarias que, a cambio de una retribución, muchas veces inferior a la que marcan los convenios vigentes, o eludiendo cargas sociales, se prestan a prácticas desleales.³⁹

El puerto debía dejar de ser “una aventura”: esto reclamaban los trabajadores. Demandaban formalidad en la contratación y el fin de la precariedad a la que los tenían acostumbrados. Reclamaban por los derechos y las obligaciones de cualquier trabajador contenido formalmente en un espacio de trabajo distinto al puerto, caracterizado por la inestabilidad e incertidumbre laboral.

Las exigencias precisadas dentro del anteproyecto eran: 1) el establecimiento del turno rotativo como forma de contratación; 2) la formación de una Comisión Tripartita (entre Estado, empleadores y obreros) a cuyo cargo se encontrara todo lo inherente a la aplicación del primer punto; 3) las normas respectivas para un efectivo control de los aportes con destino a las cajas de previsión de asignaciones familiares y al Instituto de asistencia social del estibador, y 4) el agrupamiento de los estibadores en planteles por especialidad y lugar de trabajo.

Más allá de lo relevante de estas demandas, finalmente en la negociación las mismas no fueron concedidas. Y el anteproyecto propuesto por el SUPA no se vio reflejado dentro del convenio que se terminó ho-

39. Ibidem.

mologando. La negativa de las autoridades militares quedó evidenciada cuando el capitán de puerto de Bahía Blanca, capitán de navío Jorge Rodríguez, envió una carta al Ministerio de Trabajo el día 24 de noviembre de 1971 donde sostenía que si bien entendía los lógicos reclamos salariales, sobre la cuestión del turno rotativo no delegaría la decisión y especificaba: “el turno rotativo de contratación es un problema a resolver por la autoridad competente, en este caso esta Capitanía de Puerto”.⁴⁰ Luego de estas infructuosas negociaciones para el sector trabajador, el convenio 139/73 entre el SUPA y la Cámara Portuaria Marítima de Bahía Blanca resultó beneficioso solo para los empresarios. Respecto a la recomposición salarial, solo se aumentó un 37% cuando el SUPA había pedido un aumento del 100%. Y de las demandas referidas a la reimplimentación del turno rotativo, formas de contratación, comisión tripartita y aportes previsionales, no se llegó a concretar ninguna de ellas.⁴¹

Las firmes posiciones de los funcionarios militares se fundamentaron en las presiones de empresarios que no aceptaban desistir ante el control del acceso al trabajo. En registros de finales de 1971, los servicios de inteligencia de Prefectura explicaban que esa reforma “daría lugar a los vagos” y a la merma del trabajo “ya que el personal de estiba trabaja sin preocupación por contar seguro con volver a trabajar cuando le toque otra vez el turno y no como antes que corría el peligro de no entrar nuevamente si su rendimiento no era normal y no estaba conforme la agencia contratista”.⁴²

La negativa tenía que ver con negar el control del acceso democrático al trabajo a los estibadores ya que, con éste, la patronal entendía que se perdería rentabilidad. Sin el turno rotativo, eran las empresas de estiba las que tenían suficiente margen de decisión para elegir a los portuarios que considerara “más eficientes”.

A modo de cierre

Se suele considerar que los estudios sobre historia local amplían el estado de conocimiento sobre un tema particular. Sin embargo –y más allá de los “datos locales nuevos” que pudieran resultar un aporte sobre

40. Fondo documental Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (en Archivo Intermedio, AGN) y CCT-SUPA Bahía Blanca (1973) n°139/73.

41. Con posterioridad a este contexto dictatorial, encontramos fuentes que referencian la recuperación del turno rotativo hacia el año 1974, ya con gobierno constitucional y otra gestión gremial dentro del SUPA, la del secretario general Emiliano Osores. Cfr. Administración General de Puertos, *Puerto de Bahía Blanca 1974-1975*: 61.

42. Fondo PNZAN, memorando 8687, MBI n° 143, 971, 19 de noviembre de 1971.

el desarrollo de esta huelga portuaria tan significativa para la época- quisimos presentar en este trabajo algunas de las potencialidades de estos enfoques a la hora de complejizar interpretaciones “macro” respecto de un proceso histórico de alcance nacional, cuando se problematiza la cuestión de la escala de análisis.

Observamos por un lado que este tipo de abordaje permite analizar la transmisión de experiencias de lucha entre los actores y cómo la misma se juega en los pasajes de escala (nacional o local) y se condensa muchas veces en aquellos actores que viajan literalmente, entre una localidad y otra, funcionando como vectores de comunicación de ciertas prácticas y repertorios de formas de protesta u organización. (Zapata, 2014: 177) Por otro lado, observamos que al reconstruir un proceso de lucha atendiendo a las escalas de análisis, podemos advertir temporalidades específicas y contrastantes respecto de un mismo proceso histórico. Y también, asistir a disímiles resoluciones del mismo. Es un dato que esta huelga nació en contra de medidas tomadas en el orden de lo nacional, pero fue sostenida en el orden local desde otras que complejizaron ese reclamo original.

Todos estos aspectos nos advierten respecto de los problemas que trae aparejado el no asumir explícitamente la escala espacial que se aborda: consideramos que el análisis de escalas resulta una elección metodológica que debería estar explícita de antemano para evitar que posteriormente se “nacionalice” una interpretación que solo alude a tal o cual ciudad o región. Sobre todo pensando en los aportes historiográficos que pueden traer estos estudios, al respecto Águila advierte que:

En nuestro país la construcción de una historiografía renovada estuvo vinculada, entre otros desarrollos, a los estudios regionales y locales. Ello ha sido muy visible para momentos donde la integración nacional aún era débil o donde las realidades y articulaciones regionales ostentaron rasgos diferenciados, particularmente en el siglo XIX y los inicios del siglo XX. (Águila, 2015: 92)

En este artículo también buscamos mostrar diferentes aristas de un proceso de lucha que dejó marcas subjetivas en los trabajadores portuarios whitenses, así como también signó parte de la historia social y económica de la ciudad y la zona. El régimen de “racionalización” portuaria afectó no solo la cotidianidad laboral y las conquistas previas de los estibadores, sino que también inauguró nuevas condiciones de trabajo caracterizadas por un espacio militarizado y supeditado a restrictivas formas de acceso al puerto, sobre todo para aquellos estibadores que habían participado de la huelga. En este sentido, debemos leer los

cambios productivos del trabajo, vinculados a las situaciones de persecución de la actividad gremial o política y represión que la dictadura de Onganía significó para algunos sectores del movimiento obrero organizado. La quita del turno rotativo y el nuevo régimen de puertos, sumado a la derrota tras 150 días de huelga y a la consecuencia de no poder ingresar al trabajo por años debido a estar marcados y estigmatizados como huelguistas, representaron marcas insoslayables que afectaron por años la vida de los portuarios whitenses.⁴³

Sin embargo, también encontramos que esta lucha dejó marcas en términos de aprendizajes e iniciativas relevantes para la organización obrera y de base. La toma de la CGT regional –llevada a cabo incluso al margen de las medidas de fuerza a nivel nacional– fue expresión de lo anterior. También lo fueron las instancias de posterior resignificación de los reclamos de la huelga, con una puja de negociación de convenio en años posteriores. Las nuevas aspiraciones fueron una apuesta mayor que llegó incluso al reclamo por la institucionalización de formas de trabajo y contratación que aseguraran mayores derechos y estabilidad en el trabajo portuario.

Bibliografía

- Águila, Gabriela (2008), “La dictadura militar argentina: interpretaciones, problemas, debates”, *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia*, año 1, n° 1, Rosario.
- (2015), “Las escalas de análisis en los estudios sobre el pasado reciente: a modo de introducción”, *Avances del Cesor*, Rosario, año XII, n° 12, pp. 91-96.
- Bandieri, Susana (2008), “La dimensión regional como alternativa analítica para pensar otros espacios y nuevas periodizaciones”, en Susana Bandieri, Graciela Blanco y Mónica Blanco (coords.), *Las escalas de la historia comparada*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Berrotarán, Patricia (2000), “La privatización y los trabajadores del puerto de Buenos Aires (1991-1996)”, en Hernán Camarero, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider (comps.), *De la Revolución Libertadora al menemismo*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Caruso, Laura (2013), “La organización sindical del sector marítimo: tra-

43. Un síntoma de esto último se evidenció en el contexto de algunas de las entrevistas cuando, frente a preguntas específicas respecto de las vivencias en White durante la dictadura de 1976, muchos portuarios remitieron desde su memoria al contexto dictatorial previo, es decir la dictadura de Juan Carlos Onganía. La experiencia en la huelga de 1966 apareció como un hito más presente y angustiante, en especial en los casos en que significó la baja laboral y la prohibición de ingreso al puerto por estar “marcados” por huelguistas.

- bajadores de ríos y mares, sus luchas y asociaciones”, en *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, año 5/6, Mar del Plata.
- Dagnino Pastore, José María (1968), “Discurso, 31 de agosto 1968”, en *Bahía Blanca Polo de desarrollo*, Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires, La Plata.
- Giménez, Julia (2008), “Ciudad de perros. Historias de militancia y recorridos del PRT-ERP por la ciudad de Bahía Blanca”, tesis de Licenciatura, Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Jensen, Silvina (2010), “Diálogos entre la historia local y la historia reciente en la Argentina. Bahía Blanca durante la última dictadura militar”, en Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Universidad de Santiago de Compostela.
- Jensen, Silvina y Soledad Lastra (2015), “El problema de las escalas en el campo de estudio de los exilios políticos argentinos recientes”, *Avances del Cesor*, Rosario, año XII, n° 12, pp. 97-115.
- Ladeuix, Juan Iván (2009), “Descubriendo los puertos. Apuntes sobre la legislación marítima y la regulación del sistema portuario argentino, 1941-1949”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, año II, n° 2, Mar del Plata.
- Nassif, Silvia (2012), *Tucumanazos. Una huella histórica de luchas populares 1969-1972*, San Miguel de Tucumán: Ed. UNT.
- O'Donnell, Guillermo (2009), *El Estado burocrático autoritario, 1966-1973. Triunfo, derrotas y crisis*, Buenos Aires: Prometeo.
- Pozzi, Pablo (2001), “*Por las sendas argentinas...*”. *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires: Eudeba.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider (2000), *Los setentistas, la izquierda y la clase obrera 1969-1976*, Buenos Aires: Eudeba.
- Rodríguez Agüero, Laura (2013), “Ciclo de protestas, experiencias organizativas y represión paraestatal. Mendoza, 1972-1976”, tesis de Doctorado en Historia, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Scatizza, Pablo (2013), “La Norpatagonia argentina bajo la Doctrina de Seguridad Nacional. Represión, dictadura y juicios de lesa humanidad: la causa Reinhold”, tesis de Doctorado en Historia, Universidad Torcuato Di Tella.
- Schneider, Alejandro (2005), *Los Compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Snitcofsky, Valeria (2011), “Villas de Buenos Aires y conflictos portuarios bajo el gobierno de Onganía: aportes para un análisis de la articulación entre sindicalismo de base y organización territorial”, en Victoria Basualdo (coord.), *La clase trabajadora Argentina en el siglo XX: experiencias de lucha y organización*, Buenos Aires: Cara o Ceca.
- Zapata, Ana Belén (2014), “Andamios de experiencias: Conflictividad obrera,

vigilancia y represión en Argentina. Bahía Blanca, 1966-1976”, tesis de Doctorado en Historia, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

- (2015) “Pensar la escalada de violencia y la violencia en escalas. Entramados de la «lucha antisubversiva» predictatorial. Bahía Blanca, 1974-1976”, *Avances del Cesor*, Rosario, año XII, n° 12, pp. 141-156.

* * *

Título: Port workers’s struggle: from the strike of 1966, to the claim for a “Factory-Port” in Bahía Blanca

Resumen: En este artículo analizaremos aspectos singulares en la dinámica de la huelga portuaria de 1966, en el gobierno dictatorial de Juan Carlos Onganía. Nos centraremos en la reconstrucción histórica del conflicto en el puerto de Ingeniero White, cercano a Bahía Blanca. Analizaremos los momentos de coordinación y/o disonancia en las instancias que marcaron esta lucha, en lo local, regional y nacional. Nos preguntamos ¿cuáles fueron las principales demandas locales en el marco de medidas que afectaron a distintos puertos del país durante la huelga?, ¿cómo contrastaron los momentos de la huelga entre la escala local y la nacional?, ¿cuáles fueron los efectos de ese proceso de lucha para los trabajadores a corto y largo plazo?, ¿qué aprendizajes trajo aparejada esta lucha?

Palabras clave: Huelga portuaria – Ingeniero White – Onganía – Estibadores

Abstract: In this article we will analyze singular aspects in the dynamics of a port strike in 1966, in the context of the dictatorial government of Juan Carlos Onganía, in Argentina. We will focus on the historical reconstruction of this conflict specifically at Ingeniero White’s port, near Bahía Blanca. We will analyze the moments of coordination /dissonance of this struggle, at the local, regional and national levels. We will start from the questions: What were the main local requests within the strike? How did the moments of the strike contrast between the local and the national scale? What were the short and long term effects of this process for the workers?, What lessons did this struggle bring to them?

Keywords: Port strike – Ingeniero White – Onganía – Port workers

Crítica de libros

Ariel Petruccelli, *Ciencia y utopía. En Marx y en la tradición marxista*, Buenos Aires: Herramienta, 2016, 287 pp.

La aparición de *Ciencia y utopía* corrobora lo que los lectores de *Materialismo histórico: interpretaciones y controversias* y *El marxismo en la encrucijada* –esto es, la primera y segunda parte de una trilogía que ahora es completada– no pueden más que saber muy bien: Ariel Petruccelli es uno de los mejores marxistas de la actualidad. Entiéndase bien: lo es a condición de que por *mejores* se tenga a aquellos que se arriesgan a ir contra lo que son, escrutando los propios supuestos y los propios puntos de partida, sin eludir además su puesta en crisis.

El trabajo de Petruccelli cumple con esta peculiar condición a la perfección y es por eso que puede ser catalogado como uno de los mejores del marxismo vernáculo pero también foráneo. En efecto, desde Neuquén, haciendo pie tanto en la academia como en la trinchera política, el autor plantea que el marxismo posee dos componentes elementales –a saber, la ciencia y la utopía (o mejor, la ciencia y la ética)–, los cuales disponen de una cierta autonomía que obliga a desenmarañarlos y abordarlos en sus propios términos. Petruccelli nos invita a “repensar con calma y profundidad los problemas de la ética y la *utopía*, sin abandonar por ello los de la ciencia” –vale decir, los problemas de “la reflexión ética, la imaginación utópica, la rigurosidad científica y la responsabilidad política” (p. 23). Y hace esto, es preciso recordarlo, luego de haber refutado la tesis *cientificista* de la primacía de las fuerzas productivas y confrontado algunos de los desafíos *utopistas* que, durante los últimos años, han sido lanzados al marxismo a nivel de las ideas.

El primer capítulo está consagrado a presentar el socialismo no como una realidad *utópica* o *científica* sino más bien como una que, a la vez, es *materialista* y *crítica*. A entender del autor, “ciencia y ética o, si se quiere, ciencia y utopía” no son términos dicotómicos y por consiguiente opuestos: se trata en lo fundamental de “dos dimensiones tan necesarias como mutuamente irreductibles” (pp. 41-42). Es por eso que, a la hora de pensar el marxismo, la idea de un *socialismo materialista crítico* es más productiva y

por ende propicia que la de *socialismo científico*: implica “tanto la necesidad de un análisis materialista del mundo, de las sociedades y de la historia, cuanto la necesidad de una crítica –despiadada– de todo lo que existe” (p. 48). Tener al marxismo como algo que es materialista *y* crítico conlleva, por otro lado, no deshacerse de la idea de un socialismo *utópico*. Los esfuerzos de Marx, se sugiere en las primeras páginas de *Ciencia y utopía*, se encontraron signados por un “realismo materialista” –algo ciertamente imprescindible “para *entender*”–, pero asimismo por una “pasión crítica” necesaria “para *transformar*” (idem).

Luego de haber descripto a Marx como un “*consecuencialista*” (p. 60), Petruccelli avanza en el capítulo dos analizando las actitudes por aquél adoptadas cuando la necesidad histórica entraba en abierta contradicción con los intereses de los oprimidos. A este respecto, los textos sobre la dominación británica en la India o la anexión estadounidense de California constituyen, sólo por nombrar algunos, una importante piedra de toque. Atento a ellos, el autor diferencia a Marx de Engels y clama que no hay nada en su obra que “sugiera la más mínima tendencia a *apoyar* políticamente a los *opresores y explotadores*, por muy *históricamente necesaria* que fuera su dominación y explotación” (p. 74). Como pone de manifiesto la toma de partido por Espartaco, Müntzer o los *communards* parisinos, siempre puede encontrarse a Marx “de parte de los explotados y oprimidos, con independencia de sus posibilidades de éxito o fracaso” (p. 94). Es teniendo esto en cuenta que se recuerda el carácter *alemán* de la ciencia marxiana. Presta a las determinaciones antes que a las definiciones, esta ciencia se caracteriza por formular unas leyes que son eminentemente *tendenciales*. Es en gran parte debido a ello que, en Marx, “la opción por los derrotados tiene necesariamente otro fundamento [...]: ciertos ideales, ciertos valores, cierta ética” (p. 123).

Con esto como trasfondo, en el tercer capítulo se ofrece un pormenorizado análisis de todo aquello que, hacia el final de su vida y en íntimo diálogo con populistas como Chernychevski o Lopatin, Marx escribió sobre Rusia. En lo que concierne a esta discusión, claro está, son de especial importancia las cartas escritas a *Otechestvennyye Zapiski* y Vera Zasulich. Es sabido que la posibilidad que Marx barajaba consistía en que “Rusia saltara de la comunidad campesina al socialismo, evitando el capitalismo” (p. 138). En ese contexto, se rehusaba, además, a que se hiciera de su trabajo una *teoría histórico-filosófica general*. Por eso Petruccelli se refiere a él como un evolucionista “no universal [...] y multilineal” (p. 154); como alguien, vale decir, “que piensa en términos de posibilidades históricas, antes que en férreas necesidades naturales” (p. 170). Y, en cierto sentido, lo mismo vale para Engels, quien si bien hizo lo suyo para que tomara cuerpo una “concepción evolucionista, progresivista y etapista” (p. 191), jamás descartó la posibilidad del salto o la comprensión de los tiempos históricos. La correspondencia que mantiene con Danielson “desmiente” que defendiera sin más “un evolucionismo unilineal”: “Engels acepta cierta progresión en el desarrollo social

–como también lo hacía Marx–, pero no considera que todas y cada una de las sociedades deban atravesar por las mismas etapas” (p. 212).

Según Petruccelli, fue Plejanov y no Engles quien hizo del marxismo esa teoría general y suprahistórica a la que Marx tanto se había opuesto. Al interior del marxismo ruso, sólo con Trotsky y su “perspectiva de la «revolución permanente»”, la cual Lenin mismo adoptaría luego de febrero de 1917, se haría justicia a Marx y también, a su manera, a “la vieja tesis populista sobre la posibilidad de evitar la fase capitalista” (p. 225). Con la revolución de octubre, pero asimismo con lo sucedido a partir de su consolidación, los imprevistos, las ironías e incluso las paradojas se impondrían por sobre la previsión científica. Y esta constatación lleva al autor a preguntarse nuevamente si “el deber de los revolucionarios” de ayer y de hoy pasa por “alinearse con la «necesidad histórica» y colaborar con el [...] sistema opresor” o resistirlo, “aun a sabiendas de la imposibilidad de derrotarlo” (p. 234). La reivindicación de la opción del viejo Trotsky deja en claro que Petruccelli se inclina decididamente por lo segundo: permanecer, siempre y a toda costa, del lado de los derrotados de la historia.

Esta elección es ante todo “ética”: se basa “en cierta concepción de lo que es justo y bueno con independencia de su factibilidad” (p. 238). Habiendo dicho esto, en el tramo final del libro Petruccelli examina si realmente existe algo así como una ética marxista. Para ello revisa los debates desarrollados en el contexto del surgimiento del revisionismo y las discusiones contemporáneas suscitadas entre los marxistas analíticos gracias a la intervención de Rawls. Lo que al autor le interesa demostrar es que “Marx se equivocaba al afirmar que él personalmente o el proletariado en tanto clase carecían de ideales” (p. 256). Sin ir más lejos, en *Crítica del Programa de Gotha* se habla abiertamente de *capacidad* y *necesidad*, lo que hace presuponer la existencia de una preocupación por el tema de la justicia distributiva o el problema de la igualdad. No obstante, el “ideal fundamental” que para Petruccelli atraviesa “la vida y la obra de Marx de principio a fin” es el de “la *libertad*”, el de “la *autorrealización*” (p. 269). Se llega así a una suerte de conclusión final: la ética o utopía que en Marx convive armónicamente con la ciencia es “una ética de la libertad, de la autodeterminación, de la libre creatividad” (p. 272).

Santiago M. Roggerone (IIGG-FSOC-UBA - Conicet)

* * *

Luciano N. García, *La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991)*, Buenos Aires: Edhasa, 2016, 288 pp.

Los cruces entre la cultura de izquierda y la cultura *psi* en nuestro país constituyen un ámbito de investigación que, a pesar de su indudable rele-

vancia, solo ha generado referencias dispersas e indagaciones fragmentarias. Frente a este panorama, el volumen presenta de manera exhaustiva y sistemática diversas propuestas que, desde la filas del Partido Comunista Argentino, buscaron impactar en la producción *psi* local durante el siglo XX. Dar cuenta de las particularidades de estos proyectos requiere, inevitablemente, exponer al lector los hilos de una trama que cruza diversas capas de historias nacionales e internacionales, que a su vez conectan política, ciencia y cultura.

Requiere ocuparse, como lo hace el preludeo de *La psicología por asalto*, de las características de la psicología soviética del siglo XX, presentando un cuadro, el más completo disponible en lengua castellana, que permite apreciar claramente el modo en que ese campo científico estaba ampliamente permeado por los avatares políticos, incluso por regulaciones estatales.

Es el caso de Ivan Petrovich Pavlov, de quien poco suele saberse más allá de que lograba hacer salivar a un perro después de hacer sonar una campana. El texto de García permite apreciar tanto el proceso que lo convirtió en el paladín de la psicología soviética durante casi todo el siglo XX y en un referente para Occidente, así como la dinámica de esa psicología a partir de la segunda mitad del siglo pasado –su relación con el psicoanálisis y los avatares que sufrió la producción de Lev Vigotsky, otra de las figuras centrales en el libro–.

Este primer conjunto de cuestiones, que el texto muestra de un modo claro y sencillo pero preciso a la vez, se revela apenas como un eslabón para entender cómo se constituyó un *pavlovismo argentino*. En efecto, como claramente lo plantea García, es preciso también considerar los casos de Francia e incluso de Italia. En principio, por la comprensible cuestión del obstáculo idiomático pero principalmente por cierta tradición cultural y política: *cultural*, porque los intelectuales comunistas, como la mayor parte de la intelectualidad local, colocaron en Francia su faro cultural y estaban al tanto de las producciones pavlovianas francesas; *políticas*, por el peso del PC Francés en la red internacional de Partidos Comunistas. El texto muestra entonces que el pavlovismo argentino se inspiró y conformó a partir de esa doble referencia soviética y francesa.

Pero, a su vez, García expone la complejidad de la trama al demostrar que esa inspiración franco-soviética estuvo tamizada por el contexto local en tanto las características particulares del escenario político, intelectual y científico argentino impactaron de forma determinante en las consideraciones de la producción de Pavlov y de la psicología soviética en general.

Es el caso, entre muchos otros que podrían nombrarse, del particular impacto del psicoanálisis en nuestro país ya desde la década de 1930. Quizás sin proponérselo, el texto nos permite apreciar que el éxito que conoció el psicoanálisis en nuestro país no es un producto de algún tipo de preeminencia o superioridad inherente sino de extensas y apasionadas alianzas y luchas dentro del *campo psi* de nuestro país, en las cuales tuvieron destacada participación figuras ligadas directa o indirectamente al PCA. Por

ejemplo, la constitución de un “freudopavlovismo” local hacia la década de 1930, que permitió una fluida comunicación entre Freud y Pavlov tanto por parte de los psiquiatras comunistas como de los psicoanalistas agrupados en la Asociación Psicoanalítica Argentina fundada en 1942. Un proyecto que, como se puede apreciar en el primer capítulo del libro, fue altamente productivo aunque finalmente resultó insostenible. Esto permite vislumbrar que las ideas de Pavlov, y de la psicología soviética en general, estuvieron lejos de implantarse en nuestro país bajo la forma de una batalla contra el psicoanálisis: de hecho, la propagación local de ambas corrientes fue en gran parte simultánea y reunió a figuras que posteriormente siguieron trayectos diferentes e incluso opuestos.

Por otra parte, la segunda mitad del libro permite apreciar las razones por las cuales terminó resultando imposible que el *pavlovismo* se convirtiera en modelo a considerar por los psicólogos argentinos al proliferar las carreras universitarias de psicología hacia mediados del siglo XX. En este sentido, *La psicología por asalto* permite echar luz sobre el proceso por el cual ciertas prácticas psicológicas obtuvieron una hegemonía en Argentina: usando cierta terminología de Pierre Bourdieu, nos permite analizar el *habitus* de los psicólogos argentinos.

Por un lado, ilumina las cuestiones ligadas al partidismo, en tanto los psiquiatras comunistas que propiciaron la difusión de las ideas de Pavlov no mostraron interés respecto de los futuros psicólogos y, salvo destacables excepciones, se oponían a su participación en el ámbito de la psicoterapia. Ni siquiera que una de sus figuras más destacadas tuviera a cargo la dirección del Departamento de Psicología de la Universidad de Buenos Aires logró hacer declinar el sesgo psicoanalítico que, en los años 60, comenzaba a volverse notorio en la incipiente comunidad profesional. Por otra parte, en el texto se señalan cuestiones más estrictamente científicas, como la imposibilidad de reproducir el costoso modelo de producción pavloviano y las dificultades que propiciaba la conformación de una práctica terapéutica que encontrara sus bases en las ideas de Pavlov. Esta última cuestión, ausente en las primeras lecturas de Pavlov en la década de 1930, es ampliamente abordada en el segundo capítulo del libro a partir de la “psicoterapia racional” propuesta por Jorge Thénon y de los trabajos de José Itzigsohn sobre “psicoterapia de la personalidad” durante los años 60. Ninguno de estos proyectos tuvo éxito y sus respectivos autores apenas son recordadas hoy como “piezas de museo” en el campo psi argentino.

Pero esta parte final del libro no es una mera crónica de un fracaso –que, visto desde el presente, parecía inevitable– sino que ilumina el reconocimiento y la difusión que tuvieron en nuestro país dos figuras que, en gran parte, son ajenas al psicoanálisis y al campo estrictamente clínico como Jean Piaget y Lev Vigotsky.

Si bien las referencias a Piaget no son centrales en este libro, dan cuenta de un horizonte teórico local hacia la década de 1950 donde podían articularse fácilmente las propuestas del ginebrino con Pavlov, Henri Wallon y

Vigostky, cuyas primeras lecturas locales buscaban conciliarlo con las tesis pavlovianas. Este particular Vigostky “pavlovizado” se mostró altamente productivo, por ejemplo, en algunos abordajes locales de la dislexia.

La sección final del libro, que nos acerca a una etapa histórica más reciente, muestra que la tardía consagración internacional de Vigotsky, especialmente en Argentina, fue producto de un extenso y complejo proceso que encontró un factor fundamental en este caso en la paulatina declinación del sistema soviético y la crisis del PC a nivel internacional. En ese sentido, la “despolitización” o más bien la “despartidización” de Vigotsky, que facilitó lecturas diferentes a las que había recibido previamente por parte de los comunistas y pavlovianos argentinos, fue una condición necesaria para su consagración que, sin embargo, encontró su base en el impacto previo de la producción piagetiana propiciada por figuras ligadas al comunismo local.

Habiendo apenas señalado algunos de los temas presentados en *La psicología por asalto*, resulta más que evidente que este libro, además de una obra notoria y accesible para un público amplio, se convertirá en referente y modelo de muchas investigaciones por venir.

Hernán Scholten

* * *

Esteban Campos, *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Buenos Aires: Edhasa, 2016.

En *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Esteban Campos analiza las derivas de *Cristianismo y Revolución* [CyR], una revista que participó de los flujos culturales que alimentaron nuevas figuras de militancia e identificaciones políticas en Argentina durante la segunda mitad de los 60.

La perspectiva de Campos incluye el análisis discursivo, la reconstrucción de las redes de sociabilidad militante y de las condiciones políticas de la Argentina gobernada dictatorialmente. En ese sentido, el libro ofrece una posición historiográfica que muestra que CyR no fue un texto homogéneo sino una experiencia articulada por una red de productores culturales, representativos de trayectorias heterogéneas. Por eso, la revista de los católicos postconciliares no sería un “órgano de difusión” o “prensa”, modismos militantes que suponen a la producción textual como representación de algo que sucede en otra parte, refutando la idea de que CyR fue “la revista de Montoneros”. En cambio, al rastrear las derivas de la publicación, sus conexiones y las experiencias de quienes pasaron por ella, emergen miradas diversas sobre el fenómeno guerrillero, las identificaciones políticas y los modelos de sociedad deseada.

Para demostrar la hipótesis de que “la convergencia de las identidades

obrero, cristiana, guerrillera y peronista permitió la emergencia de un proyecto de hegemonía alternativa, visible en las páginas de CyR a finales de la década de 1960” Campos indaga los sentidos específicos que esas identidades asumieron en la publicación. Primeramente, la transformación de los patrones político-temporales que acarrearón las críticas al catolicismo integrista, la difusión de nuevas doctrinas pastorales, la figura del cura obrero, el Concilio Vaticano II, las Encíclicas papales y el MSTM, propiciando una orientación que buscó reponer una demanda de justicia terrenal frente al problema de las desigualdades sociales y que funcionó como “reingreso” de la historia en el discurso eclesiástico. En ese tránsito del catolicismo renovador al cristianismo liberacionista, “varios grupos de religiosos y laicos salieron en busca de una tradición emancipatoria para cumplir con el mandato de Camilo Torres, que predicaba la lucha armada y el socialismo como la única manera de realizar la utopía cristiana del ‘amor eficaz’”. Todo ello, afirma Campos, secularizó gradualmente los contenidos de la revista, cada vez menos interesada en los temas propiamente religiosos y más en los políticos.

En segundo término, emerge la caracterización de la condición obrera. Aquí es valiosa la indicación de Campos respecto a que la revista tuvo un primer momento en el que identificó figuras marginales de la clase obrera argentina (hacheros de la cuña boscosa santafesina, zafreros tucumanos); un gesto que, apuntalado en la teoría del foco guerrillero rural, tuvo aún otro efecto: abrió la geografía política del país, incluyendo en una narrativa revolucionaria agentes y territorios negados por las políticas dominantes. Con los años la caracterización se desplazó desde los invisibles y victimizados rurales hacia las urbes industriales y los conflictos obreros. Los testimonios de vida y sufrimiento cedieron terreno al análisis político y las experiencias de lucha. El gesto desembocó en un foco exclusivo sobre la politización de los trabajadores, que clausuró otros aspectos. De hecho, dilemas que fracturaron el conservadurismo católico, como la modernización cultural, el avance tecnológico, la revolución sexual y el consumo de masas, insinuados en los primeros números, desaparecieron como problemas revolucionarios. El debate sobre los modos de vida se redujo a la definición del sujeto político y las expectativas puestas sobre él, al devenir revolucionario y/o guerrillero, a la exacerbación de una moralidad combatiente y ascética. De esto da cuenta un tipo de relación con los textos: “No se trataba de la lectura de los clásicos de Marx y Engels sino de una apropiación de las lecturas más procedimentales del marxismo, en particular las que tenían que ver con el aprendizaje de experiencias históricas o estrategia revolucionaria”. Sobre ese surco tuvo lugar un ajuste discursivo: clase obrera se homologa a trabajadores movilizables. En este nivel hubiera sido interesante que Campos profundizara el análisis de la categoría “pueblo”, un personaje conceptual decisivo para la época y la revista, en el que se mezclaron ideas provenientes del marxismo y el peronismo. Esa noción aportaría elementos para comprender los vaivenes, muy bien desarrollados a lo largo del libro,

de la figura de Perón en CyR, que a veces era reivindicado como referente político “de carne y hueso” y otras como función o catalizador de un proceso que lo excedía, generándose una tensión entre, por decirlo de algún modo, el “líder-signo” y el “signo-líder” fundamental la época.

Las temporalizaciones activas en el discurso de la revista son otro eje problemático explorado. En la mencionada secularización de aspectos teológicos habría que agregar que “la escatología como doctrina del fin de la historia se combinó con la certeza revolucionaria”, un esquema temporal donde los sucesos devenían “signos” (tal el nombre de la columna editorial al inicio), configurando una comprensión del tiempo histórico, de las propias acciones y organizaciones como “fuga hacia adelante”. Dicha fuga, no obstante, no operó como futurismo (cortando amarras con lo dado por pura caducidad) sino apuntalada en una modelización del futuro a partir experiencias políticas previas (la Revolución Cubana, el peronismo del 45). Esa relación “signo-modelo” resulta fundamental para analizar los regímenes de historicidad y las futuridades de las experiencias políticas revolucionarias en Argentina.

Al respecto, el libro presenta tres categorías claves del pensamiento revolucionario: vanguardia, revolución y guerra. En los capítulos 4 y 5 Campos describe la organización de un esquema político-temporal en el que la vanguardia funcionó como agente de precipitación del futuro en tanto guerra revolucionaria. Dicha imagen operó subordinando al resto de las prácticas: la lucha armada se convirtió en el único Verbo a conjugar y el socialismo (nacional, siempre) en una promesa de potencial creador que, no obstante, no parece tener relevancia política en la actualidad de la lucha. Un juego complejo entre incondicionalidad futura e insignificancia contemporánea.

En este plano la revista delata sus propias transformaciones, cuando la utopía del “amor eficaz” debe ensamblarse a la guerra como vehículo al socialismo, que Campos lee como “un deslizamiento de la nueva teología conciliar –preocupada por el papel del hombre en la historia y el cambio de estructuras– a una teología de la violencia”. Con un análisis detallado de este énfasis en los medios, Campos critica las analogías formales entre mesianismo judeocristiano y vanguardismo revolucionario, que despoja de racionalidad política a los proyectos setentistas de cambio radical .

En resumen, el libro no aporta sólo al conocimiento de una publicación militante sino de los regímenes de historicidad (las formas de articular pasado, presente y futuro) que caracterizaron a las experiencias político-armadas en Argentina. Esa problemática, que involucra la relación medios-fines, los pronósticos, las imágenes de felicidad social y una teoría del sujeto, puede generar lecturas sobre la época que permitan discusiones significativas. Explorando las tramas finas de esa coyuntura es posible evidenciar límites, poner en discusión modelos de sociedad y certezas políticas, reponiendo historiográficamente aquello que, en la época, parecía no contar: que los signos son siempre ambiguos.

Ezequiel Gatto (Conicet, UNR)

Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a archivosrevistadehistoria@gmail.com. Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo de la colaboración en la semana de recepción y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

1. Extensión.

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacios (incluyendo las notas al pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacios.

2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc, .docx o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y

número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre paréntesis, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta.

Ejemplos:

Libros (con autor individual)

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

Libros (con varios autores)

Batalha, Claudio H. M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, Perry (1984), “La historia de los partidos comunistas”, en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

Artículo de Revista:

Aricó, José (1973), “Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci”, *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

5. Evaluación

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a por lo menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.